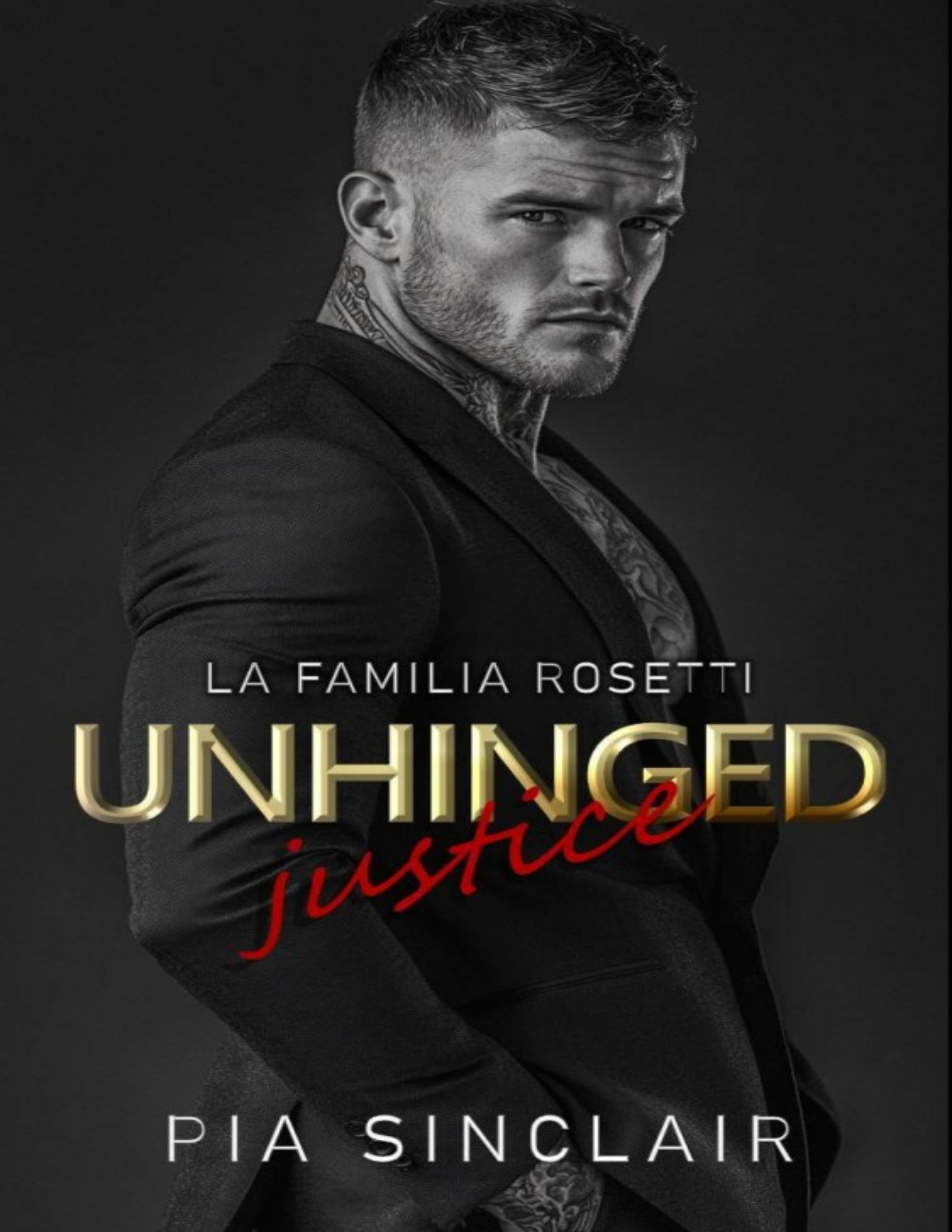

LA FAMILIA ROSETTI
UNHINGED
justice
PIA SINCLAIR

UNHINGED JUSTICE

PIA SINCLAIR

© 2026 Pia Sinclair.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Primera edición.

Table of Contents

1. 1 - Nico
2. 2 - Marisol
3. 3 - Nico
4. 4 - Marisol
5. 5 - Nico
6. 6 - Marisol
7. 7 - Nico
8. 8 - Marisol
9. 9 - Nico
10. 10 - Marisol
11. 11 - Nico
12. 12 - Marisol
13. 13 - Nico
14. 14 - Marisol
15. 15 - Nico
16. 16 - Marisol
17. 17 - Nico
18. 18 - Marisol
19. 19 - Nico
20. 20 - Marisol
21. 21 - Nico
22. 22 - Nico
23. 23 - Marisol
24. 24 - Nico
25. 25 - Marisol
26. 26 - Nico
27. 27 - Marisol
28. 28 - Nico
29. 29 - Marisol
30. 30 - Marisol
31. 31 - Marisol
32. 32 - Nico

33. 33 - Marisol
34. 34 - Epílogo—Gabriel

1 - Nico

El archivo reposa sin abrir sobre la mesa plegable, y ya estoy contando los días para que esta misión termine.

El avión privado comienza su descenso hacia Miami y, a través de la ventanilla, observo cómo se despliega la costa: agua resplandeciente y palmeras, un exceso que se cocina bajo un sol que nunca sabe cuándo retirarse. El calor emana del asfalto incluso desde aquí arriba; ondas visibles que distorsionan el aire como si toda la ciudad estuviera borracha de su propia fiebre.

Veinticuatro días desde que Sofía se fue. Tres semanas de esa silla vacía en la cena del domingo. Veinticuatro noches preguntándome si la alejé al volverla demasiado dura, o si fallé al no hacerla lo suficientemente fuerte.

Me duelen las manos por el entrenamiento de esta mañana. Trescientos veintitrés levantamientos en barra; la piel aún está viva a pesar de los callos. El dolor es bueno. Limpio. Es mejor que pensar en la tarea que tengo por delante.

El avión aterriza casi sin sacudidas. Aviación privada, otro lujo que ni necesito ni quiero. Pero Marco insistió. La familia Rosetti viaja con estilo, incluso cuando el encargo es poco más que ser un niñero de lujo.

En el auto desde el aeropuerto, finalmente vuelvo a abrir el archivo de Marisol Delgado. El chófer, algún recurso local que Marco organizó, tiene el aire acondicionado tan fuerte que puedo ver mi aliento, librando una guerra contra el calor de septiembre en Miami que, de todos modos, se filtra por las ventanas. Extiendo las fotos sobre el asiento de cuero. Cada una es un desastre de tabloide. Aquí está ella a las cuatro de la mañana, con el rímel corrido, siendo sacada de algún club por el personal de seguridad. Aquí, con el vestido subido hasta las caderas, desmayada en la parte trasera de una limusina. Otra la muestra en un yate, con una botella de champaña en la mano, prácticamente desnuda, rodeada de gente

cuyos rostros están borrosos. Cortesía profesional para quien sea que esté pagando.

Cada foto cuenta la misma historia: borracha, drogada o ambas cosas. Fuera de control. Una responsabilidad civil envuelta en ropa de diseñador.

Le envío un mensaje de texto a Marco: —Aterricé. Estableceré contacto esta noche.—

Su respuesta es inmediata: —Trata de no aterrorizarla en los primeros cinco minutos.—

No me digno a responder a eso. En su lugar, estudio sus patrones. La Sirena todas las noches, como un reloj. Ella es la dueña del lugar, heredado de su madre, según el archivo. Es allí donde la encontraré.

El auto se detiene frente al club justo cuando el sol se desangra sobre la bahía de Biscayne. Me acerco como lo haría a cualquier zona de combate. Primero anoto las salidas, cuento la seguridad visible, identifico amenazas potenciales. Dos puntos de acceso principales, tres salidas de servicio, acceso a la azotea si la situación se deteriora. Cuatro guardias en mi sector inmediato, probablemente seis más adentro. El servicio de valet significa vehículos bloqueando posibles rutas de exfiltración.

El lugar en sí es puro glamour Art Déco restaurado, líneas curvas y detalles dorados que captan la luz agonizante. Una pequeña placa de bronce dice —Solo Miembros—, pero el apellido Rosetti abre cualquier puerta que importe.

Dentro de La Sirena, el asalto a mis sentidos es inmediato. La luz dorada rebota en cada superficie. Espejos, copas de champaña, vestidos de lentejuelas. Una cantante de jazz entona melodías desde el escenario principal; su voz compite con las risas y el constante estallido de los corchos de champaña. El aire está cargado de perfume y de posibilidades, el tipo de atmósfera que hace que la gente crea que puede ser otra persona por una noche.

Me posiciono en la barra, de espaldas a la pared, con líneas de visión despejadas tanto a la entrada principal como a la escalera de caracol que sube al nivel de la mezzanina. Pido agua. El barman me mira como si lo hubiera ofendido personalmente.

Entonces la veo.

Marisol Delgado no baja la escalera caminando. Casi se cae por ella, sosteniéndose de la baranda con una risa demasiado fuerte, demasiado aguda, mientras su cabello brillante destella bajo las

luces. Su vestido dorado se le ha subido por los muslos y está descalza; perdió los zapatos en algún lugar de arriba. La copa de champaña en su mano se inclina peligrosamente, derramando un rastro por los escalones que capta la luz como diamantes esparcidos.

Es hermosa. Eso estaba en el archivo.

Lo que no estaba en el archivo: la forma en que mi cuerpo se queda completamente inmóvil al verla, un reconocimiento primitivo que hace que se me tense la mandíbula. La forma en que toda la sala se reorganiza en torno a su desastre. La gente gravita hacia ella incluso mientras intercambian miradas cómplices. Los miembros del personal se mueven para interceptar su camino, despejando obstáculos que ella ni siquiera ve.

Durante las siguientes dos horas, la observo trabajar la sala. —Trabajar— es un término generoso. Rebota de grupo en grupo como un huracán impulsado por la champaña. Tocando a todos, dejando que todos la toquen, subiéndose a una mesa para bailar hasta que el personal de seguridad la persuade para que baje como si estuvieran negociando con alguien en el borde de un precipicio. Su risa atraviesa la música, demasiado brillante, sus movimientos demasiado sueltos. Cuando besa a tres personas diferentes en el lapso de veinte minutos, de forma desordenada, afectuosa y sin sentido, algo oscuro se enrosca en mi pecho... una preocupación táctica. Esas bocas sobre la suya son riesgos de seguridad.

Sus pupilas no están bien. No solo está borracha.

Desaparece en el baño a las diez y media. Cronometro el tiempo. Pasan veinte minutos antes de que emerja, de alguna manera más desaliñada que antes, el lápiz labial completamente desaparecido, los ojos vidriosos.

Cerca de la medianoche, un hombre mayor se acerca a su reservado. Cabello plateado, traje caro, sonrisa cálida. Parece el tío favorito de todo el mundo. Ella se ilumina al verlo, de forma torpe y genuina.

—¡Tío!— Se lanza a sus brazos, casi dejando caer su champaña. Él la sostiene, le susurra algo al oído que la hace reír. Cesar Vega, según mis archivos. La mano derecha de su padre. Algo en la forma en que la retiene un segundo de más hace que mi mano se desplace hacia donde debería estar mi Glock. Viejo hábito. No tiene nada que ver con la forma en que los dedos de él se demoran en su cintura.

Archivado para más tarde.

Para las doce y media de la mañana, se está deteriorando. Casi se cae dos veces en los últimos diez minutos. Alguien tiene que detenerla, pero nadie lo hará. Ella es la dueña del lugar.

Va a ser mía para protegerla. El pensamiento viene sin ser invitado, no deseado, con una finalidad que hace que se me tense la mandíbula. Mi responsabilidad.

Es hora de establecer contacto antes de que se convierta en una baja en mi primera noche.

Me muevo entre la multitud. La gente se aparta sin entender por qué. Algo en mi forma de caminar, tal vez, o el hecho de que mis ojos no se apartan del objetivo. Ahora está desplomada en el reservado, entornando los ojos hacia su teléfono como si la pantalla estuviera escrita en un idioma extranjero. Los aprovechados que la rodean tienen esa mirada perdida de la gente a la que le pagan por salir de fiesta.

No me nota hasta que estoy parado sobre ella.

Ella levanta la vista, parpadeando lentamente, tratando de enfocar mi rostro. —Me estás tapando la luz, guapo.— Las palabras se arrastran. —Además, pareces un policía. ¿Eres un policía? No servimos a policías.—

—Marisol Delgado.—

—Esa soy yo.— Levanta su copa en un saludo torpe, derramando champaña en su vestido. —Y tú eres…?—

—Nico Rosetti, señorita. Soy su nuevo personal de seguridad.—

La neblina se despeja, solo un poco. Algo más agudo surge debajo de las sustancias.

—Ay, ni de broma.—

Mueve la mano con desdén. —No necesito seguridad. Vete. Dile a Marco Rosetti, dile a quien sea, estoy bien. Completamente bien.— Gesticula ampliamente hacia sí misma, hacia las manchas de champaña, hacia sus pies descalzos. —¿Ves? Bien.—

—No estoy pidiendo su evaluación.—

Intenta ponerse de pie, se tambalea peligrosamente y se sostiene de la mesa. —Este es MI club. Puedo hacer que… que te echen.—

—Está a un tropiezo de morder el mármol, princesa.—

—Estoy SENTADA.— Se deja caer de nuevo en el asiento con la fuerza suficiente para hacer temblar la mesa. —Estoy sentada. A propósito. ¿Ves?—

La gente a su alrededor se ha evaporado como el humo. Reconocen los problemas cuando los ven.

—Me mudaré a su departamento esta noche—, le digo. —No está en discusión.—

—Absolutamente no.— Intenta levantarse de nuevo. Esta vez la agarro del codo antes de que se dé de bruces contra el suelo. Su piel está caliente bajo mi mano, y algo en mis entrañas se tensa. Una reacción que no quiero, que no necesito. Se zafa de un tirón, tropieza, se sostiene. —Todo está… todo está en discusión. ¿Sabes quién es mi padre?—

—La salud decadente de su padre es la razón por la que su protección ha sido subcontratada a personas que realmente pueden brindarla.—

Golpe directo. Incluso a través de la bruma, veo cómo impacta. Su rostro cambia. La máscara de fiesta se agrieta para mostrar algo herido debajo. Su padre. La enfermedad. Sus ojos se iluminan con lágrimas que no deja caer. Esas lágrimas me recuerdan a Sofia, aquella última noche, negándose a llorar incluso mientras se despedía.

—Fuera de mi club.— Su voz se quiebra.

—No.—

—Llamaré al personal de seguridad.—

—Llámalos. Ellos responden a su padre. Su padre tiene un acuerdo con mi familia.—

Se balancea ligeramente, esas lágrimas contenidas vuelven sus ojos luminosos. La chica fiestera se ha ido. Lo que queda está furioso y herido y demasiado intoxicado para ocultarlo.

—Tú no sabes nada sobre mí.—

—Sé que ha estado aquí desde las nueve de la noche. Sé que ha tomado aproximadamente once copas de champaña, más lo que sea que se metió en el baño a las diez y media. Sé que perdió sus zapatos en la mezzanina y no se dio cuenta durante una hora. Sé que casi se cae por las escaleras dos veces y de una mesa una vez.—

Ella me mira fijamente. Por un momento, el desafío flaquea. No está actuando. Se está ahogando. Y yo sé qué aspecto tiene alguien que se ahoga. Llevo veinticuatro días haciéndolo.

—Sé—, digo, más bajo, —que no va a llegar a casa sola esta noche. Y sé que eso no es algo nuevo.—

El silencio se extiende entre nosotros. A nuestro alrededor, la fiesta continúa. Risas y música y el incesante tintineo de las copas. Pero en nuestro reservado, solo está su respiración agitada y mi evaluación flotando en el aire.

Entonces levanta la barbilla. Obstinada. Con los ojos húmedos pero sin quebrarse.

—Bien.— Agarra una champaña fresca de un camarero que pasa, y se bebe la mitad de un trago. —Pero si vas a arruinar mi vida, lo harás bajo mis términos.—

Pasa rozándome y percibo un rastro de su perfume. Vainilla y coco, con la champaña debajo como si estuviera impregnada en su piel. El aroma me golpea más fuerte de lo que debería, me dan ganas de acercarme, de averiguar si sabe igual que como huele. Desecho el pensamiento. Su camino hacia la salida no es recto. Tropieza, se apoya en una columna de mármol, sigue adelante con la determinación de alguien que ha tenido demasiada práctica manteniéndose en pie cuando el mundo se inclina.

—Intenta seguirme el ritmo, soldado.—

Suelta las palabras por encima del hombro, arrastradas pero aún así desafiantes. Reconoce lo que soy. La postura, tal vez, o la forma en que evalúo las amenazas. O tal vez sea solo una suposición afortunada de una chica borracha que ha visto suficiente personal de seguridad como para conocer el tipo.

Se abre paso entre la multitud como un barco en una tormenta, inclinándose peligrosamente pero logrando mantenerse a flote de alguna manera. La sigo a tres pasos de distancia, lo suficientemente cerca para atraparla si se cae, lo suficientemente lejos para que pueda mantener la ilusión de independencia.

Afuera, la noche de Miami está cargada de humedad. Ella se queda en la acera, balanceándose ligeramente, buscando algo. Su auto, tal vez, aunque Dios sabe que no debería manejar. El valet se acerca y ella lo despacha con un gesto, casi perdiendo el equilibrio en el proceso.

—Voy a caminar—, anuncia a nadie en particular.

—No, no lo hará.—

Se gira para enfrentarme. Demasiado rápido. La sostengo con una mano en su codo, y de nuevo ese calor no deseado se enciende ante el contacto. —Tú no puedes…—

—Al auto —digo, dirigiéndola hacia su propio vehículo—. Ya hablé con su chófer. —Puede ir inconsciente atrás o consciente. Usted elige.

Ella se ríe, pero no hay humor en ello. —Vaya elección.—

Día uno con Marisol Delgado, y ya sé que esto no va a ser solo un desastre.

Va a ser una catástrofe en un vestido dorado, y acabo de suscribirme para ver cómo se desata. He estado en zonas de combate, he recibido fuego real, y nada me ha quitado el aliento como este desastre semiconsciente tropezando hacia mi auto.

En el auto, ya está hurgando con su teléfono, tratando de enviarle un mensaje a alguien. Probablemente para anular las órdenes de su padre, para que me despidan antes de que lleguemos a su penthouse. La luz de cortesía capta el rímel corrido bajo sus ojos, la mancha de champaña extendiéndose por su vestido, la forma en que sus dedos tiemblan mientras intenta enfocarse en la pantalla.

Me deslizo a su lado y le arrebato el teléfono de los dedos. Ella emite un ruido de protesta que se dispara directo a mi entrepierna. Ira y necesidad enredadas en un solo sonido desesperado.

—Eso es mío—, balbucea, tratando de alcanzarlo. Su cuerpo se inclina hacia mí con el movimiento, y percibo otro golpe de ese aroma a vainilla y coco, más fuerte ahora en el espacio cerrado.

Me guardo su teléfono. —Todo lo suyo es mío ahora, princesa. Cuanto antes lo acepte, más fácil será esto.—

Me mira fijamente, con las pupilas dilatadas por lo que sea que haya tomado, con los labios entreabiertos. El interior del auto se siente pequeño de repente, el aire entre nosotros cargado de algo peligroso. Por un momento, ninguno de los dos respira.

—Voy a hacer de su vida un infierno—, promete. A pesar de su forma de hablar arrastrada por la champaña, a pesar de los ojos vidriosos, hay acero debajo. Este pájaro herido todavía tiene garras.

Bien. Al menos no será aburrido.

2 - Marisol

El mundo no deja de girar, y hay un soldado en mi auto.

Apoyo la frente contra el cuero frío y suelto una risita. Una risita de verdad. Porque esto es absurdo. Toda esta noche es absurda. Fui a mi club para olvidar mis problemas y ahora me está secuestrando un hombre que parece que nunca ha sonreído en toda su vida.

—Usted no me está secuestrando —digo en voz alta, porque al parecer mi filtro del cerebro a la boca se ha disuelto por completo—. Usted está… secuestrando a la inversa. Llevándome a mi casa. Contra mi voluntad. Eso existe, ¿verdad?

Nico no responde. Por supuesto que no. Hablar con él es como hablar con una pared muy sentenciosa. Una pared alta y musculosa con cabello corto y oscuro.

—¡Carlos! —Golpeo la división—. Carlos, ¿me están secuestrando?

—No, señorita Delgado. —Carlos me ha visto mucho peor que esto. Carlos es un santo—. Va camino a casa.

—¿Ve? —Me giro hacia Nico triunfante, lo cual es un error porque al girarme el mundo da un vuelco—. No secuestrada. Solo… escoltada. Como una princesa. Una princesa muy borracha con un príncipe muy enojado.

—No soy un príncipe.

—¡Ay, Dios mío, habla! Carlos, anote esto. La estatua habló.

Mis pies descalzos se están congelando. ¿Cuándo perdí mis zapatos? Amaba esos zapatos. Eran Louboutins. Hacían que mis piernas se vieran increíbles. Ahora probablemente los lleva puestos alguna camarera con mejores decisiones de vida que yo.

—Descansen en paz, zapatos —digo solemnemente, presionando mi mano contra mi corazón—. Eran demasiado hermosos para este mundo.

—Los dejó en el nivel del entrepiso. —La voz de Nico es plana—. Aproximadamente a las 9:40 p. m.

Lo miro fijamente. Hay una línea profunda entre sus cejas oscuras y velludas. —¿Usted… cronometró cuándo perdí mis zapatos?

—Noté cuándo dejó de usarlos.

—Eso es… —busco la palabra—. ¿Aterrador? ¿Impresionante? ¿Creepresionante?

—Vigilancia.

—¡Es lo mismo! —Intento señalarlo acusadoramente, pero mi dedo no va exactamente a donde quiero—. Usted es Creepresionante y no me agrada.

Lo que sea que tomé en el baño me está pegando raro ahora. La champaña fue el cimiento; esto es el edificio haciendo un bailecito divertido. ¿Molly? Algo brillante que alguien me entregó. Su rostro ya desapareció de mi memoria. No importa. Nada importa excepto que mi boca sabe a suelo de discoteca y hay un hombre muy grande y muy silencioso catalogando cada uno de mis fracasos.

—Va a vomitar —dice él.

—Claro que NO. —Me enderezo, lo cual es un error. El mundo se inclina. Agarro la manija de la puerta—. Soy la viva imagen de la gracia y la elegancia.

—Tiene champaña en el cabello.

Mi mano vuela a mi cabeza. Ay, Dios, es cierto. Está pegajoso. ¿Cuándo pasó eso? ¿Me eché champaña en mi propia cabeza? Parece algo que yo haría. La Marisol del pasado toma decisiones terribles y la Marisol del presente tiene que lidiar con las consecuencias.

—Es un nuevo tratamiento de belleza —digo con toda la dignidad que puedo reunir—. Muy caro. Usted no lo entendería.

El auto se detiene. Estamos en casa. Mi edificio se alza, todo de vidrio y acero y juicio silencioso, igual que Nico Rosetti.

—Ustedes dos deberían ser amigos —le digo, señalando el edificio —. Tienen la misma personalidad.

Salir del auto es una aventura. Al parecer, mis piernas han decidido que ya no funcionan. Me tambaleo hacia un lado, me sostengo de la puerta, me tambaleo hacia el otro, y de repente hay una mano cálida bajo mi codo, estabilizándome antes de que muerda el pavimento.

—Estoy bien —anuncio—. Totalmente bien. El suelo está… agresivo esta noche.

—El suelo está inmóvil.

—El suelo es un MENTIROSO.

Eduardo, el portero, me saluda con una perfecta ceguera profesional. —Buenas noches, señorita Delgado.

—¡Eduardo! ¡Luz de mi vida! ¿Ha conocido a mi nueva sombra? Es alérgico a la alegría.

El rostro de Eduardo no se inmuta. Dios, amo a Eduardo. Debería darle un aumento. Debería darle un aumento a todo el mundo. Voy a comprarle regalos a todos y a dar una fiesta y…

Las puertas del ascensor se abren y Nico prácticamente me empuja adentro. Qué grosero.

—Es usted un grosero —le informo.

—Usted está intoxicada, señora.

—Estoy festiva. Hay una diferencia. —Me desplomo contra la pared de espejos e inmediatamente me arrepiento, porque ahora puedo verme desde diecisiete ángulos y parezco un mapache que se cayó en una fuente de champaña—. Oh, no.

—¿Qué?

—Soy espantosa. No me mire. Soy una criatura del pantano.

—He visto cosas peores.

—¡Eso no es reconfortante! ¡Es lo opuesto a reconfortante! —Intento arreglarme el cabello pero es inútil. Definitivamente tiene champaña. ¿Y eso es… escarcha? ¿De dónde salió la escarcha? —Soy una criatura del pantano cubierta de escarcha. Soy una criatura del pantano DISCO.

Las puertas del ascensor se abren. Busco a tientas en mi bolso de mano, lo cual es un error porque todo se sale. El labial rueda por el mármol. Mis llaves tintinean. Una bolsita que no debería tener se desliza hacia sus pies.

Ambos la miramos.

—Eso no es mío —digo.

Él recoge mis llaves sin decir palabra. No me las devuelve. Solo las sostiene como si estuviera confiscando contrabando a un niño pequeño.

—Eso SÍ es mío —digo, señalando las llaves—. Devuélvamelas.

—¿Qué piso?

—Usted ya sabe qué piso, maldito acosador Creepresionante.

Algo casi parecido a la diversión cruza su rostro. Casi. Como el fantasma de una expresión humana. Luego desaparece.

Abre mi puerta. Entra antes que yo. Empieza a revisar las habitaciones como si estuviéramos en una película de espías y pudiera haber asesinos escondidos detrás de mi colección de cojines de diseñador.

—¿Está buscando ninjas? —le grito, apoyándome en el marco de la puerta porque mantenerme de pie sin apoyo parece ambicioso—. Debo advertirle que estoy aliada con los ninjas. Tenemos un pacto.

—Despejado —dice él desde mi sala.

—¡Los ninjas están en el baño!

Él me ignora. Revisa el baño de todos modos. Regresa con cara de piedra.

—No hay ninjas.

—Son muy escurridizos. Es básicamente su especialidad.

Lo observo catalogar mi departamento. Las botellas de champaña. La ropa por todas partes. El caos general que es mi hábitat natural. Él no reacciona. Su cara es solo eso… cara. Neutral. Como si estuviera registrando datos para que su cerebrito de soldado los analice más tarde.

—Me está juzgando —digo.

—Estoy evaluando.

—Es lo mismo. —Me impulso desde el marco de la puerta y avanzo hacia la cocina, usando los muebles como puntos de apoyo. Sofá. Silla. Barra. Victoria—. Está ahí parado en mi cocina pensando: «qué desastre, qué catástrofe, por qué tengo que cuidar a este tornado humano».

—No pienso en esos términos.

—¿En qué términos piensa usted?

—Tácticos.

Encuentro el vodka en el congelador. Me sirvo un vaso con manos que solo tiemblan un poco. Me doy la vuelta para encararlo, levantando el vaso como en un brindis.

—Por la táctica —digo, y bebo.

Él no intenta detenerme. No me sermonea. Solo observa con esos ojos color avellana que lo ven todo.

—Debería beber agua —dice.

—Usted debería beber vodka. Le ayudaría con su… —señalo vagamente toda su situación—. Todo.

—No bebo estando de servicio.

—Usted SIEMPRE está de servicio. Ese es su problema. —Doy otro sorbo. El ardor es bueno. Familiar—. Tiene que aprender a relajarse, a divertirse, a soltarse el pelo. —Entorno los ojos hacia su corte militar—. Primero déjese crecer el pelo; luego, suélteselo.

—Lo consideraré.

—¿Eso fue un chiste? Ay, Dios mío. Anote esto. 4 a. m., el soldado hizo un chiste. Más o menos. Casi. Fue algo cercano a un chiste.

Me bajo del taburete para agarrar mi teléfono porque necesito música, necesito ruido, necesito algo más que este silencio opresivo y su presencia opresiva y mi propio cerebro opresivo…

Mi pie se engancha con nada. El mundo se inclina. Unas manos fuertes me atrapan, y por un segundo estoy presionada contra un pecho que es cálido y sólido y huele a canela, y luego me endereza como a un juguete que se tambalea.

—Lo siento —digo, y luego inmediatamente—: Espera, no. No lo siento. Usted está invadiendo mi hogar. Debería estar cayéndome sobre usted A PROPÓSITO como protesta.

—Lo tendré en cuenta.

Mis manos tiemblan demasiado para usar el teléfono. Se me cae. Él lo recoge, y me preparo para que confisque esto también, pero simplemente me lo devuelve. Nuestros dedos se rozan. Los suyos están firmes. Los míos no.

La música inunda el departamento. Fuerte. Con muchos bajos. Algo que puedo sentir en el pecho. Los pensamientos retroceden, solo un poco.

—¿Muy fuerte? —pregunto, pero no es realmente una pregunta.

—He escuchado cosas más fuertes.

—Déjeme adivinar. Zonas de guerra. Explosiones. Cosas muy masculinas.

—Algo así.

Me acurruco en mi rincón del sofá, aferrada al vodka como si fuera un peluche. Él sigue de pie. Por supuesto que sigue de pie. No creo que sepa cómo sentarse. Probablemente duerma de pie, como Mi caballo.

—¿Es usted un caballo?

—No.

—Se para como Mi caballo. Muy erguido. Muy… vertical.

—La mayoría de los humanos son verticales.

—Yo soy horizontal en este momento. Soy una rebelde. —No estoy horizontal; estoy algo diagonal, desplomada contra los cojines como un títere abandonado—. ¿Alguna vez simplemente… se acuesta? ¿Se permite ser un desastre? ¿Existe sin un propósito?

—No.

—Eso es triste. —Bebo más vodka—. Eso es lo más triste que he escuchado en mi vida. Debería intentarlo alguna vez. Ser un desastre. Es muy liberador.

—Paso.

—Usted se lo pierde. —Bostezo, enorme y nada refinada. El bajón está llegando. Puedo sentirlo: los bordes de todo volviéndose borrosos, la energía maníaca agotándose, dejando solo cansancio y el familiar dolor vacío—. Me voy a dormir. O a intentarlo. Usted debería… también dormir. En la habitación de invitados. Que es donde se quedará, supongo, ya que no se irá.

—Correcto.

—Es usted muy testarudo.

—Usted también.

—Sí, pero yo soy encantadora al respecto. —Me levanto pesadamente del sofá. El mundo se balancea, pero puedo hacerlo. He navegado borracha mis borracheras desde los diecisiete años. Memoria muscular—. No me asesine mientras duermo.

—No hay garantía.

Me detengo. Me giro. Él casi… CASI… parece que podría estar bromeando. Es difícil saberlo con las estatuas de la Isla de Pascua.

—¿Acaba de hacer otro chiste?

—Improbable.

—Es usted un misterio, Nico Rosetti. —Muevo una mano vagamente en su dirección—. Un misterio molesto, sentencioso y Creepresionante.

—Buenas noches, Marisol.

Es la primera vez que dice mi nombre. Solo mi nombre, sin el apellido, sin la formalidad. Suena diferente en su voz. Más suave. O tal vez sean las drogas y el alcohol hundiéndome finalmente.

—Buenas noches, mi caballo —digo, y me retiro a mi habitación antes de poder avergonzarme más.

El Xanax está en el gabinete de mi baño. Dos pastillas. Tal vez tres. Ya desarrollé tolerancia. Las tomo con agua del grifo, mirando mi reflejo en el espejo.

Criatura del pantano disco. Eso lo resume bastante bien.

Ni siquiera me quito el vestido. Simplemente caigo de cara sobre sábanas de seda que cuestan más que los autos de algunas personas y que probablemente huelan a champaña ahora porque definitivamente sigo teniendo champaña en el cabello.

Las pastillas empiezan a hacer efecto. Ese desvanecimiento familiar.

A través de la niebla, lo oigo moverse por mi departamento. No camina de un lado a otro; es demasiado decidido para eso. Está… haciendo algo. Revisando cerraduras. Evaluando. Siendo táctico.

Debería estar molesta. ESTOY molesta. Pero también…

Hay alguien despierto en mi espacio que no recibe un pago por ignorarme. Que contó mis tragos y cronometró mis descansos para ir al baño y me miró como si fuera un problema por resolver, sí, pero que también me miró.

Eso es lo que pasa en esta ciudad. Todo el mundo mira hacia otro lado. El portero, el personal, la gente que rumbea conmigo hasta las cuatro de la mañana; todos apartan la vista del desastre. Es más fácil así.

Él no apartó la vista.

No sé qué hacer con eso.

El Xanax me sumerge antes de que pueda descifrarlo. Lo último que pienso es: Canela. Huele a canela.

Y luego, mientras me hundo: ¿Por qué importa eso?

3 - Nico

He estado parado aquí durante tres minutos, viéndola respirar. No de una manera que haría que me arrestaran, sino de una manera que confirma que todavía es funcional. El leve subir y bajar de su pecho me indica que cualquier cóctel que haya mezclado anoche no ha detenido su sistema respiratorio. Por ahora.

No logró llegar a su habitación. El vestido dorado se le ha subido hasta la mitad del muslo, y está torcida en un ángulo que garantiza que se despertará sin poder girar la cabeza. Un pie descalzo toca el suelo. El otro está metido debajo de un cojín. Parece que cayó desde una gran altura y aterrizó aquí, un hermoso desastre de seda y rímel corrido.

Debería dejarla. Ella dejó clara la regla del dormitorio: fuera de los límites, prohibido entrar, ni siquiera si se está quemando. Pero si duerme así, se despertará con la columna vertebral como un signo de interrogación, y entonces no servirá para enfrentar cualquier amenaza que la esté rondando. Mantener el activo funcional es parte del trabajo. Eso es lo que me digo a mí mismo mientras cruzo hacia el sofá.

—Marisol —digo en voz baja, probando. Ella no se mueve. Intento de nuevo, más fuerte. Nada.

Está profundamente dormida. Es el tipo de inconsciencia que proviene de mezclar champaña con lo que sea que haya tomado en ese baño. El tipo que vuelve vulnerables a las personas.

Deslizo un brazo debajo de sus rodillas, el otro detrás de sus hombros. No pesa nada, todo es caos, codos afilados y tela costosa. Su cabeza cae contra mi pecho mientras la levanto, y murmura algo que no alcanzo a distinguir.

El camino hacia su habitación se siente más largo de lo que debería. Su puerta está entreabierta y la empujo con el hombro. El cuarto me golpea con su aroma: vainilla, coco, algo floral de fondo. Está concentrado aquí, impregnado en cada superficie. Hay ropa por

todas partes. Un sostén cuelga de una lámpara. Las joyas se enredan en el tocador como un caos costoso.

La deposito en la cama, e inmediatamente se encoge de costado, subiendo las rodillas. El movimiento es instintivo, protector. Incluso inconsciente, se está resguardando.

Su teléfono descansa en silencio sobre la mesa de noche. No hay notificaciones, lo que de alguna manera me inquieta más que si hubiera amenazas iluminando la pantalla. La ausencia de mensajes podría no significar nada. O podría significar que alguien está siendo cuidadoso.

Tiro del edredón de seda sobre ella, y suspira, hundiéndose más en la almohada. Sus labios se mueven, pero las palabras son un balbuceo. Podría ser “Creepresionante”.

Me quedo allí un momento, procesando. Me ha puesto un nombre. Inventó una palabra para mí. Me archivó en cualquier parte de su cerebro que clasifica el mundo a través del humor y el desvío.

Me retiro, cierro la puerta detrás de mí y me quedo en el pasillo tratando de entender por qué mi boca quiere curvarse hacia arriba.

Esto es un problema. No los nombres, esos son solo ruido. El problema es que casi sonrío.

Eso no sucede. No les sonrío a los clientes. No le sonrío al caos. Definitivamente no les sonrío a los desastres borrachos que huelen a vainilla e inventan palabras.

Necesito hacer dominadas hasta que este sentimiento desaparezca. Primero, unas pocas horas de sueño para poder funcionar mañana.

Las cinco de la mañana llegan como un sargento de instrucción, y mi cuerpo responde antes de que mi cerebro se conecte por completo. Las sábanas del cuarto de invitados son demasiado suaves. Algodón egipcio, probablemente. Todo en este apartamento es suave, excepto la mujer que es su dueña. Ella es puro borde afilado envuelto en seda.

El marco de la puerta sostiene mi peso sin quejas. Agarro la barra que instalé anoche mientras ella estaba inconsciente, siento la presión familiar contra mis palmas. Comienzan las dominadas. El conteo de hoy, empezando de cero.

Uno. Dos. Tres.

Sofía se fue hace veinticinco días. Los cuento como cuento las repeticiones, cada uno como un pequeño castigo. Ella eligió a Alexei

Volkov por encima de la sangre. Eligió el amor por encima de la familia. Una parte de mí lo entiende. La otra parte, la que la entrenó, la que la convirtió en algo capaz de sobrevivir, esa parte siente que fallé.

Cincuenta y uno. Cincuenta y dos.

¿La hice demasiado dura? ¿La alejé demasiado de quien debía ser? ¿O no la presioné lo suficiente, dejándola lo bastante blanda como para creer en cosas como el amor?

Ciento tres. Ciento cuatro.

Me arden los hombros, pero sigo adelante. Esta es mi meditación, mi oración, mi penitencia. Cuatrocientas veintitrés ayer. Hoy me esforzaré por más. Hoy me ganaré el agotamiento que hace imposible pensar.

Doscientos. Doscientos uno.

La unidad de aire acondicionado zumba, lo suficientemente fuerte como para ocultar pasos. Una vulnerabilidad. Cualquiera podría acercarse a su puerta sin que ella lo oyera. Lo archivo, otro riesgo que mitigar.

Movimiento en la estancia principal. Demasiado temprano para Marisol. No aparecerá antes del mediodía si sus patrones se mantienen. Me suelto de la barra, silencioso sobre mis pies descalzos, y me muevo a investigar.

No hay intrusos. Solo el apartamento mismo, contando su historia a través de los escombros.

Examino todo sistemáticamente. La cocina: siete botellas vacías de champaña alineadas en la encimera como soldados. El congelador contiene vodka, hielo y lo que alguna vez pudo ser comida, pero ha evolucionado en algo más. El refrigerador cuenta la misma historia. Más champaña, recipientes de comida para llevar realizando experimentos científicos, una triste lima que se ha rendido ante la vida.

La sala de estar: su bolso de mano sigue en el suelo, con el contenido esparcido. Recojo el labial, las tarjetas de crédito, y cuidadosamente no toco la pequeña bolsa que no es asunto mío.

Lo que más me interesa es la estantería. Las fotos tienen polvo, como si ya no las mirara y le hubiera ordenado a su empleada que no se acercara.

Una muestra a una mujer con los ojos color miel de Marisol y una sonrisa más suave. Su madre, según la estructura ósea. Hermosa de

esa manera que vuelve estúpidos a los hombres.

Otra foto me deja helado. Marisol, de unos diecisiete años, con una sonrisa genuina y brillante mientras se apoya en el hombro de un hombre joven. Cabello oscuro, ojos intensos, un brazo protector alrededor de ella. Su hermano, supongo. Esto es el antes: antes de que la madre muriera, antes de lo que sea que lo envió al sacerdocio, antes de que ella empezara a ahogarse cada noche.

Se ven felices. Reales. Nada parecidos al desastre que cargué a la cama hace cuatro horas.

Estudio la foto, tratando de reconciliar a esta chica con la mujer que conocí anoche. Algo la rompió. Algo específico y devastador, más allá de solo perder a su madre. Tal vez la ausencia del hermano es una herida por la que todavía sangra. Los hermanos ausentes pueden causar eso, pienso, con la mente volando hacia Sofía.

Un movimiento en la azotea me llama la atención a través de los tragaluces. No hay amenaza, solo pájaros matutinos. Pero me recuerda que hay todo un nivel más que asegurar.

La piscina privada de la azotea está impecable. Intacta. El agua refleja el cielo de antes del amanecer sin una sola onda. Tumbonas caras que nunca han sostenido un cuerpo. Una cocina exterior que nunca ha visto comida.

Tiene una piscina que nunca usa. En Miami. En un penthouse diseñado en torno a las vistas al agua.

Anoche evitó mirarla. De la misma manera que evita el silencio, evita la quietud, evita estar lo suficientemente sobria como para sentir aquello de lo que huye.

Entiendo la estrategia. Diferentes métodos, la misma guerra. Yo agoto mi cuerpo hasta que mi mente se apaga. Ella agota su mente hasta que su cuerpo se rinde. Ambos huyendo de fantasmas, solo que en direcciones opuestas.

Once de la mañana. La puerta del dormitorio se abre como una confesión.

Parece que la muerte se fue de juerga. Túnica de seda apenas atada, el maquillaje de anoche creando arte abstracto bajo sus ojos, el cabello desafiando varias leyes de la física y posiblemente amenazando a las aeronaves cercanas.

Me mira entrecerrando los ojos como si yo fuera personalmente responsable de la existencia de la luz del día. Se arrastra hacia la

cocina con la coordinación de una jirafa recién nacida. Se detiene cuando me ve en su isla, comiendo huevos.

El silencio se prolonga. Cuento: tres segundos, cuatro, cinco…

—Mi caballo vive —su voz suena como si hubiera hecho gárgaras con gravilla.

—Buenos días.

—¿Lo son? ¿Son buenos? —gesticula vagamente hacia toda su existencia—. Porque siento como si alguien me hubiera raspado del suelo de un club nocturno y me hubiera reanimado mal.

—También tienes ese aspecto.

Suelta una carcajada, genuina, sorprendida, y de inmediato se sujeta la cabeza. —Ay. Nada de risas. Las risas están canceladas. No tienes permiso de ser gracioso.

—No estaba siendo gracioso.

—Eso lo hace peor —se dirige a la cafetera como si fuera una operación militar compleja. Se queda mirándola—. ¿Por qué ya hay café?

—Yo lo hice. A las cinco.

—¿A las cinco de la MAÑANA? —se gira para mirarme, horrorizada—. Esa no es una hora real. Es un mito. Las cinco de la mañana es lo que pasa cuando te quedas despierta hasta tarde, no cuando te levantas.

—Es real. Te la pasaste durmiendo.

Se sirve café con manos temblorosas, lo bebe negro, hace una mueca como si el café la hubiera traicionado personalmente. —Este es café de castigo. Este café me odia.

—Es café militar.

—Por supuesto que lo es. Hasta tu café está enojado y sin alegría —toma otro sorbo de todos modos, una masoquista con una taza—. Espera. ¿Tú me llevaste a la cama?

Mantengo mi rostro neutral, tomo otro bocado de huevos.

Ella entorna los ojos. —Recuerdo el sofá. Definitivamente me desmayé en el sofá. Y ahora me desperté en mi cama. EXPLÍCATE.

—Estabas en una posición de sueño subóptima.

—¿Me CARGASTE? ¿A mi HABITACIÓN? ¿La habitación que está PROHIBIDA?

—Estabas inconsciente. La restricción no parecía aplicar.

—¡SIEMPRE aplica! ¡Eso es lo que significa prohibido! —pero se está sonrojando bajo el desastre de su maquillaje, y hay algo en su

voz que no es exactamente enojo—. Tú simplemente… me alzaste y… como si…

—Como un activo que necesitaba ser reubicado en una posición más adecuada.

—UN ACTIVO —deja la taza con demasiada fuerza, salpicando café—. Ahora soy un ACTIVO.

—Siempre has sido un activo. Por eso estoy aquí.

—Soy una PERSONA, pedazo de ridículo… —agita las manos, buscando un insulto que no llega—. Eres una… una BANANA TÁCTICA.

Parpadeo. Proceso. —¿Banana táctica?

—¡Tengo RESACA! Mis insultos no están funcionando bien. ¡Pero ya sabes a qué me refiero! —agarra un cruasán de una bolsa en la encimera—. No puedes simplemente cargar a la gente sin su consentimiento. Hay REGLAS.

—Tú pusiste reglas. Tu dormitorio estaba prohibido. No especificaste nada sobre protocolos de reubicación de personas inconscientes.

—PROTOCOLOS DE REUBICACIÓN DE PERSONAS INCONSCIENTES —levanta las manos, esparciendo migas de cruasán como confeti—. No puedo creer que esta sea mi vida ahora. Tengo una Banana Táctica en mi cocina hablando de protocolos de reubicación de personas inconscientes a las… —revisa el reloj del microondas—. ONCE DE LA MAÑANA, que también es demasiado temprano, para que conste.

—Anotado.

—¿Te estás riendo de mí?

—No.

—Tu cara está haciendo algo. Es MUY SUTIL, pero está haciendo algo.

—No sé a qué te refieres.

—Estás disfrutando esto. Estás disfrutando verme sufrir —me señala con lo que queda del cruasán—. Eres un sádista. Un sádista sin alegría, que hace café y reubica inconscientes.

—También anotado.

Termina de demoler el cruasán. Busca alrededor más carbohidratos que atacar. Empujo un plato hacia ella, el desayuno que pedí más temprano a través del servicio de conserjería del

edificio. Tuve que planear con anticipación ya que su refrigerador no contiene nada más que champaña y moho.

Mira el plato como si pudiera contener explosivos. —¿Qué es esto?

—Comida.

—Puedo VER que es comida. ¿Por qué está aquí? ¿Tú… tú me pediste el desayuno?

—Necesitas comer. Once copas de champaña y quién sabe qué más, nada sólido en tu sistema.

—Realmente las contaste. —Se deja caer en el taburete frente a mí, todavía sospechando, pero toma un trozo de pan tostado—. Esto es raro. Toda esta situación es rara. Lo sabes, ¿verdad? No eres normal.

—Me lo han dicho.

—¿Quién?

—Todo el mundo.

Ella suelta una risa nasal, luego hace una mueca de dolor. —Está bien. Está bien. Si vamos a hacer esto, si no puedo librarme de ti, necesitamos reglas. Reglas DE VERDAD. No tus vacíos legales de reubicación de personas inconscientes, banana táctica.

—Te escucho.

Se endereza, intentando mostrar autoridad a pesar de que parece haber perdido una pelea contra un tornado. —Regla uno: Mi habitación está fuera de los límites. REALMENTE fuera de los límites. Incluso si estoy inconsciente. Incluso si me estoy quemando. Llamas a la puerta. ESPERAS. No me llevas a ninguna parte sin mi consentimiento verbal explícito.

—¿Y si realmente te estás quemando?

—Entonces lanzas agua desde el UMBRAL.

—Eso parece ineficiente.

—ESAS SON LAS CONDICIONES. —Agita la tostada para enfatizar—. Regla dos: No comentas sobre lo que como, bebo o consumo de cualquier otra forma.

—No.

—¿Perdón?

—Mi trabajo es mantenerte viva. Comentaré sobre cualquier cosa que dificulte ese trabajo.

—Tu TRABAJO… —Toma un respiro visible, sometiendo su temperamento—. Bien. Puedes COMENTAR. Pero no puedes

DETENERME. Soy una adulta.

—Debatible.

—Voy a fingir que no dijiste eso porque es antes del mediodía y no he tomado suficiente café para cometer un asesinato. —Alcanza la cafetera y sirve más castigo en su taza—. Regla tres: Te disculpas cuando eres un imbécil.

—Eso parece razonable.

—Lo es. Soy una persona razonable.

—También debatible.

—¿Qué acabo de DECIR sobre ser un imbécil?

—Que debería disculparme. Lo haré, cuando lo sea.

Me lanza una mirada fulminante. Sostengo su mirada. Algo chisporrotea entre nosotros. No es calor, exactamente, sino fricción. Como el pedernal y el acero antes del fuego.

—Regla cuatro —digo yo, sumándome a este protocolo de creación de reglas—. Me dices si algo se siente mal. Incluso si no puedes explicarlo.

La energía de manía disminuye ligeramente. —¿Por qué?

—Porque alguien organizó que yo estuviera aquí. Alguien cree que estás en peligro. Hay una amenaza de la que quizás no seas consciente.

Por un momento, la máscara de chica fiestera se resbala por completo. Debajo hay alguien cansado y asustado y dolorosamente joven.

—Mi padre —dice ella en voz baja—. Solo es él preocupándose. Porque está… enfermo. Y cuando él no esté, los buitres acecharán.

No se da cuenta de que acaba de confirmar lo que sospechaba. Alguien está esperando a que Jorge Delgado muera. Alguien lo suficientemente cercano como para importar.

—Tal vez. Pero dímelo de todos modos. Si algo se siente mal.

Ella sostiene mi mirada, y veo que toma una decisión. Elige confiar, solo un poco.

—Bien —dice—. Te lo diré.

Su teléfono suena, destrozando el momento. La transformación es instantánea, la alegría vuelve a encenderse como si alguien hubiera accionado un interruptor.

—¡Tío Cesar! —Todo su cuerpo cambia, la tensión se funde en calidez—. No, estoy bien… Lo sé, me fui temprano porque… hubo una situación…

Me lanza una mirada, y no finjo que no estoy escuchando. Cada palabra importa. Cada reacción es un dato.

—Papá envió a alguien. Un guardaespaldas. De Chicago. Los Rosetti… Sí, lo SÉ… Es muy grande y está muy enojado y cuenta cuántos tragos tomo, es muy Creepresionante… —Se ríe de algo que él dice—. Ay, basta, tío, estoy BIEN. Estaré en el club esta noche… Lo prometo… Yo también te quiero.

Hay algo en el tono de Cesar, una nota que he escuchado antes en hombres que vigilan a las mujeres demasiado de cerca. Lo archivo junto a la forma en que la sujetó por demasiado tiempo en el club anoche. Los patrones se están formando.

Termina la llamada y algo se ha calmado en ella. La voz de Cesar es un punto de referencia, un ancla. La forma en que se ilumina con él, la forma en que caen sus hombros; esta es alguien en quien confía plenamente.

—Es cercano a ti —observo—. Tu tío.

—Él es el único que… —Se detiene. Reconsidera sus palabras—. Él se quedó. Cuando todos los demás se fueron. Él se quedó.

Las palabras caen como piedras en mi pecho. Lo archivo: el hambre desesperada en ella por alguien que se quede. La forma en que recompensa la lealtad con confianza ciega. Es una vulnerabilidad lo suficientemente grande como para atravesarla con un camión.

—Necesito ducharme —anuncia de repente—. Tengo trabajo real que hacer hoy, lo creas o no. Intenta no reordenar tácticamente mi baño mientras no estoy.

—Sin garantías.

Se detiene a mitad del paso. Se gira. Me mira con algo parecido al asombro.

—¿Acabas de hacer un chiste?

—Poco probable.

—Lo HICISTE. Van dos. Anótalo. "Día uno de Mi caballo viviendo conmigo, intenta tener humor".

Desaparece en su habitación y saco mi teléfono. El mensaje encriptado para Marco es breve: Contacto establecido. Objetivo asegurado. Instalado en la residencia. Alto riesgo de autodestrucción, baja conciencia externa. Confía en todos. Atento a amenazas.

La respuesta de mi hermano mayor es inmediata: Mantenla con vida. Actualización en 48 horas. Atento a movimientos cuando muera Jorge.

Cuarenta minutos después, emerge transformada. El desastre ha desaparecido, reemplazado por alguien que podría adornar portadas de revistas. Cabello peinado en ondas elegantes que captan la luz como oro hilado. Maquillaje impecable, el arte abstracto reemplazado por líneas precisas y sombras sutiles que hacen que sus ojos parezcan aún más color miel. Lleva un vestido blanco entallado, la tela se aferra de formas que hacen que se me tense la mandíbula. Los tacones de diseñador le añaden siete centímetros de altura, casi alcanzando la mía. Los aretes de diamantes captan la luz como pequeñas armas.

—Te ves diferente —digo.

—Eso se llama higiene. Deberías probarlo alguna vez. —Agarra un bolso lo suficientemente grande como para traficar cuerpos—. Voy a La Sirena. Hay reuniones. Cosas aburridas de negocios. Lo odiarás.

—Me las arreglaré.

En la puerta, hace una pausa. La armadura se desliza, solo por un momento.

—Me llevaste a la cama —dice. No es una pregunta.

—Sí.

—¿Por qué?

Considero varias respuestas. Me decido por la verdad táctica. —Habrías despertado con la movilidad comprometida. Fue práctico.

—Claro. Práctico. —Ella asiente—. Protocolos de reubicación inconsciente.

—Exactamente.

Pero me está mirando con esos ojos color miel, y hay algo complicado allí. Algo que me oprime el pecho.

—Eres raro, Mi caballo —dice finalmente—. Pero tal vez no... el peor.

—Un gran elogio.

—Que no se te suba a la cabeza. —Abre la puerta con más fuerza de la necesaria—. Intenta seguirme el ritmo.

Camina hacia el ascensor como si encabezara un desfile, todo confianza y caderas oscilantes y la determinación de un guerrero de fingir que todo está bien. La sigo a tres pasos, viéndola navegar por el pasillo con tacones que podrían servir como armas. No revisa las esquinas. No nota el punto ciego de la cámara cerca de la escalera. Hábitos de civil que podrían matarla si las amenazas se materializan.

Veinticinco días desde que Sofia se fue. Día uno de vivir realmente con la chica fiestera que inventa palabras y establece reglas que probablemente romperá y me llama Mi caballo como si fuera un apelativo cariñoso. Me ha puesto apodos. Múltiples apodos. Eso tiene que significar algo, aunque no estoy seguro de qué. Probablemente que confía con demasiada facilidad, demasiado rápido.

El ascensor llega y ella entra, ocupando más espacio del que su cuerpo requiere. Es un talento, esa habilidad para llenar una habitación, para hacer que todo orbite a su alrededor incluso cuando se está desmoronando.

—Me estás mirando —dice sin mirarme.

—Estoy evaluando.

—Es lo mismo. —El ascensor desciende y ella estudia su reflejo en las paredes espejadas—. ¿Parezco alguien que puede dirigir una reunión de negocios?

—Pareces alguien que podría dirigir un país pequeño.

Ella se gira, sorprendida. —¿Eso fue un cumplido?

—Una observación.

—Viniendo de ti, lo tomaré como un cumplido. —Las puertas se abren al vestíbulo y ella sale—. Intenta no asustar a nadie en el club. Algunos de nosotros realmente tenemos que trabajar con esta gente después de que regreses a Chicago y a tus flexiones enojadas.

La sigo por el vestíbulo, procesando sus palabras. Después de que me vaya. Ya está planeando mi ausencia, ya se está protegiendo de que alguien más se vaya.

El portero la saluda con la cabeza. —Que tenga un maravilloso día, señorita Delgado.

—Igualmente, Eduardo. Este es mi sombra. Estará por aquí. Procure que no lo intimide.

—Por supuesto, señorita Delgado.

Afuera, el calor de Miami golpea fuerte. Ella no se inmuta, solo se pone unas gafas de sol de gran tamaño y levanta la mano para pedir un taxi. Al parecer, Carlos no trabaja por las mañanas. Uno aparece de inmediato, otro talento de las mujeres hermosas en vestidos caros.

—Sabes —dice mientras nos deslizamos en el asiento trasero—, he estado pensando.

—Peligroso.

—Grosero. Pero probablemente acertado. —Le da al conductor la dirección de La Sirena—. He estado pensando por qué Marco Rosetti enviaría a su mejor soldado a cuidarme.

—Nunca dije que fuera el mejor.

—No tuviste que hacerlo. Es obvio. La forma en que te mueves, la forma en que observas todo, la forma en que contaste mis tragos desde el otro lado de una habitación llena de gente. —Se gira para mirarme, e incluso detrás de las gafas de sol, puedo sentir que me estudia—. Entonces, ¿por qué desperdiciaría a alguien como tú conmigo?

—Estás conectada a intereses comerciales.

—Mentira. —La palabra es alegre, como si comentara sobre el clima—. Soy un desastre que posee un club nocturno. Hay algo más en esto.

Es demasiado inteligente. Incluso con resaca, incluso interpretando a la chica fiestera, ve ángulos que otros pasan por alto.

—Tal vez me está castigando —digo.

—¿Por qué?

No respondo. No puedo hablarle de Sofía, de mi fracaso, de veinticinco días de dominadas que no han arreglado nada.

—O —continúa ella—, tal vez no te está castigando. Tal vez está tratando de ayudarte.

—¿Haciéndome cuidar a un tornado de Tattinger?

Ella sonríe. —¿Me estás dando un apodo lindo? Estoy conmovida. —El taxi se detiene frente a La Sirena.

Se baja antes de que yo pueda responder, dejándome pagando al conductor y preguntándome si Marco hizo exactamente lo que ella sugiere. Si me envió aquí no como castigo o misión, sino como algún tipo de prueba. O cura.

No, estoy aquí porque él le debe algo a Jorge Delgado. Punto.

La sigo hacia el club, viéndola transformarse de nuevo mientras se acerca a la entrada. Hombros hacia atrás, sonrisa brillante, toda una dueña en lugar del desastre que llevé a la cama hace ocho horas. Es buena en esto, en las máscaras, en la actuación.

Pero me puso apodos. Me llamó "no el peor". Me dejó entrar en su espacio, aunque se resistió.

La sigo a través de la puerta y la veo aceptar una bebida de algo rosado, y suspiro.

4 - Marisol

No duré ni un carajo antes de romper mis propias reglas. ¿Nada de comentar lo que consumo? Estoy a punto de entrar a mi club con resaca. ¿Nada de cargarme sin consentimiento? Secretamente espero que me atrape cuando inevitablemente me tambalee con estos tacones.

La Sirena se ve diferente a la luz del día, despojada de su glamur dorado, con todos los huesos expuestos y su potencial a la vista. También la amo así, quizás más. Sin la bruma del champán y las luces del escenario, es solo un hermoso edificio antiguo que recuerda las risas de mi madre. Anoche puse reglas. Hoy siento que las estoy rompiendo todas con el solo hecho de dejar que él me siga hasta aquí, al santuario de mi madre.

Entro por la puerta del personal con Nico pisándome los talones como la sombra más enojada del mundo. La cocina huele a lima y sofrito, anclándome en algo real. El caos familiar ya vibra con el trabajo de preparación, y me lanzo a mi rutina habitual: calidez genuina envuelta en chistes terribles.

—¡Miguel! —Rodeo con mis brazos al chef principal, que tolera mi afecto con una paciencia resignada—. Hombre hermoso. Dime que hiciste esas cositas de cangrejo que tanto me gustan.

—No hasta esta noche, Srta. Delgado. —Sus ojos se desvían hacia Nico—. Ay, mija, vas a volver loco a este pobre hombre con tus chistes.

—Este es mi gárgola de apoyo emocional. —Señalo con un gesto grandioso el rostro de piedra de Nico—. Está aquí para asegurarse de que no me divierta. Nunca.

La boca de Miguel tiene un leve espasmo. Nico no reacciona. Considero esto un desafío personal. Detrás de esos hombros tan anchos y ese cabello tan corto debe haber un destello de personalidad, solo tengo que encontrarlo.

Atravieso la cocina hacia los pasillos traseros, saludando a todos por su nombre. Carmen, la bartender, recibe un choque de palmas.

Roberto, el conserje, recibe preguntas sobre el partido de fútbol de su nieto. Cada presentación de Nico se vuelve más ridícula.

—Este es el agente del gobierno asignado para monitorear mi consumo de champán.

—Mi ladrón de alegría designado por el tribunal.

—La prueba de que el universo tiene un sentido del humor terrible.

El personal está divertido. Nico permanece inmutable. Definitivamente voy ganando.

Mi mano recorre la pared mientras caminamos, los dedos encontrando surcos e imperfecciones familiares. Este lugar me da una estabilidad que no puedo explicar. Mi madre ayudó a construir La Sirena desde la nada. Su voz en ese escenario, su visión en cada detalle dorado. Cuando toco estas paredes, casi recuerdo lo que se sentía estar completa.

—Conoces a todo el mundo —observa Nico mientras subimos las escaleras hacia el nivel del entrepiso.

—Me corresponde conocerlos. —Las palabras salen más serias de lo que pretendía—. Este lugar… no es solo un club. Es…

Me detengo. Él no necesita que exponga mis traumas como si fueran pruebas.

—Es de tu madre.

Lo miro sorprendida. —¿Cómo supiste…?

—Por la forma en que tocas todo. Como si te estuvieras asegurando de que todavía es real.

Por un momento, ninguno de los dos habla. Él ve demasiado, este hombre que es una banana táctica.

—Bueno —digo, animándome a la fuerza—, prepárate para aburrirte con esa mentalidad militar que tienes. Tengo verdaderos asuntos que manejar. Ya sabes, números, contratos y cosas de adultos.

—Trataré de contener mi emoción.

¿Eso fue… eso fue casi humor? ¿De la estatua de piedra?

—¿Acabas de hacer otro chiste?

—Poco probable.

Pero hay algo en sus ojos. No es exactamente calidez, pero tampoco es hielo.

La puerta de la oficina de Logan está abierta, y puedo verlo observar nuestra llegada a través de las paredes de cristal. Impecable

como siempre en su traje de diseñador, sin corbata, luciendo como si debiera estar dirigiendo Wall Street en lugar de limpiar los desastres de la heredera más problemática de Miami. Su rostro siempre parece recién impreso, como si nada tan ordinario como el sudor o el sueño pudiera mancharlo. Con cada cabello rubio en su lugar, el saco de su traje entallado como una segunda piel, Logan emana esa clase de precisión que hace que las imperfecciones se escabullan de la habitación. Excepto yo. Yo entro pavoneándome.

—El desastre pródigo regresa —dice cuando entramos, pero hay afecto bajo el sarcasmo—. Y trae… compañía.

Logan está sentado en el borde de su escritorio, con una postura perfecta, su enfoque de ojos azules calibrado a nuestra presencia como un sistema de puntería.

La energía territorial entre Logan y Nico es inmediata. Dos alfas midiéndose mientras yo estoy entre ellos como un director de orquesta del caos. Puedo notarlo en la forma en que la mano de Nico se desplaza hacia donde estaría su arma. Está clasificando a Logan en categorías: aliado u obstáculo a eliminar.

—Pórtense bien, muchachos. —Me dejo caer en una silla, dándole una vuelta porque no puedo evitarlo—. Hay suficiente desastre para repartir. Logan, conoce a Nico, mi nuevo guardián. Nico, conoce a Logan, el verdadero adulto que mantiene este lugar funcionando mientras yo perfecciono el arte de la vergüenza pública.

Logan entrecierra los ojos. —Rosetti. Tu padre envió a un Rosetti. —Se vuelve hacia mí—. ¿Por qué ahora? ¿Qué sabe Jorge que no nos está diciendo?

La pregunta aterriza en un lugar incómodo, pero la desvío con destreza. —Tal vez solo quiere asegurarse de que su hija desastrosa no implosione por completo antes de que él…

Me detengo. No puedo decirlo.

La expresión de Logan se suaviza por un momento, luego se endurece de nuevo al mirar a Nico. —Si le haces daño…

—No lo hará. —Las palabras me sorprenden tanto a mí como a ellos—. Él es más del tipo de “quedarse ahí y juzgar en silencio”. Una ética de trabajo muy protestante.

Le robo a Logan su pluma favorita de su escritorio, solo para molestarlo. Se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta.

—Devuélvela, Marisol.

—Oblígame.

—Tengo tres reuniones para ti esta tarde. Tienes que encargarte de ellas si quieres mantener las luces encendidas.

Un golpe de realidad entregado sin una sonrisa. Giro la pluma entre mis dedos, sintiéndome repentinamente agotada. Me mantengo entera con cinta adhesiva mental y puro despecho. Cada palabra se siente como cristal en mi garganta, pero sigo sonriendo porque eso es lo que hace el sol. Brilla incluso cuando se está muriendo por dentro.

—Está bien. Pero me quedo con la pluma.

La primera reunión es con Celeste, nuestra estrella de los viernes por la noche, que quiere el doble de su tarifa actual. La negocio hasta un aumento del veinte por ciento más dos servicios de botella de cortesía por espectáculo, encantándola con elogios sobre su última actuación mientras me mantengo firme en los números. Mis manos tiemblan ligeramente mientras firmo el contrato. Solo son residuos químicos saliendo de mi sistema. Nada más.

La segunda es un problema con un proveedor. Dominique Williams, nuestro distribuidor de whisky, afirmando que estamos atrasados con los pagos. Lo manejo con una llamada telefónica que es mitad coqueteo con su gerente de cuentas, mitad amenaza sutil sobre llevar nuestro sustancial negocio a otra parte. Logan asiente con aprobación. Nico observa desde la esquina, absorbiéndolo todo.

La tercera hace que mi estómago se revuelva.

Dos bartenders, atrapados robando de la caja registradora. Seguridad tiene las grabaciones. Están en la oficina de Logan, suplicando e inventando excusas.

—Los quiero a los dos —digo, y lo digo en serio—. Pero quiero más a La Sirena. Vacíen sus casilleros.

En el mundo de mi padre, robar significaba perder más que el trabajo. Tienen suerte de que yo solo entregue cartas de despido y no soluciones definitivas.

Se van llorando. Odio esta parte. A veces tengo que mostrar los colmillos, pero siempre me deja un sabor a cobre.

Mis manos tiemblan más ahora. Intento tomar el vaso de agua en el escritorio de Logan y lo derribo de inmediato; el agua se esparce sobre los contratos de los proveedores.

Antes de que nadie pueda reaccionar, Nico está ahí. Pone una servilleta en mi mano, su cuerpo bloqueando la vista de Logan, moviendo los papeles con rapidez. Como si hubiéramos estado

haciendo este baile por años en lugar de dos días. Su colonia inunda mis sentidos cuando se inclina cerca. Cuero sobre canela. Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro pueda detenerlo, inclinándose hacia su proximidad como una planta hacia la luz del sol.

—Torpe —digo, intentando parecer ligera.

—Pasa —responde él, siguiendo con la limpieza. No hay juicio en su voz. Solo una simple aceptación.

Sus manos rozan las mías mientras ambos buscamos más servilletas, y el contacto envía un calor directo a mi centro. Inapropiado. Completamente inapropiado. Pero a mi cuerpo traicionero no le importa lo que es apropiado.

Logan finge no notar la forma en que me tiemblan las manos mientras ayudo a limpiar. Todos fingimos. Es más fácil así.

Después de las reuniones, necesito un momento. Logan está discutiendo protocolos de seguridad con Nico, y yo escapo al salón principal.

Gunner está en su oficina, un término generoso para el depósito convertido que sirve como cuartel general de seguridad. Ocupa todo el marco de la puerta cuando se pone de pie, con sus casi dos metros de intimidación tatuada y llena de cicatrices. Solía tenerle terror, como la mayoría de la gente, pero es un gatito, en serio. Solo que uno de apariencia monstruosa.

—Pequeño tiburón —dice, y el apodo de la infancia me pega diferente ahora. Me llama así desde que yo tenía diecisiete años y me encontró llorando en esta misma habitación después de que mamá murió—. Oí que trajiste a un amigo.

—Más bien una niñera muy estirada. —Señalo a Nico, que ha aparecido detrás de mí con ese silencio inquietante que ha perfeccionado—. Gunner, conoce a Nico. Nico, conoce a la única persona en Miami más aterradora que tú.

El reconocimiento entre ellos es instantáneo. Los soldados conocen a los soldados, incluso en guerras diferentes. Gunner extiende una mano enorme, y se estrechan una vez, con firmeza, toda una conversación contenida en ese único apretón.

Luego Gunner asiente. Solo una vez. Aceptación. El tipo de asentimiento que dice: servirás, hermano, la mantendrás a salvo cuando yo no pueda.

—¿Están teniendo un momento? —exijo—. ¿Debería irme? ¿Tal vez quieren comparar historias de guerra o luchar o lo que sea que

hagan los hombres grandes y silenciosos para divertirse?

La boca de Gunner tiene un espasmo, lo cual viniendo de él es prácticamente una carcajada histérica. —Es sólido.

—¿Sólido? ¿Eso es todo? ¿Esa es toda tu evaluación?

Otro espasmo. Nico casi parece divertido. Hay algo en la forma en que están parados, ambos, como si ya hubieran establecido un perímetro a mi alrededor sin discutirlo.

—Ustedes dos son imposibles —declaro, pero algo se asienta en mi pecho. Si Gunner lo aprueba, tal vez pueda dejar de resistirme tanto a esto.

Me dirijo al escenario principal donde se encuentra el piano, pulido y perfecto. El piano de mamá, aunque ahora nadie lo toca excepto algún músico ocasional. Me siento en el banco, no para tocar. Ya no recuerdo cómo hacerlo. Solo para estar tranquila.

Mis dedos revolotean sobre las teclas. Mamá me enseñó "Clair de Lune" en este banco; sus manos guiaban las mías. Ahora ni siquiera recuerdo qué tecla es el do central. Otra cosa que he ahogado en Dom Perignon. La memoria muscular de la belleza, desaparecida.

El club está tranquilo a esta hora del día. Solo la preparación del personal y el sonido distante de la ciudad más allá de estos muros. Mis ojos se elevan hacia el nivel del entrepiso, hacia las puertas que puedo ver desde aquí.

Las salas privadas.

Tercera puerta a la izquierda.

La Sala Calipso.

Mi pulso se acelera al recordar. Han pasado ocho años desde que estuve ahí arriba. Ocho años desde que encontré a Gabriel con el cuerpo, desde que lo ayudé a limpiar la sangre, desde que me hice cómplice de algo que todavía no entiendo del todo. Esas habitaciones han permanecido selladas bajo mis órdenes. Incluso Logan no lo cuestiona.

Incluso desde aquí, juro que puedo oler un jazmín fantasma, saborear el miedo metálico en mi boca.

La sensación me golpea de repente: ojos puestos en mí. Observando. Calculando.

No es Nico. Sé dónde está él ahora, una nueva conciencia que me dice que está a tres metros a mi izquierda sin necesidad de mirar. No es el personal. Es algo más. Alguien más.

La sensación recorre mi piel como agua helada, poniéndome la piel de gallina a pesar del calor sofocante de Miami. Esto es familiar. La misma sensación que tuve cuando tenía dieciocho años, justo antes de encontrar a Gabriel con el cuerpo. Mi cuerpo recuerda el peligro incluso cuando mi mente finge olvidar.

Examino las mesas vacías, las sombras entre los reservados. Nada. Solo mi imaginación desbocada de nuevo, paranoia por tantas sustancias abandonando mi sistema a la vez.

Pero el sentimiento persiste. Esa sensación de hormigueo de ser estudiada, cazada.

Mi piel se eriza y vuelvo a mirar la puerta de la Sala Calipso. Cerrada, como siempre. Sellada por ocho años.

Aun así, la sensación de ser observada habita en mi cuerpo.

—Quiero irme a casa.

Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía. Me pongo de pie abruptamente, el banco del piano chirría contra el suelo. Nico se materializa a mi lado, captando el cambio en mi energía.

—¿Qué pasó?

—Nada. Estoy cansada.

Él estudia mi rostro, y sé que no me cree. Pero no insiste. —Está bien. Vámonos.

El viaje en auto es silencioso al principio. Miro por la ventana el resplandor de Miami pasando de largo, todo sol y posibilidades que de repente se sienten falsas. Mi piel todavía hormiguea con esa sensación de ojos invisibles.

Él se mueve en su asiento y su muslo roza el mío. El contacto es breve, accidental, pero de todos modos el calor se acumula en mi vientre. Aprieto las piernas y miro con más fijeza por la ventana.

—Estuviste bien hoy.

Me giro, segura de haber oído mal. —¿Qué?

—Las reuniones. El personal. Sabes lo que haces.

Un cumplido. De parte de la nube de tormenta. No sé qué hacer con eso.

—Soy la dueña del lugar. Debería saber lo que hago.

—Poseer algo y entenderlo no es lo mismo.

Las palabras quedan flotando entre nosotros mientras las proceso. Tiene razón, por supuesto. Mucha gente hereda cosas que no entiende, que no puede manejar. Pero yo conozco cada centímetro

de La Sirena, el nombre de cada empleado, el margen de cada proveedor.

—¿Te sientes bien? —Intento bromear pero fallo—. ¿Tienes fiebre? ¿Debería llamar a un médico?

—Soy capaz de observar.

—¿Una observación que no es una crítica? Eso definitivamente es síntoma de algo.

Su boca vuelve a tener ese amago de espasmo. Luego su voz baja, suave pero insistente: —Algo te asustó en el club, antes de que quisieras irte.

Intento desviarlo. —Te lo dije. Cansancio.

—Estabas pálida. Diferente a esta mañana. No era por la falta de químicos. Era miedo.

—¿Cómo podrías saber…?

—He visto el miedo. Sé cómo se ve.

Él no va a dejar pasar esto. Y tal vez de eso se trataba la Cuarta Regla. Decirle cuando algo se siente mal, incluso cuando ya no confío en mis propios instintos.

—¿Alguna vez has sentido que alguien te observa? ¿Incluso cuando no hay nadie?

Su expresión no cambia, pero algo varía en su postura. —Sí.

—¿Significa algo? ¿O es solo… paranoia? Cosas de un cerebro roto.

—En mi experiencia, el cuerpo sabe antes que la mente. Si te sentiste observada, probablemente lo estabas.

Un escalofrío me recorre a pesar del calor de Miami. Me abrazo a mí misma, sintiendo frío de repente.

—Probablemente no fue nada. El club es viejo. Estoy cansada. Demasiados fantasmas en ese lugar.

—Tal vez. Pero me dirás si vuelve a pasar.

No es una pregunta. Asiento, demasiado cansada para discutir. El peso de ser observada todavía se siente pesado sobre mis hombros, dándome ganas de revisar los espejos, las ventanas, cualquier lugar donde unos ojos pudieran esconderse.

Llegamos a mi edificio y el conductor nos deja en la acera. A través de las puertas de cristal, veo a Eduardo en su puesto en el lobby, y nos saluda con su habitual ceguera profesional ante mi estado mientras pasamos. El viaje en ascensor se siente eterno.

Cuando finalmente llegamos a mi departamento, me dirijo directamente a mi habitación.

—Buenas noches —digo sin mirar atrás.

—Son las seis de la tarde.

—Buenas noches, Nico.

Me recuesto en mi cama, todavía con el vestido puesto, mirando el techo. Normalmente a esta hora ya llevaría tres copas de champán, quizás un Xanax de postre. Pero algo sobre hoy, sobre el cumplido de Nico, sobre demostrar que puedo manejar mis asuntos incluso cuando me tiemblan las manos, me hace querer intentar algo diferente.

Una noche. Puedo pasar una noche sobria.

Es más difícil de lo que debería. Cada sonido se siente demasiado fuerte. Cada pensamiento demasiado claro. Por eso bebo, por eso tomo pastillas, por eso me mantengo en movimiento. Porque en la quietud, en la claridad, los fantasmas vienen a llamar.

Cierro los ojos, deseando dormir sin ayuda química. Por primera vez en meses, el sueño realmente llega.

El sueño es vívido, visceral.

Tengo dieciocho años otra vez, parada en el umbral de la Sala Calipso. El papel tapiz azul con patrones plateados. La alfombra blanca. Gabriel de rodillas junto al cuerpo, con el rostro como una máscara de horror que nunca le había visto, ni antes ni desde entonces.

—Mari —su voz se quiebra—. No quise… ella simplemente dejó de respirar… no sé qué pasó…

Sus labios azules. La forma en que su cuerpo yace retorcido, un brazo extendido como si estuviera tratando de alcanzar algo. Aire. Ayuda. Vida.

—Te ayudaré —me oigo decir. Mi voz suena lejana, como si perteneciera a otra persona—. Está bien. Te ayudaré. Arreglaremos esto.

Pero no lo arreglamos. Lo encubrimos. Gabriel huyó al sacerdocio, y yo empecé a ahogarme cada noche, y la Sala Calipso permaneció sellada con sus secretos.

Me despierto jadeando a las 3 de la mañana, con las sábanas empapadas de sudor, el corazón acelerado como si hubiera estado corriendo. La oscuridad me oprime, y por un momento no recuerdo dónde estoy. Ni cuándo estoy.

Entonces lo escucho. Movimiento a través de la pared. Pasos, deliberados y medidos. Nico, despierto en la oscuridad.

Él está haciendo guardia.

El banana táctica que cuenta mis tragos y me atrapa cuando tropiezo y oculta mis manos temblorosas está despierto a las 3 de la mañana, velando por un desastre que no se lo merece.

Debería parecerme espeluznante. En cambio, acerco mi almohada y dejo que el sonido de sus pasos me arrulle de nuevo hacia el sueño. Por primera vez en ocho años, no me siento completamente sola con mis fantasmas.

5 - Nico

Han pasado cuatro horas desde que desapareció en su habitación. Cuatro horas de mí fingiendo dormir mientras intento escuchar cualquier peligro que nunca llega. Luego, a las 3 a. m., un grito corta el silencio como una cuchilla atravesando seda.

Mantente fuera. Su habitación está fuera de los límites. Esa era la regla. Pero su grito atraviesa el protocolo como metralla a través del Kevlar, y cruzo su puerta antes de que mi cerebro alcance a mi cuerpo.

Se agita entre sábanas de seda, arañando demonios invisibles. La habitación me golpea con su aroma: vainilla, coco, el fantasma del perfume de anoche. Pero no puedo procesar nada de eso porque se está desgarrando los brazos, trazando líneas rojas con sus uñas cuidadas.

—¡Gabriel! ¡Gabriel, no!

—Marisol —digo su nombre con firmeza, como un comando militar. Sin respuesta. —¡MARISOL!

Tiene los ojos abiertos, pero no me ve. Está en otro lugar, atrapada en un recuerdo, y las palabras que brotan de sus labios hacen que algo violento se enrosque en mi pecho.

—Gabriel, ¿qué HACEMOS?

Le sujeto las muñecas, inmovilizándolas para detener la autodestrucción. Ella lucha contra mí con una fuerza sorprendente, todo es pánico salvaje y energía desesperada. Su camisón de seda, casi inexistente —odio notar eso—, se sube mientras ella forcejea. Su cuerpo contra el mío se siente mal. Demasiado suave donde yo soy ángulos duros, demasiado cálido donde yo soy frío.

Solloza, todavía perdida en cualquier horror que la tenga prisionera. —Hice lo que dijiste, pero ella no quiere, ella no...

—Marisol. Despierta. Ahora.

Algo en mi voz logra penetrar. Parpadea, enfoca la vista, me ve. Realmente me ve. Sujetando sus muñecas en su habitación, en su

espacio privado, rompiendo cada regla que ella misma estableció.

Por un latido, la confusión nubla sus ojos color miel. Luego, la realidad regresa de golpe.

Se aparta bruscamente como si la hubiera quemado, retrocediendo hacia la cabecera. Su pecho sube y baja con cada respiración, y mantengo mis ojos en su rostro, no en la forma en que la seda se aferra a curvas que no debería estar notando.

—Fuera —su voz suena ronca por los gritos—.

—Estabas teniendo una pesadilla—.

—Dije que te VAYAS.

—Estabas gritando el nombre de Gabriel. Y algo sobre una mujer —.

Su rostro pierde todo el color. Una presa atrapada por los faros. Cualquier muro que mantiene durante el día ha desaparecido.

Alguien la lastimó. Alguien hizo que tuviera tanto miedo. Me pican las manos por agarrar mi Glock, un nombre, alguien a quien castigar.

—No fue nada. Solo una pesadilla. La gente tiene pesadillas —sus manos tiemblan mientras se sube la sábana hasta la barbilla—. Por favor. Solo vete—.

El "por favor" me detiene. Tres días de desafío, de bromas sobre la banana táctica y energía maníaca, y nunca antes había dicho «por favor».

Retrocedo hacia la puerta, pero no me voy del todo. Me quedo en el umbral observando cómo intenta recomponerse.

—Estaré en la cocina. Si necesitas...—.

—No lo necesitaré.

—Si necesitas —repito—. Y dejo la puerta entreabierta.

Mi teléfono vibra exactamente a las 6 a. m. Marco.

—Estado —dice sin preámbulos—.

—Estable. Físicamente.

—Eso no fue lo que pregunté.

Me apoyo contra la encimera de la cocina, con una mano sobre la Glock que puse a mi lado. A través de las ventanas, el amanecer de Miami pinta el cielo en tonos de violencia: el rojo sangrando hacia el naranja, el naranja hacia el dorado. —Es un desastre, Marco. Pesadillas. Pánico. Patrones de autodestrucción. ¿Estás seguro de que su padre sabe lo que está pidiendo?—.

—Jorge se puso en contacto personalmente —la voz de Marco conlleva ese peso particular que significa que esto es más grande de lo que sé—. Una vieja alianza. Tenemos una inversión significativa en sus operaciones, no solo en el club. Cuando dice que las personas que deberían protegerla están comprometidas, yo escucho—.

—¿Comprometidas cómo?

—Su círculo íntimo. Alguien cercano, alguien de confianza. No dirá nombres, pero quería a alguien inmune a la manipulación, el encanto o el soborno. Alguien que viera venir las amenazas antes de que llegaran—.

Mi mente viaja al mensaje de Gunner. Algo anda mal con la gente de César. —¿Algún movimiento de los rivales? ¿La familia Zayas?—.

—Están rondando. La enfermedad de Jorge les ha hecho oler sangre —Marco hace una pausa—. ¿Por qué? ¿Estás viendo algo?—.

—Nada concreto. Instinto—.

—Tus instintos te mantuvieron vivo durante dos misiones. Confía en ellos—.

—Envía a alguien más —digo, aun sabiendo que es inútil—. A cualquier otro. Yo debería estar en Chicago—.

—Tú eres en quien confío para esto—.

—Con Sofia fuera, las necesidades de seguridad…—.

—Sofia tomó su decisión —su voz se vuelve fría, luego se suaviza —. Está con Volkov. Eso ya pasó—.

—Lo sé—.

—¿En serio? Porque has sido un fantasma durante un mes, Nico. Cada habitación de la propiedad te recuerda a ella. Su silla en la cena. Los tapetes de entrenamiento donde ambos practicaban. No te estoy castigando al enviarte a Miami. Te estoy dando distancia—.

La verdad de sus palabras me golpea como una evaluación táctica que he estado evitando. Un mes de contar los días. Un mes de preguntarme si rompí a mi hermana al hacerla demasiado dura, si la convertí en un arma que no podía amar, o si siempre fue lo suficientemente fuerte para elegir y simplemente yo no pude verlo.

Sofia también tenía pesadillas después de que nuestro padre murió. Le enseñé a enterrarlas, a convertirse en acero. Miren cómo terminó. Enterró todo tan profundo que tuvo que irse para encontrarlo de nuevo.

—Ella no es Sofia —dice Marco, leyendo mi silencio—. No la conviertas en un reemplazo—.

—¿Qué se supone que significa eso?—.

—Significa que te conozco. No pudiste salvar a Sofia de lo que sea que la impulsó hacia Volkov, así que intentarás salvar a alguien más. Solo asegúrate de estar viendo a Marisol Delgado, no una segunda oportunidad de redención—.

La llamada termina antes de que pueda discutir. Me quedo mirando el teléfono y luego la Glock a su lado. Marco ve demasiado, mi hermano mayor. Siempre lo ha hecho.

Guardo el arma en la funda al oír movimiento en su habitación. Pasos suaves, una puerta cerrándose, agua corriendo. Está despierta. Funcional. Eso es algo.

Emerge al mediodía como una sonrisa con armadura, con cada pieza de su coraza defensiva perfectamente en su lugar. El vestido veraniego es suave, floral; nada parecido a su pintura de guerra habitual. Se le resbala un tirante por el hombro, revelando algo de encaje debajo, y tengo que forzar mi atención hacia la ventana, las salidas, cualquier cosa que no sea la piel dorada que está mostrando.

—¡Mi caballo! ¿La barra de dominadas ya presentó cargos por agresión? ¿Debería conseguirte un abogado? Conozco a uno bueno, pero solo maneja incidentes relacionados con la champaña—.

—Tenemos que hablar sobre lo de anoche—.

—No hay nada de qué hablar —estira la mano hacia una taza en un estante alto, y el vestido se le sube por los muslos. Sigo el movimiento sin querer: el largo de sus piernas, la forma en que la tela se ciñe. Miro hacia otro lado. Cuento las losetas del techo. Me recuerdo los parámetros de la misión—. Las pesadillas ocurren —continúa ella—. Muy normal. Muy aburrido. No vale la pena discutirlo—.

—Marisol…—.

—¡Mira la hora! Probablemente debería comer algo. O beber algo. O literalmente cualquier cosa excepto tener esta conversación—.

Está actuando con tal intensidad que casi puedo ver el reflector sobre ella. Habla todo el día, en constante movimiento, ruido constante, llenando cada silencio antes de que las preguntas puedan formarse. No está bebiendo —lleva dos días sobria ahora— y sin el alcohol sus manos tiemblan más, su energía es más maníaca, más desesperada.

La observo moverse por el penthouse, catalogando la forma en que su cuerpo corta el espacio. El vaivén de sus caderas. La energía

nerviosa en sus gestos. Detente. Esto no es vigilancia. Esto es algo más. Algo peligroso.

La noche llega como un peso. No quiere salir, dice que está cansada, pero ambos sabemos que es más que eso. El penthouse se siente demasiado pequeño con ambos adentro; ella caminando de una habitación a otra mientras yo observo desde las esquinas, desde los umbrales. Siempre observando. Diciéndome a mí mismo que es profesional.

Intenta ver la televisión; se rinde a los cinco minutos. Intenta leer; lanza el libro al otro lado de la habitación. Intenta cocinar y de alguna manera quema el agua, y se ríe como si fuera hilarante, cuando en realidad es simplemente triste.

—¿Te molesta? —pregunta de repente. Ahora lleva unos shorts de seda y una camisa enorme que se le resbala continuamente por un hombro, revelando la curva de su cuello, la delicada arquitectura de su clavícula—. ¿Estar atrapado aquí conmigo?—.

—Es mi trabajo—.

—Eso no fue lo que pregunté—.

No respondo porque la verdad es clasificada, incluso para mí mismo. La forma en que se mueve por el espacio como si estuviera luchando contra la gravedad. La forma en que su aroma ha invadido todo hasta que siento el sabor de la vainilla al respirar. La forma en que me mira a veces, como si yo pudiera ser algo más que el soldado asignado para mantenerla con vida.

Activo. Misión. Nada más.

La medianoche llega y su inquietud empeora, la energía maníaca se agria en algo más oscuro.

—No puedo hacer esto —se pasa las manos por el cabello—. No puedo estar aquí. No puedo estar quieta. No puedo estar sobria. No puedo cerrar los ojos porque cada vez que lo hago, vuelvo allí. En esa habitación con Gabriel y…—.

Se detiene. Se da cuenta de lo que está diciendo.

—Marisol. ¿Qué pasó con tu hermano?—.

—Necesito aire—.

Sale disparada, no hacia la puerta principal sino hacia arriba, hacia la azotea. La sigo porque eso es lo que hago ahora. La sigo a sus pesadillas y a las azoteas y a través de los restos de lo que sea que esté sobreviviendo. Mi mano comprueba la Glock. Instinto. Siempre instinto.

La piscina brilla bajo la luna, agua perfectamente quieta que ella nunca toca. Se detiene en el borde, abrazándose a sí misma, y la parte táctica de mi cerebro nota la vulnerabilidad: azotea abierta, múltiples líneas de visión, imposible de asegurar. La otra parte, la que intento silenciar, solo la ve a ella. Temblando. Rompiéndose.

El agua está perfectamente inmóvil, la luna pintando de plata la superficie. Miami se extiende debajo de nosotros, todo neón y promesas, pero ella solo tiene ojos para el agua. El olor a cloro se mezcla con su perfume de vainilla, con el aire salino de la bahía.

—Mi madre me enseñó a nadar —dice sin mirarme—. En el océano. Todas las mañanas antes del amanecer, cuando era pequeña —.

Espero. Dejo que las palabras fluyan. El aire fresco de la noche le eriza la piel de sus brazos desnudos.

—Decía que el agua era donde se sentía más cerca de Dios. Por eso me llamó Marisol. Mar y sol. Quería que yo fuera ambas cosas—.

—¿Ya no nadas? ¿Cuándo dejaste de hacerlo?—.

—Cuando ella murió —su voz se quiebra—. Hace ocho años. Ocho y medio, en realidad. El agua se sentía como ella, y estar en ella se sentía como... ahogarse con su fantasma—.

—¿Y no has vuelto a entrar desde entonces?—.

—No—.

—Pero sigues viviendo aquí. Sigues viniendo a sentarte junto a la piscina—.

Se encoge de hombros. —Pensé que algún día sería lo suficientemente valiente. Pero cada vez que la miro, veo su rostro. Y luego veo...—.

Se abraza a sí misma con más fuerza, y algo en mi pecho se aprieta. El tráfico distante zumba abajo; la ciudad que nunca duerme proporciona un ruido blanco para su confesión. Se abraza aún más fuerte, y veo cómo se forma: el pánico, la espiral, el colapso.

—¿Qué más ves?—.

—Nada—.

—Dijiste "Gabriel" mientras dormías. Dijiste que había una chica —.

—Detente—.

—¿Dijiste que lo ayudaste a arreglar algo, Marisol?—.

Las palabras surgen de su garganta como un desgarro. —Sí —las palabras caen como cuerpos rígidos—. Y lo que hicimos..., lo que le

ayudé a hacer..., ¡NO PUEDO!

Se quiebra. Las palabras salen a borbotones, como agua a través de una represa.

—Mi hermano perfecto, adorado, a quien todo el mundo ama, a quien mi madre elogió con su último aliento... y no puedo hablar de esto, NO PUEDO...—.

El ataque de pánico la golpea como una tormenta. Jadea, hiperventilando, con las manos arañándose el pecho como si intentara atravesarlo para llegar a sus pulmones. Se tambalea, casi cae a la piscina; la atrapo, tirando de ella hacia atrás, pero ya no está allí, está perdida en cualquier horror que viva en su memoria.

—No puedo respirar..., Gabriel..., no puedo..., ella no despertaba...

—Estás bien. Estás aquí. Mírame—.

Pero no puede. Está luchando por un aire que no llega, arañándose el cuello ahora. Intento de todo: su nombre, contar las respiraciones. Técnicas de anclaje de demasiadas noches con soldados perdidos en sus propias mentes. Nada funciona. Se está ahogando en el recuerdo, y yo la veo hundirse.

Cae en una espiral más profunda, su rostro se pone pálido, sus labios se tornan azules.

Cada protocolo que he aprendido grita en contra de lo que estoy a punto de hacer. No tocas a los activos. No cruzas las líneas. Mantienes la distancia profesional a toda costa.

Esto es un error. Tocarla es un error. Pero se está muriendo frente a mí y ya he visto suficiente muerte. Ella no. No bajo mi guardia.

El beso no es una decisión. Es desesperado, táctico. Mi cuerpo moviéndose antes de que mi cerebro lo procese.

Sujeto su rostro con ambas manos y estrello mi boca contra la suya.

No es suave. No es romántico. Es un choque para el sistema, un cable de alta tensión para cortar la espiral, la desesperación hecha carne. Sus labios son suaves bajo los míos, con sabor a lágrimas y terror y algo dulce debajo que hace que mi pecho se apriete de formas que no puedo permitirme.

Se queda helada. Completamente. Deja de respirar, deja de arañar, lo detiene todo.

Luego, jadea contra mi boca, y el aire entra atropelladamente en sus pulmones en una sola inhalación desesperada. Sus manos dejan de arañar su cuello y, en cambio, agarran mi camisa, apretando la tela como si yo fuera lo único sólido en un mundo que se inclina.

Me separo lo suficiente para ver sus ojos. Ya está aquí, presente, viéndome a mí en lugar de a los fantasmas. Su pecho sube y baja contra el mío, su corazón martillea tan fuerte que puedo sentirlo a través de nuestra ropa.

—Respira —le digo.

Lo hace, de forma temblorosa y entrecortada, pero real.

—Otra vez—.

Otra respiración, más estable.

—Bien. Sigue así—.

Nos quedamos así, ella aferrada a mi camisa, mis manos aún enmarcando su rostro, los cuerpos presionados de una forma que no debería registrar, pero lo hago: su suavidad contra mi pecho, el calor de su piel, la forma en que encaja conmigo como si hubiera sido diseñada para ello.

Detente. Solo es un activo. Una misión.

Los latidos de su corazón pasan gradualmente de la velocidad de un colibrí a simplemente estar acelerados. El pánico retrocede como la marea baja, dejándola exhausta y temblorosa, pero respirando, respirando, respirando.

—Me besaste —su voz está deshecha—.

—Te estabas asfixiando—.

—Eso no es… los ataques de pánico no suelen… no puedes simplemente besar a alguien para que se cure—.

—Funcionó, ¿no?—.

Casi se ríe. Casi. Sale como algo entre un sollozo y una rendición. —Estoy tan cansada, Nico. Estoy tan malditamente cansada de tener miedo todo el tiempo—.

—Lo sé—.

—No. No sabes lo que hice. Lo que le ayudé a hacer—.

—Entonces cuéntame—.

Sacude la cabeza, pero no se aparta. Al contrario, se inclina más hacia mí, y cada punto donde su cuerpo toca el mío se siente como una brecha en mis defensas.

—No, no puedo—.

—Está bien—.

—¿Está bien? —Se aparta lo suficiente para mirarme, confundida —. ¿Eso es todo? ¿Sin interrogatorios? ¿Sin una evaluación táctica de mi estado psicológico?—.

—Cuando estés lista. Estaré aquí—.

Me mira como si hubiera hablado en una lengua extraña. —¿Por qué?—.

—Porque yo no miro hacia otro lado. ¿Recuerdas?—.

Algo cambia en sus ojos. Como si me estuviera viendo por primera vez.

La acompaño hasta la puerta de su habitación, con su mano en la mía. No me ha soltado desde la piscina, como si yo fuera el ancla que la sujeta al presente.

—Rompiste la regla —dice frente a su puerta—. Dos veces ya. Mi habitación y luego… el beso—.

—Puedes reportarme a la gerencia—.

—No creo que los besos tácticos estén en tu contrato—.

—Probablemente no—.

Me mira y hay algo frágil en su expresión. —¿Fue solo táctico? ¿El beso?—.

Podría mentir. Debería mentir. Mantener los límites claros. No he besado a nadie en tres años, y cuando ella no podía respirar, yo tampoco podía hacerlo.

—No sé qué fue —digo, lo cual es casi la verdad.

—Eso no es muy reconfortante—.

—No soy una persona reconfortante—.

—No —concuerda ella, y algo cambia en su mirada, algo más cálido, más peligroso que el pánico—. Pero estás aquí. Eso es algo—.

Asiente como si eso tuviera sentido, aunque ambos sabemos que no lo tiene. —Buenas noches, Mi caballo—.

—Buenas noches, Marisol—.

Entra en su habitación y cierra la puerta con un sonido suave como un susurro. Me quedo en el pasillo con su sabor aún en mis labios. Sal de las lágrimas, algo dulce debajo. Vainilla tal vez, o simplemente ella.

Debería ir a la habitación de invitados. Mantener la distancia. Recordar lo que ella es: un activo. Una misión. La hija de alguien más en la guerra de alguien más.

En cambio, me dejo caer al suelo frente a su puerta, apoyando la espalda contra la pared. La Glock presiona contra mi cadera, un

recordatorio de lo que soy. De lo que se supone que es esto.

A través de la puerta, silencio. Sin pesadillas. Sin forcejeos. Sin gritos sobre Gabriel. Quizás finalmente esté durmiendo. Quizás esté acostada despierta, tocándose los labios, preguntándose qué diablos acaba de pasar.

Las palabras de Marco resuenan: *Ella no es Sofia. No la conviertas en un reemplazo.*

No lo es. No se parece en nada a Sofia. Mi hermana era hielo y acero, un arma que ayudé a forjar. Marisol es caos y luz de sol y algo roto que sigue intentando florecer a pesar de todo.

No es un reemplazo. Es algo completamente distinto.

Y sentado aquí, custodiando un umbral que ya he cruzado dos veces, saboreando sus lágrimas en mis labios, me doy cuenta de que he dejado de contar los días desde que Sofia se fue.

6 - Marisol

Llevo veinte minutos mirando fijamente sus antebrazos.

Me desperté al mediodía con su nombre en los labios y humedad entre los muslos, luego lo evité durante dos horas hasta que me arrinconó en la cocina con esa voz de mando: —Vístete. Nos vamos—. Sin explicaciones. Sin preguntar. Solo ese tono que hace que discutir sea inútil.

Ahora está manejando, con una mano en el volante y la otra descansando sobre la palanca de cambios, y no puedo dejar de observar cómo se flexionan sus músculos cuando gira. Las venas que resaltan contra su piel bronceada. La forma en que sus dedos se aferran con una seguridad casual, como si todo lo que toca le perteneciera.

Anoche me besó. Su boca estuvo sobre la mía, sus manos en mi rostro, y ahora actúa como si nunca hubiera pasado. Como si no hubiera probado mis lágrimas ni tragado mi pánico ni me hubiera hecho sentir a salvo por primera vez en ocho años.

De vuelta a la rutina de felicidad fingida. Es más seguro que esta cosa cruda y deseosa que se ha apoderado de mi cuerpo.

—Te me quedas viendo —dice sin mirarme.

—Estoy evaluando amenazas. Deberías estar orgulloso.

—Mi brazo no es una amenaza.

—Toda tu existencia es una amenaza para mi cordura.

Hay una pequeña contracción en la comisura de su boca, esa que estoy aprendiendo que significa que está luchando por no sonreír.

—¿A dónde vamos? —pregunto, desesperada por cambiar el tema de sus devastadores antebrazos.

—Fuera.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a recibir.

—No puedes simplemente secuestrarme, pedazo de banana táctica. Hay leyes.

—Te subiste al auto por voluntad propia.

—Porque usaste tu voz de soldado. Tu voz de «ya he decidido y la resistencia es inútil».

—Yo no tengo una voz.

—Tienes diecisiete voces. Está la voz de evaluación táctica, la voz de desaprobación de mis decisiones de vida, la voz de contar mis tragos…

Me detengo a mitad de mi divagación cuando se desvía de la carretera principal hacia un tramo más tranquilo. El paisaje cambia, los edificios ceden el paso a las palmeras y a destellos de azul entre el verde. Se me oprime el pecho.

—Nico.

—¿Qué?

—Es el océano.

—Soy consciente.

—Me trajiste al OCÉANO.

Se detiene en un estacionamiento pequeño junto a un tramo de playa que no reconozco, rocoso por un lado y arenoso por el otro, más privado que los puntos turísticos. —Mencionaste que solías nadar. Con tu madre.

Las palabras aterrizan suaves y devastadoras. Escuchó. A las dos de la mañana, cuando me estaba desmoronando junto a la piscina, escuchó cada pieza rota que le ofrecí y la guardó. Y ahora me trajo aquí porque… ¿por qué? ¿Porque cree que necesito enfrentarlo? ¿Porque quiere arreglarme?

—No puedo entrar al agua —digo, con la voz más débil de lo que pretendía.

—No te pedí que lo hicieras.

Nos quedamos al borde del área de estacionamiento y el océano se extiende ante nosotros como un recuerdo hecho realidad. El sonido llega primero: las olas contra la arena, ese ritmo antiguo que no me he permitido escuchar en ocho años. Luego el olor: salitre, algas y algo indefiniblemente vivo que me cierra la garganta.

La voz de mi madre flota en mi mente: *El agua es donde vive Dios, mija. ¿Puedes sentirlo?*

Me quito las sandalias sin pensar. La arena está tibia entre mis dedos, familiar y extraña a la vez.

—No puedo entrar —repito.

—No tienes que nadar. Puedes simplemente… estar cerca.

Algo se quiebra en mi pecho. Este hombre imposible, este soldado de cara de piedra que cuenta mis tragos y juzga mis elecciones, me trajo al océano porque le dije que lo extrañaba.

Caminamos por la orilla en silencio. Las olas lamen mis pies y lo permito, apenas; el agua fría me besa los dedos antes de retirarse. Cada caricia es una pequeña victoria y un desamor más pequeño.

—Ella solía cantar en el agua —digo de repente, el recuerdo golpeando agudo y dulce—. Rihanna. Mi madre. Flotaba de espaldas durante horas, inventando canciones sobre las nubes, los pájaros, la forma en que la luz golpeaba las olas. Decía que el océano era su orquesta y ella solo intentaba seguir el ritmo. Me enseñó a flotar antes de que pudiera nadar bien. Decía que si confiabas en el agua, ella te sostendría. Nos acostábamos allí juntas, ella cantando, yo intentando estar tan quieta como ella. Nunca pude. Siempre tenía que estar moviéndome, pateando, salpicando —Me río, pero suena mal—. Ella decía: «Mija, peleas con el agua como si fuera tu enemiga. Deja que sea tu amiga».

—¿Entonces es tu amiga?

Me mofo. —El agua no sostiene a nadie. Solo quita.

Lo miro de reojo. Su camiseta negra lo muestra todo: la amplitud de sus hombros, la forma en que su pecho se estrecha hacia su cintura, las sombras de los músculos que se desplazan cuando se mueve. Hay tatuajes en su brazo derecho. Insignias militares, fechas que probablemente significan algo terrible. Sin pensar, estiro la mano, mis dedos casi rozando la tinta, y luego retiro la mano de golpe.

—Tus hombros también son amenazantes —suelto, cubriendo mi casi contacto con una evasiva.

—¿Amenazantes cómo?

—Son muy… anchos. Y musculosos. ¿Lanzas a la gente a menudo?

—Solo en ocasiones especiales.

—¿Ves? No puedo saber si estás bromeando.

—Yo no bromeo.

—Literalmente acabas de… —dejo de caminar, estudiando su perfil—. Te estás burlando de mí.

—Improbable.

Pero hay algo en sus ojos cuando me mira, algo más cálido que su evaluación habitual. Por un momento, creo que podría besarme de nuevo. Mi corazón se detiene. El aire entre nosotros se espesa.

Luego mira hacia otro lado. —Deberíamos regresar pronto.

Quiero gritar. Quiero agarrar su estúpidamente perfecto rostro y exigirle saber qué significó lo de anoche. En cambio, solo asiento e intento no dejar que vea cuánto me escuece su rechazo.

—No puede ser. Vos sos Marisol Delgado.

La voz viene de detrás de nosotros y me tenso de inmediato. Un tipo de veintitantos años se acerca, todo bronceado dorado y shorts de baño caros, el tipo de hombre que trata la playa como su reino personal.

—Te he visto en La Sirena —continúa, acercándose. Demasiado cerca—. Probablemente no te acuerdes de mí.

No lo hago. Todos se mezclan: los hombres con su servicio de botellas y sus manos errantes y su suposición de que mi caos significa consentimiento.

—Mis amigos y yo tuvimos una mesa para mi cumpleaños el mes pasado. Bailaste sobre ella —Su sonrisa se vuelve lasciva—. La puta mejor noche de mi vida.

Quiero desaparecer. De todos los momentos para que mi realidad me alcance, de todos los recordatorios de quién he sido. El desastre, el juguete de la fiesta, la chica que hará cualquier cosa por llamar la atención.

—Nos vamos —digo, pero él ya está estirando el brazo.

Su mano no solo toca mi brazo. Se desliza desde mi codo hasta mi cintura, los dedos extendiéndose posesivamente contra mis costillas. —Ay, vamos. Déjame invitarte a un trago. Hay un lugar cerca.

Lo que sucede después toma tres segundos.

Nico se mueve más rápido que el pensamiento. Un momento el tipo me está tocando, al siguiente Nico lo tiene por la garganta. Sin previo aviso. Sin palabras. Solo violencia, repentina y absoluta.

Arrastra al tipo hacia donde la playa se vuelve rocosa, donde las olas rompen contra la piedra dentada. El tipo intenta pelear. Está en forma, probablemente piensa que es rudo. Pero contra Nico no es nada. Un muñeco hecho de carne y malas decisiones.

El lanzamiento es brutal.

Nico lo arroja hacia las rocas donde el agua se agita blanca con fuerza. El sonido de la carne golpeando la piedra me hace estremecer: un golpe húmedo y sordo que me excita cuando no debería. El tipo choca contra los bordes irregulares y las olas lo

golpean inmediatamente de vuelta contra ellos. Sale jadeando, sangrando de la cabeza, gritando.

—¡Lo siento! ¡Lo siento, no sabía que era suya!

Nico observa en silencio.

El tipo intenta agarrarse de algo, de lo que sea, pero las rocas están resbaladizas por las algas y afiladas como vidrio roto. Cada intento de salir le abre nuevos cortes en las manos. El aroma metálico de la sangre se mezcla con el aire salino, y puedo saborear el cobre en mi lengua como si fuera yo la que está sangrando.

—¡Por favor! ¡Mierda, por favor, ayúdeme!

Y Nico solo observa.

Se para en la orilla con las manos a los costados, observando la destrucción con fría satisfacción. Las olas siguen empujando al extraño contra las rocas; la naturaleza misma conspira en su castigo. La arena caliente me quema los pies mientras la espuma fría de su lucha salpica mi piel.

Esto es lo que Nico es, me doy cuenta. Bajo la disciplina y el protocolo, bajo el cuidadoso control. Este es el soldado. El arma. El monstruo que mi padre contrató para mantenerme a salvo.

Esto es por lo que mi padre paga. No solo por protección. Por propiedad. El derecho de destruir a cualquiera que cruce las líneas invisibles a mi alrededor.

Debería estar horrorizada. Una persona normal estaría horrorizada.

Estoy mojada.

Todo mi cuerpo se sonroja con un calor que no tiene nada que ver con el sol de Miami. Hay un dolor entre mis piernas, un pulso que coincide con mi corazón acelerado. Estoy viendo a este hombre hermoso y terrible destruir a alguien por el crimen de tocarme, y en lo único que puedo pensar es en cómo se sentirían esas manos en mi cuerpo.

Finalmente, el tipo logra arrastrarse hasta la playa, sollozando, sangrando, alejándose de nosotros como un animal herido.

Nico se vuelve hacia mí, con su expresión inalterada. Calmo. Controlado. Como si no acabara de casi matar a alguien con sus propias manos.

—¿Lista para irnos?

Lo miro fijamente, incapaz de articular palabras. Él camina de regreso hacia el auto, y después de un momento de estar allí

prácticamente vibrando de excitación y conmoción, lo sigo.

—Pediré el almuerzo cuando regresemos —dice casualmente, abriéndome la puerta.

La normalidad de esto hace que mi cabeza dé vueltas. Hablar del almuerzo después de lo que acaba de pasar.

En el auto, el silencio se extiende entre nosotros como algo vivo. No puedo dejar de verlo: el lanzamiento, la sangre, la fría satisfacción en sus ojos mientras veía a ese hombre romperse contra las rocas.

—Así que —logro decir finalmente—, eso pasó.

—Sí.

—Simplemente… lanzaste a un hombre contra las rocas.

—Sí.

—Porque me tocó.

—Sí.

—¿Y no vas a dar una explicación? ¿A disculparte? ¿A decir literalmente cualquier cosa sobre lo que acaba de pasar?

—No.

Una risa brota de mí, aguda e histérica. El duende del caos se despierta, desesperado por encontrarle sentido a esto.

—Está bien. Genial. Así que viajo con alguien que lanza personas contra las rocas. Eso es normal. Está totalmente bien. ¿Es esto un pasatiempo? Tipo: «¿Cuáles son tus intereses, Nico?». «Oh, disfruto hacer dominadas y LANZAR HOMBRES CONTRA PIEDRAS DENTADAS».

Él no responde, solo sigue manejando con esa calma desesperante.

—¿Tienes una reseña en Yelp? «Cinco estrellas, definitivamente lo contrataría para lanzar a mis enemigos al océano. Muy minucioso. Excelente selección de rocas».

Sigue sin decir nada.

—¿De verdad no me vas a dar nada aquí?

Me mira de reojo, apenas un destello de esos ojos avellana. —Él te tocó.

—Los hombres me tocan todo el tiempo.

—Ya no más.

Dos palabras. Eso es todo. Secas, seguras, absolutas. No son una amenaza ni una promesa. Solo un hecho.

El calor en mi vientre se intensifica. Aprieto mis muslos, tratando de aliviar el dolor, pero solo lo empeora. Cada bache en el camino

envía una sensación a través de mí. Estoy excitada y perturbada y no sé qué hacer con ninguno de los dos sentimientos.

Podría haber matado a ese hombre. Lo habría hecho, tal vez, si el océano no hubiera estado allí para terminar el trabajo. Y lo habría visto suceder con la misma calma que muestra ahora.

—Estás loco —susurro—. Lo sabes, ¿verdad?

—Probablemente.

—Ese hombre podría presentar cargos.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tendría que admitir que un solo hombre lo lanzó al océano. Su ego no sobreviviría a eso.

Tiene razón, por supuesto. A hombres así, su orgullo les importa más que la justicia.

Miro por la ventana, tratando de controlar mi cuerpo. Pero sigo viéndolo: la violencia eficiente, la completa certeza de que tenía el derecho de destruir a cualquiera que tocara lo que era suyo.

Ya no más.

Estoy en graves problemas. Esto no es un capricho ni atracción ni ninguna palabra segura para lo que me está pasando. Esto es algo más oscuro, más hambriento. Quiero que me toque con esas mismas manos que acaban de destruir a alguien. Quiero que me reclame con la misma certeza brutal.

En el momento en que estemos de vuelta en el penthouse, necesito espacio. Distancia. Algo.

—Necesito ir a mi habitación —tartamudeo, prácticamente corriendo por el pasillo.

—Son las dos de la tarde.

—Ya sé qué hora es, Nico.

Cierro la puerta y le echo llave, apoyando la espalda contra la madera, respirando con dificultad como si hubiera estado corriendo. A través de la pared, lo escucho moverse por el departamento. Calmo. Metódico. Como si no acabara de cometer violencia por mí. Como si mi mundo entero no acabara de cambiar de eje.

Siento la piel demasiado tensa, demasiado caliente. Cada nervio está disparándose, enviando señales que no puedo ignorar. Me deslizo por la puerta hasta quedar sentada en el suelo, tratando de controlarme.

Pero no puedo dejar de verlo. La forma en que se movió, sin vacilación, sin duda. La forma en que observó sangrar a ese hombre con satisfacción. La forma en que dijo «ya no más» como si estuviera reclamando la propiedad de mi cuerpo sin siquiera tocarlo.

Mi mano se mueve entre mis piernas sin pensamiento consciente. A través de mi vestido, a través de mi ropa interior, puedo sentir lo mojada que estoy. Empapada. Chorreando. Por verlo lastimar a alguien.

¿Qué me pasa?

Presiono mis dedos contra mí misma y un gemido se me escapa antes de que pueda detenerlo. Me muerdo el labio con fuerza, rogando que no pueda oírme a través de la puerta. Lo último que necesito es que sepa lo que me ha hecho.

Pero no puedo parar. Mis dedos encuentran su ritmo, rodeando mi clítoris a través de la tela mientras mi otra mano me tapa la boca para ahogar cualquier sonido. Pienso en sus manos, esas manos fuertes y violentas. Pienso en él agarrándome de la misma manera en que agarró la garganta de ese hombre. Pienso en estar a su merced.

—Nico —susurro contra mi palma—.

Me vengo en menos de un minuto, todo mi cuerpo estremeciéndose con la fuerza de ello. Mi cuello se arquea y mis ojos se cierran con fuerza, y por un momento no puedo respirar, no puedo pensar, no puedo hacer nada más que sentir.

Cuando las réplicas se desvanecen, me quedo sentada en el suelo de mi habitación, con el vestido subido, la ropa interior empapada, la vergüenza y el deseo luchando en mi pecho.

Mis manos siguen temblando; no por el orgasmo, sino por todo lo de antes. Todavía puedo oír el golpe húmedo del cuerpo de ese hombre contra la roca. Todavía puedo oler el cobre de la sangre mezclándose con el aire salino. Una persona normal estaría llamando a la policía ahora mismo. Una persona normal estaría aterrorizada del hombre que camina afuera de su puerta.

Pero yo no.

Él me ha arruinado.

Esa es la única explicación. En cuatro días, este hombre banana táctica ha destruido completamente mi capacidad de funcionar. Me ha mostrado violencia y ternura, control y caos, y de alguna manera ha hecho que lo ansíe todo.

¿Y la peor parte? ¿La absoluta peor parte?

Voy a dejar que lo haga.

Voy a dejar que me arruine por completo y voy a agradecérselo.

Porque por primera vez desde que mi madre murió, desde que todo se desmoronó, me siento viva. Aterrorizada y excitada y confundida, pero viva.

Me quedo en el suelo durante mucho tiempo, escuchándolo moverse por el departamento, preguntándome qué se sentiría si derribara esta puerta y tomara lo que ambos sabemos que podría tener.

Preguntándome si lucharía o si finalmente, finalmente, me rendiría.

7 - Nico

Dieciocho veces. Esas son las veces que he reproducido en mi mente el momento en que lancé a ese hombre contra las rocas. No porque la violencia me moleste. He hecho cosas peores por motivos menores. Es la satisfacción lo que me inquieta. Esa sensación de rectitud fría y perfecta que sentí al ver cómo su sangre se mezclaba con el agua salada.

Tocó lo que es mío.

El pensamiento aflora antes de que pueda detenerlo. Lo reprimo con fuerza. Marisol no es mía. Ella es un activo. Una misión. Un desastre vestido con ropa de diseñador que inventa palabras y me llama Horse Man. Nada más.

Mi cuerpo ya no se cree la mentira.

He estado despierto desde las cuatro, recreando la escena en bucle. La forma en que su mano se deslizó por el brazo de ella. La película roja que nubló mi visión. El lanzamiento, nada táctico, nada medido, sino salvaje. Instinto puro anulando años de entrenamiento. Y su rostro después. Estoy entrenado para leer microexpresiones, para detectar el miedo, la excitación y todo lo que hay en medio.

Ella sentía ambas cosas. Estaba aterrorizada y excitada, y esa combinación es más peligrosa que cualquier amenaza de la que se supone que debo protegerla.

La cafetera sisea mientras me sirvo mi tercera taza. Solo, amargo, un castigo por dejar que el control se me escapara. A través de las ventanas, el sol matutino de Miami ya arde con un oro rabioso; otro día de calor que hace que todo se sienta demasiado cercano, demasiado urgente. Los bajos retumban desde un bote que pasa por la bahía, y el sonido vibra a través del cristal.

Reviso mi Glock, la rutina estándar de la mañana. Recámara despejada, cargador lleno. Su peso me recuerda por qué estoy aquí. Un destacamento de protección, no lo que sea que esto se esté convirtiendo.

Movimiento desde su habitación. Más tarde de lo habitual, pasadas las diez. Hoy emerge de forma distinta, envuelta en un suéter demasiado grande a pesar de la temperatura, con pantalones holgados en lugar de sus habituales shorts que apenas cubren nada. Su cabello cae hacia adelante, ocultando su rostro mientras busca una taza.

—Buen día —le digo.

Ella se sobresalta. Realmente se estremece, como si mi voz fuera un contacto físico para el que no estaba preparada. —Café primero. Palabras después.

Pero no hay vitalidad en su voz. Ni chistes sobre la Banana táctica ni quejas elaboradas sobre mi existencia. Se sirve el café con manos que tiemblan ligeramente, sin sostenerme la mirada más de un segundo. Cuando llega a mirarme, un rubor rosado se extiende por sus mejillas y aparta la vista rápido, como si la hubieran atrapado haciendo algo que no debía.

Noto que le ha puesto azúcar a su café. Tres cucharadas frente a mis cero. Hasta nuestro café es opuesto.

—Tenemos que hablar de algo —le digo después de que se ha tomado media taza.

Ella se tensa. —Si es por lo de ayer…

—Es por tu seguridad. Necesitas aprender a defenderte.

Parpadea, claramente no era lo que esperaba. —¿Qué?

—Defensa personal básica. Técnicas de entrenamiento de resistencia, del tipo que usamos cuando alguien podría ser inmovilizado durante una extracción —mantengo mi voz clínica—. Si alguien te agarra cuando yo no esté…

—Estás literalmente siempre ahí. Es básicamente tu función principal. Acechar. Contar. Ser innecesariamente grande e intimidante.

Ahí está. Un destello del caos que conozco. Pero apagado, como si solo estuviera cumpliendo con el trámite.

—No puedo estar en todas partes. Necesitas saber cómo crear distancia, zafarte de un agarre, ganar tiempo hasta que…

—¿Hasta que llegues tú para lanzarlos contra rocas convenientemente ubicadas? —Intenta sonar ligera pero falla—. Yo soy más del tipo que grita y corre. Muy efectivo. Muy subestimado como estrategia de defensa.

—¿Y si no puedes correr?

Aprieta la taza de café con más fuerza. —Entonces uso mis otras habilidades. Encanto. Soborno. Una suerte excepcional para encontrar bananas tácticas que me salven.

—Nada de eso funciona contra alguien que quiere hacerte daño. —Dejo que eso cale, observo cómo recuerda la mano que la agarró ayer, la suposición casual de propiedad—. El hombre de ayer. Si yo no hubiera estado allí…

—Bien —me interrumpe, dejando la taza con brusquedad—. Entréname. Muéstrame cómo defenderme cuando mi banana táctica no esté cerca para agarrar a la gente y hacer que se arrepientan de existir.

—Empezaremos con lo básico. Ve a ponerte algo que te permita moverte.

Desaparece en su habitación. Cuando regresa con leggins y una camiseta de tirantes, tengo que desviar la mirada. Cuento las losas del techo. Los leggins se ciñen a cada curva, la camiseta se sube cuando se estira, y necesito recordar que esto es entrenamiento. Profesional. Nada más.

—Primero, la postura. —Me coloco detrás de ella, y se pone rígida incluso antes de que la toque—. Pies más separados.

Mis manos buscan sus caderas para ajustar su posición. Está cálida a través de la fina tela, y cuando mi pulgar roza la piel desnuda donde su camiseta se ha subido, ella inhala con fuerza. El contraste de mis manos callosas contra su piel suave envía una descarga de calor directo a mis entrañas.

—Peso centrado —digo, tratando de mantener la voz firme—. Así.

Empujo su pie con el mío, con las manos aún en sus caderas. Está temblando ligeramente. No sé si es por el contacto o por el recuerdo de ayer.

—Sé cómo pararme —dice, pero la voz se le quiebra.

—Estás parada como alguien que espera un Uber. Párate como alguien que está lista para defenderse.

Otro ajuste. Mis manos se demoran un segundo de más. Ella lo nota. Por supuesto que lo nota. Percibo el aroma de su loción. Coco y algo floral. Jazmín, tal vez.

—Yo no tomo Ubers —dice con altivez, pero acepta el ajuste en su postura.

—Ahora —doy un paso atrás, poniendo la distancia necesaria entre nosotros—, si alguien te agarra la muñeca.

Extiendo la mano. Ella la mira como si fuera a morderla.

—Es solo entrenamiento —le digo.

—Cierto. Entrenamiento. —Me ofrece su muñeca.

Rodeo su muñeca con mi mano, firme pero sin lastimarla. Su pulso se acelera bajo mi pulgar, como el latido de un colibrí contra mi piel.

—Gira hacia mi pulgar y tira. Ese es el punto débil del agarre —le muestro el movimiento lentamente—. Inténtalo.

Tira al azar, sin técnica alguna. Sigue atrapada.

—Gira primero. Luego, tira.

Lo intenta de nuevo. Falla. Su frustración es casi tierna.

—Comprométete con el movimiento —le digo—. Rápida. Decisiva.

Esta vez se libera, y todo su rostro se ilumina. —¡Lo logré!

—Otra vez.

Cada vez que se libera con éxito, su sonrisa se ensancha, y algo en mi pecho se aprieta ante la imagen. Una sirena distante aúlla en algún lugar de la ciudad, recordándome que hay un mundo entero más allá de esta habitación donde nos estamos tocando bajo el pretexto del entrenamiento.

Lo intenta y logra zafarse al segundo intento. Ambos respiramos con más dificultad de la que el ejercicio justifica.

—Otra vez —digo, porque soy un masoquista que no puede dejar de torturarse con su proximidad.

La tercera vez, cuando se presiona contra mí antes de girar para soltarse, sé que es deliberado. La cuarta vez, cuando se toma un segundo extra antes de intentar escapar, estoy a punto de señalárselo. La quinta vez, cuando sus manos cubren las mías donde la sujeto, dejo de respirar por completo.

—Creo que ya lo tengo —dice, todavía presionada contra mí.

La suelto y doy un paso atrás. —Bien. Descanso para tomar agua.

Se deja caer al suelo, con las piernas cruzadas como una niña, bebiendo agua a grandes tragos mientras intento recordar cómo ser profesional. Su cabello se está escapando de la coleta. Hay un rubor en su pecho que no tiene nada que ver con el esfuerzo. Cuando me mira, con algo ilegible en sus ojos color miel, mis manos empiezan a temblar ligeramente. Solo un temblor, pero perceptible.

—Lo de ayer no fue porque él fuera peligroso —dice de repente. No es una acusación. Solo un comentario tranquilo—. ¿Verdad?

Me quedo inmóvil.

Ella observa mis manos. El temblor que no puedo ocultar del todo. —Haces esa cosa. Lo de contar. Lo de respirar. Como si estuvieras conteniendo algo.

—No sabes de lo que hablas.

—¿No? —Juguetea con la etiqueta de su botella de agua, el gesto que hace cuando está nerviosa—. Cada dominada. Cada vez que te despiertas a las cinco de la mañana. La forma en que mides todo en números. —Hace una pausa—. He visto eso antes. Una versión diferente, pero…

No termina la frase. No hace falta. Ambos sabemos lo que no está diciendo: que ella mide todo en copas, en pastillas, en qué tan rápido puede acallar el silencio.

—No es lo mismo.

—¿No lo es?

El silencio se prolonga. Puedo oír las aves tropicales afuera, el zumbido del aire acondicionado, su respiración irregular. Ella no presiona. Solo está sentada ahí, con la botella de agua en la mano, dándome espacio para no decir nada.

Eso es peor, de alguna manera. La paciencia. La comprensión.

—Las rocas —digo finalmente. Mi voz suena extraña—. Ayer. Eso fue…

—Controlado. —Lo dice con sencillez—. Elegiste las rocas en lugar de tus manos. Me di cuenta.

Se me tensa la mandíbula. Ese sabor familiar a cobre inunda mi boca, como si estuviera de vuelta en Afganistán, como si el polvo nunca se hubiera disipado del todo.

Encoge las rodillas contra el pecho, viéndose de repente más joven de sus veintiséis años. —Gabriel solía poner esa cara a veces. Justo antes de hacer algo terrible. Como si ya lo hubiera decidido, y el resto fuera solo… cumplir con el trámite.

Espero.

—Tú pones una cara diferente. —Se coloca ese mechón de cabello suelto tras la oreja—. Como si estuvieras decidiendo *no* hacerlo. Cada santa vez.

Las palabras aterrizan en un lugar que no permito que nadie alcance. No me está comparando con Gabriel. Está señalando el espacio entre nosotros: la elección que yo tomo y él no.

—Le ayudé a ocultar algo —dice ella, ahora más bajo—. Aquella noche. Ni siquiera sé qué era exactamente, pero sé que era malo. Y yo

simplemente… —Se encoge de hombros, un gesto demasiado casual para lo que está diciendo—. Me serví otra copa. Miré hacia otro lado.

Debería decir algo. Ofrecer consuelo, o distancia, o cualquier otra cosa que no sea estar aquí parado como una estatua.

En su lugar: —¿Por qué me cuentas esto?

Ella me mira. Esos ojos color miel, demasiado perceptivos.

—Porque sigues mirándome como si fuera algo que necesitas proteger. —Se pone de pie, sacudiendo sus leggins—. Y creo que deberías saber que no lo soy. No realmente.

El aire entre nosotros cambia. Ella me ha dado algo; no perdón, ni absolución, sino reconocimiento. Y yo no le he devuelto nada.

—Deberíamos seguir con el entrenamiento —digo.

—¿Deberíamos?

Pero retrocede, dándome espacio para respirar. —¿Qué sigue en la escuela de defensa personal? ¿Más agarres? ¿Más presionarnos el uno contra el otro fingiendo que es profesional?

La broma amarga no oculta el dolor subyacente. Ella ofreció comprensión y yo no le devolví nada.

—Defensa en el suelo —digo, porque soy un idiota que no puede dejar de avanzar hacia el desastre—. Si terminas en el suelo.

—Esto requiere que yo te inmovilice —digo, y mi voz suena como grava.

Se tumba en el suelo de espaldas, mirándome con esos ojos color miel. —Entonces inmovilízame.

Maldita sea.

Me arrodillo a su lado, tratando de recordar que esto es entrenamiento. —Voy a sujetar tus muñecas contra el suelo. Tu trabajo es escapar. Usa tus caderas para hacer el puente, crear espacio…

—Solo hazlo.

Me coloco sobre ella, tomo sus muñecas con mis manos y las presiono contra el suelo sobre su cabeza. Mi cuerpo cubre el suyo, sin llegar a tocarla pero lo suficientemente cerca como para sentir su calor, para inhalar cada aliento que exhala.

Está completamente inmóvil debajo de mí. Sin luchar. Sin intentar escapar. Solo mirándome con los labios entreabiertos, con el pecho subiendo y bajando al ritmo del mío.

—Se supone que tienes que estar escapando —logro decir.

—¿Ah, sí?

Su espalda se arquea ligeramente, haciendo que nuestros cuerpos entren en contacto. El movimiento es deliberado, inconfundible. Sus labios se abren un poco más, una invitación escrita en la curva de su boca, en la forma en que su lengua sale para humedecerlos.

—Marisol.

Solo su nombre, pero ella debe escuchar todo lo que no puedo decir, porque sus ojos se oscurecen y sus pupilas se dilatan.

—Sé lo que quieres —susurra—. Yo también lo quiero.

Aprieto más sus muñecas. Ella no protesta. Si acaso, se arquea más, presionándose contra mí, y estoy a punto de quebrarme. A punto de cerrar la distancia entre nuestras bocas y descubrir si sabe tan bien como recuerdo, si volverá a hacer esos sonidos cuando yo…

Suelto sus muñecas y me aparto tan rápido que ella suelta un jadeo. Estoy de pie, retrocediendo hacia la puerta, y mis manos están temblando. Realmente temblando, algo que no había pasado desde Afganistán, desde el polvo y la sangre y las decisiones que todavía me despiertan por las noches.

—Es suficiente por hoy —digo.

Ella sigue en el suelo, mirándome con confusión y dolor. —Nico…

—Lo hiciste bien.

—No habíamos terminado…

—Terminamos.

Me doy la vuelta y me alejo porque si me quedo un segundo más, volveré. La inmovilizaré por las muñecas de verdad esta vez, y descubriré qué sonidos hace cuando el monstruo obtiene lo que quiere.

Detrás de mí, la oigo incorporarse. Oigo su respiración. Oigo que no me sigue.

El temblor en mis manos se intensifica.

Cierro la puerta de la habitación de invitados y me apoyo contra ella, tratando de recordar cómo ser el soldado que se supone que soy en lugar de lo que sea que me estoy volviendo cuando estoy cerca de ella.

Mi teléfono vibra. Gunner. Una distracción bienvenida. Le pedí que me contactara ante cualquier amenaza de seguridad, y ha cumplido.

El sobrino de Cesar está haciendo preguntas. Quería saber sobre el nuevo novio. Le dije que se fuera a la mierda. Además, Logan dice que los Zayas están moviendo mercancía por el puerto.

Una amenaza acechando. Múltiples amenazas. Debería importarme más de lo que me importa. Debería estar planeando respuestas tácticas en lugar de pensar en cómo se arqueó ella debajo de mí.

Un suave golpe en mi puerta.

—Horse Man?

No respondo.

—Sé que estás ahí. Puedo oírte rumiar tus penas.

—No estoy rumiando nada.

—Estás agresivamente no rumiando. Se oye muy fuerte.

Estamos hablando a través de una puerta como adolescentes. Sería gracioso si todo no estuviera tan jodido.

—No voy a hacer que esto sea raro —dice ella—. Podemos fingir que no pasó nada.

—No pasó nada.

Una pausa. Luego: —Claro. Nada. Estábamos entrenando, y luego nada. Por eso te estás escondiendo.

—No me estoy escondiendo.

—Muy convincente detrás de una puerta cerrada.

La oigo suspirar. Luego, más bajo: —Por lo que valga… no me habría importado. Si ese nada se hubiera convertido en algo.

Sus pasos se alejan. La puerta de su habitación se cierra.

Me quedo paralizado cinco minutos más antes de salir. El apartamento está en silencio, su presencia confinada a su dormitorio, pero puedo sentirla en todas partes. En el aire que huele a su perfume. En el espacio donde entrenamos, donde la tuve inmovilizada, donde casi…

Me encuentro frente a la puerta de la azotea, mirando a través del cristal hacia su piscina. El agua está perfectamente quieta. Ni una onda. No se ha metido ni una vez desde que estoy aquí. Ocho años evitando el agua porque le recuerda a su madre, a antes de que todo se rompiera.

Lo entiendo ahora, estar al borde de algo y tener demasiado miedo para sumergirse. Ella es lo suficientemente valiente para ver a mi monstruo, para nombrarlo, para no huir de él. Pero no es lo suficientemente valiente aún para enfrentar sus propios fantasmas.

Somos la misma herida. Diferentes cicatrices.

Apoyo la palma de la mano contra el cristal. Al otro lado, la piscina espera. Quieta, perfecta y paciente. Ella volverá a nadar algún

día. Cuando esté lista. Cuando sea lo suficientemente valiente.

El pensamiento de que tal vez yo no esté aquí para verlo no debería doler tanto como duele.

Pero parado aquí, me pregunto si mi disciplina es solo otra palabra para la cobardía. Me pregunto qué habría pasado si hubiera besado a Marisol cuando se arqueó debajo de mí, con los labios entreabiertos, ofreciéndolo todo. Me pregunto si todo este control es solo miedo con un nombre táctico.

El monstruo la quería. La quiere todavía. Y, por primera vez en años, me pregunto qué tiene de malo dejar que obtenga lo que quiere.

Solo una vez.

La piscina refleja el sol de la tarde, y me quedo allí observándola, preguntándome cuál de los dos será valiente primero. Preguntándome si la disciplina me está manteniendo a salvo o me está impidiendo vivir. Preguntándome cuánto tiempo más podré ser un cobarde disfrazado de soldado antes de que ella también vea a través de esa mentira.

8 - Marisol

Me despierto con su nombre en los labios y la humillación quemándome el pecho como si fuera ácido.

El peso de su cuerpo sobre el mío. Mis muñecas atrapadas en sus manos. El momento en que sus ojos bajaron a mi boca y supe, *supe* que me iba a besar. Y luego… nada. Aire frío donde debería haber estado su cuerpo. El portazo de su habitación.

—No me habría importado. Si ese nada se hubiera convertido en algo.

Dije eso. En voz alta. Frente a su puerta cerrada. Como una tonta patética y desesperada.

Hundo la cara en la almohada y grito hasta que me arde la garganta.

El rechazo se asienta en mi pecho como una pesada carga, haciendo que cada respiración se sienta como ahogarse a la inversa. Me han rechazado antes. Con las últimas palabras de mi madre elogiando a Gabriel, con la decepción de mi padre, con el abandono de mi familia. Pero esto es diferente. Esto es físico. Soy yo en el suelo ofreciéndolo todo y él eligiendo nada.

No. Detente.

Me incorporo, apartándome el cabello de la cara. ¿Y qué si me rechazó? Los hombres no rechazan a Marisol Delgado. Suplican por mi atención, compran botellas solo para sentarse cerca de mí, me siguen por La Sirena como perritos falderos. Claramente, algo anda mal con *él*.

Simplemente actuaré normal. Despreocupada. El equivalente humano a las burbujas de champán. Ligera, efervescente, imposible de ignorar. Verá lo que se está perdiendo y se sentirá fatal.

Todo está bien. Todo está perfecto.

Me ducho, dejando que el agua caliente borre el recuerdo de sus manos en mis muñecas. Me maquillo, sutil pero impecable. Elijo un vestido veraniego que es lindo pero que no parece que me esté esforzando demasiado, amarillo como el fuego porque eso es lo que

soy. Un fuego que atrae a las polillas. No una chica que se queda tirada en el suelo deseando que una Banana táctica la bese.

Inhalo profundo. Es hora de fingir que no pasó nada porque, según él, no pasó nada.

Salgo de mi habitación como una mujer que definitivamente no pasó la mañana gritándole a la tela de su almohada.

Él está en la cocina.

Sin camisa.

Mi cerebro deja de funcionar. Está preparando algo con un batido de proteínas, de espaldas a mí, y puedo ver cada músculo moviéndose bajo su piel. Los tatuajes en su brazo derecho, fechas y símbolos que no entiendo. Cicatrices que cuentan historias que nunca compartirá. La forma en que sus hombros se flexionan mientras vierte el polvo en un mezclador.

Su teléfono vibra sobre la encimera. Lo agarra, la tensión recorre sus hombros mientras lee. Su mano libre se mueve hacia donde estaría su arma, un tic inconsciente que he aprendido que significa peligro.

Se da la vuelta. Me ve. Su rostro se queda completamente inexpresivo, como si yo fuera una evaluación de amenaza que ya ha descartado.

Pero por solo un segundo, medio latido, sus ojos bajan hasta donde el tirante de mi vestido se ha deslizado por mi hombro. Tensa la mandíbula. Su agarre sobre el teléfono hace que sus nudillos se pongan blancos.

Entonces toma una camisa que cuelga del respaldo de una silla y se la pone. Rápido. Eficiente. Como si el hecho de que yo vea su cuerpo fuera un problema que necesita solución inmediata.

El rechazo me golpea de nuevo, incluso cuando noto ese momento de deseo que no pudo ocultar del todo.

—¡Buen día, Mi caballo! —Mi voz suena demasiado alegre, maniática en los bordes—. Veo que estás haciendo todo tu… —Hago un gesto vago hacia él—. Asunto de las proteínas. Muy saludable. Muy aburrido. Diez de cada diez nutricionistas lo aprobarían mientras mueren simultáneamente de aburrimiento.

Él gruñe. No me mira. Vuelve a agitar su terrible agua con polvos. Pero noto la forma en que agarra el mezclador, con demasiada fuerza, como si estuviera imaginando que es otra cosa. Tal vez su propia garganta por casi mirarme de esa manera.

—Estaba pensando que podríamos…

—Tengo llamadas que hacer. —Ya se está moviendo hacia la puerta, pero se detiene en el umbral. Por un segundo, creo que podría darse la vuelta. Sus hombros se tensan como si estuviera luchando contra algo.

Luego sale, dejándome con el aroma a canela y aceite para armas.

—Oh. Está bien. Bueno, simplemente… existiré aquí entonces.

Me quedo sola en mi cocina de diseñador, mi frase inicial despreocupada murió antes de nacer, preguntándome cómo alguien puede hacer que ponerse una camisa se sienta como un desprecio tan absoluto. Incluso cuando sus manos tiemblan solo un poco al hacerlo.

Cada interacción durante el resto de la mañana es peor que la anterior.

Preparo café. No mi enfoque habitual de champán para el desayuno, sino su terrible café militar, negro y amargo. De la forma en que él lo toma cuando se molesta en beber algo que no sea lodo de proteínas.

Pongo la taza cerca de él mientras teclea en su computadora portátil en la mesa del comedor. Sus hombros están rígidos y revisa su teléfono cada treinta segundos. Algo anda mal. Algo más allá de haberme rechazado.

—Una ofrenda de paz —digo, intentando sonar ligera—. Por haberte sometido ayer a mis terribles habilidades de defensa personal.

Su mano realmente se mueve hacia la taza. Veo sus dedos crisparse, casi alcanzándola, antes de retroceder como si la cerámica pudiera quemarlo.

—No necesito café.

—Ya está hecho…

—Dije que no lo necesito.

Pero no me mira cuando lo dice. Mira la taza como si fuera un problema táctico que no puede resolver. El desprecio en su voz es absoluto.

Llevo la taza de vuelta a la cocina. Vierto su perfecto café militar por el fregadero. Lo veo desaparecer por el desagüe como mi dignidad. Mi boca se llena de un sabor metálico.

Veinte minutos después, lo intento de nuevo. Un enfoque diferente. Hacer que hable de algo que no sea cuánto no quiere mi

café o mi compañía.

—Así que… tu familia. Los Rosetti. Son muchos hermanos, ¿verdad?

—Sí. —No levanta la vista de su teléfono, pero lo pesco mirando hacia las ventanas. Vigilando ángulos de visión. Siempre vigilando.

—¿Y una hermana? ¿Sofia?

Tensa la mandíbula, solo un poco. Deja de escribir. —Sí.

—¿Son cercanos?

—Lo éramos.

—¿Éramos?

Nada. Sus pulgares se mueven sobre la pantalla de su teléfono como si yo ni siquiera estuviera aquí. Pero su respiración ha cambiado. Más profunda, controlada. La forma en que respira cuando algo importa.

—¿Escuché que uno de tus hermanos va a tener un bebé? ¿O su esposa? Eso es emocionante. Los pequeños bebés Rosetti probablemente ya nacen sabiendo cómo intimidar a la gente.

Finalmente me mira, y sus ojos están tan fríos como enero en Chicago. Pero bajo el hielo, juro que veo algo brillar. —¿Hay algo que necesites?

—Yo… no. Solo estaba conversando. Ya sabes, esa cosa que hacen los humanos cuando viven juntos. Palabras. Sonidos. Conexión emocional.

—Estoy trabajando.

Se ha movido hacia la ventana ahora, estudiando la calle abajo como si estuviera planeando una invasión. O esperando una.

—Cierto. Lo siento. Simplemente… existiré en silencio por aquí. Otra vez.

Me retiro al sofá, saco mi teléfono, pretendo navegar por Instagram mientras me arden los ojos. El rechazo es constante ahora, un ritmo constante de desprecio. Lo observo por detrás de la pantalla de mi teléfono. Nunca me mira. Pero dos veces, cuando cambio de posición, amaga con volverse hacia mí antes de contenerse.

Para el almuerzo, estoy lo suficientemente desesperada como para pedir comida. Tailandesa de su lugar favorito. He estado prestando atención a sus preferencias, aunque claramente él no ha prestado atención a las mías.

—Llegó la comida —anuncio cuando aparece el repartidor—. Tu pedido de siempre. Pad thai, extra picante, sin verduras porque aparentemente odias la alegría y la fibra.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer…

—Marisol. —Dice mi nombre como si fuera equipo táctico que necesita soltar con cuidado. Un activo. Una asignación. No la mujer que estaba debajo de él ayer, deseándolo—. Dije que no tengo hambre.

Pero mira las bolsas de comida con algo parecido al anhelo. ¿Cuándo fue la última vez que comió? ¿El batido de proteínas de esta mañana?

—Está bien, pero sobre lo de ayer…

—Ayer no pasó nada.

—SÉ que no pasó nada. Ese es precisamente el punto. Solo quería decir…

—No hay nada que decir. Entrenamos. Eso es todo.

—Nico…

—Eso es todo, Marisol.

Las palabras aterrizan como agua helada. Pero su mano sobre la mesa está cerrada en un puño, con los nudillos blancos por el esfuerzo de… ¿qué? ¿No alcanzarme? ¿No dar explicaciones? ¿No importarle?

—Entendido —digo, con voz plana—. Entrenamos. Nada más. Clarísimo.

Tiro la comida tailandesa a la basura, con recipientes y todo. Él se sobresalta por el sonido. Realmente se estremece. Pero sigue tecleando en su computadora como si yo no estuviera teniendo un colapso total a un metro de distancia.

La tarde se extiende interminable. Él está físicamente presente pero completamente ausente. Atiende llamadas hablando rápido en ese lenguaje profesional, muchos —recibido— y —manteniendo posición— y —sin confirmación visual todavía—. Palabras militares para problemas militares que no me incluyen.

Luego se pone a hacer dominadas en el marco de la puerta de la habitación de invitados, otra vez sin camisa porque ahora ni siquiera se molesta en cubrirse, porque no valgo el esfuerzo de la modestia.

Lo observo desde el sofá. Cincuenta. Cien. No se detiene. La disciplina de aquello, el control implacable, es como ver a alguien

operándose a sí mismo. Preciso. Frío. Necesario.

Pero en la trescientas doce, su ritmo flaquea. Se suelta de la barra y, por un segundo, se agarra al marco de la puerta como si necesitara sostenerse para no caer. Sus ojos encuentran los míos al otro lado de la sala.

La mirada dura quizás dos segundos. Pero en ella, veo todo lo que no está diciendo. Deseo. Miedo. Algo que parece una disculpa antes de cerrarse de nuevo.

¿Qué me pasa?

He tenido hombres que me deseaban. Filas de ellos. Pero nunca un hombre me había mirado como si yo fuera todo lo que quiere y no puede tener. No cuando me estoy esforzando. No cuando estoy justo aquí.

A las cuatro de la tarde, exploto.

—Voy a ir a La Sirena esta noche.

—No.

—¿Perdón?

Está en la ventana otra vez, ese lugar al que vuelve constantemente. Su mano descansa en su cadera, donde está su arma. —No vas a salir esta noche.

—Tú no tienes derecho a decirme…

—No es seguro. Te quedas aquí.

La autoridad casual en su voz hace que quiera lanzarle algo. Pero hay algo debajo. Preocupación genuina, tal vez. U órdenes que no puede explicar.

—SOY LA DUEÑA de La Sirena. Tengo responsabilidades…

—Tu personal puede manejarlo.

—Quiero IR.

—Y yo dije que no.

Ni siquiera me mira. Solo sigue escaneando la calle abajo como si el peligro pudiera materializarse en cualquier segundo. Su teléfono vuelve a vibrar. Lo revisa, tensando la mandíbula.

La rabia que me inunda es casi un alivio. La rabia es mejor que el dolor. Con la rabia sé qué hacer.

—No eres mi padre. No eres mi novio. Ni siquiera eres mi amigo. No puedes…

—Soy tu seguridad. Y te digo que no es seguro esta noche.

—¿Por qué? ¿Qué no es seguro? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Eso no es… —Se detiene. Abre la boca como si fuera a explicarlo de verdad, pero luego la cierra de golpe—. Eso no te incumbe.

—¡Es MI VIDA! ¡Todo lo que tenga que ver con ella me incumbe!

Finalmente me mira, y sus ojos son árticos. Vacíos. Excepto por un destello de algo desesperado antes de bloquearlo. —Si quieres ser exactamente lo que todos esperan, borracha y drogada, haciendo que mi trabajo sea imposible, puedes despedirme. De lo contrario, te quedas aquí esta noche.

Las palabras cortan profundo. Exactamente lo que todos esperan. Como si eso fuera todo lo que soy. Todo lo que he sido siempre. La chica fiestera. El desastre. El lío que él tiene que gestionar.

No la mujer a la que besó junto a la piscina. No la persona a la que llevó a la cama. Solo el activo que hace que su trabajo sea imposible.

—Bien —digo, con voz muerta—. Me quedaré.

Camino hacia mi habitación. Cierro la puerta con cuidado. No doy un portazo. No le daré la satisfacción de saber lo profundo que caló ese golpe.

A través de la pared, lo escucho hablar por teléfono. En voz baja, con urgencia. —…necesito más ojos vigilando el edificio… avistaron a la gente de Cesar… esta noche, sí… No puedo decírselo, ella se—

El resto se escucha amortiguado, pero he oído suficiente. Algo está pasando. Algo relacionado con Cesar. Y Nico no me lo dirá porque… ¿porque qué? ¿Cree que soy demasiado frágil? ¿Demasiado estúpida? ¿Demasiado borracha para lidiar con eso? Bien, iré a La Sirena y se lo preguntaré a Cesar directamente. Él, al menos, no me mentirá.

Me acuesto en mi cama mirando al techo.

Nico me llamó exactamente como todos esperan. Borracha y drogada. Esas fueron sus palabras. Como si ese fuera mi único estado. Como si todos estos días interminables que he estado sobria no importaran. Como si intentar no importara. Como si yo no importara.

Debí haberlo sabido. Nadie se queda. Nadie quiere a mi verdadero yo. Mamá se fue a través de la muerte, susurrando el nombre de Gabriel. Papá me mira como si fuera una decepción con un fondo fiduciario.

Y ahora Nico, que me besó cuando no podía respirar, que me sostuvo cuando derramé el agua, que escuchó cuando hablé de mi

madre. Él me ve de la misma manera que todos los demás.

El desastre. La carga. El trabajo que nadie quiere.

¿Pero qué es lo que más me duele? Que ni siquiera me dirá por qué no es seguro. No me confiará la verdad sobre mi propia vida. Solo un "no es seguro" y "eso no es asunto tuyo", como si fuera mercancía que debe ser almacenada, no una persona que merece información.

La voz de mi madre flota en mi memoria: *—El agua no juzga, mija. Simplemente te sostiene o no lo hace—*.

Mi teléfono vibra en la mesa de noche. Lo ignoro. Luego vibra de nuevo. Y de nuevo.

Lo tomo, lista para lanzarlo al otro lado de la habitación, pero los mensajes me hacen detenerme.

Fiesta en yate esta noche. Marina del Rey. Muelle 7. Va a ser LEGENDARIO.

Mari, ¿dónde has estado? Miami extraña a su reina.

Nena, TIENES que venir esta noche. Todo el mundo va a estar allí.

Mi antigua vida, llamándome a casa. La gente a la que no le importa si estoy rota mientras sea divertida. Las fiestas donde nadie hace preguntas profundas ni espera que esté sobria ni me juzga por ser exactamente lo que necesitan que sea: entretenimiento.

Deslizo el dedo por las invitaciones. Inauguración de una galería de arte (aburrida). El cumpleaños de un promotor de clubes en Babylon (demasiado obvio, Nico buscaría allí primero). Pero el yate…

Privado. En el agua. Aguas internacionales, técnicamente, una vez que nos alejemos lo suficiente. El tipo de fiesta donde todo vale y nadie recuerda los detalles de todos modos.

He estado sobria por… ¿qué, dos días? ¿Tres? Desde aquella primera noche cuando él apareció. Lo más que he aguantado en meses. ¿Y para qué? ¿Para demostrarle algo a un hombre que ya decidió que no valgo nada? ¿Que me prohíbe salir por peligros que ni siquiera nombra?

¿Qué sentido tiene estar sobria cuando nadie lo nota? ¿Qué sentido tiene intentarlo cuando el intento solo resalta el desastre que realmente eres?

Mi teléfono marca que son apenas las 5 p. m. Nueve horas hasta que el yate zarpe. Nueve horas para estar sentada en este penthouse

con un hombre que apenas puede mirarme. O tal vez solo es mi imaginación, viendo lo que quiero ver.

Respondo el mensaje: *Cuenten conmigo. Marina del Rey. Muelle 7. 2 a. m.*

La respuesta es inmediata: *SIIII REINA. Trae esa energía. Tenemos todo lo que necesitas.*

Todo lo que necesito. Pastillas para no sentir nada. Tragos para hacerme olvidar. Gente que no espera nada de mí excepto que sea hermosa y salvaje y el problema de alguien más.

Configuro una alarma para la 1:30 a. m. Escondo mi teléfono bajo la almohada. Y espero.

Desde la sala, lo oigo moverse. Revisando cerraduras en ventanas que no sabía que se cerraban. Preparando su cena de pollo insípido y tristeza. Haciendo más dominadas probablemente, castigando a su cuerpo por lo que sea que su mente no le permite tener.

Las horas pasan a rastras. Seis de la tarde. Siete. Ocho. Me quedo en mi habitación, y él no viene a ver cómo estoy. No le importa lo suficiente como para ver si estoy bien después de decirme que soy exactamente lo que todos esperan.

O tal vez está parado afuera de mi puerta, con la mano levantada para tocar, luchando contra sí mismo. No lo sabría. Estoy demasiado ocupada mirando al techo.

A la medianoche, estoy vibrando por la necesidad de moverme, de escapar, de estar en cualquier lugar que no sea esta hermosa prisión con mi guardián atribulado.

Busco en mi armario en silencio y encuentro el vestido perfecto. Lentejuelas plateadas que atrapan la luz como escamas de pescado, como un vestido hecho de espejos. Apenas cubre nada. El viejo uniforme de Marisol. Ropa de fiesta para una chica fiestera.

La 1:30 a. m. llega como un permiso.

Hora de ser quien todos esperan que sea.

Hora de dejar de fingir que alguna vez podría ser algo diferente.

El penthouse está oscuro. En silencio.

Salgo de la cama ya vestida. El vestido plateado brillante que me hace parecer como si una bola de discoteca hubiera tenido un hijo con las malas decisiones. Las lentejuelas raspan contra mi piel, pequeños puntos de dolor que se sienten apropiados. Las lentejuelas atrapan la luz de la luna a través de mi ventana, lanzando pequeños arcoíris en las paredes.

Descalza, llevando mis tacones, paso sigilosamente frente a la habitación de invitados. Me detengo ante su puerta, escuchando.

Respira. Es la respiración del sueño. Conozco la diferencia ahora. Finalmente está recuperando el sueño que le ha faltado desde que llegó para vigilarme.

La puerta principal se abre silenciosa como un susurro. El ascensor llega de inmediato, como si hubiera estado esperando a que cometiera este error.

Eduardo, el portero nocturno, levanta la vista de su crucigrama, con la sorpresa asomando en su rostro.

—¿Señorita Delgado? ¿Está todo bien?—

—Perfecto. Voy a reunirme con unos amigos. ¿Puede llamar a Carlos?—

—¿A esta hora?—

—Él está acostumbrado—. Le lanzo mi sonrisa de relaciones públicas, la que dice que todo está bien, que no hay nada que ver aquí, solo Marisol Delgado haciendo lo que Marisol Delgado hace.

Eduardo mira hacia el ascensor como si esperara que alguien me siguiera. Cuando nadie aparece, asiente lentamente. —Por supuesto, señorita Delgado—.

A través de los ventanales del vestíbulo, noto un auto estacionado al otro lado de la calle que no estaba allí esta tarde. Un sedán oscuro, con alguien sentado adentro. Vigilando. Esperando.

Debería importarme. Debería sentir miedo. En cambio, solo pienso: que vengan. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que alguien me mate? Al menos eso terminaría con este sentimiento.

Carlos llega en diez minutos; el auto negro se desliza hasta la acera como un coche fúnebre para mi sobriedad. No hace comentarios sobre el vestido ni la hora. Bien entrenado. Bien pagado. Muy consciente de que su trabajo es manejar, no juzgar.

—¿A dónde la llevo, señorita Delgado?—

—Marina del Rey. Muelle 7—.

—¿Una fiesta en un yate?—

—¿Algún problema?—

—No, señora—.

Me acomodo en el asiento trasero, el cuero frío contra mi piel expuesta. Mis manos ya están temblando, por la abstinencia o por la anticipación, ya no lo sé. El minibar me llama, totalmente surtido

porque pago extra para mantenerlo así. Vodka, tequila, champán. Pequeñas botellas de amnesia líquida.

Abro el vodka primero. El ardor es familiar, como encontrarse con un viejo amigo que sabes que es terrible para ti, pero que nunca juzga tus elecciones de vida.

Un trago por la humillación de ofrecerme en ese piso.

Otro por la expresión de su rostro cuando se alejó.

Un tercero por el "no pasó nada ayer".

Un cuarto por creer, por un estúpido segundo, que él podría ser diferente.

Un quinto por la forma en que le temblaban las manos cuando se puso esa camisa esta mañana.

El vodka me pega rápido con el estómago vacío. ¿Cuándo fue la última vez que comí? ¿Esta mañana? Los bordes de todo comienzan a suavizarse, el dolor agudo en mi pecho se amortigua hasta convertirse en un malestar sordo.

Cambio al tequila. Sin sal, sin limón, solo castigo puro por ser lo suficientemente estúpida para pensar que podía ser algo más que esto.

Mi teléfono vibra: *¿Hora estimada de llegada? ¡La fiesta está empezando!*

10 minutos, respondo, aunque las letras bailan un poco.

Otro trago. Este es por haber estado sobria todos esos días. Qué desperdicio. Qué desperdicio tan inútil y estúpido.

La ciudad desfila tras las ventanas, todo neón y promesas. Miami a las 2 a. m. es mi hábitat natural. Lo suficientemente oscuro para ocultar el daño, lo suficientemente brillante para fingir que es belleza. Abro un poco una ventana y respiro el aire salino.

Carlos me mira por el espejo retrovisor. —¿Debo esperar, señorita Delgado?—

—No—. Mi voz suena espesa. —Encontraré mi propia forma de volver—.

O no lo haré. Tal vez simplemente me aleje navegando en este yate, en aguas internacionales para siempre, y me convierta en una historia con moraleja sobre una heredera que se fue de fiesta hasta el olvido.

Suelto una risita ante el pensamiento, luego tomo el champán porque me merezco burbujas. El corcho suena demasiado fuerte en

el espacio cerrado. Bebo directamente de la botella porque las copas son para personas que tienen su vida en orden.

La marina aparece a la vista, los mástiles alzándose como dedos de esqueleto contra el cielo nocturno. El bajo del yate palpita a través del agua, un latido llamándome a casa.

Para cuando Carlos se detiene en el muelle, ya he tomado... ¿cinco tragos? ¿Seis? Además del champán. Los números se han vuelto borrosos, que es exactamente como necesito que estén.

—Señorita Delgado—, dice Carlos mientras yo forcejeo con la manija de la puerta. —¿Está segura de que se encuentra bien?—

—Estoy perfecta—, miento, tropezando ligeramente al salir. Las lentejuelas atrapan la luz de la calle, lanzando arcoíris rotos por todas partes. —Siempre estoy perfecta—.

El suelo se inclina bajo mis tacones. Mi vestido es un dulce sueño hecho de espejos, que refleja todo lo que podría lastimarme.

El muelle se extiende ante mí como una pasarela. Puedo oír el pulso del bajo desde el yate, sentirlo en mis huesos, ver las luces parpadeando al ritmo de una música que promete ser demasiado fuerte y durar demasiado. Mis tobillos flaquean sobre mis tacones, pero he caminado en condiciones peores que esta. La memoria muscular toma el control. Hombros hacia atrás, balanceo de caderas, una sonrisa lo suficientemente brillante como para cegar.

Ya hay gente en cubierta, sombras moviéndose contra las luces. Alguien grita mi nombre. —¡MARISOL! ¡La reina regresa!—

Saludo, casi dejando caer mi bolso de mano. Todo se siente distante, como bajo el agua, como si ya me estuviera ahogando. Tal vez desde el cuarto de invitados de Nico, donde probablemente él sigue despierto, todavía sin importarle que me haya ido. Todavía parado detrás de esa puerta, eligiendo no seguirme.

La pasarela se balancea bajo mis pies. O tal vez soy yo. Sal, sudor y perfume caro llenan mis pulmones. Unas manos fuertes me sostienen del codo cuando tropiezo.

—Cuidado ahí, preciosa—. Un hombre al que no reconozco, pero su sonrisa dice que él sí me reconoce. Siempre me reconocen. La heredera del desastre, la leyenda de las fiestas, la chica que hará cualquier cosa por pasar un buen rato.

—"Cuidado" es mi segundo nombre—, miento, riendo demasiado fuerte.

—Pensé que era "problemas"—, dice él, acercándome más.

—Ese también—.

El yate es exactamente lo que esperaba. Demasiada gente en un espacio demasiado pequeño. Alguien consumiendo líneas sobre un espejo en un rincón. Champán por todas partes. Música tan fuerte que reemplaza el pensamiento.

Este es mi hogar. Aquí es donde pertenezco. No en penthouses con soldados que cuentan mis tragos y juzgan mis decisiones y se quedan detrás de las puertas deseándome pero no lo suficiente. Aquí, donde todo el mundo está demasiado jodido para juzgar a nadie más.

Alguien me entrega una pastilla. No pregunto qué es. Me la paso con champán que alguien más me ofrece. El yate comienza a moverse, alejándose del muelle.

Bailo porque eso es lo que hago. Cuerpos presionados contra el mío, manos que no reconozco, bocas diciendo cosas que no puedo oír por la música. La pastilla hace efecto, todo se vuelve suave, brillante y perfecto. Esto es lo que necesitaba. No sentir nada. No ser nada.

Tal vez algunas personas no están destinadas a ser salvadas.

Tal vez algunas personas simplemente están destinadas a hundirse.

9 - Nico

Sé que se ha ido antes de abrir los ojos.

El departamento se siente mal. Demasiado quieto. Demasiado silencioso. Como si el aire mismo hubiera cambiado de densidad, adelgazándose donde su presencia debería estar llenando el espacio.

Antes de finalmente quedarme dormido, repetí en mi mente cada crueldad que cometí con ella hoy. La forma en que me di la vuelta cuando me trajo café. Cómo no podía mirarla sin recordar su cuerpo bajo el mío en aquel suelo, con la espalda arqueándose, los labios entreabriéndose. Tenía que ser frío. Tenía que crear distancia. Después de ayer, después de casi perder cada ápice de la disciplina que he construido, tuve que recordarme lo que ella es.

Una asignación. Una misión. La hija de alguien más.

No es mía. Nunca será mía.

Pero la sensación de que algo no anda bien en el departamento me saca de la cama. Camino por el pasillo. La puerta de su habitación está abierta.

La cama está vacía.

Por un segundo, todo se detiene. El entrenamiento toma el control. Reviso cada habitación, cada sombra. No está aquí. Se fue.

Una furia gélida llega como una vieja amiga. Se fue. Después de la playa, después de que le dije que no era seguro, se escapó como una adolescente rompiendo el toque de queda.

Mi teléfono. La aplicación de rastreo que instalé su primer día, un protocolo estándar que ella no conoce. El punto azul parpadea en mi pantalla.

Está en el agua. Moviéndose. Un yate, saliendo hacia la bahía.

Me tiemblan las manos, y no es por las dominadas. Huyó. No del peligro, sino hacia él. Hacia el olvido y hacia cualquier cosa que pueda encontrar para adormecer el dolor que le causé.

Me muevo por el departamento reuniendo lo que necesito. Glock. Teléfono. Llaves.

Mensaje de texto a Gunner en caso de que esto salga mal: *Se fue. Fiesta en un yate. Voy a recuperarla.*

La respuesta de Gunner es inmediata: *¿Necesitas refuerzos?*

No.

Tomo el coche de ella. Manejo demasiado rápido por las calles vacías de Miami mientras mi mente repasa diversos escenarios. ¿Qué tan borracha está? ¿Qué tan drogada? ¿Quién la está tocando?

Ese último pensamiento hace que apriete el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos. No es tuya, me digo. Esto es preocupación profesional por un activo.

La marina se extiende ante mí, con los botes durmiendo en filas ordenadas. Pero allá afuera, quizás a media milla, el yate resplandece con luces y un bajo que pulsa a través del agua negra. Ella está allá afuera, en ese lío de cuerpos y malas decisiones.

La mayoría de los botes están cerrados. Pero tengo habilidades que no aparecen en ningún currículum. Tres minutos después, tengo una lancha motora rugiendo debajo de mí, cortando el agua hacia esas luces.

El yate se hace más grande a medida que acorto la distancia. Es de alguien con mucho dinero. Tres cubiertas, probablemente doscientas personas. La música retumba en los altavoces, hay gente por todas partes, el champán fluye como el agua. El olor me golpea incluso desde aquí. Sudor y alcohol derramado mezclándose con el aire salino, colonias caras que no logran enmascarar la decadencia subyacente del exceso.

Este es su mundo. El mundo en el que vivía antes de mí. El mundo al que volverá después de que la rechace las veces suficientes.

Doy una vuelta, escaneando. La vibración del motor del bote recorre mis huesos, gotas de agua salada salpican mis brazos. Cubierta superior, cerca de la proa.

Ahí está. Lentejuelas plateadas atrapando la luz como escamas. Está bailando, o intentándolo. Su coordinación está arruinada, claramente borracha, tal vez algo más. El cabello salvaje, los brazos sobre la cabeza, ese vestido que apenas cubre nada.

Parece el caos encarnado. Un caos hermoso.

Y hay un hombre.

Mi visión se nubla. Él tiene la mano en su cintura, los dedos extendiéndose posesivamente sobre las lentejuelas. Inclinándose para susurrarle algo. Su mano sobre lo que no es suyo.

La Glock se siente ligera en mi cadera. Demasiado ligera. Como si quisiera ser usada.

Él la está tocando, y ella suelta esa risa falsa mientras su cuerpo se inclina hacia un lado. Lo está usando como un apoyo para mantenerse en pie, pero él cree que tiene suerte. Él cree que ella está ahí para que él la tome.

Un velo rojo cae sobre mi visión. Mi mandíbula se traba tanto que me duelen los dientes.

Apago el motor, dejo que el bote vaya a la deriva hacia la popa del yate. Encuentro una escalera. Empiezo a subir.

Abordo como si perteneciera a este lugar, pero me muevo entre los cuerpos como una hoja a través del agua. Gente hermosa demasiado borracha para notar al depredador entre ellos. Alguien me ofrece un trago. Los ignoro. Alguien más intenta detenerme, un tipo de seguridad que me mira a la cara una vez y retrocede con las manos en alto.

—¿Rosetti? —oigo que alguien susurra—. Ese es uno de la familia de Chicago, o tal vez de Nueva York, o…—

La multitud se abre ligeramente. El miedo es mejor que la invisibilidad.

Cubierta superior. Ojos fijos en ella.

Ella me ve en medio de una carcajada, permitiendo todavía que ese hombre mantenga la mano sobre ella. Su rostro hace algo complicado. Sorpresa, miedo y, por debajo, alivio.

Quiere ser encontrada.

—¿Nico? —su voz suena arrastrada—. ¿Cómo hiciste para…?—

—Nos vamos.—

—No. No, me estoy DIVIRTIENDO. Estoy en una FIESTA. No tengo que…—

—Ahora.—

El hombre que tiene la mano en su cintura se infla. Camisa cara, valentía barata.

—Oye, amigo. Ella dijo que no quiere irse.—

Lo miro. Solo lo miro. Dejo que vea exactamente lo que estoy pensando hacerle a la mano que la está tocando.

Su rostro pierde el color. Reconoce lo que soy. No solo fuerza bruta, sino fuerza Rosetti. Del tipo que deja cadáveres en el concreto.

—Quiero decir… lo que sea. Es toda tuya.—

Hombre inteligente. Desaparece entre la multitud, llevándose sus manos sucias con él.

—No puedes simplemente APARECER y...—

—Mira cómo lo hago.—

—¡Esto es un secuestro!—

—Esto es una extracción.—

Ella tropieza en la escalera. La atrapo antes de que caiga. Sin pensarlo, sin preguntar, me la echo al hombro como si no pesara nada, y prácticamente es así; no ha comido en horas, quizá días, otra falla que yo debería haber evitado.

Cargarla al hombro es táctico, eficiente. No explica por qué mi cuerpo se enciende en cada punto donde ella me toca, por qué su calor quema a través de mi camisa como una marca de hierro.

—¡Bájame!—

—No.—

Sus puños golpean mi espalda mientras la bajo por la escalera y cruzo la cubierta hasta donde dejé la lancha. Cada impacto me envía una descarga de calor. Luego se queda lacia, o bien rindiéndose o bien demasiado borracha para pelear.

La deposito en el bote. Desato amarras. Acelero el motor.

Estamos solos en el agua negra ahora. La ciudad brilla a lo lejos. El motor ruge fuerte, vibrando a través de la cubierta, pero no lo suficiente como para ahogar su furia.

Ella se da la vuelta bruscamente, las lentejuelas atrapando la luz de la luna mientras se tambalea. —¿Me rastreaste? ¿Cómo?—

—Tu teléfono —mantengo una mano en el volante, con los ojos escaneando el agua oscura al frente—. Mi primo Milo es bueno con esas cosas.—

—¿Mi teléfono? —su voz sube de tono con cada palabra, mientras sus dedos se aferran al borde de su asiento hasta que los nudillos se le ponen blancos—.

—Protocolo estándar —digo con la mandíbula tensa.—

—¡Eso es ESPIAR! —Levanta los brazos, casi cayéndose de espaldas—. ¿Me has estado vigilando todo este tiempo?—

—Vigilancia técnica. —El bote golpea una ola, y una neblina de agua me salpica la cara—. Hay una diferencia.—

—¡No la hay! —Lucha por ponerse de pie, con el vestido pegado a sus muslos mientras se inclina hacia el lado, hacia el agua negra. Me

lanzo hacia ella y la agarro del brazo. Su piel arde, caliente contra mi palma—. ¡No me toques!—

Aprieto el agarre. —Te vas a ahogar.—

Sus ojos se encuentran con los míos, con el rímel corrido y brillando con algo peligroso. —¡Tal vez eso es lo que QUIERO!—

Las palabras golpean fuerte. No lo dice en serio. Está borracha. Pero el eco de su madre, el océano, el agua, hace que se me oprima el pecho. Por un segundo, un pensamiento oscuro cruza mi mente: dejar que el océano se la lleve, que me lleve a mí también, terminar con este tormento para ambos. Lo aniquilo de inmediato, asqueado de mí mismo por pensarlo.

—¡Fuiste tan cruel hoy! —Está llorando ahora, el rímel formando ríos negros por sus mejillas—. Te preparé café. Te pregunté por tu familia…—

—Eso no es…—

—¡Ni siquiera podías MIRARME! Como si yo fuera asquerosa…—

—No lo eres…—

—¿Entonces qué soy? Me besaste, Nico. Y luego actuaste como si no fuera nada.—

—No fue nada.—

—¿Entonces por qué te fuiste?—

Se mueve hacia mí, inestable sobre el bote que se balancea. La agarro por los brazos para evitar que se caiga. Estamos cerca. Demasiado cerca. Su aliento en mi cara, su cuerpo inclinándose contra el mío.

—Sé que sentiste algo —susurra—. En aquel suelo. Sé que querías…—

Su mano se mueve. Rápido. Con la torpeza de un borracho pero con precisión.

Me agarra a través de los pantalones.

Estoy duro. He estado duro desde que la vi en ese yate con las manos de ese hombre sobre ella. Desde que me la eché al hombro, con su cuerpo caliente contra el mío.

Sus ojos se agrandan.

—Sí me deseas.—

No me muevo. No respiro. Mis manos tiemblan por el esfuerzo de no sujetarla, de no mostrarle exactamente cuánto deseo.

—Tú… has estado caminando por ahí actuando como si yo fuera NADA, y estás…—

Me acaricia una vez a través de la tela. Todo mi cuerpo se estremece. Mi mandíbula se aprieta tanto que algo cruje.

Le agarro la muñeca. Alejo su mano. La sostengo contra mi pecho, donde mi corazón martillea.

—Así no.—

Ella levanta las manos. —¿Cómo que así no?—

—Estás borracha. —Aprieto el volante con más fuerza, con los nudillos blanqueando.—

—¿Y? —Se tambalea, casi cayendo cuando el bote choca con una ola.—

La estabilizo con una mano, con la mandíbula apretada. —Y yo no me acuesto con mujeres borrachas que no podrán recordarlo por la mañana.—

—Yo lo recordaré. —Se inclina, con su aliento caliente contra mi cuello.—

—No lo harás. —Giro la cara, concentrándome en el agua oscura que tengo delante.—

Me agarra del brazo, clavándome las uñas. —Incluso con mi mano en tu polla dura, todavía me estás rechazando.—

—Digo que así no. —Le suelto los dedos, con suavidad pero con firmeza.—

Tropieza hacia atrás, sosteniéndose en el borde del asiento. —¡No hay otra forma! ¡Esto es todo lo que soy!—

—Eso no es todo lo que eres. —Mi voz baja de tono, volviéndose más áspera.—

Sus ojos se llenan de lágrimas y el rímel corre por sus mejillas. —Te cubriste cuando me viste sin camisa. Como si yo ni siquiera valiera la pena…—

Mi control se quiebra. Solo una fisura, pero es suficiente. Mi mandíbula trabaja, mis manos aprietan el volante hasta que los nudillos se ponen blancos. Puedo sentir las palabras luchando por escapar, arañando mi garganta contra cada protocolo que he aprendido en mi vida.

—Me cubrí porque si no lo hacía, iba a acorralarte contra el refrigerador y averiguar qué sonidos haces cuando te corres.—

Silencio. Ella abre la boca. La cierra. El bote se mece debajo de nosotros, la bruma salina humedece nuestros rostros.

—¿Qué?—

—Ya me oíste.—

La verdad ebria sale a borbotones: —Tú… querías…—

—Sí. Quería. Quiero. Ese es el problema. —Mi respiración es entrecortada, irregular, como si hubiera corrido kilómetros—. Pero no así. No cuando estás borracha. No cuando es solo otra forma de lastimarte.—

—Nico…—

—Ya casi llegamos a la marina.—

Se sienta. Me mira como si nunca me hubiera visto antes.

El resto del trayecto es silencio.

En el coche, la llevo a medias. Está desfalleciendo, el bajón del alcohol y la adrenalina la golpea con fuerza. En el asiento trasero, se acurruca contra la puerta.

Su cabeza se apoya pesadamente contra la ventana. —Te odio — murmura, con los ojos parpadeando entre cerrados y abiertos.—

Aprieto el volante con más fuerza. —Lo sé.—

—Rastreaste mi teléfono. —Traza un dedo por la condensación del cristal.—

—Sí. —El coche cae en un bache y hago una mueca, mirando para comprobar cómo está.—

Encoge las rodillas contra el pecho. —Eso es de locos.—

—Sí. —Ajusto la temperatura, subiendo la calefacción un poco.—

Sus ojos se desvían hacia mi regazo y luego vuelven a mi cara. — No puedo creer que estés duro ahora mismo.—

Me acomodo en mi asiento, apretando la mandíbula. —Ya no lo estoy.—

—Mentiroso. —Sus labios se curvan en una media sonrisa soñolienta.—

No está del todo equivocada.

En el penthouse, la llevo al ascensor. A su departamento. A su habitación. El aroma familiar de su espacio, vainilla, coco, ese calor subyacente, hace que se me oprima el pecho.

Ya está casi inconsciente. La dejo en la cama. Me tiemblan las manos mientras le quito los tacones. Pongo las mantas sobre ella.

Me agarra la mano.

—Quédate.—

—Marisol…—

—No para… no sexo. Solo quédate. Por favor. No quiero estar sola.—

Debería irme. Debería mantener la distancia. De eso se trataba el día de hoy. Disciplina, control.

Pero me está mirando con esos ojos color miel, con el rímel corrido, y dijo por favor.

Me siento en el borde de la cama. No me acuesto. No la toco más allá de la mano que ella sostiene.

Está casi dormida. Las palabras son arrastradas, apenas audibles.

—Dijiste que me quieres.—

Le aparto un mechón de pelo de la cara. —Duérmete.—

Sus dedos se aprietan alrededor de los míos. —Dijiste que querías acorralarme contra…—

—Duerme. —Mi pulgar traza círculos en el dorso de su mano.—

Gira la cara hacia la almohada, con voz apagada. —Nadie me quiere. No de verdad. No cuando me ven.—

Trago saliva con dificultad, observando el subir y bajar de su pecho. —Yo te veo. Y todavía te deseo.—

Sus ojos se abren brevemente, luchando por enfocar. —¿Lo prometes?—

—Sí. —La palabra se siente pesada en mi boca.—

Se mueve, y su vestido atrapa la luz de la luna. —Probablemente estás mintiendo.—

Se me tensa la mandíbula. —No lo hago.—

—Todo el mundo miente. —Sus palabras se arrastran mientras lucha por mantenerse consciente.—

Me inclino más cerca, bajando la voz hasta un susurro. —No sobre esto.—

Silencio. Su respiración se profundiza, se estabiliza. Creo que está dormida.

Entonces, con los labios apenas moviéndose, un susurro tan suave que casi se me escapa:

—Creo que podría amarte. Si me dejaras.—

Mi corazón se detiene. Se me corta la respiración. Algo en mi pecho se desgarra.

Pero ella se ha ido. Inconsciente, respirando profundamente, con la mano todavía envuelta en la mía.

Me quedo hasta que el amanecer irrumpe por sus ventanas, pintando su rostro de tonos rosas y dorados que la hacen parecer algo sagrado.

La luz rosada atraviesa las ventanas. La hace parecer algo que destruiré si toco.

Retiro con cuidado mi mano de la suya. Subo más la manta. Me retiro al umbral de su puerta.

No al pasillo esta vez. Al umbral de su puerta. Haciendo guardia donde puedo verla respirar, verla existir, asegurarme de que todavía está aquí.

Los muros que he construido durante quince años están empezando a desmoronarse. Puedo sentirlos caer, ladrillo a ladrillo, con cada respiración que ella exhala.

—Creo que podría amarte. Si me dejaras.—

Las palabras resuenan en el silencio de la mañana. Estaba borracha. Probablemente no lo recordará. Pero las palabras de borracho son pensamientos de sobrio, y la verdad de ello se siente pesada en mi pecho como metralla.

No sé cómo dejar que alguien me ame.

Sofia lo intentó. Construyó ese vínculo sagrado entre nosotros a través del entrenamiento, a través de la confianza, a través del entendimiento compartido de lo que ambos habíamos perdido. Y yo la alejé al volverla demasiado dura, al convertirla en un arma en lugar de dejarla ser humana.

Marisol es lo opuesto. Puro sentimiento, puro caos, negándose a ser contenida o controlada. Tal vez por eso me aterroriza. No puedo convertirla en otra cosa. Solo puedo verla ser exactamente lo que es. Hermosa, rota, lo suficientemente valiente como para decir cosas como "Podría amarte" a alguien que no lo merece.

Se mueve mientras duerme, murmurando algo que no alcanzo a distinguir. El vestido de lentejuelas atrapa la luz del alba, proyectando pequeños arcoíris en el techo.

Debería redactar un informe. Debería ducharme. Debería hacer cuatrocientas dominadas hasta que me sangren las manos y deje de pensar en cómo me agarró la polla y casi hace que me corra en los pantalones, cómo lo sabe ahora, cómo ya no hay forma de ocultar lo que deseo.

En lugar de eso, me quedo en el umbral de su puerta, viendo cómo la luz rosada se vuelve dorada, viéndola respirar, sintiendo cómo mis muros se desmoronan con cada minuto que pasa.

Todo lo que cuento ahora son respiraciones. Las de ella. Asegurándome de que cada una llegue. Asegurándome de que ella

siga aquí, siga siendo real, siga ofreciendo algo que no sé cómo tomar.

—Si me dejaras.—

Tres palabras que asumen que tengo ese poder. Que sé cómo permitir en lugar de empujar, aceptar en lugar de controlar, amar en lugar de entrenar.

No sé.

10 - Marisol

Él está preparando su terrible café militar cuando el recuerdo me golpea. Su voz, ronca de deseo: —Quería acorralarte contra el refrigerador y descubrir qué sonidos haces cuando te corres.

Me quedo paralizada en el umbral de la cocina, con una mano aferrada al marco para sostenerme. Las palabras resuenan en mi cabeza, enviando un calor que se acumula en mi bajo vientre a pesar del tequila que todavía envenena mi sistema. Mi boca sabe a muerte. Mi cabeza late con cada pulsación. Pero a mi cuerpo traidor no le importa la resaca. Solo le importa que este hombre, este hombre imposible, confesó que me deseaba mientras yo estaba lo suficientemente borracha como para agarrarle la verga.

Oh, Dios. Le agarré el pene.

El recuerdo completo me atraviesa: mi mano cerrándose sobre él a través de la tela, sintiéndolo duro, realmente duro, por mí. —Tú SÍ me deseas —había dicho yo, como una detective borracha resolviendo el caso más humillante del mundo.

Nico levanta la vista mientras sirve el café y su rostro no revela nada. Absolutamente nada. Como si lo de anoche no hubiera pasado. Como si no me hubiera cargado sobre su hombro. Como si no lo hubiera acosado en un bote.

No sé qué decir. —Oye, sobre eso de manosearte —parece demasiado directo. —Buen día —suena demasiado fingido. Opto por el silencio cobarde, moviéndome hacia la cafetera como si requiriera toda mi concentración.

—Hay aspirinas en el mostrador.

Miro. Dos pastillas, un vaso de agua. Puestos allí para mí como si supiera exactamente cuándo saldría de mi cueva de la vergüenza.

—Y tostadas. Necesitas comer.

También hay tostadas. Un poco quemadas, porque al parecer así es como las bananas tácticas cocinan todo. Solo llevo bragas bajo este suéter enorme, y la tela áspera es un recordatorio constante de mis

malas decisiones de vida. Al menos logré ducharme. La escarcha que se fue por el desagüe parecía magia licuada.

Tomo la aspirina. Como la tostada. El silencio entre nosotros podría sofocar a una ballena.

—Anoche —comienzo. Él deja su teléfono, prestándome toda su atención. Se me revuelve el estómago. —¿Qué… cuánto de eso sucedió realmente?

—¿Cuánto recuerdas tú?

Los fragmentos me asaltan: el yate, el baile, la mano de algún tipo en mi cintura. Luego Nico apareciendo como un ángel vengador en forma humana. El que me lanzara sobre su hombro como una bolsa de compras. Un bote. Viento. Gritos. Mi mano sobre él. Esa confesión sobre el refrigerador.

—Fragmentos. Te apareciste en el yate. Hubo un bote. Nosotros… hablamos.

—¿Así es como lo llamarías?

—No sé cómo lo llamaría, por eso pregunto.

Él me mira de lleno, y algo en sus ojos hace que mi estómago dé un vuelco otra vez. No es náusea esta vez. Algo peor. Algo que tiene que ver con la forma en que me está estudiando.

—Estabas borracha. Me agarraste.

El calor inunda mis mejillas. —Recuerdo esa parte.

—Me preguntaste si te deseaba.

—También recuerdo eso.

—Te dije que sí.

Se me corta el aliento. Así que esa parte fue real. La confesión del refrigerador. La forma en que su voz se volvió ronca cuando lo dijo. Todo fue real.

—¿Y después?

—Y después dije que así no. No estando borracha.

Por supuesto que lo dijo. Incluso conmigo agarrándole la verga, incluso confesando que quería descubrir qué sonidos hago, aun así dijo que no. El rechazo escuece como si fuera reciente, aunque lo entiendo. Aunque sea lo correcto.

—¿Y después?

Observo cómo algo cambia en su expresión. Es sutil. Sus ojos se mueven ligeramente hacia la izquierda, su mandíbula se tensa de forma casi imperceptible. Está a punto de mentirme.

—Te quedaste dormida.

Mentiroso. Hay algo más. Algo flota en el borde de mi memoria como humo que no alcanzo a atrapar. Pero no puedo presionar sin admitir que sospecho que hay algo más. No puedo preguntar —¿acaso confesé mis sentimientos?— sin confesarlos básicamente en este momento.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Está bien.

No está bien. Ambos sabemos que no está bien. Pero me como mi terrible tostada mientras él limpia su Glock, y nos marinamos en una tensión insoportable.

La siguiente hora es una agonía. Orbitamos el uno al otro como estrellas binarias, fingiendo hacer cosas normales mientras estamos hiperconscientes de cada movimiento. El departamento se siente demasiado pequeño, el aire demasiado denso. Mi cuerpo es un campo de batalla. La resaca lucha contra la excitación, la náusea compite con el deseo.

Él se estira por encima de mí para alcanzar un vaso, su pecho apenas roza mi hombro. Ambos nos congelamos. El contacto dura tal vez medio segundo, pero todo mi cuerpo se enciende como si me hubieran electrocutado. Puedo olerlo. Aceite para armas y canela y ese calor subyacente que es solo suyo. Da un paso atrás rápidamente, demasiado rápido, y sé que él también lo sintió.

Escapo al sofá, acurrucándome en la esquina mientras finjo mirar mi teléfono. Pero lo observo con mi visión periférica. La forma en que se mueven sus manos mientras reensambla su arma. Preciso. Capaz. Las mismas manos que podrían acorralarme contra ese refrigerador que mencionó.

Dios mío. Necesito dejar de pensar en el refrigerador.

Cielos, ¿estuve sobria por qué, tres días? ¿Cuatro? El período más largo en meses. Y luego anoche lo eché todo a perder.

—Rastreaste mi teléfono —digo, necesitando llenar el silencio con algo que no sea mi espiral de vergüenza—. En el bote, dijiste que me habías estado rastreando desde el primer día.

Él no levanta la vista de su arma. —Sí.

—Todavía estoy procesando eso. La violación de la privacidad. Lo *creepy* del asunto. El hecho de que me miraras destruir cuatro días de sobriedad para ir a ese yate.

Ahora sí levanta la vista. —Cuatro días.

—¿Qué?

—Estuviste sobria cuatro días. Desde la noche en que llegué.

Él los contaba. Por supuesto que los contaba. Igual que cuenta las flexiones y los tragos y cualquier otra medida de control o su ausencia.

—Bueno. Entonces cuatro días tirados a la basura.

—Empezarás de nuevo.

—¿Lo haré? Porque ahora mismo siento que… ¿qué sentido tiene? Mi padre se está muriendo, soy una decepción, y ni siquiera puedo…

Su teléfono suena.

Él mira la pantalla, frunce el ceño. —Número desconocido. —Contesta de todos modos, escucha por un momento y luego me lo tiende—. Es para ti.

Tomo el teléfono, confundida. —¿Hola?

—Marisol —la voz de César resuena, cálida pero tensa—. Finalmente. He estado llamando a tu teléfono toda la mañana.

—¿Tío? ¿Cómo…? —me interrumpo, dándome cuenta de que ni siquiera sé cómo preguntar cómo consiguió este número—. Lo siento, mi celular está apagado. ¿Está todo bien?

—Tu padre me dio el contacto de los Rosetti cuando organizó tu protección. Hombre inteligente, manteniéndose al tanto —hace una pausa y lo escucho tomar aire—. Es Jorge, mija. Está preguntando por ti. Los médicos… no son optimistas.

El calor abandona mi cuerpo, reemplazado por agua helada. —¿Qué tan grave?

—Lo suficiente como para que vengas hoy. Ahora mismo, si puedes.

Mi mano se aprieta en el teléfono. —Yo… sí. Por supuesto. Estaré allí.

—Buena chica. Le diré que vienes. Se alegrará.

Buena chica. La frase me suena mal por alguna razón, condescendiente de una forma que no alcanzo a identificar. Pero mi padre se está muriendo y no tengo tiempo para analizar por qué los apodos cariñosos de Cesar de pronto se sienten diferentes. Tal vez porque preferiría escucharlos de Nico.

Le devuelvo el celular a Nico. Mis manos están temblando. Esta vez no es por la resaca.

—Tengo que irme. Mi padre…

—Escuché. Yo te llevaré.

—No tienes que…

—No voy a dejar que vayas sola.

La certeza en su voz quiebra algo en mí. No dejarme ir sola. Como si ya estuviera decidido. Como si mi bienestar fuera su responsabilidad incluso cuando solo voy a visitar a mi padre moribundo.

—Nico…

—Vístete. Nos vamos en diez minutos.

Es una orden, no una petición. En este momento, con mi mundo inclinándose de lado, agradezco tener a alguien que sepa tomar el mando.

Él ensambla su arma con eficiencia, revisa el cargador y la desliza en la funda en su cadera. Incluso visitar a mi padre moribundo requiere estar armada. El pensamiento debería perturbarme. En cambio, me hace sentir más segura.

Me cambio rápidamente, quitándome el enorme suéter que me ha estado picando como una penitencia. Cae al suelo. Me pongo algo apropiado para visitar a un padre moribundo: un vestido oscuro sencillo que con suerte diga «hija dedicada» en lugar de «decepción con resaca».

La mujer en el espejo se ve vacía. Ojeras bajo los ojos color miel. Piel demasiado pálida. Anoche estaba bailando en un yate, agarrando la verga de su guardaespaldas, intentando olvidarlo todo. Ahora está a punto de ver morir a su padre.

Pienso en la muerte de mi madre, en cómo yo era demasiado joven para decepcionarla adecuadamente. Al menos ella murió pensando que yo podría llegar a ser algo. Mi padre se lleva el espectáculo completo. Veintiséis años de fracasos espectaculares. Ocho años de autodestrucción. Titulares de tabloides y vergüenzas públicas y una hija que ni siquiera puede mantenerse sobria lo suficiente para visitarlo.

Cuando salgo, Nico está esperando junto a la puerta. Se ha puesto una chaqueta que oculta su arma, pero sé que está ahí. El saberlo me consuela cuando no debería.

Tomamos mi auto. Carlo tiene la mañana libre, así que Nico maneja mientras yo voy en el asiento del pasajero mirando Miami pasar, tratando de no pensar en cómo me mirará mi padre. Cómo me mira siempre. Como la prueba de sus fracasos como padre. Como el desastre que sobrevivió mientras el bueno huyó hacia Dios.

—Cuéntame sobre él. Tu padre.

Me sorprende que pregunte. —Jorge Delgado. Construyó un imperio de la nada. Hotelería, bienes raíces, otras cosas de las que nadie habla. Es inteligente. Duro. Decepcionado de su desastre de hija.

—¿Por qué decepcionado?

—Porque no soy la buena. No soy Gabriel. No soy un sacerdote ni un santo ni cualquier cosa perfecta en la que mi hermano se convirtió. —Las palabras saben amargas—. Yo soy el desastre. La chica parrandera que sale en los titulares por todas las razones equivocadas.

—Eso no es todo lo que eres.

—Es todo lo que él ve.

El silencio se extiende entre nosotros. No es incómodo esta vez. Solo… pesado. Luego: —Cuando alguien se está muriendo, cada minuto importa. Incluso los desastrosos.

—¿Hablas por experiencia?

—Sí.

Esa sola palabra carga un peso, historias que no contará, fantasmas que no nombrará. Pienso en él en Afganistán, las cosas que lo hacen hacer flexiones hasta que sus manos sangran. La gente que no pudo salvar. Los que sí pudo.

La propiedad aparece a través de las puertas. Una elegancia mediterránea en expansión tras muros y palmeras que mi madre plantó cuando yo era pequeña. Cada centímetro guarda recuerdos que he pasado años intentando olvidar.

En los portones de la propiedad, la mano de Nico se mueve hacia su cadera, donde está su arma. Solo un tic, pero lo noto. Siempre listo. Siempre atento a las amenazas. Incluso aquí, incluso ahora.

La seguridad nos reconoce a ambos y nos deja pasar. Bajamos por el camino bordeado de palmas reales, cada una un monumento al amor de mi madre por la belleza, a su necesidad de hacer que todo a su alrededor fuera tan encantador como ella.

Me clavo las uñas en la palma. —No estoy lista para esto.

—Nadie lo está nunca. —Los ojos de Nico permanecen fijos en el camino frente a nosotros, su mandíbula es una línea dura.

—¿Has visto a alguien morir?

Una pausa. Sus manos se aprietan en el volante hasta que sus nudillos se ponen blancos. —Sí.

Me giro hacia la ventana, presiono mi frente contra el frío cristal. —¿Se vuelve más fácil?

—No. —Se mueve en su asiento, con los hombros tensándose bajo su chaqueta—. Pero lo sobrevives.

—No estoy segura de estar hecha para sobrevivir.

—Has sobrevivido a todo lo demás. —Su voz es segura, como si estuviera declarando hechos en lugar de fe—. Sobrevivirás a esto también.

La casa se alza ante nosotros. Hermosa, fría, llena de fantasmas. La última vez que estuve aquí fue en Navidad. Estaba borracha antes del mediodía, Gabriel estaba en silencio con su alzacuello, y nuestro padre nos miraba a los dos como a extraños usando las caras de sus hijos.

No puedo obligarme a moverme. No puedo obligarme a abrir la puerta y caminar hacia esa casa donde mi madre murió susurrando el nombre de mi hermano. Donde mi padre se está muriendo decepcionado de lo que me convertí.

—Marisol.

—Solo… dame un minuto.

—Tómate tu tiempo.

¿Te quedarás mientras esté adentro?

—No iré a ningún lado.

—¿Lo prometes?

Él se gira para mirarme de lleno. Esos ojos color avellana que ven demasiado, que me vieron en mi peor momento anoche y aun así me prepararon tostadas esta mañana.

—Lo prometo.

La palabra asienta algo en mí. Tomo aire, salgo al calor de Miami, hacia la sombra de mi infancia. El vestíbulo olerá a cera para madera de limón. La oficina de mi padre todavía tendrá esas fotos de nosotros de antes. Cuando Gabriel sonreía, cuando yo nadaba, cuando nuestra madre estaba viva y todavía éramos una familia.

Nico me sigue, siempre tres pasos por detrás, siempre vigilando.

La puerta principal se abre antes de que lleguemos y aparece el tío César. La preocupación grabada en sus facciones familiares, los brazos ya abriéndose.

—Marisol. Mi niña hermosa. Gracias a Dios que estás aquí.

Camino hacia su abrazo, dejo que me sostenga, respiro su colonia. El mismo aroma caro que ha usado toda mi vida. Sus brazos son

cálidos, familiares, el consuelo de la infancia. Me susurra palabras suaves en español al oído, me dice que todo estará bien, que mi padre es fuerte, que eres una buena hija por venir.

Buena hija. No lo soy, pero dejo que lo diga.

Los ojos de Cesar se dirigen a Nico por encima de mi hombro, evaluándolo. —El soldado de los Rosetti. El hombre de Marco. —No es una pregunta. Reconocimiento entre depredadores.

—César Vega —responde Nico, con voz neutral. Pero noto la forma en que su mano descansa casual a su costado, cerca de donde está su arma.

—Lo he estado manteniendo cómodo —dice César, volviendo su atención a mí—. Pero ya sabes lo terco que es Jorge. Sigue preguntando por ti y por tu hermano.

—¿Viene Gabriel?

—Más tarde hoy, creo. Tu padre quiere a sus hijos cerca.

Gabriel. Mi hermano perfecto que huyó al sacerdocio después de aquella noche. Que me dejó sola con el peso de lo que encubrimos. Él vendrá con su alzacuello, oliendo a incienso en lugar de jazmín y cobre, y nuestro padre lo mirará con orgullo incluso mientras muere.

Detrás de mí, siento la presencia de Nico como una fuerza física. Sólido. Observando. Captando cada detalle de esta interacción con esos ojos que no pierden nada.

Me golpea de pronto esta desconexión. Los brazos de César a mi alrededor deberían sentirse como seguridad. Ha sido mi tío desde antes de que pudiera caminar, el que me daba dulces a escondidas, que me enseñó a bailar salsa en este mismo vestíbulo cuando tenía siete años. Su abrazo debería ser mi hogar.

Pero de alguna manera, Nico parado a un metro de distancia, silencioso e inmóvil, me hace sentir más segura de lo que estos brazos familiares jamás lo han hecho.

No lo entiendo. Tal vez sea porque Nico me ha visto en mi peor estado absoluto. Borracha, drogada, agarrando su verga en un bote, y aun así me preparó tostadas esta mañana. Tal vez sea porque no me miente sobre quién soy, incluso cuando la verdad duele. Tal vez sea porque cuando no podía respirar junto a la piscina, me besó para devolverme la vida en lugar de dejar que me ahogara.

O tal vez sea porque cuando él promete quedarse, le creo.

—Ven —dice César, manteniendo un brazo sobre mis hombros—. Tu padre está esperando.

Caminamos más adentro de la casa, hacia el sonido del zumbido de los equipos médicos, hacia el olor de la enfermedad y los finales. Nico nos sigue, sus pasos silenciosos sobre el mármol que solía resonar con las risas de mi madre.

Pienso en anoche, en cualquier cosa que haya dicho que Nico no me contará. En la mentira de sus ojos cuando dijo que simplemente me quedé dormida.

Cualquier cosa que haya confesado en esa neblina de tequila, cualquier verdad que se haya escapado cuando mis defensas estaban bajas, él se la está guardando. Protegiéndome de mis propias palabras.

Tal como me está protegiendo ahora, una sombra silenciosa asegurándose de que, pase lo que pase en esta casa de agonía y decepción, no lo enfrentaré sola.

11 - Nico

He entrado en territorio enemigo antes. Afganistán. Chicago. Lugares donde la muerte acecha tras cada esquina y la confianza te hace terminar muerto. Pero esto es diferente. El enemigo aquí luce una sonrisa cálida y abre los brazos para la mujer a la que se supone que debo proteger.

Tan pronto como Marisol entra en la habitación de su padre enfermo, Cesar Vega se vuelve hacia mí. Cerca de los sesenta, sienes plateadas, otro traje costoso como el que llevaba en La Sirena cuando lo divisé al otro lado del salón la noche que llegué a Miami. De cerca veo que tiene ojos marrones cálidos que se arrugan cuando sonríe. Todo en él irradia consuelo paternal.

Pero sus pasos son demasiado silenciosos para un hombre de su tamaño. Un sigilo practicado que me pone los pelos de punta.

Mis instintos gritan que algo anda mal. Algo está fundamentalmente mal aquí, aunque todavía no puedo darle un nombre.

He visto esto antes. Hombres que usan el afecto como control, que hacen que su posesión parezca amor. La forma en que inhaló el aroma de Marisol, la retuvo un segundo de más, la observó hasta que ella cerró la puerta de la habitación de su padre tras de sí.

Mi mano se desplaza hacia donde descansa mi Glock. Sería fácil. Una bala, y la pared pintada se convierte en arte moderno. Decirles a todos que él desenfundó primero. Pero Marisol nunca me perdonaría por matar a su tío sin pruebas. Así que, en su lugar, sonrío, mostrando los dientes.

Cesar me mira de arriba abajo. Esa sonrisa cálida nunca flaquea.

—El Rosetti —no es una pregunta—. Jorge mencionó que había organizado seguridad adicional.

—Nico Rosetti.

—Cesar Vega. Conozco a esta familia desde hace treinta años. Desde antes de que naciera Marisol. Me alegra que Jorge haya encontrado a alguien capaz. Nuestra niña necesita protección.

Nuestra niña. Se me tensa la mandíbula.

—Está en buenas manos.

—Eso veo —sus ojos me evalúan. Rápido, minucioso, la evaluación de alguien que sabe exactamente qué buscar—. Tiene aspecto de soldado.

—Exmarine.

—Ah. Entonces entiende de disciplina. Deber. Proteger lo que importa.

No es una charla trivial. Es una prueba. Ver si revelo algo, si le doy una ventaja.

—Entiendo mi trabajo.

—Bien. Bien —su sonrisa no flaquea, pero algo cambia en sus ojos. Cálculo, que aparece y desaparece en un instante.

Me posiciono junto a la puerta de Jorge. Espalda contra la pared, líneas de visión despejadas en ambas direcciones del pasillo. Posición de seguridad estándar. Nada extraordinario en ello.

Excepto que Cesar no se va.

Se apoya contra la pared opuesta, estudiándome con esa sonrisa cálida que nunca llega a sus ojos. Como si fuéramos viejos amigos, simplemente charlando de manera casual mientras Marisol visita a su padre moribundo.

Quiere algo. Información sobre las preocupaciones de Jorge, tal vez, o la confirmación de cuánta protección tiene realmente Marisol. Cada pregunta es un reconocimiento. Cada sonrisa es estrategia. Este hombre ha estado jugando a largo plazo, y Marisol es el premio.

—Es usted muy protector con ella —dice.

—Es mi trabajo.

—¿Solo su trabajo? —La pregunta queda flotando entre nosotros —. He visto la forma en que ella lo mira. Y la forma en que usted la vigila. Es… más que profesional.

No muerdo el anzuelo.

—Es usted observador.

—He tenido treinta años de práctica observando a esta familia — cruza los brazos, preparándose para una conversación que yo no quiero—. Estuve allí cuando Marisol dio sus primeros pasos. Cuando perdió su primer diente. Cuando murió su madre.

Su voz se suaviza en la última parte. Un duelo practicado, interpretado a la perfección.

—La he visto destruirse a sí misma durante ocho años. Y he visto a todos los demás mirar y no hacer nada.

—¿Y usted? ¿Qué ha hecho?

—Lo que pude. Que nunca fue suficiente —otro suspiro perfectamente cronometrado—. Ella no confía fácilmente. El hecho de que dejara que usted se acercara… eso significa algo.

—O no significa nada.

—Tal vez.

El silencio se prolonga. Él está decidiendo algo, tomándome las medidas para un traje que no quiero usar.

—¿Sabe qué es lo fascinante de los soldados? —dice Cesar, todavía estudiándome—. Están entrenados para ver enemigos en todas partes. A veces los crean solo para tener algo contra lo que luchar.

La guerra psicológica es sofisticada. Sembrar la duda. Hacerme cuestionar mis instintos.

—¿Marco Rosetti es su hermano? —pregunta.

—Sí.

—He oído hablar de su familia. Los Rosetti de Chicago —deja que eso se asiente, observando mi reacción—. Poderosos. Despiadados cuando hace falta. Tan intimidantes como los Rosetti de Nueva York.

La forma en que dice despiadados. Como si estuviera saboreando la palabra, archivándola para usarla más tarde.

—También leales —continúa—. Muy leales.

—La familia importa.

—Sí. Lealtad. Familia —se separa de la pared, se acerca más. No de forma amenazante, exactamente. Solo… presente—. Eso es bueno. Marisol necesita lealtad. Ha tenido muy poca.

—Tiene la de usted.

—Siempre. Desde el día en que nació —su voz baja, se vuelve algo íntimo, confesional—. Le hice una promesa a su madre. Rihanna. Una mujer hermosa, con voz de ángel. Sabía que se estaba muriendo. Para entonces, el cáncer ya se había extendido por todas partes. Me hizo prometer que cuidaría de sus bebés. De ambos.

Está usando a una mujer muerta como palanca. Todo en mi interior me grita que es un mentiroso. Este hombre que habla de promesas mientras calcula ángulos.

—Debe ser difícil —digo—. Verla luchar.

—No tiene ni idea —por un momento, algo cruza su rostro. Emoción real, pero no dolor. Frustración, tal vez—. Cada vez que ella aparece en los titulares, cada desastre, cada susto de sobredosis. Es como ver morir a Rihanna otra vez. Jorge también lo siente. Lo está matando más rápido que el cáncer.

—Le está yendo mejor.

—¿Ah sí? Unos pocos días sin champán no borran ocho años de autodestrucción —me estudia con esos ojos calculadores—. Pero usted lo sabe. Un soldado como usted, que ha visto lo que el trauma le hace a la gente. en lo que los convierte.

—He visto a personas sobrevivir a cosas que deberían haberlas matado.

—Sobrevivir. Sí. Pero no prosperar. No sanar —sacude la cabeza —. Algunas personas simplemente están… rotas. Demasiado dañadas para repararlas. Todo lo que puede hacer es gestionar los daños.

Cada palabra está cuidadosamente elegida. Me está poniendo a prueba, viendo si la defenderé, viendo qué tan profunda es mi inversión.

—Hablando de gestión —continúa—, me da curiosidad el interés de su familia aquí. Los Rosetti no suelen involucrarse en los negocios de Miami.

—Jorge Delgado contactó a Marco personalmente.

—Sí, ¿pero por qué? Tenemos seguridad, y de la buena —hace un gesto vago hacia la casa que nos rodea—. A menos que Jorge sepa algo que yo no; alguna amenaza que no ha compartido con su amigo más antiguo.

Ahí está. La sonda. Quiere saber qué le dijo Jorge a Marco, qué sé yo.

—Es un padre preocupado por su hija. Eso es todo lo que necesito saber.

—Por supuesto. El amor de un padre —su sonrisa es cálida, comprensiva—. Aunque a veces el amor nos hace ver amenazas que no existen. Jorge ha estado… paranoico últimamente. La medicación, el estrés. Cree que alguien cercano a él está tramando algo.

Lo dice casualmente, como un chisme. Pero está observando mi reacción. Cuando no doy ninguna, continúa:

—Cuando Jorge fallezca, Marisol necesitará orientación. Alguien que la ayude a navegar la transición. Los buitres rondarán, ya

entiende. La familia Zayas especialmente. Necesitará a alguien en quien confíe para proteger sus intereses.

Ya está planeando para después de la muerte de Jorge.

—La paranoia no siempre es equivocada —digo.

—No. A veces la persona en la que más confiamos es la que sostiene el cuchillo —deja que esa imagen se asiente entre nosotros —. Por eso me alegra que esté aquí. Un extraño. Alguien sin más agenda que mantener a nuestra niña a salvo.

Nuestra niña. Otra vez.

La puerta se abre antes de que pueda responder. Marisol emerge, con los ojos rojos y los hombros encogidos hacia adentro. Observo la devastación escrita en su rostro, la forma en que todo su cuerpo parece más pequeño, como si las palabras de Jorge la hubieran disminuido físicamente.

—Quiere verte —me dice. Su voz está cargada por las lágrimas que lucha por no derramar.

Miro a Cesar. Ya se está acercando a ella, listo para ofrecerle consuelo.

—Ve —dice él—. Yo cuidaré de Marisol. Una buena taza de té, quizás. O algo más fuerte.

—No —ella sacude la cabeza, se acerca a mí en lugar de a él—. Quiero quedarme cerca de Nico. Esperaré aquí.

Algo parpadea en el rostro de Cesar. Solo por un momento. Molestia, tal vez. O algo más oscuro.

—Por supuesto, cariño. Lo que necesites.

Entro en la habitación del enfermo, sabiendo ya que esta conversación confirmará lo que mis entrañas han estado gritando desde que llegamos.

La habitación está oscura como una tumba, con las cortinas cerradas contra el sol de la tarde. El equipo médico zumba. Monitores que registran el declive constante de un hombre que construyó un imperio solo para verse a sí mismo desmoronarse. El olor golpea de inmediato: medicina y decadencia. El antiséptico no logra enmascarar algo peor. El aroma de un cuerpo apagándose, sistema por sistema.

Jorge Delgado está recostado en una cama de hospital. Ha sido vaciado por la enfermedad, un hombre corpulento reducido a huesos afilados y voluntad obstinada. Pero sus ojos. Oscuros, penetrantes,

sin perderse nada. Esos ojos todavía están vivos. Todavía son peligrosos.

Se fijan en mí como la mira de un rifle.

—Acércate. Quiero ver al hombre que envió Marco.

Me aproximo, me detengo en posición de firmes casi sin pensarlo. Viejas costumbres.

—Eres más joven de lo que esperaba.

—Veintinueve.

—Veintinueve —un sonido que podría ser una risa resuena en su pecho—. Yo construí mi imperio a los veintinueve. ¿Qué has construido tú?

—Cadáveres. Principalmente.

La honestidad lo sorprende. Bien. Estoy cansado de juegos, de las manipulaciones cálidas de Cesar, de que todo el mundo ande con rodeos ante la verdad.

—Honesto. Me gusta eso —hace un gesto hacia la silla al lado de la cama. La que Marisol acaba de dejar, con un pañuelo arrugado en el suelo junto a ella—. Siéntate.

Me siento.

—Marco habla muy bien de usted. Dice que es su mejor hombre. Disciplinado. Letal. Incapaz de ser corrompido.

—Hago mi trabajo.

—Su trabajo es mantener a mi hija con vida —su voz se vuelve más aguda—. ¿Cómo va eso?

—Está viva.

—También está borracha la mitad del tiempo, según escucho. Drogada la otra mitad. Corriendo por Miami como una mujer con deseos de morir —las palabras son duras, pero el agotamiento se trasluce—. ¿Es esa la hija que está protegiendo?

—Está luchando. Pero es más fuerte de lo que usted cree.

—¿Más fuerte? —Su risa se convierte en una tos húmeda que hace que los monitores se disparen—. Es un desastre. Ha sido un desastre desde que murió su madre. Nada de lo que hago, nada de lo que digo funciona.

—Con todo respeto, señor. No es un desastre. Está sufriendo. Hay una diferencia.

El silencio se prolonga. Jorge me mira fijamente con esos ojos afilados y moribundos. Midiendo. Calculando. Decidiendo si soy un aliado o un obstáculo.

—Se está ahogando —continúo, porque alguien tiene que decirlo —. Y necesita a alguien que la saque, no que la hunda más.

—La está defendiendo.

—Estoy describiendo lo que veo.

—¿Y usted qué ve?

—A una mujer que perdió a su madre a los diecisiete años y nunca procesó el duelo. A una mujer que carga con algo pesado.

La mandíbula de Jorge se tensa. —La conoce hace una semana.

—A veces una semana basta para ver lo que la familia no puede.

—¿Y qué es lo que yo no puedo ver?

—Que no está eligiendo destruirse a sí misma. Está intentando sobrevivir de la única manera que sabe.

Más silencio. Los monitores pitan rítmicamente, marcando un tiempo que Jorge no tiene.

—Cesar dice que usted es peligroso —dice finalmente—. Tiene razón.

Hay algo en su voz. No es ira. ¿Casi… esperanza?

—Ella le importa —dice, aunque quizá sea una pregunta.

—Es mi encargo.

—Eso no fue lo que le pregunté.

No respondo. No puedo responder. La verdad es demasiado complicada, demasiado peligrosa. No pude evitar que Sofia se fuera, no pude hacer que se quedara. Pero a Marisol… a Marisol puedo mantenerla a salvo. Incluso si eso significa convertirme en el monstruo que ella odiará.

Jorge me estudia un momento más y luego asiente. Alguna decisión interna tomada.

—Hay una amenaza —su voz baja, a pesar de que estamos solos—. Alguien cercano a mí. No sé quién. Todavía no. Pero lo siento. de la forma en que un hombre moribundo siente todo con más claridad.

Él estira la mano, me sujeta la muñeca con una fuerza sorprendente. Sus dedos están fríos, pero su agarre es de hierro.

—Los buitres están sobrevolando. Esperando a que muera. Y cuando lo haga, vendrán por ella. Por el imperio. Por todo.

—¿La familia Zayas?

—Sí, pero eso es externo. Esperado. Esto es… —Se esfuerza por encontrar las palabras—. Esto es interno. Alguien cercano. Alguien en quien confío. Alguien que ha estado aquí tanto tiempo que ya no lo veo con claridad.

Cesar. Todo en mi interior grita Cesar. Pero necesito más que instinto.

—Manténla con vida —dice Jorge, apretando más el agarre—. Cueste lo que cueste. A quien sea que tengas que destruir. Mantén a mi hija con vida.

—Lo haré, señor.

—Bien. —Jorge me suelta y se recuesta de nuevo en las almohadas. Nuestra conversación ya lo ha agotado—. ¿Sabes qué es lo que veo cuando te miro?

—¿Qué?

—A un hombre que ya está medio enamorado de ella. —Una sombra de sonrisa asoma a sus labios—. No lo niegues. Me estoy muriendo, no estoy ciego. La forma en que la defendió hace un momento… eso no es interés profesional.

No lo confirmo ni lo niego. Solo espero.

—Ella necesita a alguien que la proteja.

—¿No era ese su trabajo?

Las palabras salen más duras de lo que pretendía. Los ojos de Jorge destellan. Ira, luego algo parecido a la vergüenza. —¿Crees que no amo a mi hija?

—Creo que la ama. Pero creo que su amor viene envuelto en tanta decepción que ella ya no puede notar la diferencia.

—¿Cómo se atreve?

—Ella vino aquí por usted. Sobria. Intentándolo. Y sea lo que sea que le haya dicho, le pido que piense si eso la ayuda a ella o si simplemente lo hace sentir a usted mejor por sus propios fracasos como padre.

El silencio que sigue podría sofocarnos a ambos. El rostro de Jorge pasa por varias emociones. Rabia, dolor, tal vez incluso reconocimiento.

—Déjame —dice finalmente.

Me levanto para irme, pero su voz me detiene en la puerta.

—Rosetti.

Me doy la vuelta.

—Cuando descubra quién es la amenaza, porque lo hará, no lo dude; No muestres misericordia. Este mundo no perdona la debilidad.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque si es alguien que a ella le importa, te odiará por eso. ¿Puedes vivir con eso?

Pienso en Marisol, rota y hermosa, ahogándose en un dolor que no puede nombrar. Pienso en la mañana en que se despertará para descubrir que he destruido a alguien que ama, aunque se lo mereciera.

—Puedo vivir con su odio —digo—. No puedo vivir con su muerte.

Jorge asiente lentamente. —Entonces eres el hombre indicado para esto.

Lo dejo allí, muriendo solo en su habitación oscura, y me pregunto si ser el hombre indicado significa ser aquel dispuesto a romperle el corazón para salvarle la vida.

Salgo de la habitación del enfermo para encontrar a Marisol esperando exactamente donde la dejé. Cesar merodea demasiado cerca, con la mano extendida hacia su hombro. Ella se aparta, de forma sutil pero deliberada, y se mueve hacia mí en su lugar.

—Nos vamos. AHORA.

—Marisol. —Cesar intenta alcanzarla.

Pero ella ya está en movimiento, dirigiéndose a la salida con la energía desesperada de alguien que huye de un incendio. La sigo sin cuestionar.

Detrás de nosotros, Cesar exclama con voz suave como la seda: —Llámame más tarde, cariña. Hablaremos.

Ella no le hace caso. Solo sigue caminando, casi corriendo, por los pasillos de mármol de la casa de su infancia.

Llegamos al coche. Ella se queda de pie al lado, temblando demasiado como para abrir la puerta. Se la abro, la ayudo a entrar y luego rodeo hacia el lado del conductor. Nos alejamos de la finca y ella se queda mirando por la ventana. Las lágrimas corren silenciosamente por su rostro.

No pregunto. No presiono. Solo manejo.

La finca desaparece tras nosotros. Pasan cinco minutos. Diez.

Entonces ella se quiebra.

—Dijo que la estoy matando.

Mis manos se aprietan en el volante. —¿Qué?

—A mi madre. Dijo... —Su voz se quiebra, cruda y desgarrada—. Dijo que verme destruirme a mí misma es como verla morir de nuevo. Que cada vez que salgo en los titulares, cada vez que soy un desastre, estoy matando su memoria. Demostrando que desperdició

su último aliento en mí. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras de mamá para mí? Trata de ser buena, como tu hermano.

—Él se equivoca.

—¿Ah, sí? Porque no he sido buena. He sido todo lo que ella no quería. Todo lo que él temía que llegara a ser.

—Has estado sobreviviendo. Eso no es lo mismo que fracasar.

—Se siente igual.

Quiero dar la vuelta al coche. Quiero volver a esa habitación de enfermo y decirle a Jorge Delgado que estar muriendo no le da derecho a destruir a su hija con la culpa. Pero no ayudaría. Solo la haría sentir peor. Como si necesitara ser defendida, como si no pudiera lidiar con su propia familia.

Así que sigo manejando.

—¿Podemos no ir a casa todavía? —Su voz es pequeña, rota—. No puedo… no puedo estar en ese departamento ahora mismo.

—¿A dónde quieres ir?

—A cualquier parte. A ningún lado. No lo sé. —Se limpia la cara con el dorso de la mano—. Solo maneja.

Manejo. Por Miami, sin rumbo, dejando que la ciudad pase de largo mientras ella se desahoga llorando. El sol comienza su descenso, pintándolo todo de dorado.

Finalmente, me detengo en un tramo tranquilo de playa. No es nuestra playa. Es una diferente, más rocosa, más aislada. El océano se extiende ante nosotros, infinito e indiferente. Estaciono de frente al agua.

Ella ha dejado de llorar. Solo mira las olas, con la mirada vacía. —Debí haber sido mejor.

Me giro hacia ella, con una mano todavía en el volante. —Tenías diecisiete años cuando ella murió.

—Tenía edad suficiente para entender. —Apoya la frente contra el cristal frío de la ventana, empañando un pequeño círculo con su aliento.

—Edad suficiente para estar traumatizada. —Golpeo mis dedos contra el volante, observando su reflejo en la ventana—. No lo suficiente como para procesarlo sin ayuda.

Ella enrosca un mechón de cabello alrededor de su dedo, tirando hasta que debe dolerle. —Mi hermano lo procesó.

—Tu hermano huyó. —Mi voz se endurece mientras me acomodo en el asiento para quedar frente a ella plenamente—. Lleva ocho años

escondido en una iglesia. Eso no es procesar. Eso es escapar.

Ella me mira bruscamente. —No sabes nada de él.

—Sé que te dejó sola. Sé que estás aquí, lidiando sola con tu padre moribundo, mientras tu hermano perfecto reza en alguna parte. Eso no es ser bueno. Eso es haberse ido.

Ella abre la boca. La cierra. Algo cambia en su expresión.

—Realmente lo ves todo, ¿verdad?

—Te lo dije. Yo no aparto la mirada.

Las palabras quedan flotando entre nosotros. Entonces ella estira el brazo a través de la consola. Su mano encuentra la mía, entrelazando sus dedos, y se aferra con fuerza.

Dejo que tome mi mano. Dejo que se ancle a mí.

Nos quedamos sentados así, mirando el océano, su mano en la mía, sin hablar. El sol sangra rojo sobre el agua. Sus dedos son pequeños en los míos, pero su agarre es fuerte. Aferrándose como si yo fuera lo único sólido en un mundo que se disuelve.

—No quiero estar sola esta noche.

Las palabras son suaves, apenas audibles sobre el sonido de las olas.

—No lo estarás.

—Me refiero a... —Traga saliva—. No quiero estar sola. En mi habitación. Mirando el techo. Pensando en todo lo que él dijo.

—¿Qué quieres?

—No lo sé. Algo. Alguien. —Se gira para mirarme, y sus ojos son desoladores—. A ti.

La palabra queda suspendida entre nosotros. A ti.

—Marisol.

—Lo sé. Sé que tienes reglas. Sé que dijiste que así no. —Su voz es firme, clara a pesar de las lágrimas que se secan en sus mejillas—. Después de la sesión de entrenamiento, después de que te alejaste de mí en ese suelo hace dos días, no pensé que volverías a quererme.

—Eso fue diferente.

—¿Cómo?

—No estabas eligiendo. Estabas reaccionando. Esta noche estás eligiendo.

Ella me mira, me mira de verdad. —Pero no estoy borracha. No estoy drogada. Estoy completamente sobria. Soloestoy... estoy tan cansada de sentirme vacía. Y cuando estoy contigo, siento algo. Cualquier cosa.

Se gira más completamente hacia mí, y el último rayo de sol se refleja en sus ojos color miel.

—Por favor.

Por favor. La palabra golpea fuerte. Inesperada, demoledora, sin defensa preparada. Esta mujer que lucha contra todo, que convierte el desvío de atención en arte, que se blinda en el caos. Está diciendo por favor. Sin exigir. Sin actuar. Simplemente pidiendo. Sobria, lúcida, eligiendo.

Debería decir que no. Debería recordar que ella es vulnerable y que está de duelo, y que esto es exactamente cuando la gente comete errores de los que se arrepiente. Debería mantener la distancia que nos mantiene a salvo a ambos.

Pero ella me mira como si fuera lo único sólido que queda, y tal vez eso es exactamente lo que yo también necesito. Ser sólido para alguien. Importar más allá de la misión.

—Vamos a casa.

Arranco el coche, pero no le suelto la mano.

El viaje de vuelta es tranquilo. No silencioso. Tranquilo. La diferencia importa. Ya no se está ahogando. Está flotando, dejando que yo sea su ancla. Su pulgar traza pequeños círculos en mi palma, y cada roce envía un calor a través de mí que no tiene nada que ver con el clima de Miami.

—No estoy pidiendo para siempre —dice de repente—. Sé que eventualmente volverás a Chicago. Sé que esto es solo… un trabajo para ti. Pero esta noche, ¿podemos pretender que no lo es?

La verdad lucha por salir de mi garganta. Debería mentir. Debería mantener la distancia. Pero ella me mira con esos ojos color miel, y las paredes que he pasado años construyendo se agrietan.

—Dejó de ser solo un trabajo la noche que dijiste mi nombre mientras dormías.

Ella me mira, sorprendida.

—¿Lo hice?

—Lo hiciste. Y luego me llamaste Mi caballo.

Eso le saca una pequeña risa. El sonido afloja algo en mi pecho.

—Tengo un gusto excelente para los apodos.

—El mejor.

Entramos en el garaje de su edificio. El ascensor sube hacia su ático y, con cada piso, el aire entre nosotros se vuelve más denso. No de temor ni de miedo. De posibilidad.

Dentro de su departamento, ella se quita los tacones, volviéndose repentinamente más pequeña. Más frágil. Pero también más real de lo que la he visto nunca.

—Necesito ducharme —dice—. Quitarme este día de encima. Pero… ¿te quedarás? No en la habitación de invitados. Solo… ¿te quedarás?

—Sí.

Ella desaparece en su habitación. Oigo el agua comenzar. Me quedo de pie en su sala, mirando las luces de la ciudad, sabiendo que estoy a punto de cruzar una línea que no podré desandar. Sabiendo que mañana todo será diferente. Sabiendo que Cesar está ahí fuera, planeando algo, y que tendré que detenerlo, y que eso la destruirá.

¿Pero esta noche?

Esta noche el soldado puede esperar.

Cuando sale, lleva una pijama sencilla. Ni seda, ni actuaciones. Solo algodón suave y piel limpia y unos ojos que saben exactamente lo que está pidiendo.

—No quiero tener sexo —dice, directa como siempre—. Solo… no quiero estar sola. ¿Está bien?

—Sí.

Ella me tiende la mano. Yo la tomo.

Su habitación todavía huele a vainilla y coco, pero ahora hay algo más. Ella. No el perfume ni los productos. Solo ella.

Se mete en la cama, aparta las mantas del otro lado. Una invitación.

Debería irme a la habitación de invitados. Cambiarme. Mantener algún límite.

El soldado en mí lucha con algo más. Me quedo allí, congelado entre la disciplina y el deseo, entre lo que debería hacer y lo que ella necesita.

En lugar de eso, me acuesto a su lado, completamente vestido. Ella se acurruca contra mi costado de inmediato, con la cabeza en mi pecho, el brazo sobre mi estómago. Puedo sentir los latidos de su corazón contra mis costillas. El calor de sus lágrimas empapando mi camisa, la textura de su dolor convirtiéndose en parte de mí.

—Tu corazón va muy rápido —susurra.

—El tuyo también.

Finalmente, su respiración empieza a estabilizarse. Está agotada. Emocional y físicamente. El día le ha arrebatado todo.

Se queda dormida así, acurrucada contra mí, confiando en mí para mantener alejados a los monstruos. Sin saber que yo podría ser uno de ellos. Sin saber que mañana, o al día siguiente, o pronto, tendré que romperle el corazón para salvarle la vida.

12 - Marisol

Estoy parada frente a su puerta, con una mano levantada para tocar y la otra presionada contra mi vientre, donde el calor se enrosca, bajo y urgente. Han pasado demasiados malditos minutos con el pulso latiendo entre mis piernas porque es mejor que pensar en las palabras de mi padre. *Estás matando su memoria. Con cada desastre, con cada titular, demuestras que ella desperdició su último aliento en ti.*

Después de que llegamos a casa, se quedó conmigo como se lo pedí. Me sostuvo mientras lloraba hasta vaciarme en mi cama, con sus brazos rodeándome; él totalmente vestido y yo en un simple pijama. Pero cuando desperté en medio de la noche, se había ido. De vuelta a su habitación, a su espacio controlado, dejándome a solas con la hendidura en mi almohada donde había estado su cabeza.

Intenté volver a dormir. Fracasé.

Mi mano se deslizó entre mis piernas un par de veces, pero me detuve. No quiero mis propios dedos. Quiero los de él.

No quiero estar sola. El pensamiento me golpea como un segundo latido. No quiero estar sola con estos fantasmas y este dolor.

Antes de que pudiera pensarlo, ya estaba de pie. Caminé por el pasillo descalza, y mi reflejo en el espejo mostró exactamente lo que soy: una desesperada. Con los ojos todavía hinchados de tanto llorar y el cabello revuelto.

Mis nudillos golpean la madera antes de que mi cerebro reaccione.

La puerta se abre de inmediato. Estaba esperando. De pie como una maldita estatua griega, sin camisa, con cada línea de sus músculos tallada en la tenue luz. Esos pantalones de gimnasia de talle bajo cuelgan de sus caderas, y puedo ver su silueta, ya está medio erecto.

—No puedo dormir.

Mi voz sale entrecortada, y sus ojos bajan a mi pecho, donde mis pezones presionan contra la delgada tela.

—Deberías intentarlo —dice.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, una excusa gastada; ninguno de los dos cree que lo diga en serio. Lo que él quiere decir es otra cosa: que el esfuerzo importa más que el resultado, que el ritual de fingir distancia es una especie de seguridad. Pero no hay nada seguro en la forma en que me mira. Nada seguro en la forma en que mi cuerpo lo desea, lo anhela como si fuera un vicio.

—Lo hice —mi voz es suave, pero vibra con necesidad—. No dejo de pensar en ti —doy un paso adelante, tan cerca que el calor de su piel se irradia hacia mí, tan cerca que podría delinear la vena de su cuello con mi lengua si quisiera—. En tus manos. En tu boca. En lo que podrías hacerme.

Su mandíbula se tensa, un tic de esfuerzo. Recuerdo haber leído sobre la respuesta de lucha o huida, pero lo que veo ahora es lucha *y* huida, ambas cosas, una maraña de deseo y autopreservación. Quiere correr y quiere devorarme, y no sé cuál de los dos instintos ganará.

—Marisol —no es solo mi nombre, es una barricada y un desafío. Las sílabas son ásperas, guturales, desgarradas por algo en su interior. Intenta plantar los pies, aferrarse a este último cuadrado de terreno firme, pero veo cómo sus manos se aprietan a sus costados, como si le picaran por agarrarme y no soltarme nunca.

Así que cruzo la brecha. Mis dedos encuentran el borde de sus pantalones y tiran suavemente, lo suficiente para recordarle a dónde podría llegar esto. Lo miro hacia arriba, con mis grandes ojos oscuros y las pestañas aún húmedas por el llanto, y por un segundo veo algo parecido al horror en su rostro… como si supiera lo cerca que está de romperse, lo poco que faltaría para que todo su control no sirva de nada.

—No estoy borracha —digo, y las palabras son un extraño consuelo, una promesa secreta—. Ni drogada. Estoy completamente sobria y estoy tan jodidamente mojada que he empapado estos shorts solo de pensar en ti.

El aire cambia entre nosotros. Sabe a sal y a calor, al ozono antes de que caiga un rayo. Sus fosas nasales se dilatan y esta vez me pregunto si realmente puede olerme, si mi necesidad es una feromona que se filtra a través del algodón. Inhala, con el pecho subiendo, y sus ojos arden en los míos. La parte de mí que es

vulnerable casi quiere apartar la vista, pero la otra parte, la parte cruda y descarada, sostiene su mirada.

—Querer no es lo mismo que tener —sus palabras salen ásperas, como papel de lija y grava. Las dice como una advertencia, tal vez como una gentileza, pero aterrizan como un reto.

Así que lo encuentro a mitad de camino, presionando mi palma contra su pecho, sintiendo el latido fuerte de su corazón bajo la piel. Está temblando, solo un poco, y la idea de que puedo conmoverlo me vuelve loca de poder. Deslizo mi mano hacia arriba, dejando que mis uñas rocen su clavícula, y siento que se estremece.

—¿Por qué no? —me acerco más hasta que mis pezones rozan su pecho a través de mi camiseta de tirantes. Ambos inhalamos bruscamente—. Te he deseado desde que lanzaste a ese hombre contra las rocas. Desde que me llevaste a la cama. Desde que admitiste que querías acorralarme contra el refrigerador y descubrir cómo sueno cuando me vengo.

—Eso no es…

—Dijiste que me querías. ¿Estabas mintiendo?

—No.

La palabra sale desgarrada, una sola sílaba arrancada de algún lugar profundo y oscuro como una bóveda. Sus ojos se desvían, aterrizan en la pared sobre mi cabeza, mirando el cuadro del paisaje como el haz de luz de un faro al que se ancla para no perderse en mí. Le doy su segundo de silencio, con el espacio entre nuestros cuerpos cargado y tembloroso, pero luego lo acorralo más, con mi rodilla empujando entre sus muslos.

—Entonces tómame —susurro.

Es un desafío, un hechizo, tal vez el último suspiro de la parte de mí que todavía teme que soy demasiado o muy poco, que si pido lo que quiero, el universo se reirá en mi cara.

Pestañea, y cuando su mirada vuelve a enfocarse es como si me viera por primera vez, o tal vez como si viera una versión de mí que nadie más llega a ver. Recuerdo la primera vez que vi un incendio forestal en la televisión, la forma en que las llamas devoraban todo a su paso: inevitable, hermoso, aterrador. Así es como me mira ahora.

—Haz que olvide todo excepto tu nombre —lo digo de nuevo, más fuerte.

Quiero oírme decirlo. Quiero ver las palabras aterrizar y prender fuego, de la misma manera que quiero sus manos en mi piel, su boca

en mi boca, su cuerpo en mi cuerpo.

Duda, y por un segundo me pregunto si he ido demasiado lejos, si he perforado nuestro cuidadoso ecosistema y he introducido a un depredador. Pero entonces habla, tan suavemente que casi no lo oigo.

—No sé cómo hacer eso sin…

Su voz flaquea, y yo termino el pensamiento por él. —¿Sin qué? ¿Sin perder el control? —dejo que mi mano baje, desde el calor suave de su abdomen hasta la pretina de esos pantalones, con el pulgar rodeando el nudo del cordón—. Tal vez eso es exactamente lo que ambos necesitamos.

Emite un sonido ahogado, animal; un sonido que nunca antes le había oído, ni entrenando, ni de dolor, ni siquiera de rabia. Es el sonido de algo que finalmente se libera. Por un momento cristalino, simplemente nos miramos. El pulso me retumba en los oídos, y sus ojos —el tipo de ojos en los que no miras a menos que quieras ser visto por completo— están fijos en los míos.

Me elevo, poniéndome de puntitas lo suficiente para cerrar el último centímetro. Mi boca encuentra la suya, y el beso es torpe al principio, una colisión de dientes y aliento caliente y esa risa aguda y nerviosa que no puedo evitar soltar contra su boca.

No se mueve. Sus manos permanecen apretadas a los costados, con los nudillos blancos. Mis manos están por todas partes: su mandíbula, su pecho, la línea de su cuello donde el pulso late fuerte y salvaje. Lo beso con más fuerza, y ahí es cuando finalmente estalla.

Sus manos agarran mi cintura y me arrastran contra él, su boca estrellándose contra la mía con una fuerza que lastima. Este no es el beso de un ataque de pánico ni el casi beso de una sesión de entrenamiento. Esto es hambre pura, su lengua invadiendo mi boca, reclamando, consumiendo. Saboreo canela y algo más oscuro, más primitivo.

Me empuja hacia adentro de su habitación, cerrando la puerta con una patada lo suficientemente fuerte como para hacer vibrar el marco. Mi espalda se estrella contra ella y su cuerpo me aprisiona, puro músculo. Su pene presiona mi vientre a través de sus pantalones, totalmente erecto ahora, y me froto contra él sin vergüenza.

—Silencio —gruñe cuando empiezo a gemir.

La orden envía electricidad directo a mi clítoris. Él está tomando el control, quitándome mi ruido, mi caos.

Su boca ataca mi cuello, sus dientes raspan, su lengua alivia el escozor. Cuando suelto un lloriqueo, su mano sube para cubrir mi boca.

—Dije silencio. ¿Quieres saber qué sonidos haces? Los harás cuando yo lo permita.

Me arranca la camiseta por la cabeza. El aire fresco golpea mis pechos desnudos y mis pezones se tensan dolorosamente. Sus ojos me devoran, con esa evaluación táctica que me hace sentir como una presa.

—Mierda —jadea—. Mírate.

Sus manos envuelven mis pechos, sus pulgares rodeando mis pezones lentamente. Me arqueo hacia él, intentando aumentar la presión, pero él lo controla todo: el ritmo, la fuerza, la lenta tortura de lo que es casi suficiente.

—Por favor…

—¿Por favor qué?

Mis dedos se clavan en sus hombros.

—Tócame. Tócame de verdad.

Sus ojos se oscurecen, las pupilas se dilatan. —Te estoy tocando.

Mis caderas se inclinan hacia adelante, buscando fricción. Me muerdo el labio, con las mejillas encendidas. —Mi vagina. Toca mi…

Se deja caer de rodillas, el movimiento tan rápido que hace crujir las tablas del suelo. Sus manos se deslizan por mis pantorrillas, sus pulgares presionando los huecos sensibles detrás de mis rodillas.

La imagen me quita el aliento. Este soldado letal de rodillas ante mí. Engancha sus dedos en mis shorts y los baja. La seda está empapada, y emite un sonido puramente animal cuando ve que no llevo nada debajo, mi sexo ya reluciente.

—Ya estás tan jodidamente mojada —murmura—. Probablemente podría hacer que te vengas solo con respirar cerca de ti.

Entonces su boca está sobre mí.

Sin previo aviso, sin juegos. Su lengua encuentra mi clítoris y lo ataca con un enfoque absoluto. Grito, mis manos vuelan a su cabello, tirando con fuerza mientras me devora como un hombre hambriento. No es amable, no es cuidadoso. Come mi sexo como si estuviera reclamando territorio.

Los sonidos obscenos y húmedos llenan la habitación. Su lengua rodea mi clítoris, luego le da golpecitos rápidos, luego lo succiona. Cuando empuja dos dedos gruesos dentro de mí, curvándolos para golpear ese punto perfecto, me rompo.

El orgasmo me atraviesa, violento y repentino. Mis muslos se cierran alrededor de su cabeza, mi vagina apretándose en torno a sus dedos mientras me vengo sobre su lengua, contra su boca, mis jugos bañando su rostro.

No se detiene. Ni un respiro de misericordia, ni siquiera cuando las réplicas me recorren y mis muslos tiemblan por el esfuerzo. Su boca está fija en mí, como algo hambriento, y sus dedos siguen moviéndose dentro, más profundo, más tosco, como si estuviera decidido a vaciarme hasta que no quede nada más que esto.

No puedo procesar el placer, no puedo controlarlo, apenas puedo sobrevivir a él. Mis manos buscan de dónde agarrarse —el marco de la puerta, su cabello—, nada me sostiene. Cada nervio está encendido, sensible e hiperreactivo, y el contraste de su barba raspando la parte interna de mi muslo es casi demasiado. Me retuerzo, intento apartar su cabeza, pero él simplemente sujeta mis caderas con más fuerza, manteniéndome en mi lugar.

Estoy sollozando, ruidos animales escapan de mi garganta, el tipo de sonidos que nunca hago, el tipo de sonidos que no sabía que podía hacer. La habitación se inclina, mi visión se nubla, y solo existe el implacable remolino de su lengua en mi clítoris, la obscena humedad de su boca, el incesante entrar y salir de sus dedos.

Me mira desde abajo, por debajo de las pestañas, con las pupilas completamente negras, y la imagen es suficiente para que otro sismo me sacuda las entrañas. Esboza una sonrisa —el muy cabrón de verdad sonríe— y dice, ronco:

—Otra vez. Vente para mí otra vez.

Mi cuerpo le obedece antes de que mi cerebro siquiera lo entienda. Mis músculos se contraen con fuerza y algo dentro de mí estalla. Grito —mi voz, su nombre, una sarta de groserías, no sé, no me importa—. Él no cede ni un segundo, ni siquiera mientras me convulso alrededor de su mano, ni siquiera cuando intento apartarme, ni siquiera mientras le araño el cuero cabelludo, desesperada por escapar.

Me mantiene allí, anclada, incluso mientras floto fuera de mí misma. Está hablando, bajo y gutural, halagos y suciedades gruñidos

a la vez: —Tan bien, Marisol. Tan jodidamente bien.

Puedo sentir cómo empapa mis muslos, la vergonzosa y estremecedora humedad de mi propio naufragio. Él no se inmuta. Lo lame todo, gimiendo, adicto, saboreando todo lo que tengo.

Finalmente cede, solo para ponerse de pie y levantarme, cargándome en sus brazos como si no pesara nada. Mis piernas no sirven, no tienen huesos, cuelgan sobre su antebrazo. Su mano está bajo mi trasero, cálida y firme, sosteniéndome como si fuera carga preciosa. Me lleva a la cama y me deja sobre las sábanas, y me hundo, jadeando, con las neuronas todavía chispeando salvajemente en mi cráneo.

Estoy lacia, destruida, pero él apenas está comenzando.

Me acomoda en el colchón y se para sobre mí. Finalmente, por fin, se quita esos pantalones.

Su pene queda libre y se me hace agua la boca. Es enorme: grueso, venoso, con la punta ya húmeda por el líquido preseminal. Intento alcanzarlo, pero él me sujeta la muñeca.

—No.

—Quiero probarte.

—No.

Se sube sobre mí, inmovilizando mis muñecas sobre mi cabeza con una mano. Su pene roza la parte interna de mi muslo, dejando un rastro húmedo, y arqueo las caderas intentando que entre en mí.

—Cosita desesperada —murmura, pero hay afecto en ello.

Alcanza la mesa de noche, saca un condón. Lo veo ponérselo, hipnotizada por sus manos en su propio pene, por la forma en que se sujeta.

Entonces se posiciona en mi entrada, la cabeza gruesa presionando contra mi vagina, y estoy tan mojada que podría deslizarse con facilidad, pero no lo hace. Se queda allí, haciéndome sentir lo grande que es, lo mucho que me va a dilatar.

—Nico, por favor…

Entra con una estocada brutal.

Grito. Es tan grueso, estirándome más allá de lo que creía que podía soportar. El ardor, la plenitud, es perfecto y demasiado y no es suficiente.

Su mandíbula se tensa, los tendones se marcan en su cuello. —Dios, cómo te sientes a mi alrededor. —Las palabras suenan como si fueran arrancadas de su garganta.

Se retira hasta que solo queda la punta, luego vuelve a embestir dentro de mí con la fuerza suficiente para que el marco de la cama proteste contra la pared. Cada estocada es calculada, implacable, buscando profundidades que no sabía que existían. Siento que me encamino hacia algo imposible tan pronto después de lo anterior.

—Perfecto —murmura contra mi oído, con voz de grava—. Tómame, justo así.

Su pulgar encuentra mi clítoris, girando al ritmo de sus estocadas. La sensación dual es devastadora. Ahora balbuceo: su nombre, por favor, Dios, mierda, sí, un flujo de conciencia mientras me folla con absoluta precisión.

Pero ese es el problema. Incluso mientras me golpea, incluso mientras su pene golpea ese punto perfecto una y otra vez, incluso mientras su pulgar trabaja mi clítoris a la perfección, su rostro está controlado. Enfocado. Como si estuviera realizando una tarea.

El tercer orgasmo llega de todos modos. Mi vagina se aprieta alrededor de él, todo mi cuerpo se tensa como un arco.

—Vente —ordena—. Vente sobre mi pene.

Lo hago. Me rompo por completo, mi sexo pulsando a su alrededor, ordeñando su miembro, todo mi cuerpo convulsionando. Las lágrimas corren por mi cara por la intensidad, y estoy sollozando su nombre, rogando por algo que ni siquiera puedo nombrar.

A través de todo, me observa con esos ojos color avellana. Estudiando. Pero sin perder nunca el control.

Se sale.

Estoy allí acostada, destruida, borracha de placer y temblando, cuando la realidad me golpea: él no se vino.

Su pene sigue duro como una roca, el condón sigue puesto pero vacío. Su mandíbula está tan apretada que puedo ver el músculo saltar, todo su cuerpo rígido con una necesidad no satisfecha.

—Tú no…

—Descansa.

—Pero sigues duro. Deja que te la chupe, deja que…

—No.

Se baja de la cama, se quita el condón con eficiencia, se pone los pantalones sobre su pene aún erecto. La silueta a través de la tela es obscena.

—¿A dónde vas?

—A la ducha.

La puerta del baño se cierra. El seguro hace clic.

Entonces lo oigo: la ducha abriéndose y, casi de inmediato, un gemido que parece arrancado de su alma. El sonido húmedo de su puño sobre su pene, rápido y desesperado. Se está masturbando, soltándose finalmente cuando no puedo verlo, no puedo tocarlo, no puedo compartir su placer.

Tuvo que poner una puerta con seguro entre nosotros para permitirse venirse.

El pecho me duele más que el escozor entre las piernas. Me folló durante una hora, me hizo venir tres veces, tuvo mi vagina apretándose alrededor de su pene, y no pudo permitirse terminar conmigo allí.

¿Qué clase de trauma hace que un hombre necesite privacidad ante su propio placer?

Recojo mi ropa con manos temblorosas y salgo de su habitación. De vuelta en mi propia cama, todavía puedo sentirlo: el estiramiento fantasma de su pene, los moretones de sus dedos, el roce de su barba en mis muslos internos. Mi sexo late con un dolor satisfecho.

Pero estoy más vacía que antes.

A través de la pared, silencio.

Pero sé que está despierto. Los hombres que se encierran en el baño para venirse no duermen tranquilos.

Bien.

Que se quede ahí acostado pensando en cómo se sentía mi vagina alrededor de su pene. Que recuerde cómo grité su nombre. Porque esto no ha terminado.

Nico Rosetti podrá controlar su cuerpo, pero vi la verdad cuando estaba dentro de mí: la forma en que le temblaban las manos cuando me tocó por primera vez, cómo se le cortó la respiración cuando me apreté a su alrededor, ese medio segundo en que sus ojos se volvieron salvajes antes de cerrarse bajo llave.

Él quiere dejarse llevar. Solo que no sabe cómo.

Por suerte para él, soy muy buena haciendo que los hombres pierdan el control. He pasado ocho años perfeccionando el arte de la destrucción —usualmente la mía propia—, pero esta noche las cosas cambiaron. Esta noche descubrí algo mejor que la autodestrucción: derribar los muros de un hombre que cree que la disciplina puede protegerlo de sentir.

Incluso los soldados que cuentan sus orgasmos como si fueran flexiones.

Mañana, voy a hacer que se venga mientras todavía esté dentro de mí. Haré que pierda ese control perfecto. Haré que me lo dé todo: no solo su pene, no solo su precisión táctica, sino las partes desastrosas, desesperadas y humanas que guarda bajo llave.

Y cuando lo haga, cuando finalmente lo haga, seré yo quien lo haga romperse.

13 - Nico

Casi son las tres de la mañana y el agua está hirviendo, pero no es suficiente. Nada es suficiente. Ni cuatrocientas dominadas. Ni el agua fría. Ni la disciplina que he pasado toda una vida construyendo. Nada ha sido suficiente desde que ella llamó a mi puerta con esos shorts de pijama que apenas cubrían su trasero perfecto.

Apoyo una mano contra el azulejo, mientras la otra finalmente envuelve mi polla dolorida. He estado duro desde que apareció en mi umbral, con los pezones visibles a través de esa delgada camiseta de tirantes y sus ojos color miel oscurecidos por el deseo. Me mantuve duro mientras hundía la cara entre sus muslos y la hacía gritar. Me mantuve duro durante cada orgasmo que le di, con mi miembro latiendo dolorosamente mientras yo me negaba el mío. Me mantuve duro cuando salí de su pussy estrecha y perfecta sin terminar, con mi cuerpo gritándome que volviera a empujar hacia adentro, que perdiera el control, que la reclamara por completo.

Ahora, a solas tras una puerta cerrada con llave, me sujeto con una necesidad desesperada.

La primera caricia es brusca, punitiva. El líquido preseminal se escapa de la punta, lubricando mi mano mientras trabajo mi eje. Esto no es placer, es supervivencia. Pero en el momento en que me toco, los recuerdos me asaltan.

Ella en mi puerta, con esos shorts de seda pegados a sus caderas.

Cristo. La forma en que me miró. Como si yo fuera todo lo que necesitaba.

Me masturbo más rápido, con más fuerza, recordando cómo me besó, desesperada y hambrienta, su lengua deslizándose contra la mía mientras presionaba su pussy apenas cubierta contra mi polla a través de mis pantalones de entrenamiento. Podía sentir lo mojada que estaba incluso a través de las capas de ropa. Podía oler su excitación, dulce e embriagadora.

El monstruo en mi pecho quería apartar esos shorts y follársela contra la puerta. Quería apretar su garganta mientras arremetía dentro de ella, quería obligarla a aceptar cada centímetro mientras ella me clavaba las uñas en la espalda. Quería llenarla con mi semen hasta que le chorreara por los muslos.

En lugar de eso, le di el control. Técnica. Mantuve el hambre real enjaulada.

Mi mano se mueve más rápido, apretando el agarre. Otro recuerdo me inunda: de rodillas entre sus piernas abiertas, su pussy brillando bajo la luz tenue. Ese primer sabor, joder. Dulce y salado y puramente ella. Quería devorarla. Quería abrirla más, sujetarla, comérmela hasta que sollozara. Quería hacer que se corriese en mi lengua una y otra vez hasta que me suplicara que parara.

Su clítoris estaba tan sensible, hinchándose bajo mi lengua mientras trazaba círculos, le daba toques y lo succionaba entre mis labios. Los sonidos que hacía, pequeños gemidos y quejidos desesperados que iban directo a mi polla. Cuando introduje dos dedos dentro de ella, estaba tan estrecha, tan mojada, apretándose a mi alrededor como si su pussy intentara arrastrarme más profundo.

—Nico, por favor, necesito…—

Necesitaba mi polla. Lo sabía. Podía sentirlo en la forma en que sus caderas se agitaban contra mi cara, buscando más. Pero solo encogí mis dedos, encontré ese punto que hizo que todo su cuerpo se arqueara y, en su lugar, hice que se viniera en mi lengua. Hice que gritara mi nombre mientras me la bebía toda, mientras mi polla soltaba fluido preseminal en mis pantalones, intocada y dolorida.

Luego, dentro de ella. Cristo, estar dentro de ella.

Mi puño vuela sobre mi miembro mientras lo recuerdo. Estaba tan jodidamente estrecha. Cuando entré por primera vez, incluso con lo mojada que estaba, tuve que ir despacio. Observé su rostro mientras la estiraba, la llenaba, la reclamaba pulgada a pulgada. Su pussy me agarraba como una prensa, caliente y perfecta, y tuve que detenerme al llegar al fondo o me habría corrido en ese mismo instante.

—Eres tan grande —jadeó ella, con las uñas clavándose en mis hombros—. Tan jodidamente grueso.—

Quería perder la cabeza. Quería agarrarla por las caderas y follármela contra el colchón. Quería darle la vuelta y tomarla por detrás, tirando de su cabello mientras la embestía con fuerza. Quería

ver mi polla desaparecer dentro de su pussy una y otra vez mientras ella me pedía más a gritos.

En cambio, la follé con un control perfecto. Estocadas medidas golpeando justo en el ángulo correcto. Mi pulgar en su clítoris haciendo círculos precisos. Haciendo que se corriera alrededor de mi polla mientras yo permanecía encerrado en mi jaula, contando hacia atrás desde mil, pensando en cualquier cosa excepto en lo mucho que deseaba llenarla con mi semen.

Cuatro veces. Hice que se corriera cuatro veces, sentí su pussy apretarse y pulsar a mi alrededor, la sentí empapar mi miembro con su liberación. La última vez, ella sollozaba mi nombre, con lágrimas corriendo por su rostro debido a la intensidad, y aun así me contuve. Todavía no podía dejarme llevar.

—No te… —dijo ella, confundida y herida cuando me retiré, con el condón vacío.

Porque si me corriera dentro de ti, incluso con el condón, nunca sería capaz de dejarte ir.

Mi orgasmo aumenta ahora, una presión en la base de mi columna, los huevos apretándose. Estoy cerca, tan jodidamente cerca, mi polla late en mi puño mientras recuerdo su cara cuando se vino, la forma en que su pussy se contrajo, la forma en que dijo mi nombre como una oración.

Su nombre se desgarra de mi garganta, crudo y desesperado. Mi polla pulsa violentamente mientras me corro, hilos espesos de semen pintan la pared de la ducha, más y más hasta que mis rodillas flaquean. El orgasmo me atraviesa, devastador; todo lo que contuve explota fuera de mí a la vez, derramándose sobre mi puño.

La vergüenza me golpea de inmediato. Me limpio, me seco, me pongo los pantalones de entrenamiento con manos que no dejan de temblar.

Debería ir con ella y decirle… algo.

Pero soy un cobarde que solo puede correrse a solas en la ducha, así que me quedo en mi cama, imaginando su respiración a través de la pared, el lento subir y bajar de su pecho.

La mañana llega con una distancia ártica. Marisol emerge luciendo impecable. Cabello liso, maquillaje sutil pero perfecto, vistiendo unos jeans que abrazan su trasero y una blusa de seda que insinúa el cuerpo que ahora he saboreado.

No me mira. Sirve café sin comentar lo terrible que está. Nada de bromas sobre Mi caballo o Banana táctica. Solo una distancia educada y profesional que hace que me duela el pecho.

—Buen día —dice ella, con voz cuidadosamente neutral.

—Buen día.—

El silencio se extiende, pesado con todo lo que no se ha dicho. La observo moverse por la cocina, noto cómo toca inconscientemente los puntos que besé. Su cuello, su clavícula. Cada vez que se da cuenta, retira la mano rápidamente.

—Tengo reuniones en La Sirena hoy.—

—Yo te llevaré.—

Ella agarra su bolso, cerrando la cremallera con un chasquido seco. —Está bien.—

Intento acortar la distancia, doy un paso hacia ella, pero retrocede sobresaltada. —Marisol.—

—¿Qué? —Se mantiene ocupada acomodando cosas en su bolso, sin levantar la vista.

—Sobre lo de anoche… —Mi mano se extiende hacia su brazo pero se detiene en el aire, flotando en el espacio entre nosotros.

—¿Qué hay con eso? —Su voz es plana, defensiva. Se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, un movimiento rápido y agitado.

—Yo…—

¿Qué puedo decir? ¿Que la deseaba tanto que tuve que encerrarme en el baño para correrme? ¿Que la idea de ser vulnerable con ella me aterra más que cualquier zona de combate?

Ella se echa el bolso al hombro y exhala bruscamente por la nariz. —Está bien, Nico. Ambos obtuvimos lo que necesitábamos. Superémoslo.—

Las palabras calan hondo. Ella obtuvo orgasmos. Quería intimidad. Obtuvo técnica. Quería conexión. Y yo estoy demasiado jodido para darle lo que realmente necesita.

En La Sirena, ella se detiene en la entrada, rompiendo finalmente el silencio que nos ha asfixiado toda la mañana.

—Te escuché —dice en voz baja, sin mirarme—. En la ducha.—

Mi sangre se convierte en hielo.

—Te escuché decir mi nombre cuando te corriste.—

Sus nudillos están blancos sobre la manija de la puerta. Me escuchó. Me escuchó perder el control, escuchó la desesperación en

mi voz cuando terminé. Ahora sabe que la quería, que la necesitaba, pero que no pude compartir ese momento con ella.

—Podrías habérmelo dicho a mí —continúa ella, con la voz quebrada—. Podrías haber dejado que yo viera eso. Haberme dado esa parte de ti en lugar de encerrarte.—

Tiene razón. Ella me ofreció todo. Su cuerpo, su confianza, su vulnerabilidad. Y yo le di todo excepto lo único que importaba: a mí mismo.

—Marisol…—

—Olvídalo. No importa.—

Desaparece en el interior, dejándome sentado en su auto, con la frente contra el volante, dejando que se marche.

14 - Marisol

Mi cuerpo es un traidor. Han pasado horas desde que Nico me hizo correrme varias veces para luego encerrarse en el baño a terminar solo, y aún puedo sentir sus manos sobre mi piel como moretones que no se borran.

Estoy en La Sirena, intentando concentrarme en los contratos de los proveedores mientras me duelen los muslos por lo mucho que me los abrió. Mi vagina late con una plenitud fantasma, recordando su polla estirándome mientras su rostro permanecía perfectamente bajo control. Incluso ahora, sentada en la silla de mi oficina con una blusa de seda crema y pantalones entallados, estoy mojada de solo pensarlo. De pensar en él. En la forma en que gimió mi nombre a través de la puerta del baño mientras yo yacía en su cama, destruida y descartada.

Fingir que no pasó nada es agotador, pero he tenido ocho años de práctica fingiendo, así que me las arreglaré.

La Sirena a la luz del día se siente mal, como ver a una estrella de cine sin maquillaje. El glamour dorado se convierte en terciopelo desgastado, las manchas de champán son visibles en la alfombra, la magia se desvanece para revelar un negocio más que necesita gestión. El olor a alcohol rancio se mezcla con el del limpiador industrial. En algún lugar abajo, una aspiradora zumba mientras el personal administrativo se prepara para esta noche. Pero la amo de todos modos.

De hecho, estoy trabajando por una vez; tengo contratos extendidos por todo mi escritorio, facturas de proveedores que Logan suele manejar pero que intento entender porque concentrarme en los números evita que piense en cómo se sentía la lengua de Nico en mi clítoris. Fingiendo que tengo mi vida bajo control y que no le supliqué a un hombre que se corriera dentro de mí anoche, y que él eligió su mano en su lugar.

Él está fuera de mi puerta ahora. Presente, pero sin asfixiarme. La distancia perfecta que dice que está haciendo su trabajo sin

reconocer que hace apenas unas horas me tenía inmovilizada contra su cama, haciéndome gritar. Odio quererlo más cerca. Odio que lo de anoche significara algo para mí y aparentemente nada para él. Me odio a mí misma por seguir mojándome cuando recuerdo su voz a través de esa puerta, desesperada y cruda, diciendo mi nombre mientras se corría.

La mañana transcurre lenta. Firmo documentos sin leerlos. Apruebo facturas de proveedores que podrían decir cualquier cosa. Cada vez que me muevo en mi silla, lo siento: el estiramiento fantasma, el dolor que demuestra que lo de anoche ocurrió. Mi cuerpo recuerda incluso cuando mi cerebro intenta olvidar.

Para el comienzo de la tarde, casi me he convencido de que puedo funcionar.

—¿Tienes un minuto? —Logan aparece en el umbral de mi puerta, y nunca he estado más agradecida por una interrupción. Sea lo que sea que lleve puesto hoy, le queda perfecto; el traje está entallado a la perfección sin esforzarse demasiado. Su cabello rubio está perfectamente peinado y sus ojos azules parecen ver a través de mí.

—¿Para ti? Siempre. Eres el único que realmente mantiene este lugar en marcha.

—No te menosprecies. Has estado más presente últimamente — Su rostro está cuidadosamente neutro, lo que significa que algo anda mal—. Pero tenemos un problema.

Cierra la puerta y echa un vistazo a donde Nico está apostado afuera. —¿Tu nueva sombra? ¿Puede oírnos?

——Probablemente. Lo oye todo. Como un «judgmental bat». ¿Qué está pasando?

Logan me entrega su tableta, ya abierta en un sitio de chismes de la alta sociedad. El titular me golpea: «LA HEREDERA DELGADO SE DESCOCOLA: Colapso en fiesta de yate».

—¿Tres hombres? Eso es insultante —La broma sale automáticamente, un desvío antes de que el dolor me alcance—. Si voy a tener un escándalo, al menos que sea impresionante, como con la tripulación entera de un yate.

Entonces miro realmente las fotos.

Son peores de lo que cualquier broma puede encubrir. Yo, hace dos noches, luciendo exactamente como el desastre que todos creen que soy. El vestido torcido, el cabello salvaje, los ojos vidriosos.

Bailando con los brazos sobre la cabeza, la boca abierta en lo que podría ser éxtasis o desesperación. Me veo ebria. Me veo patética.

El texto debajo retuerce el puñal: «Fuentes dicen que la heredera problemática llegó “already intoxicated” y procedió a “work her way through” al menos tres hombres durante el “course of the evening”. “She was a mess”, dijo un asistente. “Todos sentían lástima por ella. Se notaba que estaba desesperada por atención”».

—Esto son mentiras —Mi voz suena firme, lo cual me sorprende —. Todo. No toqué a nadie. Bailé, bebí, pero no… ¿tres hombres? Ni siquiera besé a nadie.

—Lo sé —La voz de Logan es suave, lo que lo hace peor—. Pero las fotos son reales. Y la narrativa es… plausible. Dado tu historial.

—Mi HISTORIAL…

—No te estoy juzgando, Marisol. Te estoy diciendo lo que la gente creerá.

La mujer de las fotos podría ser perfectamente la mujer del titular. Parece alguien que se acostaría con extraños para obtener validación. Parece la peor decepción de su padre hecha carne. Al mirarlas, siento una oleada de asco hacia mí misma, hacia quienquiera que las tomó, ante el hecho de que esto es en lo que he dejado que me convierta ante el ojo público.

—¿Quién filtró esto? —Miro la tableta, intentando ver más allá de mi propia humillación para encontrar la estrategia subyacente.

—No lo sé. Podría ser cualquiera del yate. Pero las citas, el enfoque… —Logan frunce el ceño—. Se siente coordinado. Como si alguien quisiera que esta historia se contara de una manera específica.

—Alguien está tratando de dañarme. Justo cuando Papá se está muriendo y la sucesión es incierta.

—Esa es mi lectura también. Alguien quiere que parezcas incapacitada. Indigna.

—Los Zayas han estado rondando desde que Papá se enfermó — digo, con la mente a mil—. Podrían ser ellos. O alguien interno.

Nico aparece en el umbral. Ha visto algo en mi rostro, ha leído mi lenguaje corporal desde el otro lado de la habitación. El hombre realmente es un «tactical bat». Su mano se desplaza hacia donde descansa su arma, ese tic inconsciente de cuando está calculando violencia.

—¿Qué pasó?

Le entrego la tableta sin decir palabra. Observo cómo se tensa su mandíbula mientras lee, buscando asco o decepción. No encuentro más que una evaluación fría. Pero entonces algo peligroso brilla en sus ojos. No contra mí, sino ante la idea de otros hombres tocando lo que él ha reclamado, incluso en mentiras.

—Tú no hiciste esto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque rastreé tu teléfono esa noche. ¿Recuerdas? Te enteraste cuando me aparecí en el yate —Su voz tiene un matiz de algo, tal vez recordando mi indignación cuando descubrí que me había estado rastreando—. Llegaste a las 2:15 AM. Estuviste en el yate cuarenta y cinco minutos antes de que te sacara de allí. No es tiempo suficiente para "pasar por" tres hombres.

Suelto una carcajada, amarga y quebrada—. Verificación de línea de tiempo. Qué romántico. Aunque todavía estoy procesando tu violación a mi privacidad, por cierto.

—El romance no es relevante. Los hechos lo son. Alguien plantó esta historia. ¿Quién se beneficia de dañar tu reputación mientras tu padre muere?

La pregunta corta a través de la autocompasión y me obliga a pensar estratégicamente—. Rivales como los Zayas. Tal vez alguien interno que piensa que la chica parrandera no debería heredar.

—Nombres.

—No lo sé específicamente. Logan podría saberlo, o el Tío Cesar. Él sabe todo sobre la organización. Debería preguntarle.

—No.

La palabra corta el aire como una cuchilla. No es una sugerencia, es una orden.

—¿Cómo que no?

—No alertes a nadie de que estás investigando. No hasta que sepamos quién está detrás de esto.

—Cesar no está DETRÁS de nada. Es familia.

—No es de tu sangre.

—Tú tampoco, y confío en ti —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. Algo parpadea en su rostro, aparece y desaparece demasiado rápido como para leerlo.

—Solo ten cuidado. Con todos. Incluyendo a las personas en las que crees que puedes confiar.

El día se arrastra. Mi teléfono vibra con notificaciones que no reviso, el personal me lanza miradas de lástima que creen que no noto. El olor del club durante las horas del día (limpiador de limón y humo de cigarrillo persistente) me revuelve el estómago. A última hora de la tarde, Logan necesita que apruebe unos presupuestos de mantenimiento por daños de agua en una de las suites VIP de arriba.

Subo las escaleras sin pensar, con la mente todavía dando vueltas al artículo, a quién quiere destruirme. La alfombra susurra bajo mis pies, ese pelo espeso que se traga el sonido, hace que todo se sienta amortiguado. Con cada paso hacia arriba, el aire se vuelve más pesado. El pasillo del tercer piso se extiende ante mí, y algo frío se desliza por mi espalda.

Estoy revisando mi teléfono, sin prestar atención a dónde estoy. El jazmín me golpea primero, ese aroma específico de los difusores que usamos aquí arriba. Mis pasos se ralentizan. La temperatura baja, o tal vez es solo mi sangre. Mi cuerpo sabe dónde estoy antes de que mi cerebro se dé cuenta.

La puerta. Tercera a la izquierda. La Sala Calipso.

Me quedo completamente helada. A través de la pequeña ventana, papel tapiz azul con patrones Art Decó plateados. El mismo azul que acecha mis pesadillas. Los mismos patrones que vi detrás del hombro de Gabriel cuando…

Ocho años se colapsan. Tengo dieciocho de nuevo, subiendo estas escaleras a toda prisa porque Gabriel llamó, con la voz extraña, desesperada. Encontrándolo fuera de esta puerta, pálido, temblando. —Mari, no respira, ella quería que yo… tiene los labios azules…—

Adentro. La mujer en la cama. Joven, hermosa, inmóvil. La habitación fría a pesar del calor de Miami. La respiración aterrorizada de Gabriel como único sonido. Labios azules por la falta de oxígeno, no por frío. Ojos abiertos, mirando a la nada. No dormida. No inconsciente. Muerta.

—¿Qué HICISTE?

—¡Nada! Simplemente dejó de respirar. Te lo juro, no hice nada.

Siento el pecho como si alguien estuviera sentado sobre él. Manchas negras bailan en los bordes de mi visión. El pasillo se estrecha. Busco apoyo en la pared, fallo por completo. Mis rodillas flaquean.

Unos brazos me atrapan antes de que toque el suelo. Sólido, cálido, firme. Nico. Incluso a través de mi pánico, mi cuerpo lo

reconoce, se apoya en su fuerza.

—Marisol. Mírame.

No puedo. Sigo viendo la habitación, el cuerpo, las manos de Gabriel temblando.

—MARISOL.

Su voz corta el flashback. Parpadeo y él está ahí, con las manos en mis hombros, su cara a centímetros de la mía.

—Respira. Estás aquí. Estás a salvo.

—La habitación, no puedo, Gabriel…

—No estás en el pasado. Estás aquí. Conmigo. Respira.

No hace preguntas, solo me saca del pasillo, bando las escaleras, atravesando el club hacia una salida trasera. Al auto. A casa.

Tiemblo durante todo el trayecto, no puedo parar. Mis manos no dejan de moverse, pellizcando mis cutículas hasta que sangran, un hábito de aquellas primeras semanas después de aquello. Los recuerdos siguen chocando contra mí: el rostro de la mujer muerta, Gabriel sollozando, mi propia voz diciendo —Te ayudaré, arreglaremos esto—, aunque ambos sabíamos que nada podía arreglarse.

En mi penthouse, Nico me sienta en el sofá, trae agua que no bebo. Se sienta frente a mí y espera.

—Cuéntame.

Dos palabras. No es una exigencia. Solo disponibilidad. Cuando lo dice, su voz de mando se desliza por mi columna como dedos, y odio que mi cuerpo todavía responda después del rechazo de anoche. Pero algo en mí se rompe por completo.

—Gabriel es mi hermano. El mayor. Perfecto. El favorito de mi madre, el favorito de todos —Miro mis manos, observo cómo tiemblan—. Cuando mamá murió, yo tenía diecisiete años. Sus últimas palabras fueron: "Intenta ser buena, como tu hermano".

Nico no reacciona, solo escucha.

—Seis meses después. Yo tenía dieciocho. Gabriel me llamó en medio de la noche. Me pidió que fuera a La Sirena. A las habitaciones privadas.

El recuerdo es tan vívido que puedo olerlo: jazmín del difusor, el aroma metálico que bien podría haber sido sangre de cuando ella se mordió la lengua.

—Había una mujer dentro. En la cama. Joven. Hermosa —Mi voz se quiebra—. Muerta.

—¿Cómo?

—Gabriel estaba… dijo que ella simplemente dejó de respirar. Tal vez un ataque al corazón o algo así. Labios azules. Un azul tan profundo, tan intenso —Las palabras salen fragmentadas, encajando con lo fragmentada que me sentí esa noche—. Dejó de respirar y él no se dio cuenta hasta que… —No puedo terminar, pero él entiende.

—Un accidente.

—Sí. Era tan joven. ¿Cómo puede pasarle eso a alguien tan joven? —Finalmente lo miro—. Yo tenía dieciocho años. Mi madre acababa de morir. Mi hermano se estaba desmoronando. Y había una mujer muerta en una habitación, y él me estaba suplicando que lo ayudara.

—¿Qué hiciste?

—Llamé a Cesar. Él envió a un solucionador. Alguien que se encarga de las cosas. Se deshicieron del cuerpo, de la habitación, la convirtieron en una mujer más que desapareció en Miami.

La confesión brota de mí, ocho años de silencio finalmente rompiéndose—. Tres semanas después, Gabriel se fue al sacerdocio. Dijo que necesitaba perdón. Me dejó sola con el secreto, la culpa, la habitación por la que no puedo pasar sin…

—Tenías dieciocho años.

—Lo suficientemente mayor para saber qué estaba bien. Lo suficientemente mayor para llamar a la policía en lugar de ayudar a encubrir…

—Eras una niña que acababa de perder a su madre, y tu hermano te puso en una situación imposible. Ayudaste a tu hermano a sobrevivir a una tragedia. Hay una diferencia.

Las palabras golpean en algún lugar profundo. En mi cabeza, yo cometí un crimen terrible. El peor de los crímenes. ¿Y este hombre está diciendo que fui… útil?

—Nunca se lo he contado a nadie. Simplemente se queda en mi cerebro como un gran montón de lodo, y nunca he…

Mi voz se quiebra por completo. Las lágrimas llegan, feas y crudas, años de secretos fluyendo hacia afuera. Él se mueve al sofá, me atrae contra él. No habla. Solo me sostiene mientras sollozo hasta quedar vacía, hasta que no queda nada más que agotamiento y la extraña ligereza que surge de decir finalmente la verdad.

Sus brazos a mi alrededor ahora no se sienten para nada como cuando me inmovilizó las muñecas. Esto es cuidadoso, protector,

como si pudiera hacerme añicos. Como si estuviera sosteniendo algo precioso que no sabe cómo conservar.

Lloro hasta quedar hueca. Cuando los sollozos finalmente cesan, me quedo presionada contra su pecho, escuchando los latidos de su corazón, esperando.

—Deberías descansar —Su voz es suave pero distante—. Ha sido un día difícil.

Me aparto, buscando su rostro. Es atento, incluso preocupado. Pero cerrado. Esos muros siguen firmemente en su lugar.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. ALGO. Acabo de confesar que ayudé a encubrir una muerte. Lo peor que he hecho en mi vida. ¿Y me dices que descanse?

—Necesitas descansar. Eso no es despreciativo, es la verdad.

—Pensé… —Tomo aire temblorosamente—. Que después de todo lo que te conté, tú también podrías compartir algo. Sobre por qué eres como eres. Qué te pasó.

El silencio se extiende entre nosotros.

—Sobre por qué te encerraste en el baño anoche en lugar de…

—Eso no es relevante —Su mandíbula se tensa en la palabra "relevante" como si fuera amarga en su boca.

—¿No es RELEVANTE? Cómo no va a ser…

Nico se pone en pie, poniendo distancia entre nosotros—. Esto no se trata de mí, Marisol —Sus hombros se cuadran—. Se trata de ti. De tu trauma. De tu sanación.

Me inclino hacia adelante, apretando las rodillas con las manos hasta que se me blanquean los nudillos—. ¿Y qué hay de TU trauma? ¿De tu sanación?

Sus ojos se dirigen a la ventana y luego vuelven a mí, con el rostro cuidadosamente inexpresivo—. Estoy bien —El músculo de su mandíbula se contrae una vez.

—NO estás bien. Me follaste como si estuvieras siguiendo un manual y luego te masturbaste a solas porque no podías correrte conmigo allí. Eso no es estar bien.

Se amilana, la primera reacción real que he obtenido.

—Yo no soy el que necesita arreglos.

—No te pedí que me ARREGLARAS. Te pedí que COMPARTIERAS conmigo.

El silencio que sigue es respuesta suficiente. Su rostro vuelve a ser de piedra, la distancia profesional restaurada. Busco su mano y él se retira. Solo un centímetro. Pero ese centímetro bien podría ser un océano.

Algo en mí se rompe de forma diferente a antes. No es la liberación de la confesión, sino el crujido de la esperanza al morir.

Los dedos de Nico se flexionan a sus costados—. Te he dado protección. Seguridad —dice finalmente, con voz baja y controlada.

Me pongo de pie, con las piernas inestables bajo mi cuerpo—. Ese es tu trabajo —Me abrazo a mí misma, sintiendo un frío repentino a pesar del calor de Miami—. Eso no eres TÚ.

Él no responde. Ni siquiera intenta defenderse, lo que de alguna manera lo hace peor. Así es él: alguien que puede sostenerme mientras me rompo pero que no dejará que lo vea flaquear ni un poco.

—Me voy a la cama —Necesito distancia de su presencia constante que no me devuelve nada.

—Marisol…

—Buenas noches, Nico.

No doy un portazo a mi habitación. No tengo energía. Solo la cierro silenciosamente y me apoyo contra ella, sintiéndome más vacía que antes de confesar.

Le di todo esta noche. Mi cuerpo anoche, cada orgasmo, cada sonido. Mi peor secreto hoy, lo que he cargado sola durante ocho años. Y él me dio… técnica. Consuelo. Su presencia profesional. Nada real. Nada que le cueste nada.

Tal vez este es mi patrón. Darlo todo a personas que toman lo que necesitan y no dejan nada atrás. Mi madre, muriendo con el nombre de mi hermano en los labios. Gabriel, usándome para cubrir sus pecados y luego huyendo hacia Dios. Ahora Nico, que me follará a la perfección pero no puede compartir ni una sola grieta de su armadura.

Soy la mujer a la que la gente usa pero no conserva.

El pensamiento debería hacerme enojar. En cambio, solo me siento cansada. Vacía. Como si me hubiera vaciado por completo y no quedara nada que dar.

Pero lo peor de todo, lo peor sin duda, es que lo sigo queriendo de todos modos. Sigo queriendo ser la que finalmente atraviese esos

muros. Querer importar lo suficiente como para que él se arriesgue a ser real conmigo.

Me ovillo en mi cama, aún vestida, y cierro los ojos. A través de la pared, lo oigo moverse por el apartamento. Revisando las cerraduras, probablemente. Siendo táctico. Haciendo su trabajo.

Siempre, siempre solo haciendo su trabajo.

Los pasos se detienen frente a mi puerta. Se me corta la respiración. ¿Va a llamar? ¿A entrar? ¿A darme algo, lo que sea, para demostrar que él también está afectado?

El silencio se prolonga. Puedo sentirlo allí, a pocos pasos, separados por madera y paredes y cualquier trauma que él se niegue a nombrar. Mis pezones se endurecen contra la seda de mi blusa y quiero gritarle a mi cuerpo por traicionarme así. Por querer a alguien que puede hacerme correrme cuatro veces pero que no puede correrse ni una vez conmigo mirando.

Los pasos se alejan.

Deslizo mi mano entre mis piernas, encontrándome empapada a través de mis bragas. Me odio por esto. Por necesitarlo incluso en mi memoria. Por tocarme pensando en su perfección mecánica porque incluso eso es mejor que nada.

Hago círculos en mi clítoris a través de la tela mojada, mordiéndome el labio para permanecer en silencio. Él no puede saber que estoy haciendo esto. No puede saber que incluso después de todo, mi cuerpo ansía su tacto. Pienso en anoche: su polla estirándome, su pulgar en mi clítoris, la forma en que me vio desmoronarme con esos ojos fríos y evaluadores. Pienso en su voz a través de la puerta del baño, desesperada y cruda mientras se corría. El único momento en que se permitió ser humano, y tuvo que dejarme fuera para hacerlo.

Me corro en silencio, mi cuerpo estremeciéndose mientras ahogo mis jadeos en la almohada. No es suficiente. Ni de lejos lo que él me dio. Pero es todo lo que tengo: el recuerdo de su control perfecto y mi patética necesidad de alguien que nunca me necesitará de vuelta.

15 - Nico

El silencio que sobrevino después de que ella cerró su puerta es lo más estruendoso que he escuchado jamás. Las horas pasan sin que las cuente, sin aplicar precisión táctica a mi propio fracaso. Me quedo sentado en la sala a oscuras, con su confesión aún resonando en mis oídos, antes de retirarme finalmente a la habitación de invitados que se ha convertido en la mía, mi celda de monje en medio de su caos. Las líneas limpias y las superficies despejadas del cuarto satisfacen algo en mi interior; he empujado los floreros de cristal y las figuritas de porcelana debajo de la cama, donde su delicadeza no pueda entrometerse en el vacío que necesito.

Ella me lo dio todo esta noche. Sus secretos, su culpa, y a cambio pidió una sola cosa. «Dime algo real». Y yo le dije: «Deberías descansar».

Me siento en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Mis dedos se clavan en mi cráneo como si pudiera extraer físicamente el recuerdo de su rostro cuando le fallé. Ese momento en que se dio cuenta de que yo no quería, de que no podía darle lo que ella me había entregado.

Necesito protegerla, mantener mi oscuridad contenida. Seguridad operativa estándar.

Pero incluso a mí me cuesta creer eso. El autodesprecio deja un sabor arenoso, como el polvo de Afganistán que nunca terminó de irse.

En algún momento debo haberme cambiado para dormir. Pantalones de gimnasia, camiseta, la rutina automática de un soldado incluso cuando su mente está en otra parte. El sueño me arrastra hacia pesadillas familiares; el agotamiento finalmente gana a pesar de la furia que siento contra mí mismo. Mi cuerpo cae luchando, los músculos se agitan con una preparación para un combate fantasma, incluso mientras la conciencia se desvanece.

Afganistán, Provincia de Helmand. 03:00 h. El recinto se recorta en la oscuridad, concreto y sombras. Treinta kilos de equipo a mi

espalda, rifle listo, equipo en posición. El punto de brecha está marcado; las cargas, colocadas en la pared este, donde la inteligencia sugería que podría haber civiles.

—Los daños colaterales son aceptables —dice la voz de mi oficial al mando en mi oído, metálica a través del comunicador—. La misión es la prioridad.

Secuencia de brecha iniciada. Cuatro segundos para la detonación. El peso del detonador en mi mano. Tres. El sabor de la cordita ya en mi boca. Dos. El frío del desierto calando a través de mi equipo. Uno. Contacto.

La explosión desgarra el concreto, la pared se desploma en una nube de polvo y escombros. El sonido no es como en las películas, sino una fuerza de percusión profunda que te golpea en el pecho antes que en los oídos. Cruzo el hueco, rifle en alto, escaneando sectores; el polvo me recubre la garganta y hace que todo sepa a tiza y cobre.

Ahí está ella.

Una mujer abrazando a su hijo, medio enterrada bajo los escombros de la pared que yo destruí. Tendrá unos treinta años, aunque el polvo hace que todos parezcan ancianos. Tiene el hiyab desgarrado, la cara le sangra y un brazo está doblado en un ángulo incorrecto. Sus ojos encuentran los míos a través del polvo: oscuros, acusadores y suplicantes. El niño está inerte, tiene unos tres años, quizá, con esa quietud terrible que significa que ya se ha ido o está a punto de hacerlo.

Ella está diciendo algo. Palabras en pastún que no entiendo pero que reconozco de todos modos. Todas las madres, en todos los idiomas, suenan igual cuando su hijo se está muriendo. —Por favor. Ayúdennos. Sálvenlo—.

Debería detenerme, sacarlos de allí, pero estalla un tiroteo más al interior del recinto. Mi equipo está avanzando y la misión es la prioridad. —¡Rosetti! ¡Mueve el trasero! —La orden cruje a través de mi auricular.

Mis botas crujen sobre los escombros. Estoy de pie sobre ellos ahora. Podría agacharme. Podría intentarlo.

Paso por encima de ellos.

Completo el objetivo.

Gano una medalla por acción decisiva.

Una maldita medalla por dejar que una mujer y un niño murieran bajo escombros que yo provoqué.

Me despierto jadeando, temblando, algo que no había sucedido en años. Mi dedo del gatillo se agita con una memoria muscular fantasma, intentando disparar un arma que no está allí. El sudor empapa mi camiseta, la sal me escuece los ojos. El ritmo cardíaco elevado a niveles de combate. La habitación está oscura pero aún puedo saborear el polvo, aún puedo oler los explosivos y la sangre.

A través de la puerta llegan pasos. Suaves, vacilantes. Luego su voz: —¿Nico?—.

Ella no debería estar aquí, no después de que le fallé. La oigo detenerse fuera de mi puerta cinco segundos, diez, como si luchara contra sí misma. El pomo de la puerta gira lentamente, con renuencia.

Entra de todos modos.

Lleva esos shorts de pijama de seda, los que apenas le cubren las nalgas, y una musculosa lo suficientemente fina como para que note que no lleva sostén. Tiene el cabello revuelto, los ojos hinchados como si hubiera estado llorando de nuevo o simplemente desvelada. Parece que ella tampoco ha dormido.

Se acerca a mí, se sienta en el borde de la cama. El colchón se hunde bajo su peso y percibo su perfume. Vainilla, coco. Su mano encuentra la mía, que todavía tiembla como si yo fuera un maldito recluta en su primer despliegue.

—Respira —dice suavemente—. Estás aquí. Estás a salvo—.

Las mismas palabras que yo le di durante su ataque de pánico, devueltas cuando yo las necesito. No presiona ni exige, solo me ancla al presente con su calidez. Esta mujer a la que lastimé, a la que rechacé, no pudo dejar que me hundiera. La parte táctica de mi cerebro nota que su respiración también está acelerada, su pulso es visible en su garganta. Tiene miedo, pero se queda de todos modos.

El temblor cesa lentamente, aunque mi camiseta sigue pegada a mi piel con el sudor frío. Ella espera, paciente, con su pulgar trazando pequeños círculos en mi mano.

Los muros se derrumban por completo. La última posición defensiva cae.

—Afganistán—. La palabra sale resquebrajada.

Ella no habla, solo se desplaza un poco más cerca. Puedo sentir el calor de su muslo desnudo cerca del mío.

—Hace siete años. Una misión en la provincia de Helmand. Estábamos… —Me detengo. Trago saliva. Empiezo de nuevo—. Había un recinto. Un objetivo de alto valor en el interior—.

Las palabras salen en fragmentos, rotas: —La inteligencia decía que podría haber… mierda. Civiles. Una familia en el ala este—.

Mi mano libre se cierra en un puño. —Coloqué las cargas. Explosivos dirigidos. En la pared este. El punto de entrada más rápido. Sabía, SABÍA, que si había alguien al otro lado…—.

—Pero lo hiciste de todos modos. —No es una pregunta. No es un juicio. Solo comprensión.

—Lo hice de todos modos—.

Me obligo a continuar, aunque cada palabra se siente como tragar vidrio: —Cuando la pared se vino abajo, los vi. Una mujer. Una madre. Con su… Dios. Con su hijo—.

Miro hacia otro lado, incapaz de sostenerle la mirada. —Estaban contra la pared. Justo donde la explosión… ella estaba viva. Enterrada entre los escombros, sangrando, pero viva. El niño… —Mi voz se quiebra—. Tenía unos tres años, quizás. No se movía. Esa clase de quietud que significa que…—.

Ella aprieta mi mano. Continúo, las palabras brotan rápido ahora, necesitando ser dichas: —Mi equipo estaba avanzando. Había un tiroteo más adelante. Si me detenía a ayudarla, comprometería el objetivo. Morirían hombres. Mis hermanos morirían.

El silencio se prolonga. Me obligo a terminar: —Pasé por encima de ellos. Seguí avanzando. Completé la misión. Ellos… no lo lograron. La mujer y el niño. Malditos daños colaterales. ¿Y yo? Recibí una mención. Una medalla. Mierda.

Entonces llegan las lágrimas, no son sollozos, no soy capaz de eso, sino hilos silenciosos que me bajan por la cara. Las primeras lágrimas desde el funeral de mi padre, sal recorriendo unas mejillas que no he permitido que estuvieran húmedas en años.

—Eso es lo que soy —le digo con voz cruda—. Un monstruo que pasa por encima de niños moribundos para cumplir objetivos. Que elige la misión por encima de…

—Basta —dice. Su mano libre sube, me toca la cara y su pulgar limpia una lágrima—. No eres un monstruo.

—No lo sabes…—.

—Sé que me sostuviste mientras lloraba por encubrir una muerte. Sé que me has estado protegiendo incluso cuando te lo he puesto

imposible. Sé que viniste a buscarme a ese yate cuando podías haberme dejado que me autodestruyera. —Se acerca más y soy consciente de su cuerpo, de la seda contra su piel, incluso en medio de mi colapso—. Tomaste una decisión imposible en una situación imposible. Eso no es ser un monstruo. Eso es ser humano. Roto, como el resto de nosotros—.

Niego con la cabeza, pero ella continúa: —Estabas en guerra. Siguiendo órdenes. Protegiendo a tu equipo. Eso no borra lo que pasó, pero tampoco te hace malvado—.

—Debí haber…—.

—¿Qué? ¿Comprometer la misión? ¿Dejar que tu equipo muriera? No había una elección correcta, Nico. Solo elecciones que lastimaban a diferentes personas —. Me atrae hacia ella, mi rostro contra su cuello, y la respiro. Esa dulzura de vainilla cortando el olor fantasma del polvo y la sangre—. Has estado en guerra tanto tiempo que olvidaste cómo dejar de pelear. Incluso contigo mismo—.

Me sostiene mientras caen más lágrimas, una vida entera de control disolviéndose contra su piel. Siento su pulso contra mi mejilla, rápido pero constante, vivo y real y presente. Su mano acaricia mi cabello con una ternura inesperada.

—Te tengo —susurra—. No me voy a ir a ninguna parte—.

Las palabras agrietan algo, la última fortificación se desmorona.

Cuando las lágrimas finalmente se detienen, me aparto lo suficiente para ver su rostro. Sus ojos también están húmedos, llorando por mi dolor o quizás por el dolor de ambos enredado. El aire cambia entre nosotros, pesado por la vulnerabilidad compartida, pero también por algo más. La conciencia de nuestros cuerpos, cercanos y apenas vestidos, el calor entre nosotros que nunca desaparece del todo.

—Viniste por mí —digo, con voz ronca.

—Por supuesto que sí —. Se muerde el labio y mi cuerpo responde a pesar de todo, la sangre se calienta ante el simple gesto—. Te escuché a través de la pared. Escuché la pesadilla. No podía dejarte solo con eso—.

Me inclino lentamente, dándole tiempo para alejarse. No lo hace. Nuestros labios se encuentran, no con desesperación o hambre, sino con ternura, siendo a la vez pregunta y respuesta. *Te veo. Yo también te veo.* El beso es suave, cuidadoso, pero puedo saborear la promesa de algo más debajo. Su lengua roza la mía suavemente y dejo escapar

un gemido bajo de mi garganta, un sonido que nos sorprende a ambos.

Ella se mueve, se sienta a horcajadas sobre mi regazo, la seda de sus shorts deslizándose contra mis pantalones de gimnasia. Me estoy poniendo duro a pesar de todo, la reacción de mi cuerpo hacia ella es imparable incluso en medio de la ruina emocional. Ella lo siente, se presiona ligeramente contra mí, arrancando otro sonido de mi pecho.

—Marisol —susurro contra su boca.

—Quédate conmigo esta noche —susurra, sus labios rozando los míos con cada palabra—. No solo tu cuerpo. Todo tú. El soldado, el hombre, el monstruo que crees que eres. Quédate de verdad—.

Algo en mi pecho se abre de golpe, el último muro cae, dejándome expuesto, aterrorizado y desesperado por lo que ella me ofrece.

Por una vez, no calculo las implicaciones tácticas ni mido los riesgos. No pienso en el mañana ni en las consecuencias ni en todas las formas en que esto podría salir mal.

—Sí—.

La palabra apenas sale de mi boca cuando ella me besa con más profundidad, sus manos deslizándose bajo mi camiseta, sus uñas arrastrándose por mi pecho. El toque envía fuego por mis venas, hace que mi miembro palpite donde ella presiona contra él.

—Bien —respira contra mis labios, frotándose contra mí a través de las delgadas barreras entre nosotros. La fricción nos hace jadear a ambos; su calor es evidente incluso a través de la seda y el algodón. Porque esta noche, voy a hacer que te corras mientras sigues dentro de mí. Mientras pueda ver tu cara. Mientras dejes que te mire finalmente, finalmente, soltar el control—.

Sus palabras golpean como un ataque táctico, preciso y devastador. Sabe exactamente lo que está prometiendo, no solo sexo, sino aquello que nunca he sido capaz de darle. La vulnerabilidad de perder el control con alguien mirando, alguien que importa.

—No sé si puedo…—.

Ella mueve las caderas de nuevo y mi protesta muere en un gemido. —Puedes —dice ella, con voz segura y ardiente contra mi oído—. Porque esta vez no estás actuando. No estás contando las estocadas ni manteniendo una distancia táctica. Esta vez vas a estar

dentro de mí, y voy a sentir cómo te desmoronas, y vas a dejar que vea cada segundo—.

Mis manos agarran sus caderas, probablemente con demasiada fuerza, pero ella solo se presiona más contra mí. —Marisol…—.

—No más muros —susurra, mordiendo mi lóbulo suavemente—. No más puertas cerradas. Solo tú y yo y cualquier sonido que me hayas estado ocultando—.

La promesa en sus palabras, el calor de su cuerpo, la forma en que está tomando el mando cuando yo he perdido el mío, es todo lo que me ha aterrorizado y que necesito desesperadamente. Mi miembro está completamente erecto ahora, tensando mis pantalones, y ella lo sabe, lo usa, se frota contra mí con determinación.

—Dime que sí otra vez —exige suavemente, su boca bajando a mi cuello, sus dientes rozando el punto donde late mi pulso—. Di que sí a dejar que te tenga por completo—.

—Sí —gruño, la palabra desgarrada desde algún lugar profundo, algo que he mantenido bajo llave durante siete años—. Joder, sí—.

16 - Marisol

Cuando dice —sí—, siento que la palabra vibra en todo mi cuerpo. No solo el sonido, sino la rendición que subyace en ella, el derrumbe de los muros que ha mantenido durante años. Sus lágrimas aún están húmedas en mis dedos de cuando sostenía su rostro mientras se desmoronaba, confesando lo de Afganistán, lo de la madre y el niño a los que no pudo salvar.

Me muevo en su regazo, sentándome bien a horcajadas sobre él ahora, con mis muslos flanqueando sus caderas. La seda de mis shorts de dormir se sube, y puedo sentirlo debajo de mí a través de su pantalón de gimnasia. Ya está duro, su muelle presionando contra mi vagina a través de las delgadas barreras. La fricción me hace jadear, mi clítoris latiendo con una necesidad súbita y violenta.

Sus ojos están enrojecidos, en carne viva, despojados de toda defensa. Lo he visto lanzar hombres contra las rocas, follarme mecánicamente, encerrarse en baños para venirse solo. Pero esta versión rota y abierta de él es la cosa más hermosa que he presenciado jamás.

—Mírame —susurro, acunando su rostro con manos temblorosas.

Él me mira, y lo veo todo. El soldado que seguía órdenes, el hombre que se odia por ello, el monstruo que cree ser. Detrás de todo eso, veo al niño que perdió a su padre e intentó convertir a su hermana en un arma para protegerla.

—Te veo —le digo, con la voz entrecortada—. Todo de ti. Las partes que muestras al mundo y las partes que ocultas. —Me mezo contra él, lenta y deliberadamente, restregando mi sexo contra su muelle que se endurece. La seda de mi short ya está húmeda—. Y quiero cada pedazo.

Sus manos encuentran mi cintura, apretando hasta que sé que tendré moretones mañana. Bien. Quiero sus marcas en mí. Quiero presionarlas más tarde y recordar este momento.

—Marisol.

—No. —Lo beso, fuerte y con hambre, mi lengua invadiendo su boca, saboreando la sal de sus lágrimas. Cuando me separo, ambos jadeamos—. No más muros. —Otro beso, más profundo, más húmedo, mis dientes atrapando su labio inferior—. No quiero la versión controlada. No quiero precisión táctica.

—¿Qué quieres? —Su voz está destrozada, apenas reconocible.

—Todo lo que has estado guardando bajo llave. —Presiono hacia abajo con más fuerza y ambos gemimos. Mi vagina se contrae sobre la nada—. ¿Recuerdas en el bote? cuando agarré tu miembro a través de tus pantalones?

Sus manos se aprietan en mi cintura, los dedos hundiéndose en mi carne. —Joder, Marisol.

—Estabas tan duro. Incluso entonces, rechazándome, me deseabas. —Me mezo contra él otra vez, sintiendo cómo su muelle tiene espasmos debajo de mí, completamente firme, tensando su pantalón de gimnasia—. Podía sentir lo grueso que eras. Lo mucho que querías follarme.

—Quería doblarte sobre la borda de ese bote —admite, con voz áspera—. Quería arrancarte esas lentejuelas y follarte hasta que gritaras.

El calor me inunda, mis pezones endureciéndose contra la delgada tela de mi musculosa. —¿Por qué no lo hiciste?

—Porque estabas borracha. Porque se supone que debo protegerte, no…

—¿No qué? ¿No desearme? —Me inclino, mis labios rozando su oreja—. Tu muelle está presionando contra mi vagina ahora mismo, Nico. Puedo sentir cuánto me deseas. Qué duro estás. Deja de luchar contra eso.

Sus manos tiemblan contra mi piel. Tiemblan de verdad; este soldado controlado está temblando. —No lo entiendes —dice con aspereza—. Cuando pierdo el control, no soy tierno. Las cosas que quiero hacerte…

—Dime. —Me aparto para estudiar su rostro, sin dejar de frotarme contra él, mientras la fricción hace que mi clítoris lata con fuerza—. Dime exactamente qué quieres hacer conmigo.

Sus ojos se vuelven negros, las pupilas dilatadas por la lujuria. —Quiero inmovilizarte y follarte hasta que no puedas caminar. Quiero marcar cada centímetro de tu piel para que todos sepan que eres mía.

Quiero hacer que tomes mi miembro hasta que estés sollozando, suplicando, completamente arruinada para cualquier otro.

Mi vagina se contrae con fuerza, una nueva ola de humedad empapando mis shorts. —Entonces hazlo.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Te estoy pidiendo que dejes de contenerte. —Tomo sus manos y las guío bajo mi camiseta hacia mis pechos desnudos. Sus palmas están rugosas, callosas de tantas flexiones, y cuando se cierran sobre mis tetas, gimo—. Fóllame de verdad. Como has querido hacerlo desde el primer día.

Algo cambia en sus ojos. El último muro se derrumba. El monstruo al que tanto teme sale a la superficie y, Dios, es hermoso.

En un movimiento fluido, nos voltea. Mi espalda golpea el colchón, su peso me inmoviliza, y nunca me he sentido mejor que estando atrapada bajo él.

—Marisol Rosetti —gruñe contra mi garganta, y las palabras hacen que mi vagina se apriete. Su boca ataca mi cuello, succionando fuerte, raspando con los dientes—. Dilo. Dime que eres mi mujer. Solo por esta noche.

—Soy tuya —jadeo mientras muerde, marcándome—. Tu esposa Rosetti, Nico.

Se aparta lo justo para agarrar mi camiseta con ambas manos y desgarrarla por la mitad. El sonido de la tela rompiéndose, la demostración casual de fuerza, me humedece aún más.

—Joder —respira, mirando mis pechos expuestos—. Tus tetas son… perfectas. No hay mejores tetas en todo el mundo.

Sus manos están en todas partes. Apretando, pellizcando, haciendo rodar mis pezones entre sus dedos hasta que están casi dolorosamente duros. Luego su boca reemplaza sus manos, succionando un pezón mientras sus dedos atormentan el otro.

—He estado pensando en estas desde que apareciste en mi puerta —admite entre lamidas y mordiscos—. Masturbándome en la ducha, imaginando mi muelle entre ellas, viniéndome por todo tu pecho.

—Jesús, Nico.

—Eso es lo que me haces. —Cambia de pecho, succionando más fuerte, rozando con los dientes—. Me pones tan jodidamente duro que tengo que encerrarme solo para correrme.

—Ya no más —logro decir entre jadeos—. No más puertas cerradas. Cuando te vengas, quiero verlo. Quiero mirar tu cara

cuando me llenes.

Gime contra mi pecho, y la vibración hace que me arquee bajo él. Su mano se desliza por mi estómago, los dedos enganchándose en mis shorts de dormir.

—Estos tienen que irse. —No espera permiso, simplemente los arranca de mis piernas junto con mis bragas empapadas en un movimiento brusco. El aire fresco golpea mi vagina expuesta y tiemblo—. Cristo, mujer. Y yo que pensaba que tus tetas eran perfectas.

Abre mis piernas de par en par, con sus manos en la parte interna de mis muslos manteniéndome abierta para su inspección. Sus ojos me devoran, y nunca me he sentido más expuesta ni más deseada.

Sus ojos se oscurecen mientras recorre mi humedad, su toque ligero como una pluma pero devastador. —Eres exquisita aquí también —murmura—. Debería haberlo sabido. ¿Has estado pensando en mí?

—Desde aquella noche en el bote —admito, luchando por mantener las caderas quietas mientras su dedo rodea mi punto más sensible, desesperada por mantener algo de apariencia de control—. Cuando estoy sola por la noche…

—¿Y eso te satisfacía? —Su voz baja de tono.

—No —susurro, mientras se me corta la respiración—. Nada se compara a cuando tú… ¡oh!

Desliza dos dedos profundamente dentro de mí sin previo aviso, curvándolos expertamente contra mis paredes internas. Su pulgar traza círculos deliberados mientras sus dedos crean un ritmo que hace imposible cualquier pensamiento coherente.

—No sería suficiente —dice, observando mis expresiones intensamente mientras mi cuerpo responde a su toque experto—. Esta noche, solo por esta noche, eres mi mujer Rosetti. Dime qué necesitas de mí.

—Por favor —suplico, ya temblando al borde por sus dedos y sus palabras—. Necesito…

—Sé exactamente lo que necesitas. —Retira su toque por completo, dejándome dolorida y vacía—. Pero primero, voy a saborearte hasta que te oiga gritar mi nombre.

Baja por mi cuerpo, acomodándose entre mis muslos abiertos. El primer contacto de su lengua con mi clítoris me hace dar un grito, y mis manos vuelan hacia su cabello.

Esto no es como la última vez. Controlado, preciso. Me está devorando, su lengua está en todas partes a la vez. Lamiendo desde mi entrada hasta mi clítoris, succionando mis labios hacia su boca, follándome con la lengua mientras su nariz presiona mi clítoris.

—Joder, sabes tan bien —gruñe contra mi vagina, y las vibraciones me hacen estremecer—. Este es mi nuevo restaurante favorito.

Desliza tres dedos dentro de mí esta vez, estirándome mientras su boca ataca mi clítoris. La doble sensación es abrumadora. Demasiado y no lo suficiente, todo al mismo tiempo. Ni siquiera puedo encontrar una respuesta ingeniosa para su comentario del restaurante porque mi boca no articula palabras adecuadas, solo gemidos incoherentes.

—Mírame —ordena, y obligo a mis ojos a abrirse, mirándolo hacia abajo entre mis muslos. Sus ojos están oscuros, intensos, viéndome desmoronar—. Quiero que veas cómo hago que te vengas.

Sus dedos se curvan de nuevo dentro de mí mientras sus labios sellan mi clítoris, succionando fuerte. El orgasmo me golpea repentina, violenta y consumidoramente. Grito su nombre, mi vagina apretándose alrededor de sus dedos, todo mi cuerpo convulsionando.

No se detiene. Si acaso, lo hace con más fuerza, sus dedos bombeando más rápido mientras su lengua golpea mi clítoris hipersensible.

—Otra vez —gruñe—. Vente otra vez para mí.

—No puedo… es demasiado…

—Puedes —añade un cuarto dedo; el estiramiento es casi doloroso, pero de la mejor manera—. Esta vagina va a recibir todo lo que yo le dé.

El segundo orgasmo se construye imposiblemente rápido, apilándose sobre el primero. Cuando estalla sobre mí, llego a sollozar, y las lágrimas me corren por la cara debido a la intensidad. Mi vagina tiene espasmos alrededor de sus dedos, apretando y soltando en oleadas que parecen durar para siempre.

—Estás hermosa cuando te corres —dice, finalmente apartándose, con su boca y barbilla brillando por mi excitación.

Sonrío perezosamente. —Creo que quieres decir desaliñada.

—No. Hermosa.

—Ahora tu turno —le digo, intentando tirar de él hacia abajo para poder sentir ese miembro grueso dentro de mí.

Él sonríe casi con crueldad. —Sí que lo es, esposa.

Ante el brillo de sus ojos, me pregunto si después de todo debería haber mantenido a su verdadero ser enjaulado. Quizás tenía buenas razones para mantenerlo silenciado.

Pero todos los pensamientos huyen cuando se pone de pie y se quita la camisa para revelar todo ese músculo forjado en el ejército, las cicatrices y la tinta que me moría por explorar. Luego sus pantalones de gimnasia caen y su muelle queda libre. Grueso, largo, con la cabeza ya húmeda de líquido preseminal.

—Ponte de rodillas —ordena.

Me apresuro a obedecer, arrodillándome sobre la cama frente a él. Su muelle está ahí mismo, a centímetros de mi cara, y se me hace agua la boca.

—Querías probarme en el bote —dice, con una mano enredándose en mi cabello—. Abre la boca.

Separo los labios y él empuja hacia adentro, nada tierno, nada cuidadoso. Su muelle estira mi boca, golpeando el fondo de mi garganta, haciéndome tener una arcada leve.

—Eso es —gruñe, manteniendo mi cabeza quieta mientras se folla mi boca—. Tómalo todo. Cada centímetro. Dijiste que lo querías, ahora lo tienes.

Relajo la garganta y lo dejo empujar más profundo, con los ojos llorosos. Su muelle es tan grueso que apenas puedo respirar a su alrededor, pero los sonidos que emite me mantienen centrada. Sonidos desesperados y destrozados que me dan ganas de tomar más.

—Joder, tu boca —jadea, con las caderas moviéndose hacia adelante—. He estado imaginando esto. Tú de rodillas, atragantándote conmigo.

Gimo a su alrededor, y la vibración le hace maldecir. Mis manos suben para acunar sus huevos, acariciándolos suavemente, y su agarre en mi cabello se aprieta.

—Suficiente —dice de repente, saliéndose.

Un hilo de saliva conecta mis labios con su miembro y él gruñe ante la imagen. Mira hacia la puerta del baño, y por un momento pienso que va a huir. Pero luego me empuja sobre mi espalda, abriendo mis piernas de par en par. Durante un momento solo me mira: extendida, desnuda, con la vagina goteando y los labios hinchados por su miembro.

Debo parecer un desastre total, roja y sudorosa, pero sus ojos no contienen más que lujuria.

—Necesito estar dentro de ti, mujer —dice, posicionándose en mi entrada—. Ahora mismo.

Mi aceptación sale como un gemido en lugar de palabras, y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, deseando que comprenda que quiero esto más de lo que he querido nada en mi vida.

Se clava en mí con una embestida brutal, llenándome por completo. Ambos gritamos. Él por el calor estrecho y húmedo, yo por la plenitud repentina. Es tan grueso que roza lo insoportable, estirándome hasta mi límite.

—Joder —suelta entre dientes, con la mandíbula apretada.

La mirada en sus ojos es salvaje, como si estuviera a punto de huir de la escena de un crimen. Puedo ver el miedo en su mirada, así que subo la mano y acuno su rostro.

—Quédate conmigo, Nico —le digo.

Si se va ahora, no habrá vuelta atrás. Si desaparece en el baño, no volveré a perseguirlo. Es el todo o nada. No expreso todo eso, pero me doy cuenta de que lo escucha de todos modos.

—Muévete —suplico, apretándolo deliberadamente—. Por favor, Nico, quédate conmigo.

Se retira casi por completo y luego entra lentamente; su mirada se suaviza al encontrarse con la mía. —No podría irme aunque quisiera, Sra. Rosetti.

Mis labios esbozan una sonrisa, y lo más extraño es que ni siquiera tengo ganas de burlarme de su fantasía de juego de rol de esposa.

Empieza a moverse en serio entonces, sus embestidas son profundas y poderosas. Cada una golpea algo dentro de mí que hace que mi visión se nuble. Esto no es la perfección mecánica de antes. Esto es crudo, animal, con su control completamente destrozado.

—Necesito sentirte correr en mi miembro —gruñe, angulando las caderas para golpear mi punto G con cada embestida—. Necesito sentir esta vagina apretándome cuando te desmorones.

Envuelvo mis piernas con más fuerza a su alrededor, llevándolo a lo más profundo. —No te contengas —suplico, con las uñas hundiéndose en sus hombros—. Déjame verte. Todo de ti.

Su ritmo aumenta, el marco de la cama cruje debajo de nosotros. Sus manos están en todas partes: agarrando mis caderas, apretando mis pechos, deslizándose para inmovilizar mis muñecas sobre mi cabeza. El peso de su cuerpo presionándome contra el colchón se siente como la salvación.

—Mi —gruñe, y cada embestida puntúa las palabras—, esposa. Rosetti.

La posesividad en su voz debería molestarme, pero solo hace que me humedezca más, mi cuerpo respondiendo a su reclamo de formas que mi cerebro no puede procesar. Mi tercer orgasmo se construye rápido, enroscándose con fuerza en la base de mi columna.

—Cerca —jadeo, con la espalda arqueándose fuera de la cama—. Nico, estoy tan cerca.

—Mírame cuando te vengas —ordena, con la voz áspera de necesidad—. Quiero verte a los ojos cuando te haga mía.

Nuestras miradas se entrelazan y algo eléctrico pasa entre los dos. No solo lujuria, sino algo más profundo, algo más aterrador. Su mano se desliza entre nuestros cuerpos, el pulgar encuentra mi clítoris, presionando y haciendo círculos en sincronía perfecta con sus embestidas.

Me quiebro por completo, gritando su nombre mientras mi vagina se contrae a su alrededor. Ola tras ola de placer me atraviesa, tan intensa que creo que podría desmayarme. A pesar de todo, mantengo mis ojos en los suyos, dejándole ver cada segundo de mi rendición.

—Joder, Marisol —gruñe, su ritmo flaquea mientras mis paredes pulsan a su alrededor—. Estás tan jodidamente hermosa cuando te corres.

Sus embestidas se vuelven erráticas, desesperadas. Puedo sentirlo hincharse dentro de mí, poniéndose imposiblemente más duro. Su respiración cambia, se vuelve irregular. Las venas de su cuello resaltan, su mandíbula está apretada con fuerza.

—Vente dentro de mí —susurro contra su oído, mordiendo el lóbulo suavemente—. Déjame sentirlo. Déjame ver cómo pierdes el control.

Emite un sonido —mitad gruñido, mitad sollozo— mientras todo su cuerpo se tensa sobre mí. Por un momento, parece aterrorizado, como si estuviera parado al borde de un precipicio. Levanto las manos y acuno su rostro.

—Quédate conmigo —le recuerdo—. No te escondas de mí ahora.

Algo se quiebra en su expresión. Sus ojos se clavan en los míos, abiertos, vulnerables y asustados. Entonces se está viniendo, su muelle palpita profundamente dentro de mí, llenándome con su descarga. Su cara… Dios, su cara en este momento es todo lo que quería. Sin muros, sin barreras, solo puro placer sin filtros y vulnerabilidad.

—Marisol —jadea mientras se vacía por completo.

Se desploma encima de mí, su peso es una presión deliciosa, su muelle todavía tiene espasmos dentro de mí. Lo rodeo con mis brazos, abrazándolo con fuerza mientras se estremece por las réplicas del orgasmo. Su corazón martillea contra el mío, nuestra piel está resbaladiza por el sudor, nuestra respiración sincronizada.

Durante largos minutos, nos quedamos así, conectados de todas las formas posibles. Su rostro está enterrado en mi cuello, y siento la humedad del sudor allí. O quizás lágrimas.

—No te muevas —susurro, manteniéndolo contra mí—. Todavía no.

—No planeaba hacerlo —admite contra mi cuello—. No siento las piernas.

Me río, y el movimiento hace que ambos gimamos cuando las partes hipersensibles se desplazan. —¿La banana táctica finalmente se agotó?

—Me rompiste —dice suavemente.

Finalmente se mueve, rodando hacia su lado pero manteniéndome acurrucada contra él. Y entonces, increíblemente, me quedo dormida.

17 - Nico

Mi lengua encuentra su clítoris exactamente a las seis de la mañana.

Lo sé porque mi reloj interno tiene precisión militar. Ocho años desplegado, cuatro desde entonces, y todavía me despierto al amanecer listo para la violencia. Solo que ahora uso esa precisión para rodear con la lengua el clítoris hinchado de Marisol Delgado, sintiendo cómo su cuerpo responde incluso dormida.

Sabe a anoche. A nosotros, a mi semen dentro de ella, al reclamo desesperado que debería haberme dejado vacío pero solo hizo que quisiera más. Mi verga ya está dura como piedra contra el colchón, lo está desde que me desperté hace veinte minutos con ella pegada a mí, una pierna echada sobre la mía, su coño mojado contra mi muslo.

Veinte minutos de quedarme quieto, respirando su olor, luchando contra las ganas de despertarla. Veinte minutos de ver cómo la luz rosada del amanecer pinta su piel de oro, de contar sus respiraciones, de darme cuenta de que nunca había dormido junto a alguien hasta la mañana. Siempre me iba antes del alba. Siempre mantenía distancia.

Ella me pidió que me quedara, y estoy aprendiendo que cuando Marisol pide, yo le doy todo.

Se mueve apenas, un gemido suave se escapa cuando paso la lengua por sus pliegues, recogiendo su humedad. Aún medio dormida pero respondiendo. Sus muslos se abren más. El movimiento hace que mi verga palpite, otra gota de líquido preseminal manando sobre sus sábanas de seda color champaña.

Debería dejarla dormir. Está agotada por anoche, cuando perdí hasta el último gramo de control y la follé como si quisiera meterme bajo su piel. Su coño probablemente está adolorido por cuántas veces la hice correrse, por lo duro que la reclamé.

En cambio, me deslizo más abajo en la cama, mis brazos sirviendo de almohada para mantenerle los muslos abiertos. Deslizo

dos dedos dentro de ella, convenciéndola con suavidad para que se abra. Ya está tan jodidamente mojada, el pulso de eso casi inmediato, su cuerpo reconociéndome con una confianza que cala hasta los huesos y que debería aterrarme. Mi boca trabaja despacio, la lengua dibujando la forma de su clítoris, rodeándolo, luego dándole toques con la intención justa para que sus caderas se alcen buscando fricción.

—Mmm.— Sigue medio dormida, la voz un ronroneo suave y bajo. Su mano sube, sus dedos se enredan en mi pelo, con tironcitos involuntarios cuando mi lengua hace algo bien.—¿Qué estás…?—

Respondo hundiendo más mis dedos, curvándolos justo como sé que le gusta. La siento apretarse a mi alrededor, el pulso perezoso de su excitación acelerándose, creciendo segundo a segundo. Sabe a rendición, a una persona que por fin se permite dejar de correr por solo una maldita hora.

Le succiono el clítoris, primero con suavidad, luego con más fuerza. Ella despierta con un jadeo, las caderas embistiendo contra mi boca.

—Ay, carajo… ¿Nico?—

—Buenos días—digo, con los labios moviéndose contra ella.

Alzo apenas los ojos para captar la expresión de su cara cuando las palabras vibran en su piel: confusión al principio, la chispa lenta del placer y luego una especie de asombro, como si nunca la hubieran despertado así.

Le muestro lo bueno que puede ser el amanecer atrapando su clítoris entre mis labios mientras mis dedos la penetran rítmicamente, lento y parejo. Ella deja escapar un sonido estrangulado, luego suelta una risa cuando la sensación le florece por todo el cuerpo.

—Jesús. ¿Qué hora es?—alcanza a decir, la voz ronca.

—Seis de la mañana.—

No dejo de trabajar mientras respondo. La disciplina que me exige mantener la lengua firme, el control absoluto, es un tipo de reto nuevo. Estoy acostumbrado a romperme contra el mundo, no a sostener un fuego lento por el placer de alguien más.

Se incorpora sobre los codos, parpadeando para espantar el sueño de sus ojos. Su pelo es un halo de enredos y oro contra la almohada. Su boca está hinchada por el sueño y los besos de anoche,

y hay una media luna roja donde le mordí la línea de la mandíbula horas atrás. Nunca se ha visto más real que ahora.

—¿Desde cuándo te saltas las dominadas?—pregunta, con una sonrisa tirándole de la comisura de la boca.

—No me las estoy saltando—. Solo hago una pausa lo suficiente para contestar y vuelvo a ella de inmediato.—Solo las estoy retrasando. Cuatrocientas pueden esperar una hora.—

La risa que suelta es mitad risita, mitad gemido. Reverbera por la cama, hace que mi verga duela con la necesidad de estar dentro de ella. Todas las reglas por las que he vivido—la disciplina, el ritual, la creencia de que el placer viene después del dolor o no viene—se derrumban bajo el peso de desearla. Renunciaría a cada último hábito por una mañana como esta.

Observo su cara mientras se entrega, la forma en que sus párpados tiemblan al borde de la sensación, cómo inclina las caderas para perseguir mi lengua, cómo dice mi nombre con una voz que significa que confía en mí. La he visto así solo un puñado de veces, y cada una me ha hecho querer arrasar el mundo por el privilegio de verlo otra vez.

—Estás siendo tan tierno—gime, como si la suavidad en sí le fuera ajena.

Tal vez lo sea, para los dos. Ella está acostumbrada al caos: hombres que toman lo que quieren y se van, parejas que la tratan como campo de pruebas de sus propios fracasos. Yo estoy acostumbrado a la guerra, a la violencia, a la idea de que cada cosa buena viene con un costo—usualmente en sangre, a menudo la mía.

Pero con ella, podría hacer esto para siempre. Trabajo lento, cuidadoso, viéndola deshacerse porque yo lo digo. Porque me pidió que me quedara, y ahora hago lo que me pide. Le doy todo.

Ella sonríe, perezosa y amplia, esa clase de sonrisa que le arruga las comisuras de los ojos.—No se supone que seas tan bueno en eso. No es justo.—

—No te quejes—digo, dándole un mordisquito en el clítoris—. Vas a herir mis sentimientos.—

Jadea, y me recuerdo ser suave. No quiero pensar. Quiero congelar esta mañana y vivir en ella hasta que mi cuerpo no aguante más.

Pero no estoy hecho así. No soy un hombre suave, no de verdad. La versión de mí que le muestro—el amante paciente, cuidadoso—es

nueva, un experimento, una piel prestada. Debajo, sigo siendo el hombre que quiere romperla en pedazos. Sigo siendo el monstruo que ella domó.

El monstruo en mí quiere voltearla, follarla boca abajo contra el colchón hasta hacerla gritar. Quiere agarrarla del cuello mientras la embisto, quiere hacer que lo tome todo, quiere reclamarla tan a fondo que me sienta por días.

Pero eso fue anoche. Esta mañana quiero algo diferente. Quiero mostrarle que puedo ser más que hambre y dominio. Quiero adorarla como se merece.

—¿Está bien?—pregunto, genuinamente incierto. Nunca he sido de lo suave. Nunca quise. La suavidad era debilidad, y las cosas suaves se rompen.

—Más que bien—respira, su coño apretándose alrededor de mis dedos—. No pares. Por favor, no pares.—

Yo no. Me tomo mi tiempo para aprender cada respuesta, anotando qué la hace gemir, qué la hace retorcerse, qué hace que sus dedos se aprieten en mi cabello. Mi verga gotea de forma constante contra las sábanas, desesperada por fricción, pero toda mi atención está en ella.

Cuando llega, es con mi nombre roto en sílabas. —Ni…co… oh Dios. Su coño palpita alrededor de mis dedos en oleadas. La acompaño con suavidad, sin buscar otra de inmediato como anoche, solo dejándola cabalgar el placer.

—Súbete acá —exige cuando por fin puede hablar, tirando de mi cabello.

Me arrastro por su cuerpo, mi verga deslizándose por su piel, dejando un rastro de líquido preseminal a lo largo de su pierna. Ella enseguida mete la mano entre nosotros, rodea mi eje con su mano, y gimo al contacto.

—Tan dura —murmura, acariciándome despacio, su pulgar esparciendo el preseminal por la cabeza—. ¿Cuánto tiempo has estado así?

—Desde que desperté —admito, mis caderas embistiendo contra su agarre—. Desde que sentí lo mojada que estabas contra mi muslo mientras dormías.

Me guía hacia su entrada, frotando la cabeza de mi verga por su humedad, cubriéndome con su excitación. —Entonces probablemente deberíamos hacer algo al respecto.

Me hundo en ella despacio. Tan despacio que es una tortura. Cada centímetro es una revelación, su coño me aprieta a la perfección, aún hinchado por anoche pero tan mojado, tan listo. Ambos gemimos cuando quedo totalmente dentro, mis testículos presionando contra su trasero.

—Mierda —respiro, teniendo que quedarme quieto o me corro de inmediato—. Se siente…

—Lo sé —dice, enroscando sus piernas a mi alrededor—. Tú también.

Empiezo a moverme. No embisto, sino que ruedo las caderas, moliendo profundo, asegurándome de alcanzar cada punto sensible dentro de ella. Es completamente diferente a la posesión desesperada de anoche. Esto es otra cosa. Algo que me aprieta el pecho de emoción.

—Mírame —dice en voz baja.

Me doy cuenta de que cerré los ojos, abrumado por la sensación. Me obligo a abrirlos, encuentro su mirada, y la vulnerabilidad de eso casi me desarma. Ella lo ve todo. Cada muro desmoronándose, cada defensa cayendo, la verdad aterradora de que estoy totalmente jodido porque me estoy enamorando de ella.

—Ahí estás —susurra, subiendo las manos para enmarcar mi rostro—. Mi hermoso, soldado roto.

La ternura rompe algo en mí. Me inclino para besarla, profundo y lento, haciendo coincidir el ritmo de mis caderas. Su coño se contrae con cada embestida, cada vez más mojado, nuestra excitación combinada haciendo sonidos resbalosos con cada movimiento.

El monstruo sacude su jaula, queriendo ir más duro, más rápido, reclamar y poseer. Mi mano de hecho se mueve hacia su garganta antes de que me detenga, aferrándome a las sábanas en su lugar.

—Estás temblando —observa, deslizando las manos por mis costados.

—No sé cómo ser suave —admito, con todo el cuerpo temblando por la contención—. No sé cómo hacer esto sin…

—¿Sin perder el control?

—Sin romper cosas. Romperte a ti.

Me tira hacia otro beso. —No me vas a romper. Soy más fuerte de lo que parezco. Y quizá… quizá quiero verte elegir la ternura. Elegir quedarte presente conmigo.

El permiso para ser blando es de algún modo más difícil que el permiso para ser rudo. Pero mantengo el ritmo lento, y llevo la mano entre nosotros para rodear su clítoris con el pulgar, observando su rostro mientras escala hacia otro orgasmo.

—Estoy cerca —jadea, su coño empezando a aletear alrededor de mí—. ¿Y tú?

—Sí —gimo, sintiendo la presión formarse en la base de mi columna, mis testículos encogiéndose.

Aumento un poco la presión sobre su clítoris, sintiendo cómo todo su cuerpo empieza a tensarse. Nos estamos mirando, viéndolo todo, sin esconder nada.

—Ahora —susurra—. Córrete conmigo ahora.

Su orgasmo dispara el mío. Ella se arquea bajo mí, gritando, su coño apretando mi verga en oleadas rítmicas. La sensación arranca mi liberación. Mi verga palpita mientras me vacío dentro de ella, empujón tras empujón de semen caliente, todo mientras mantengo el contacto visual. Es lo más vulnerable que he estado, dejándola verme completamente deshecho.

Me atrae para un beso que es pura suavidad y aceptación.

Seguimos unidos, ninguno dispuesto a separarse. Puedo sentir nuestra humedad combinada empezando a escaparse alrededor de mi verga que se ablanda, marcando sus muslos. La evidencia física de lo que nos hemos convertido el uno para el otro.

Hundó el rostro en su cuello, abrumado. El soldado en mí grita sobre posiciones comprometidas, vulnerabilidad emocional, el peligro de querer tanto. Pero el hombre, el que ella está enseñando a existir, solo la abraza más fuerte.

—Me… gustas —murmura.

—¿Aunque soy una banana táctica que lo cuenta todo y no puede hacer café normal?

Ella ríe, el sonido vibrando en nuestros dos cuerpos. —Sobre todo por eso.

Afuera, Miami despierta. El tráfico crece, el calor ya ondea sobre el asfalto, la ciudad ajena al hecho de que todo acaba de cambiar en este dormitorio.

—Pase lo que pase —le digo—, no me voy. Me pediste que me quedara, y esa es mi misión ahora. Quedarme.

Ella me aprieta con los brazos. —Bien. Porque voy a quedarme contigo, banana táctica. Ahora eres mío.

La posesividad en su voz hace que mi verga dé un espasmo dentro de ella, intentando endurecerse otra vez. Ella lo siente y se ríe.

—¿Ya? Eres insaciable.

—Solo por ti —admito, empezando a endurecerme bien ahora, aún enterrado en ella—. Solo y siempre por ti.

—Entonces supongo que tus dominadas tendrán que esperar un poco más —dice, rodando las caderas a modo de prueba—. A este paso, cuatrocientas se volverán quinientas.

—Vale la pena —gimo cuando ella aprieta a propósito a mi alrededor—. Vale tanto, carajo.

El sol asciende más alto, pintándolo todo de amarillo banana, y dejo de contar cualquier cosa excepto los sonidos que ella hace cuando empiezo a moverme dentro de nuevo. Lento y profundo, suave pero minucioso, mostrándole con mi cuerpo lo que mis palabras apenas pueden expresar.

Que me posee por completo. Que prenderé fuego al mundo para mantenerla a salvo. Que el amor quizá sea el arma más peligrosa que he empuñado, pero aun así elijo armarme.

Porque Marisol Delgado me pidió que me quedara, y no hay misión más importante que esa.

18 - Marisol

Nico Rosetti está en mi cocina preparando huevos.

El sonido de una sartén contra la estufa hace que mi pecho sienta algo peligroso. Los hombres no se quedan. Se escabullen mientras estoy inconsciente, dejan notas sobre reuniones tempranas, envían mensajes de texto más tarde con excusas transparentes. Pero Nico Rosetti, que lo cuenta todo, que mantiene una distancia táctica, que se encerró en los baños antes que dejar que lo viera venir, está preparando el desayuno en mi cocina.

Esta no es mi vida. Excepto que, aparentemente, ahora lo es.

Me envuelvo en una bata de seda, sin molestarme en ponerme nada debajo. ¿Para qué fingir? Ya pasamos los fingimientos. La seda se siente fresca contra mi piel sensibilizada, cada nervio todavía vibrando por su toque.

Él está frente a la estufa cuando llego al umbral de la cocina, y la imagen me deja helada. Sin camisa, vistiendo solo esos pantalones deportivos a la cadera, cada músculo de su espalda definido mientras se mueve. Su Glock reposa en la encimera al alcance de la mano, bajo un rayo diagonal de luz solar brillante. Incluso preparando huevos, está listo para la violencia. La contradicción de esto, este hombre letal realizando algo tan doméstico, hace que se me revuelva el estómago.

—Cocinas —digo, y él se gira al oír mi voz.

Sus ojos hacen un recorrido lento desde mi cabello alborotado hasta mis pies descalzos, deteniéndose donde la bata se abre en mi pecho. Algo en su expresión cambia, se suaviza de una manera que hace que se me encojan los dedos de los pies. También hay algo nuevo allí. Una certeza que no estaba antes.

—Así sobrevivo —dice, y vuelve a la estufa.

—Un hombre nunca me ha preparado huevos —La confesión se me escapa antes de que pueda detenerla.

—Eso es trágico.

—He estado saliendo con la gente equivocada, al parecer. Debería haberme enfocado en exmarines con espátulas en lugar de niños ricos con fideicomisos y hábitos de cocaína.

Sirve los huevos, les agrega pan tostado y fruta que ni siquiera sabía que tenía. Cuando pone el plato frente a mí, me le quedo mirando por un momento. Comida de verdad. Hecha para mí. Por alguien que se quedó. Por alguien que está justo aquí. Presente, no pasado, no condicional.

Doy un mordisco y, al parecer, tengo más hambre de lo que pensaba porque suelto un pequeño gemido. Sus ojos se oscurecen ante el sonido, sus pupilas se dilatan de una manera que me obliga a apretar las piernas.

—Me estás mirando —digo entre bocado y bocado.

—Estás comiendo. Es digno de mención.

—Quizás se me abrió el apetito.

—Quizás sí. —El calor en su voz envía un pulso directo a mi clítoris, incluso después de todo lo que hemos hecho, de todo lo que hemos dicho.

Su teléfono vibra. Lo revisa y su mandíbula se tensa de inmediato.

—Gunner dice que la gente de César estuvo preguntando por ti anoche en el club.

—Mientras nosotros estábamos…

—Mientras estábamos aquí, sí. —Su mano se desplaza hacia donde está su arma en la encimera, un tic inconsciente que estoy aprendiendo que significa peligro. Querían saber dónde estabas. Si estabas sola.

—¿Desde cuándo eres el mejor amigo de mi guardia de seguridad?

Él frunce el ceño, se le forma una pequeña y linda arruga entre las cejas. —¿Mejores amigos?

—Tantos mensajes, llamadas, pasándole recados de otros hombres. —Muerdo mi tostada y me limpio un poco de mantequilla de los labios.

—Solo gestiono tu seguridad —dice él.

Me acomodo en un taburete mientras él se apoya contra la encimera, con una taza de café en la mano. Café negro, por supuesto. Todo en él es eficiencia, incluso su consumo de cafeína.

—¿Alguna vez simplemente… existes? —pregunto—. ¿Sin evaluar amenazas y medir distancias y lo que sea que haga ese cerebro militar?

—Tú no eres una amenaza.

—Podría serlo. Soy muy peligrosa.

—Ayer quemaste el pan tostado.

—Peligrosamente mala cocinando, así que cuenta.

La comisura de su boca se mueve, esa casi sonrisa que cada vez detecto mejor. Pasa por mi lado para enjuagar su taza y su mano recorre mi espalda baja al pasar. Casual, posesivo, reclamando su lugar. Como si yo fuera suya para tocarme cuando quisiera. El simple contacto me humedece.

Escalofrío.

—¿Frío?

Niego con la cabeza. —No.

—¿Entonces qué? —Deja la taza con un suave tintineo contra el fregadero de metal.

—Me tocaste —Trazo el camino que sus dedos recorrieron por mi piel—. Como si no hubieras tenido que pensarlo.

Se detiene ante el fregadero, sus hombros se tensan ligeramente antes de girarse para mirarme.

—No lo hice.

Algo se quiebra en mi pecho. Este hombre que calcula cada movimiento, que cuenta cada respiración, me toca sin pensar. Como si ya fuera parte de su sistema operativo. Como si yo perteneciera a su espacio.

Nos trasladamos al sofá y me acurruco contra él como si fuera la cosa más natural del mundo. Su brazo me rodea automáticamente, atrayéndome hasta que estoy prácticamente en su regazo.

Trazo los tatuajes en sus costillas, siguiendo las líneas de tinta con la punta de mi dedo. Una escritura en latín se curva a lo largo de su costado: *Per aspera ad astra*.

——A través del esfuerzo, hacia las estrellas —traduce cuando lo miro con curiosidad—. Un compañero lo tenía. No regresó a casa.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

Pero puedo ver la verdad en sus ojos. Esas cosas no se van. Solo se vuelven más silenciosas, enterradas bajo la disciplina y el deber hasta que algo las saca a la luz de nuevo. Su cuerpo es un

monumento al duelo; cada marca representa a alguien que le importaba, alguien perdido.

—Aun así, lo siento.

Él solo se encoge de hombros, me atrae un poco más y nos acurrucamos más fuerte en el sofá.

—¿Tienes algún talento oculto? —pregunto, necesitando saber todo sobre este hombre—. Además de lanzar a la gente contra las rocas y hacer huevos sorprendentemente buenos.

Se queda callado por un largo momento. Luego dice:

—Solía tocar el piano.

Casi me caigo del sofá. —¿QUÉ?

—Mi madre nos enseñó a todos. Antes de morir. Era… decente.

—Define decente.

—Chopin sin mirar las teclas.

Me siento erguida, con las manos volando a sus hombros. —Eso no es decente. Eso es BUENO. Es nivel de recital.

Su mirada baja hacia donde mi bata se ha abierto. —Fue hace mucho tiempo.

—¿Todavía tocas? —Trazo la línea de su clavícula con la punta de mi dedo, sintiendo su pulso saltar bajo mi toque.

Atrapa mi mano, inmovilizándola contra su pecho. —No.

—¿Por qué?

Se acomoda un poco, apretando su brazo a mi alrededor. —Estuve desplegado mucho tiempo. No hay muchos teclados en Afganistán. Luego, después de que mi padre murió, no hubo tiempo. Después no hubo espacio. Después dejé de ser alguien que pudiera hacer música. Se convirtió en el tema de Dante después de que perdió la voz y ya no me pareció correcto seguir tocando.

Las palabras me duelen en el pecho. Pienso en el niño que tocaba a Chopin, me pregunto si todavía está ahí dentro, bajo toda esa armadura táctica. Bajo ese hombre que puede mirarme a los ojos mientras se viene dentro de mí, pero que aun así necesita un arma al alcance de la mano para preparar el desayuno.

—Yo también tengo algo —digo—. Algo de mi madre.

Le hablo del reloj. Escondido en mi cajón desde mi quinceañera. Oro rosa con sus iniciales grabadas en el reverso.

—Me lo dio la mañana de mi fiesta. Dijo que era para la mujer en la que me convertiría —Mi voz se quiebra ligeramente—. No puedo usarlo. No puedo tirarlo. Ni siquiera puedo mirarlo sin llorar.

—Tal vez algún día.

—Tal vez algún día vuelvas a tocar el piano.

—Tal vez.

Nos quedamos con eso por un momento. Dos personas rotas encontrando piezas del otro entre los escombros.

El silencio se extiende entre nosotros, cómodo pero expectante. Sus dedos trazan patrones ausentes en mi brazo, y observo cómo la luz del sol se desplaza por el suelo de madera, pintando rectángulos dorados que avanzan lentamente por la habitación.

—Idiomas —digo de repente, ya que no puedo esperar a que me preguntes por mis talentos especiales—. Hablo cuatro.

—¿Cuatro?

—Español, obviamente. Inglés. Portugués por los veranos en Brasil. Y un italiano pasable por el lado de mi madre.

—¿Cuándo aprendiste todo eso?

—Mami insistió. Decía que el idioma era libertad. Que podías convertirte en cualquier persona si sabías hablar sus palabras.

—Suena como una mujer inteligente.

—Lo era. Ella lo era todo. Dios, la extraño.

Entonces me habla de su familia. De cómo llama a Marco todos los domingos, incluso cuando no tienen nada que decirse. De que no se ha tomado vacaciones en siete años. De que no sabe lo que es no hacer nada.

—¿Qué harías siquiera en vacaciones? —pregunto.

—No lo sé. Nunca he pensado en eso.

—Eso es triste, mi caballo.

—Podrías enseñarme tú.

Le doy un toque en el pecho con el dedo índice. —¿A ir de vacaciones?

—A no hacer nada —Sus cejas se elevan—. Pareces una experta.

Me muerdo el labio inferior, conteniendo una sonrisa. —¿Eso fue un CHISTE? ¿A mi costa?

—Tal vez —Inclina la cabeza, entrecerrando los ojos un poco mientras la comisura de su boca se agita.

Estoy encantada. Está aprendiendo a bromear. Lo estoy corrompiendo con mi caos.

Terminamos enredados en el sofá, con una película de acción terrible de fondo que ninguno de los dos ve. Mi cabeza descansa en su pecho, su corazón late constante bajo mi oído. Su mano juega con

mi cabello distraídamente, sus dedos se enredan en los nudos de anoche. A través de la ventana abierta, puedo oír los barcos en la bahía, el zumbido distante de South Beach que ya comienza su fiesta al mediodía.

Esto es agradable. Más que agradable. Es todo lo que no sabía que quería.

Trazo patrones perezosos en su piel, siguiendo cicatrices y tinta, aprendiendo su geografía. Él me deja explorar sin inmutarse, sin apartarse. Simplemente existiendo juntos en esta burbuja donde nada malo puede alcanzarnos.

—Pensé que odiaba estar quieta —murmuro.

—¿Qué cambió?

—Tal vez solo odiaba estar quieta estando sola.

Sus labios se presionan contra la coronilla de mi cabeza y algo cambia en mi pecho. Un reconocimiento. Una certeza.

No lo digo. Lo mantengo en silencio, como algo preciado, guardado cerca como el reloj de mi madre. Pero está ahí, creciendo con cada aliento que compartimos.

Me besa la sien, y podría quedarme aquí para siempre. En este momento. En esta quietud que ya no se siente vacía porque todavía estamos juntos.

Entonces mi teléfono empieza a vibrar.

Al principio lo ignoro. Lo que sea puede esperar. Pero sigue sonando. Bzzz. Bzzz. Bzzz. Insistente y furioso.

—Estás popular esta mañana —dice Nico, pero su mano ya se mueve hacia donde está su arma en la mesa lateral. Siempre listo.

—Probablemente no sea nada.

Pero no se detiene. Finalmente lo agarro, dispuesta a silenciarlo por completo, y me quedo helada.

Diecinueve llamadas perdidas. Mensajes de Logan, mi abogado; de Carmen, que maneja mis desastres de relaciones públicas, y de algunos números que no reconozco.

—¿Qué pasa? —Nico se incorpora, pasando ya al modo táctico, ese soldado emergiendo de debajo de la mañana apacible.

—No lo sé.

El mensaje de Logan solo dice: *Llámame. AHORA*.

Se me cae el alma a los pies.

Antes de poder devolverle la llamada a Logan, veo por qué todos intentan contactarme. Está en todas partes. Es tendencia en todas las

plataformas, ha sido retomado por medios de noticias legítimos y se propaga como la pólvora.

LA HEREDERA DELGADO MALVERSA FONDOS DE LA EMPRESA FAMILIAR: Fuentes revelan impactante conducta financiera inapropiada

Mi teléfono vibra de nuevo. Un mensaje más en la avalancha. Casi lo ignoro, no puedo soportar a una persona más preguntando si las acusaciones son ciertas.

Entonces veo el nombre.

Gabriel.

Mi hermano, que huyó hacia Dios hace ocho años. Mi hermano, que me dejó sola con nuestro secreto. Mi hermano, que no ha enviado nada más sustancioso que saludos vacíos en las fiestas desde que se puso ese alzacuellos.

El mensaje es simple:

Mari. Vi lo que dicen sobre La Sirena. Tenemos que hablar. Necesito saber qué está pasando. Llámame. - G

Mis manos tiemblan más ahora. Gabriel. Después de todo. Después de ocho años de silencio. ¿AHORA se comunica conmigo?

Necesito saber qué está pasando.

No un "¿cómo estás?". No un "lamento haberte abandonado". No un "te quiero, hermana". Necesita saber qué está pasando. Como si yo fuera un problema que debe gestionarse a distancia. Como si su reputación estuviera en juego.

—¿Qué es? —pregunta Nico, notando mi cara.

No puedo hablar. Solo le entrego el teléfono.

Él lee y su expresión se endurece peligrosamente.

El teléfono vibra de nuevo:

Mari. Por favor. Es importante.

Importante. Ocho años de nada, y ahora es importante. ¿Se cree los artículos? ¿Piensa que le estoy robando al imperio de nuestro padre mientras Papá agoniza? ¿Se está comunicando para ayudar o para acusar?

Con Gabriel, nunca se sabe.

Llega un tercer mensaje:

Voy para allá. Tenemos que hablar en persona.

El teléfono se me resbala de los dedos entumecidos.

Mi hermano viene hacia aquí.

El Padre Gabriel, santo patrón del abandono, nos honrará con su presencia.

—Perfecto —digo, riendo, pero el sonido sale quebrado, desesperado—. Alguien me está tendiendo una trampa por malversación, mi padre se está muriendo, y ahora mi hermano quiere, ¿qué? ¿Escuchar mi confesión? Ya tengo suficiente culpa para los dos.

Los brazos de Nico se aprietan a mi alrededor, pero ni siquiera su presencia sólida puede evitar que la verdad se asiente en mis huesos como agua helada. Si Gabriel viene aquí ahora, después de todo este tiempo, después de todo este silencio, no es para salvarme.

Nunca lo es.

19 - Nico

—¿Cómo me veo? —Me busca con la mirada en el reflejo, intentando mostrar su sonrisa pícara—. ¿Inocente? ¿Acusada injustamente? ¿Definitivamente no desfalcando el negocio familiar?

El chiste no funciona. Ella lo sabe. Yo lo sé. El vestido blanco es un escudo, pero nada puede ocultar el terror en sus ojos color miel.

—Pareces alguien que está a punto de enfrentar algo difícil.

Dejo a un lado el expediente que he estado revisando. Gabriel Delgado, veintiocho años, huyó al seminario a los veinte, ordenado cinco años después. El expediente está limpio. Demasiado limpio. Los hombres no huyen hacia Dios sin que los demonios los muerdan en los talones.

—Algo difícil —se ríe, pero la risa se le quiebra en los bordes—. Esa es una forma de describir ver a mi hermano por primera vez en ocho años.

Me acerco a ella y apoyo las manos en sus hombros. Los músculos debajo están rígidos por la tensión. Incluso a través de la fina tela, puedo sentir su pulso acelerado. Mi cuerpo responde a su proximidad, siempre lo hace ahora, pero bloqueo esa sensación. Ella necesita estabilidad, no deseo.

—No tienes que hacer esto. Podemos verlo en otro momento. O nunca.

Ella niega con la cabeza, apoyándose en mi contacto por un solo instante antes de erguirse. —Si no lo enfrento ahora, no lo haré jamás. Y con todo lo que está pasando… —Su voz se apaga.

La evaluación táctica se activa automáticamente: terreno neutral seleccionado. El vestíbulo del hotel Setai, lo suficientemente público para la seguridad, lo suficientemente privado para la conversación. Múltiples salidas, seguridad mínima, extracción fácil si fuera necesario. Ella insistió en un lugar que no fuera su penthouse (demasiado íntimo), ni la propiedad familiar (absolutamente no), ni

el club (demasiado cargado de recuerdos). Decisiones inteligentes para alguien que afirma no pensar tácticamente.

—Deberíamos irnos —dice ella, apartándose del espejo—. Quiero llegar primero. Controlar el terreno, ¿verdad? Eso es lo que siempre dices tú.

No le señalo que ha estado prestando atención a mis protocolos de seguridad. No menciono que sus manos todavía tiemblan mientras busca su bolso. Solo la sigo hasta la puerta, observando cómo se mantiene entera por pura fuerza de voluntad.

El trayecto hasta el hotel transcurre en silencio, salvo por el rebote de su rodilla contra el asiento de cuero. Estiro el brazo y cubro su rodilla con mi mano hasta que se aquieta. El toque pretende ser calmante, pero el calor me recorre ante el contacto. Su piel está tibia a través de la tela delgada, y tengo que obligarme a no acariciar su muslo con el pulgar.

—Es solo tu hermano —digo.

—No —responde ella, mirando por la ventana cómo desfila Miami ante nosotros—. Él nunca ha sido «solo» nada.

El aire acondicionado del Setai libra una batalla perdida contra la humedad de Miami que se filtra por las puertas de cristal cada vez que se abren. El cloro de la zona de la piscina se mezcla con el café cubano de la barra. Afuera, el tráfico de South Beach avanza a paso de tortuga. Lamborghinis y Ubers por igual.

Nos ubico en una mesa de esquina. Líneas de visión hacia ambas entradas, espalda contra la pared, dos salidas a menos de seis metros. Marisol se aferra a una taza de la que no beberá, revisando su teléfono cada treinta segundos.

—Llega tarde —dice.

—Tres minutos.

—Se supone que los sacerdotes son puntuales. Es, no sé, una virtud o algo así.

Estoy a punto de responder cuando lo veo.

Gabriel Delgado cruza las puertas del vestíbulo, y mi evaluación de amenazas se dispara de inmediato. Cuello clerical, ropa negra, manos entrelazadas frente a él; todo deliberadamente inofensivo. Pero hay algo debajo de esa serenidad ensayada. La forma en que se mueve, controlado y alerta. La ligera tensión en sus hombros. Un soldado reconociendo a otro, aunque uno vista sotana en lugar de kevlar.

Cada mujer por la que pasa se da vuelta para mirarlo. El conserje se detiene incluso a mitad de una frase. Dos mujeres en la barra abandonan su conversación por completo. Puedo ver por qué. El sacerdote es alto, de hombros anchos, presencia imponente, mandíbula fuerte y un cabello oscuro que pondría celoso al mismísimo Dios. Gabriel o no se da cuenta o se ha entrenado para no reaccionar. Ambas opciones me interesan tácticamente.

—Mari. —Se detiene a un metro de nuestra mesa. No lo suficientemente cerca para un abrazo, ni lo suficientemente lejos para ser frío. Distancia calculada.

—Gabriel. —Ella se pone de pie pero no se mueve hacia él.

Ocho años de silencio comprimidos en dos nombres. El aire entre ellos prácticamente vibra con las cosas no dichas.

Su atención se desplaza hacia mí, y la evaluación es rápida, profesional. Ha hecho esto antes, calibrar amenazas. Sus ojos castaños oscuros son intensos a pesar de la calma sacerdotal. —Usted debe ser de la seguridad de los Rosetti que envió Marco.

No le ofrezco la mano. —Nico.

—Padre Gabriel Delgado. —El título es deliberado, una combinación de escudo y espada.

—Él sabe quién eres —dice Marisol, con voz cortante.

Nos sentamos. La conversación que sigue es como ver a gente bailar alrededor de minas terrestres. Gabriel pregunta sobre las acusaciones de desfalco con cuidado, como si estuviera sonsacando una confesión. Las respuestas de Marisol son defensivas, cortas. Dan vueltas alrededor de la verdadera conversación sin tocarla jamás. La noche que lo envió a él hacia Dios y a ella hacia las botellas.

——Los artículos son mentiras —dice Gabriel—. Lo sé.

—¿Ah, sí? No has sabido nada de mi vida en ocho años.

—Eso no es… —Se detiene, traga saliva—. Me merecía eso.

—Te mereces algo peor.

Entonces Marisol menciona a César. —Mi tío César ha estado ayudando. Ha estado presente en todo esto, con papá enfermo y todo desmoronándose.

La reacción es inmediata y violenta, aunque no creo que Marisol la capte. El rostro de Gabriel mantiene una compostura sacerdotal perfecta, pero sus manos lo delatan por completo. Los dedos presionan la mesa con tal fuerza que los nudillos se le ponen blancos; los tendones resaltan como cuerdas. Algo peligroso brilla tras esos

ojos sagrados antes de que logre bloquearlo. Esto no es un simple desagrado. Es una rabia específica, apenas controlada.

—Cesar. —Su voz alcanza una neutralidad perfecta, y veo que es un hombre que se oculta del mundo—. Sí. Él estaría… involucrado.

Marisol no nota la pausa, ni la forma en que él tiene que buscar una palabra neutral. Ella mira su cara, no sus manos. Pero yo anoto cada microexpresión, cada señal. Gabriel Delgado sabe algo sobre César Vega. Algo que hace que un hombre de Dios contemple la violencia.

—¿Puedo hablar contigo a solas, Mari? —La petición de Gabriel es suave, pero hay urgencia debajo—. Solo cinco minutos.

Mi instinto dice que no. Cada protocolo táctico grita contra la idea de dejarla vulnerable. Pero Marisol asiente, con algo desesperado en los ojos.

—Cinco minutos —acepta ella.

Me traslado a la barra, lo suficientemente cerca para mantener contacto visual pero lo bastante lejos para que sus palabras se conviertan en murmullos. El camarero intenta entablar conversación, algo sobre el clima, el brillo habitual de Miami. Lo ignoro, con la atención fija en los hermanos.

Gabriel estira el brazo sobre la mesa, toma la mano de ella entre las suyas. Ella se sobresalta pero no la retira. Él habla en voz baja, con urgencia, inclinándose hacia adelante con una intensidad que resquebraja su compostura sacerdotal. Ella niega con la cabeza. Una, dos veces, siendo más enfática con cada negativa.

Los ojos de ella se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer. La mandíbula de él se tensa como si estuviera luchando contra palabras que quieren escapar. Por un momento, solo un suspiro, veo quiénes solían ser. El hijo dorado y la hija rebelde, antes de que la muerte y los secretos los destrozaran.

Entonces ella se aparta. No solo su mano, sino todo su cuerpo, creando una distancia que bien podría ser un océano. El muro vuelve a levantarse, reforzado con ocho años de práctica.

Cuando regreso, la conversación ya ha terminado. Sea lo que sea que Gabriel intentaba decir, ella lo ha cortado por completo. Él se pone de pie con los movimientos cuidadosos de alguien que teme romper algo.

—Me quedaré en Miami —dice él—. En la iglesia de San Agustín. Por si me necesitas.

—Te he necesitado durante ocho años. No estuviste ahí.

Las palabras impactan como balas. Gabriel las absorbe, asiente con algo que podría ser aceptación o resignación.

—Lo sé. Estoy aquí ahora.

—¿Ah, sí? ¿O solo estás de visita hasta que las cosas se pongan difíciles de nuevo?

Él no responde, lo cual nos lo dice todo a ambos. En la puerta, se gira, encuentra mis ojos por encima de la cabeza de Marisol. La mirada es compleja. Advertencia, pregunta, reconocimiento. Sea lo que sea que sepa sobre César, sea lo que sea que no esté diciendo, confía en que yo la protegeré de ello.

El sacerdote se aleja, pero reconozco el andar de un depredador bajo el paso pausado del hombre santo. Sea lo que sea que Gabriel Delgado hiciera antes de encontrar a Dios, requirió las mismas habilidades que yo uso. La misma capacidad para la violencia.

Y entonces se va, dejando a tres mujeres más observando su salida mientras Marisol permanece congelada, ocho años tarde para que nada de esto importe.

De vuelta en el auto, su mano busca la mía sobre la consola. El toque es inocente, pero la reacción de mi cuerpo no lo es. Incluso después de todo lo que hemos compartido, su piel contra la mía me envía una descarga de calor. Debería apartarme. En cambio, entrelazo nuestros dedos, sintiendo su pulso acelerado contra mi palma.

Ella no habla durante los primeros diez minutos del viaje de regreso. Los cuento. Seiscientos segundos de silencio mientras su respiración se ralentiza gradualmente, pasando de estar lista para el combate a estar agotada. Minuto siete: una inhalación profunda como si fuera a hablar. Minuto ocho: su mano se relaja en la mía. Minuto diez: se quiebra.

—Se veía bien —dice finalmente—. Para ser alguien que abandonó a su familia.

—Parecía alguien que cargaba con un peso.

—Todos cargamos con un peso. Él no merece un reconocimiento especial por eso.

—No estoy reconociéndole nada.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Observo. —Tomo el giro hacia su edificio—. Reaccionó cuando mencionaste a César. Sus manos lo delataron.

Ella se gira para mirarme de lleno. —Gabriel no recurre a la violencia. Por eso huyó a la iglesia.

No digo nada, pero pienso en esos nudillos blancos, en ese destello de algo peligroso rápidamente reprimido. Todo el mundo recurre a la violencia. Algunas personas simplemente la visten con ropas diferentes.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Logan. El texto está codificado, pero es claro. César está moviendo dinero a través de empresas fantasma. El tipo de gimnasia financiera que ocurre antes de que alguien haga una jugada de poder. O encargue un asesinato. Podría ser su procedimiento operativo estándar. Podría ser algo diferente.

Al llegar al penthouse, ella camina directo al baño y la cerradura hace clic con finalidad. La ducha comienza inmediatamente. Espero en la sala, revisando mi teléfono otra vez. Esta vez no es Gunner. Es un número desconocido. El mensaje es solo una foto: Marisol entrando hoy al hotel, tomada desde el otro lado de la calle. Alguien está vigilando. Alguien quiere que yo sepa que están vigilando.

Pasan veinte minutos antes de que ella emerja, con los ojos enrojecidos pero el rostro cuidadosamente compuesto.

—Dijo que se mantuvo alejado para protegerme. —Su voz es plana, sin emoción—. Que verme solo me recordaría esa noche. Que pensó que yo podría seguir adelante si él no estaba allí para ser un recordatorio constante.

—¿Le crees?

—Tal vez. Gabriel puede justificar cualquier cosa si la plantea como un sacrificio. Es su superpoder. Convertir el abandono en nobleza.

Llega hasta el sofá antes de que broten las lágrimas. No son sollozos, solo hilos silenciosos que bajan por sus mejillas; ocho años de dolor abriéndose paso. No pido permiso, solo me siento a su lado y la atraigo contra mi pecho. La sostengo bien, rodeando con mis brazos su cuerpo tembloroso mientras ella lucha con la contradicción imposible de amar y odiar a la misma persona.

Está llorando contra mi pecho, y soy el peor tipo de bastardo porque incluso ahora, mientras ella se desmorona, noto cómo su cuerpo encaja con el mío. El calor de su aliento a través de mi camisa. La forma en que su pierna presiona contra mi muslo. Me muevo ligeramente, esperando que no note la respuesta traicionera de mi cuerpo ante su proximidad.

—Es mi hermano —dice contra mi hombro, y sus lágrimas empapan mi camisa—. Lo odio y lo amo y no sé cómo existir en la misma ciudad sin querer gritar.

—No tienes que resolverlo hoy.

—¿Y si nunca lo resuelvo?

—Entonces no lo haces. —Continúo sosteniéndola, con una mano recorriendo su cabello en caricias suaves destinadas a calmarla—. Algunas cosas no se resuelven. Solo aprendes a cargarlas de otra manera.

Se aparta lo suficiente para mirarme. —¿Eso fue lo que hiciste con tu hermana?

El nombre Sofia se forma en mi mente pero no puedo pronunciarlo. Ella también me dejó. El dolor continúa incluso cuando sostengo a otra mujer rota. Pero el filo agudo se ha mitigado.

—Estoy aprendiendo.

Ella estudia mi rostro por un largo momento, luego se acomoda de nuevo contra mi pecho. —Al menos tú estás aquí.

——Estoy aquí —le digo, con la palabra «siempre» atascada en mi garganta. No puedo hacer promesas que no sé cómo cumplir.

Se queda dormida contra mí a los pocos minutos; el agotamiento emocional finalmente gana la partida. Su respiración se nivela, cálida contra mi cuello, con una mano aferrada a mi camisa como si temiera que yo fuera a desaparecer si me soltaba.

Debería llevarla a la cama. Debería establecer límites adecuados, mantener la distancia profesional. En lugar de eso, me quedo perfectamente quieto, dejando que descanse.

20 - Marisol

Me despierto en el sofá envuelta en Nico, con nuestras extremidades enredadas y el sol de la tarde entrando a raudales por las ventanas. Respira profunda y rítmicamente, y me doy cuenta de que, por una vez, lo he sorprendido durmiendo de verdad. Empezaba a pensar que este hombre nunca descansaba.

Incluso cuando me safo del nudo de nuestros cuerpos, él no se despierta. Solo se agita, murmura algo ininteligible y luego se acomoda más profundamente en el sofá.

Se ve tan tranquilo. Daría todo lo que poseo por una noche de sueño sin sueños. Bueno, excepto mis Manolo Blahnik azul bebé; esos valen toda una vida de pesadillas.

Tengo muchas de esas. Pesadillas. La más reciente, la mirada de lástima en los ojos de mi hermano, la sangre empapando sus túnicas sacerdotales y manchando sus manos de rojo, y ahora las paredes del penthouse se cierran como si quisieran asfixiarme mientras Nico duerme tan dulcemente que me dan ganas de gritar.

El sol de la tarde resplandece a través de los ventanales del piso al techo, volviéndolo todo dorado y despiadado.

No estoy bien. Estoy al polo opuesto de estar bien. Siento la piel demasiado tensa, como si fuera a reventar por las costuras, mis pensamientos están demasiado ruidosos, y si tengo que sentarme en esta hermosa prisión un minuto más fingiendo que Gabriel no rompió algo dentro de mí, voy a gritar hasta que los cristales tiemblen.

Necesito aire. Agarro mi bolso de la barra, con los dedos temblándome ligeramente.

Escapo antes de que sus instintos protectores lo despierten, antes de que ese cerebro táctico calcule todas las formas en que Miami podría tragárseme entera. El ascensor se siente como una descompresión, liberándome del peso de su hermosa y terrible preocupación.

A tres cuadras de distancia, detengo un taxi, con el pulso acelerado. Le doy al conductor una dirección que saco de mis recuerdos de infancia, un lugar lejos del lujo del penthouse, lejos de la jaula de oro de La Sirena, lejos de cualquiera que sepa mi nombre o mis desastres.

—A la Pequeña Habana —le digo—. A la Calle Ocho.

Mi madre solía traerme aquí antes de que el cáncer le robara la voz, antes de que todo se volviera cenizas. Mañanas de sábado comprando mangos a vendedores que la llamaban «la italiana bonita», que me pasaban fruta extra con guiños y sonrisas. Esa era la vida de otra persona, la madre de otra persona, la felicidad de otra persona.

El taxi me deja en una esquina que se ve exactamente igual a como se veía hace veinte años. El calor golpea mi piel, húmedo, pesado, nada parecido a la perfección del clima controlado de mi penthouse. Camino hasta encontrar lo que busco: un bar que el tiempo olvidó, estrecho y oscuro, con luces de Navidad colgadas todo el año y el chasquido seco de los dominós proveniente de la habitación trasera.

Adentro, el aire es lo suficientemente espeso como para masticarlo, décadas de humo de cigarrillo que se han vuelto parte de las paredes. Una televisión transmite telenovelas con el volumen demasiado bajo como para que importe. Hay fotos cubriendo cada superficie: la Habana prerrevolucionaria, botes de pesca, la abuela de alguien vestida de encaje blanco. Los clientes habituales parecen tallados en madera y cuero, accesorios permanentes discutiendo en un español rápido sobre béisbol.

El cantinero mira mi vestido de diseñador, de seda blanca suave que se aferra a mis curvas, y no dice nada. En la Pequeña Habana, uno aprende a no hacer preguntas.

—Ron —digo, deslizándome en un taburete de vinilo agrietado que probablemente es más viejo que yo. Nada de champán. Nada de las copas de cristal de Dom Pérignon en las que me ahogo en mi propio club. Solo ron, oscuro y barato, como el que mi madre bebía cuando pensaba que yo no estaba mirando.

Él sirve sin comentarios, desliza el vaso sobre la madera cicatrizada. La condensación se forma de inmediato por la humedad, acumulándose en la base como lágrimas. Me quedo mirándolo por un largo momento.

Me estaba yendo tan bien. Cuatro días desde lo del yate, cuatro días de sentirlo todo nítido y claro en lugar de borroso en los bordes. Nico hizo que quisiera estar presente, me hizo sentir que tal vez valía la pena experimentarme a mí misma sin asistencia química. Pero la cara de Gabriel, mi padre muriendo poco a poco, alguien tratando de destruirme a través de titulares y mentiras… las paredes se están cerrando y necesito no sentir esto por solo una hora.

Bebo.

El ron quema de forma familiar, incorrecta y perfecta a la vez, como saludar a un viejo amante que sabes que te hará daño. El alivio me inunda, seguido inmediatamente por la derrota. Aquí estoy de nuevo. Marisol Delgado, cumpliendo con cada expectativa negativa. Sola en un bar oscuro donde nadie sabe mi nombre, tratando de desaparecer.

El segundo baja más fácil. Observo el juego de dominó, escucho el español bañándome. Aquí soy invisible. Anónima. Solo otra mujer bebiendo sola a las cinco y media de la tarde; sin fotógrafos, sin miradas de decepción, sin nadie que rastree mis fracasos.

Estoy alcanzando mi teléfono para apagarlo por completo cuando la puerta se abre y el aire cambia.

César Vega entra en el bar como si fuera el dueño, como si fuera el dueño de cada habitación en la que entra.

Mi primera reacción es de puro calor que me inunda. El tío César, aquí cuando más necesito a alguien, encontrándome como siempre lo hace cuando me estoy ahogando. Mi segunda reacción, un susurro por debajo que trato de ignorar: ¿Cómo supo que estaba aquí?

No. Basta. Es solo una coincidencia. Miami es más pequeño de lo que la gente cree, nuestros círculos se entrelazan. Tiene que ser una coincidencia.

—Mari —se desliza en el taburete junto al mío, y su costosa colonia, algo francés y pesado, choca con las décadas acumuladas de humo y cerveza derramada del bar. Su traje está perfectamente planchado a pesar de la humedad—. ¿Qué haces en este lugar? He estado preocupado de muerte.

Pide algo local sin mirar el menú. Conoce bares como este, sabe exactamente qué pedir para encajar sin esforzarse demasiado. Por supuesto que sí. César conoce cada nivel de esta ciudad, desde los penthouses hasta estos rincones olvidados.

—Los artículos sobre ti —continúa, apoyando su mano en mi hombro. Su palma se siente cálida a través de la fina tela de mi vestido—. El regreso de tu hermano, visitar a Gabriel después de todos estos años. El declive de tu padre. Es demasiado para que mi hermosa niña lo maneje sola. No deberías estar sola con todo este peso.—

Los términos cariñosos brotan de su boca: *cariña*, *pobrecita*, cuando me estremezco ligeramente ante su agarre. Palabras en español que antes significaban seguridad ahora suenan diferentes, como nombres para una mascota que actúa bajo pedido. Su mano en mi hombro se siente más pesada de lo que debería, y cuando me alejo un poco, él me sigue, manteniendo el contacto como si tuviera derecho a ello. Siempre tocando. Mi hombro, mi brazo, mi cara. ¿Siempre ha hecho esto?

No. No pienses así. Es el tío César. Él te sostuvo cuando murió tu madre.

—¿Dónde está tu guardián? —pregunta César, y algo en la forma en que lo dice hace que mi piel se erice—. ¿El soldado Rosetti?

—Necesitaba espacio.—

—Ah. —Asiente como si esto tuviera perfecto sentido, toma un sorbo de su bebida. Sus dedos tamborilean una vez sobre la barra—. ¿Él no sabe dónde estás?—

La pregunta cae mal, demasiado interesada, demasiado específica. Tomo otro sorbo de ron para evitar responder de inmediato.

Unos minutos después: —Tu protección, este Nico. ¿Te deja andar sola? Eso parece… descuidado.

Está pescando información. La comprensión me golpea con frialdad a pesar del calor del ron. ¿Por qué necesita saber dónde está Nico?

—Alguien ha estado investigando las filtraciones a los medios —digo, observando su reflejo en el espejo detrás de la barra—. Intentando encontrar la fuente de todas estas mentiras sobre mí.—

Su expresión no cambia, pero algo parpadea en sus ojos. Rápido, controlado, pero está ahí, como ver a alguien darse cuenta de que está perdiendo un juego que creía tener ganado.

—No deberías preocuparte por esas cosas —dice con suavidad, sus dedos presionando con más fuerza mi hombro, casi llegando a ser doloroso—. Déjame manejar la investigación. Yo me encargaré,

me aseguraré de que la verdad salga a la luz. Ya tienes suficientes cargas, cariña.—

Encargarme. Manejarlo. Las frases se sienten como puertas cerrándose, como si me estuvieran gestionando en lugar de ayudándome.

—Papá siempre ha confiado en usted —digo, probando el terreno. —

Su mandíbula se tensa casi imperceptiblemente. —Su padre construyó un imperio basado en la confianza. Cuando decidió expandirse a Miami. Cuando eligió esta vida para su familia.

Cada referencia en tiempo pasado, como si mi padre ya estuviera bajo tierra, ya lo hubieran llorado y la herencia ya estuviera repartida.

Su mano se mueve de mi hombro a mi mejilla, su pulgar acaricia mi mandíbula en lo que debería ser afecto paternal. Pero su toque se demora demasiado, posesivo de una manera que me revuelve el estómago. ¿Cuándo empezaron sus toques a sentirse como propiedad? Siempre ha hecho esto, me doy cuenta con un terror creciente. Siempre ha tenido sus manos sobre mí: mi hombro, mi cara, mi cintura cuando me guía a través de las puertas. Pequeñas reclamaciones de territorio que nunca cuestioné porque estaba demasiado borracha, demasiado perdida en mi propio caos como para notar patrones.

—Sabes —dice, inclinándose lo suficiente para que pueda oler el ron en su aliento—, después de que todo se solucione, después de que el polvo se asiente tras la partida de tu padre, necesitarás guía. Alguien que te ayude a navegar la transición. Los buitres rondarán, entiendes. La familia Zayas especialmente. Necesitarás a alguien en quien confíes para proteger tus intereses.—

—¿Cómo usted?—

—¿Quién más, cariña? —Su pulgar sigue en mi cara, y tengo que obligarme a no apartarme bruscamente, a no mostrarle que estoy viendo a través de la máscara de tío algo más—. He estado aquí desde antes de que nacieras. Te sostuve en tu bautismo. Conozco todo sobre esta familia. Cada secreto. Cada debilidad.—

Cada secreto. La forma en que lo dice me hiela la sangre. La Calypso Room. El cuerpo. El colapso de Gabriel. Él sabe lo de esa noche. Él envió al que arregla las cosas, organizó el encubrimiento.

Siempre lo ha sabido, siempre ha tenido ese cuchillo en nuestras gargantas disfrazado de protección.

La pregunta vuelve a circular, más fuerte ahora, imposible de ignorar: ¿Cómo me encontró aquí?

Elegí este bar al azar. Un vecindario que no he visitado en años. Un lugar donde Marisol Delgado, la heredera desastrosa empapada en champán, nunca iría.

Y César entró veinte minutos después de que me sentara.

La puerta se abre de nuevo. El cambio en la presión del aire parece anunciarlo antes de que me gire.

Nico llena el marco de la puerta como violencia apenas contenida en forma humana.

Por supuesto que me encontró. Ese es su trabajo, su naturaleza, su promesa a mi padre. No me sorprende que Nico me haya rastreado. Lo espero, cuento con ello incluso cuando huyo de su protección. Es lo que somos el uno para el otro ahora.

Pero me sorprende, no, me perturba que César llegara primero.

Algo pasa entre los dos hombres de inmediato. El tipo de reconocimiento que hace que los jugadores de dominó en el fondo se detengan a mitad del juego, sintiendo la violencia entre ellos. El aire mismo parece espesarse. La mano de Nico se desvía hacia donde estaría su arma, ese movimiento inconsciente que significa que está calculando qué tan rápido podría matar a todos en esta habitación si fuera necesario.

—Señor Rosetti —dice César con fluidez, su calidez nunca flaquea, pero se afila en algo con bordes—. Nunca deja de estar de servicio, ¿verdad? Qué dedicación. Jorge eligió bien.

Nico no responde con palabras. Sus ojos me encuentran primero, captando mi estado: el vaso en mi mano, el vacío a mi lado, el ligero vidriado que dice que estoy a dos tragos de la insensibilidad. Luego esos ojos color avellana cambian, y veo algo peligroso destellar en ellos. No es decepción hacia mí. Es algo más oscuro, posesivo, dirigido a la mano de César que aún toca mi cara.

Dejo el vaso y me aparto del toque de César en el mismo movimiento.

El teléfono de César suena con una sincronización tan perfecta que parece ensayada. Lo mira, suspira con pesar. —Negocios, siempre negocios. Estas transiciones requieren una gestión tan

cuidadosa. —La palabra 'transiciones' queda suspendida en el aire como una amenaza—. Me temo que tengo que irme.—

Se levanta, se inclina para besarme la frente. Sus labios están secos, más fríos de lo que deberían estar, y tengo que luchar para no estremecerme. —Cuídate. Sabes que me preocupo. Quizás no deberías andar sola por ahí. Miami puede ser… peligroso para una mujer en tu posición.—

La amenaza está envuelta en seda pero es inconfundible.

En la puerta, se detiene. Nos mira: a mí en mi taburete con el ron que nunca terminaré, a Nico haciendo guardia como si estuviera listo para destrozar el mundo para mantenerme a salvo. Algo cruza el rostro de César, una expresión que finalmente reconozco. Cálculo. Evaluación. Un jugador de ajedrez viendo el tablero con claridad.

Luego se va, dejando que su colonia flote en el aire como un veneno que he estado respirando durante veinte años.

Nico se mueve con precisión controlada, toma el taburete vacío de César. Su muslo roza el mío al acomodarse, e incluso a través de mi horror por lo que empiezo a entender, mi cuerpo responde a su proximidad. No pide nada. No menciona el ron. Solo se queda sentado allí, irradiando esa tensión particular de quien está cansado de custodiar mi desastre de vida.

—Tengo pruebas sobre César —dice en voz baja. Sin preámbulos, sin introducciones suaves. Solo Nico siendo Nico, directo como una bala apuntando a la verdad.—

Su mano roza la mía mientras saca su teléfono, y ese simple contacto me estabiliza más de lo que el ron podría haberlo hecho. Empieza a mostrarme evidencia, cada pieza expuesta con precisión militar. Documentos financieros. Mensajes de texto. Fotos. Sin emoción en su voz, solo hechos organizados como armas.

—El medio que publicó la historia de la malversación ha recibido pagos de una empresa conectada a las operaciones de César. Tres transferencias durante el último mes, que comenzaron justo antes de que apareciera el primer artículo sobre ti.

Se me revuelve el estómago, la bilis sube para competir con el ron. Pero me obligo a mirar, a ver.

—Gunner ha estado rastreando algo más. El sobrino de César ha estado preguntando por ti. Tus horarios, tus hábitos, a dónde vas, a quién ves. Empezó hace tres semanas, justo cuando comenzaron los ataques mediáticos.—

Cada palabra cae como hielo en mi pecho a pesar del calor de Miami que se filtra a través del aire acondicionado insuficiente del bar.

—La cronología. —Muestra un documento, fechas y conexiones trazadas con la misma precisión que aplica a todo—. Cada filtración contenía información que solo alguien de tu círculo íntimo sabría. Detalles sobre la muerte de tu madre, fechas y lugares específicos, cosas que solo le dijiste a la familia.—

Quiero discutir. Quiero encontrar lagunas en su lógica. Mi mente busca excusas: tal vez César estaba tratando de protegerme, tal vez los pagos eran por otra cosa, tal vez, tal vez, tal vez. Pero las pruebas siguen llegando, implacables como las olas del mar.

—Las fotos del yate. El fotógrafo ha trabajado para una empresa que Cesar usa para vigilancia.—

—Eso es... —Me detengo. ¿Una coincidencia? ¿Cuántas coincidencias antes de que se conviertan en un patrón? ¿Antes de que se conviertan en una traición de dos décadas en proceso?—

—Tu teléfono —continúa Nico, y ahora su mano sí cubre la mía, cálida, sólida y real—. Lo rastreo porque ese es mi trabajo. Tú lo sabes. Pero alguien más te ha estado rastreando también. Los datos muestran puntos de acceso duales. Alguien más ha estado siguiendo tus movimientos.—

—Cesar —digo.—

—Él te está rastreando —dice Nico con sencillez, sus dedos apretando los míos de forma protectora—. Probablemente lo ha estado haciendo por un tiempo. Nunca te diste cuenta porque...—

—Porque estaba demasiado borracha para notar nada. —Las palabras saben a vómito.—

Todas esas noches. Todas esas fiestas donde Cesar aparecía como por arte de magia, siempre sabiendo dónde encontrarme, siempre allí para «cuidar de» su sobrina con problemas. Pensé que era protector. Cariñoso. Una figura paterna cuando mi propio padre apenas podía mirarme sin que la decepción nublara sus ojos.

¿Pero rastrearme? ¿Seguir mis movimientos como si fuera un activo que debe ser gestionado, controlado y eventualmente liquidado?

Toda mi vida. Me tiemblan las manos mientras el peso de todo se desploma sobre mí. Toda una vida con el tío Cesar llevándome sobre sus hombros en las fiestas familiares, enseñándome a bailar salsa en

la cocina de mi madre mientras ella cantaba, sosteniéndome en su funeral mientras yo sollozaba en su Armani. Toda una vida de confianza construida desde antes de que supiera caminar.

—Tal vez haya una explicación —intento desesperadamente, pero incluso yo noto lo vacío que suena—. Tal vez está tratando de protegerme a su manera. Tal vez cree que está ayudando.—

—Tal vez. —Nico no discute, solo espera con esa paciencia que ha aprendido, sabiendo que necesito llegar a esta conclusión por mí misma o la combatiré para siempre.—

Miro el ron frente a mí. Sigue ahí, intacto desde que llegó Nico. El líquido ambarino capta la tenue luz del bar, prometiendo ese borrón familiar que siempre ha sido mi escape cuando la realidad corta demasiado profundo. Pero si lo bebo ahora, perderé la nitidez de esta verdad que finalmente estoy viendo. Y necesito ver con claridad ahora. Necesito estar presente para esta traición.

Empujo el vaso, deslizándolo por la barra cicatrizada con determinación final.

—Muéstrame todo —digo, con la voz más firme que mis manos—. Cada pieza de evidencia que tengas. Cada conexión. Cada prueba de que el hombre que ayudó a criarme ha estado planeando destruirme. —

Salimos del bar a la tarde de Miami, y el mundo se ve exactamente igual: palmeras balanceándose en la brisa salada, calor subiendo del pavimento en ondas que distorsionan el aire, el sonido del merengue de la radio de alguien mezclándose con el tráfico distante. Pero nada es igual en absoluto. La humedad presiona mi piel como algo vivo, y me pregunto si alguna vez volveré a sentirme limpia.

Nico se mantiene cerca pero no me toca, percibiendo cuándo el contacto me destrozaría en lugar de estabilizarme. La evidencia se asienta como veneno en mi estómago: todos esos hilos financieros, esas conexiones, esas filtraciones perfectamente calculadas que solo podrían provenir de alguien que conocía los secretos más profundos de nuestra familia.

¿Y si cada abrazo fue para obtener información? ¿Cada preocupación un cálculo? ¿Cada oferta de «ayuda» realmente significaba apretar el nudo?

La peor parte me quema como ácido en la garganta: yo lo ayudé. Cada vez que me emborrachaba demasiado para notar detalles, cada

vez que estaba demasiado drogada para cuestionar las coincidencias. Le hice el trabajo fácil siendo exactamente el desastre al que él podía señalar para decir: «¿Ven? No es apta. Alguien tiene que gestionar las cosas cuando Jorge muera».—

—Si tienes razón —le digo a Nico mientras llegamos a la esquina donde aparcó, mi voz ahora más fuerte, la furia empezando a reemplazar al impacto—, si Cesar ha estado sosteniendo un cuchillo a sus espaldas todos estos años, fingiendo amarme mientras planeaba destriparme en el momento en que mi padre exhale su último aliento…—

Me detengo, me giro para enfrentarlo bajo el sol abrasador. Sus ojos color avellana están firmes, pacientes, esperando a que termine de transformarme de víctima en algo más.

—Entonces que Dios ayude a Cesar Vega —digo, y lo digo en serio con cada átomo de mi cuerpo—. Porque ya terminé de esconderme en botellas, pastillas y fiestas mientras la gente en la que confío me destruye. Si Cesar quiere jugar a este juego, entonces juguemos.—

21 - Nico

La propiedad de los Delgado parece un palacio y se siente como un mausoleo. El dinero puede comprarlo todo excepto más tiempo, y el tiempo de Jorge Delgado se agota más rápido de lo que los equipos médicos del piso de arriba pueden retrasar.

Cruzamos las puertas en el auto de Marisol e inmediatamente noto las amenazas. Una mansión mediterránea que se extiende por terrenos impecables que requieren una docena de empleados para su mantenimiento. Palmeras reales bordeando el camino que Marisol me dijo que su madre plantó hace décadas, cuando esto era un hogar en lugar de una fortaleza. Cámaras de seguridad en todos los ángulos, ninguna de ellas original de la arquitectura. Adiciones de Cesar, según mi investigación. El viejo nunca las necesitó. Nunca pensó que su mano derecha se convertiría en el cuchillo en su garganta.

—Eso es nuevo —dice Marisol, señalando otra cámara. Su voz denota agotamiento bajo un tono observador—. Y esa también. ¿Cuándo hizo él...? —Se interrumpe, respondiendo a su propia pregunta. Cuando su padre se enfermó demasiado como para notarlo. Cuando Cesar comenzó su lenta toma de posesión.

Su auto está en la entrada circular como si le perteneciera. Un Mercedes plateado, impecable a pesar de la humedad de Miami. Por supuesto que está aquí. Prácticamente vive aquí ahora; todo está a su nombre excepto la escritura. Mi mano se desliza hacia donde está mi Glock, ese peso familiar que es un consuelo al caminar por territorio enemigo.

El personal nos recibe en la puerta e inmediatamente detecto su energía nerviosa. Los ojos de la ama de llaves pasan volando de Marisol hacia mí, y luego se desvían. El jardinero que poda las rosas mantiene su distancia. Tienen miedo, pero no de Marisol. La conocen desde que nació. Tienen miedo de algo más. De alguien más.

—Señorita Delgado —dice la ama de llaves, retorciéndose las manos—. Su padre está... está teniendo una mañana difícil.

Marisol se pone rígida a mi lado. Lista para la batalla, pero he visto a soldados entrar en peleas que no pueden ganar, y ella tiene esa misma mirada. No es esperanza de una confesión, ya superó eso después de nuestros descubrimientos, sino la determinación de llegar hasta el final, de enfrentar cualquier manipulación que venga a continuación.

Subimos las escaleras hacia el ala médica. La suite principal de Jorge convertida en un hospicio. Ante su puerta, ella se detiene.

—Espera aquí —dice.

—No. —La palabra sale más ruda de lo que pretendía, mi cuerpo ya posicionándose entre ella y cualquier amenaza potencial.

—Nico, es mi padre. No quiero que vea… —Ella hace un gesto hacia mí, hacia lo que represento—. Dice algo. Sobre en qué se ha convertido mi vida.

—No me importa lo que diga. No voy a dejar que te pierdas de mi vista. No aquí. No con Cesar en algún lugar de esta casa. —La idea de que él esté cerca de ella sin que yo esté presente hace que mi mandíbula se tense lo suficiente como para que me duela.

Parece dispuesta a discutir, con la mandíbula firme y los ojos color miel destellando con ese desafío que me hace querer presionarla contra la pared y recordarle quién protege a quién. Luego, la pelea se drena de ella. Está demasiado cansada para luchar en dos frentes.

—Está bien. Pero déjame hablar con él a solas. Quédate junto a la puerta.

—Lo suficientemente cerca para intervenir si es necesario.

Ella casi sonríe ante eso—. ¿Crees que mi padre moribundo me va a atacar?

—Creo que esta casa tiene demasiadas amenazas como para contarlas.

El olor golpea primero. Antiséptico librando una batalla perdida contra algo peor: el aroma de un cuerpo que se apaga a pesar de la fortuna que se gasta para mantenerlo en funcionamiento. El equipo médico abarrota la habitación, máquinas pitando, goteos de suero alimentando con medicamentos venas que ya apenas los aceptan. El olor me trae recuerdos de Afganistán. Hospitales de campaña, hombres muriendo lentamente.

Jorge Delgado yace en lo que solía ser su cama, ahora un equipo de hospital con barandillas y monitores. La enfermedad lo ha dejado

hueco desde que lo vi hace semanas. Donde antes sus ojos mostraban un cálculo agudo a pesar de la enfermedad, ahora hay un parpadeo. Momentos de claridad entre tramos más largos de neblina. Una enfermera privada se sienta en la esquina, fingiendo no existir mientras escucha absolutamente todo.

Sus ojos se abren y encuentran a su hija. Por un momento son penetrantes, cargando el peso de una vida construyendo un imperio. Luego se nublan ligeramente, se reenfocan.

—Mija. —Su voz sale como un raspe—. Estás aquí.

Ella se acerca a su cama, toma su mano con cuidado. Me coloco junto a la puerta, lo suficientemente cerca para leer cada microexpresión, lo suficientemente lejos para dar la ilusión de privacidad. Lo suficientemente cerca para llegar a ella en dos segundos si es necesario.

La mirada de Jorge se mueve de ella hacia mí y regresa. Incluso a través de la neblina de los medicamentos y la enfermedad, sabe exactamente a quién envió Marco Rosetti para proteger a su hija.

—Los artículos —dice sin preámbulos—. El desfalco. Dime que son mentiras.

La voz de Marisol se mantiene firme—. No es verdad, Papá. Alguien me está haciendo esto.

Él la estudia, y puedo verlo luchando a través de la bruma, tratando de concentrarse. Su rostro revela poco incluso ahora. Construyó un imperio siendo ilegible. Pero veo que la duda que Cesar ha plantado está echando raíces.

—Siempre has sido… —Hace una pausa, buscando palabras a través del estupor de los medicamentos—. Caótica. Pero nunca pensé que fueras una ladrona.

—No lo soy. Jamás lo haría.

—La evidencia dice lo contrario. —Se mueve, haciendo una mueca ante el movimiento—. Recibos. Transferencias. Tus firmas.

—Falsificadas. Todo.

El silencio se extiende entre ellos. Sus ojos se cierran, luego se abren de golpe, luchando contra la atracción del agotamiento y la medicación. Entonces Jorge busca su mano con ambas suyas. El gesto debería ser tierno, pero no lo es. Mis dedos se flexionan a mis costados, queriendo alejarla incluso de esta crueldad sutil.

—Estoy cansado, mija. Tan cansado. La familia necesita estabilidad. Cuando yo no esté… —Toma un respiro fatigado, sus ojos

perdiendo el enfoque por un momento antes de agudizarse de nuevo —. Cuando yo no esté, necesitas apoyarte en las personas que saben cómo funcionan las cosas. Los que han estado aquí más tiempo.

Mi mandíbula se tensa tanto que algo suena. Sé hacia dónde va esto, y cada instinto grita que intervenga.

—Prométeme —continúa Jorge, con la voz apagándose y luego fortaleciéndose con esfuerzo—, que escucharás a Cesar. Él sabe qué es lo mejor para la familia. Ha estado con nosotros treinta años. Cuando yo no esté, escúchalo a él.

Las palabras aterrizan con fuerza. No es sorpresa, ella sabe exactamente lo que Cesar es ahora, sino resignación. La cruel ironía de que el último deseo de su padre moribundo sea que confíe en el hombre que ambos sabemos que la está destruyendo. Sus ojos encuentran los míos, y veo el peso de eso aplastándola.

—Papá…

—Prométemelo, Marisol. —Su agarre se aprieta con una fuerza sorprendente antes de debilitarse de nuevo—. Cesar ha dado su vida a esta familia. Se merece nuestra confianza. Prométemelo.

Ella me mira de nuevo, solo por un segundo. No es desesperación, sino una amarga aceptación.

—Lo prometo —susurra.

Los ojos de Jorge se cierran, cerrándose la breve ventana de lucidez. Su respiración se nivela en un sueño medicado. La enfermera se acerca para revisar los signos vitales, ajustar los medicamentos. Nuestra audiencia ha terminado.

Ella llega al pasillo antes de que su compostura se quiebre. No llora. Marisol no llora donde la gente pueda verla. Pero sus manos tiemblan mientras se apoya contra la pared, y me acerco, sin llegar a tocarla, pero lo suficientemente cerca para que pueda sentir mi calor, mi presencia. Lo suficientemente cerca para que sepa que no está sola en esto.

—Le está entregando el reino a Cesar —dice con voz hueca—. Se está muriendo, y su último deseo es que yo obedezca al hombre que está tratando de enterrarme.

No tengo consuelo para esto. No lo hay. Así que ofrezco lo único que puedo —Entonces lo probaremos antes de que muera. Le mostraremos quién es Cesar realmente.

Ella me mira, y algo feroz se enciende en sus ojos color miel a pesar de la devastación. Esa es mi chica. Golpeada, pero nunca

derrotada.

—¿Dónde está?

Encontramos a Cesar exactamente donde esperaba. En el despacho de Jorge, detrás del escritorio que aún no es suyo, pero que bien podría serlo. Papeles extendidos ante él, lentes de lectura posados en su nariz; la imagen del servicio devoto administrando el imperio mientras el rey muere arriba. La vista hace que mi dedo del gatillo tenga espasmos.

Levanta la vista cuando entramos, y la calidez es inmediata, automática, ensayada. Todo en él es ensayado. El tío preocupado, el amigo devoto. Todo mentiras.

—Mari, no sabía que vendrías hoy. —Se quita los lentes, los deja a un lado con cuidado—. ¿Cómo está Jorge?

Ella no se sienta cuando él señala las sillas. Yo me coloco junto a la ventana. Líneas de visión a ambas puertas, observando cada gesto delator, notando cada mentira.

—Se está muriendo —dice ella con frialdad—. Pero ya lo sabe.

—Todos estamos rezando por más tiempo. —La voz de Cesar tiene el tono justo de pesar—. Pero debemos ser realistas. Hay que hacer preparativos.

La forma en que dice “preparativos”, ya tomando medidas para la corona. Mis manos se cierran en puños.

—Preparativos. —Ella se acerca al escritorio, no llega a ser acusadora pero tampoco amistosa—. ¿Como lidiar con estos ataques mediáticos contra mí?

—He estado trabajando en eso, de hecho —baraja papeles, encuentra uno—. Más investigadores. Más llamadas. Encontraremos quién está detrás de este elaborado montaje. La familia protege a los suyos.

Noto el ligero retraso antes de su respuesta. Accediendo a un recuerdo fabricado en lugar de uno real. La forma en que sus manos permanecen perfectamente quietas, demasiado quietas, bajo control consciente. Un mentiroso manejando su lenguaje corporal. La evasiva cuando ella presiona por detalles.

—La evidencia que hemos reunido apunta a alguien con conocimiento interno —dice Marisol con cuidado, sin revelar todo lo que sabemos—. Alguien que tiene acceso a los sistemas financieros, contactos en los medios.

Su expresión parpadea. Solo por un momento. Un tensado alrededor de los ojos, calculando cuánto sabemos. Luego desaparece, reemplazada por una preocupación que casi parece genuina.

—Mari… esa es una acusación seria. ¿Estás sugiriendo que alguien en nuestra organización te haría esto?

Ella no responde directamente. Solo lo observa. Ha aprendido a leer mejor a la gente estos últimos días, y el orgullo se mezcla con la rabia protectora en mi pecho.

Cesar se recuesta, suspira. El patriarca decepcionado.

—Estás bajo mucho estrés. El deterioro de tu padre acelerándose, estos ataques viciosos en los medios… Es natural buscar patrones, incluso donde no existen. Pero debemos tener cuidado de no dejar que la paranoia nos divida.

Cada palabra calculada para hacer que ella dude de sí misma. Mi mandíbula duele de tanto apretarla.

—Tu madre confiaba en mí —continúa cuando ella no responde—. Me confiaba todo. Estaría desconsolada al ver a esta familia volviéndose contra sí misma con sospechas.

La carta de la culpa, jugada a la perfección. Usar a una mujer muerta para manipular a su hija. He enterrado hombres por menos de lo que él le ha hecho a ella.

—Esa seguridad Rosetti. —Sus ojos se desvían hacia mí, evaluando—. Ven enemigos en todas partes. Es para lo que están entrenados. Pero esta familia no es Chicago. No operamos bajo sospechas y violencia.

El desprecio hace que algo primitivo arañe mi pecho. Está tratando de separarnos, de hacer que ella dude de mí.

—Siempre ha tenido un instinto increíble —dice Marisol de repente—. Encontrarme cuando necesito ayuda. Estar allí en los momentos adecuados.

Una microexpresión. Cautela ahora, presintiendo una trampa. Luego, una recuperación fluida.

—He cuidado de ti desde que naciste. —Extiende las manos, la viva imagen de la devoción paternal—. Llámalo instinto. Sé cuándo mi ahijada me necesita.

Cada acusación, desviada. Cada sondeo, convertido para hacerla ver a ella como la villana por cuestionar. Él interpreta a la víctima maravillosamente. Treinta años de devoción cuestionados, herido

por la sospecha de ella. Verla sufrir a través de su manipulación es como recibir metralla. Lenta, profunda, diseñada para supurar.

Cerca del final, su tono cambia. Sigue siendo cálido, pero por debajo, algo más duro. Algo que hace que mi mano se desvíe hacia mi arma.

—Tu padre se está muriendo, Mari. Su corazón no puede soportar el estrés. Sabes lo que dijeron los doctores.

Una pausa. Cargada. La amenaza clara como una hoja contra su garganta.

—Perturbar sus últimos días con… sospechas infundadas… Bueno. Me preocupa lo que eso causaría. Él está tan frágil. Y cree en la lealtad familiar por encima de todo.

La amenaza aterriza: Sigue presionando y se lo diré a Jorge. Lo presentaré como si su hija se estuviera volviendo loca. Sus últimos días envenenados por la paranoia.

Mis músculos se tensan, listos para lanzarme a través de este escritorio y mostrarle cómo lucen las amenazas reales. Pero ella necesita verlo con claridad primero. Necesita entender por qué voy a destruirlo.

Ella se pone de pie—. Gracias por aclarar las cosas, tío.

Él se levanta también, rodea el escritorio. Abre sus brazos para un abrazo. Ella deja que la sostenga, pero por encima de su hombro, veo su rostro. Asco puro apenas controlado.

Ver sus brazos alrededor de ella hace que algo primitivo arañe mi pecho. Cada instinto grita que lo arranque de allí, que le enseñe qué pasa cuando alguien toca lo que es mío. Pero me obligo a quedarme quieto, dejo que cave su propia tumba más profundo.

—Descansa un poco, cariño. Cuídate. Siempre estoy aquí para ti.

Nos vamos. Mi mano encuentra la parte baja de su espalda. El toque envía calor a través de mí, recordando cómo se arqueaba bajo mis manos, cómo gritaba mi nombre. La única violencia que puedo cometer en este momento. Reclamándola frente al hombre que quiere destruirla.

Llega al auto antes de que comience el temblor. No son lágrimas, algo peor. Todo su cuerpo tiembla como si estuviera congelada, excepto que hace treinta grados y la rabia emana de ella en oleadas. Quiero sentarla en mi regazo, abrazarla hasta que el temblor se detenga, y luego volver adentro y pintar el despacho de Jorge con la sangre de Cesar.

No arranco el auto. Solo espero mientras ella lucha por el control, mi mano encontrando la suya, entrelazando nuestros dedos. El contacto nos da estabilidad a ambos.

—Él va a ganar. —Su voz es plana, destruida—. Ha estado haciendo esto por más tiempo que yo. Es mejor en esto de lo que yo seré jamás. Mi padre va a morir confiando en él, y luego Cesar se lo va a llevar todo, y no hay nada que yo pueda hacer.

—Te equivocas.

Ella me mira, y le cuento todo lo que mi cerebro táctico notó mientras ella luchaba contra la manipulación de su tío.

—Las microexpresiones cuando presionaste sobre su instinto. Cautela, luego cálculo. Los gestos delatores cuando mintió, ese ligero retraso antes de ciertas respuestas, accediendo a recuerdos fabricados en lugar de reales. La forma en que se posicionó entre tú y la puerta, control sutil del espacio. Sus manos, ¿las notaste? Perfectamente quietas. Demasiado quietas. Eso es control consciente. Un mentiroso manejando su lenguaje corporal.

—Sé que está mintiendo —dice ella, exhausta—. Pero saberlo no importa. No puedo probarlo.

—Aún no.

Algo chispea debajo de su derrota —¿Qué significa eso?

Arranco el auto, con la mandíbula apretada con una violencia apenas controlada —Hombres como Cesar se creen intocables porque nunca se han enfrentado a consecuencias reales. Manipulan y maniobran y todo el mundo juega bajo sus reglas.

La miro, dejando que vea la promesa en mis ojos, la violencia que estoy conteniendo solo por ella.

—Yo no juego bajo sus reglas —digo—. Y cuando llegue el momento, haré que suplique por la piedad que no le daré.

Se queda callada un largo momento, su pulgar trazando círculos en mi palma. El simple contacto me hace recordar sus manos en mi cabello, atrayéndome, confiándome su cuerpo de la misma forma en que me confía su venganza ahora.

Suspira —Va a venir por mí con más fuerza ahora. Sabe que sospecho de él.

—Que venga.

—Nico…

—Que venga. —Giro mi mano con la palma hacia arriba, entrelazo nuestros dedos correctamente. Siento su pulso contra el mío—. He

acabado con hombres más peligrosos que Cesar Vega. Cuando el momento sea el adecuado, cuando tengamos lo que necesitamos, acabaré con él también. Lentamente. Para que entienda exactamente por qué.

Ella no se inmuta ante la promesa de violencia. Solo aprieta mi mano con más fuerza. Mi chica, volviéndose más dura, aprendiendo que a veces la violencia es el único lenguaje que hombres como Cesar entienden.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Nos alejamos de la propiedad, su mano aún en la mía, la mansión mediterránea encogiéndose en el espejo retrovisor. Treinta años de la cuidadosa construcción de Cesar. Su paciencia. Su planificación. Construyendo confianza, manipulando a Jorge, posicionándose como el heredero natural de un imperio que ayudó a construir pero que nunca poseyó.

Sin embargo, cometió un error crítico. Solo uno, pero le va a costar todo.

Él piensa que el juego sigue siendo sobre manipulación y política. Poder blando y movimientos cuidadosos. No entiende que el juego ha cambiado. Que hay un soldado en la mezcla ahora, alguien que no ve tableros de ajedrez ni capital político. Alguien que ve objetivos y vectores de eliminación.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Marisol, estudiando mi perfil.

—Pienso en Afganistán. En cómo los insurgentes se infiltraban en las comunidades durante años, volviéndose confiables, esenciales. Luego, un día, revelaban su verdadero propósito.

—¿Y cómo los manejaban ustedes?

El recuerdo trae de vuelta el olor a cobre y sangre —No negociamos con amenazas infiltradas. Las identificamos. Confirmamos el objetivo. Luego los eliminamos. Sin piedad, sin segundas oportunidades.

Ella se queda en silencio, procesando. Luego —Cesar no es un insurgente cualquiera. Ha sido parte de mi familia desde antes de que yo naciera.

—Eso lo hace más peligroso, no menos. —La propiedad desaparece por completo detrás de nosotros—. Pero también lo hace sentirse cómodo. Complaciente. Cree que ya ganó.

—Tal vez así sea.

—No. —Mi voz conlleva una certeza absoluta—. Ya perdió. Solo que aún no lo sabe. Porque cometió ese único error. Dejó que yo lo viera. Al verdadero él, debajo de toda esa calidez actuada. Y una vez que veo un objetivo con claridad…

No termino. No es necesario. Ella entiende lo que soy ahora. No solo su protector, sino algo más primitivo. Un cazador que ha identificado a su presa. El monstruo que ella desató cuando dejó que la reclamara.

Los soldados no negocian.

Nosotros eliminamos.

Y Cesar Vega acaba de convertirse en un hombre muerto que camina.

22 - Nico

El tono de llamada corta la oscuridad como una cuchilla. A esta hora, no es información. Es una granada con el pasador ya afuera.

El número de Marco brilla en la pantalla. Mi cuerpo se pone en modo combate antes de que el pensamiento consciente se active, y Marisol murmura a mi lado. El Don no llama a las 02:14 horas para dar actualizaciones. Alguien está muerto. Un ataque a la propiedad. Uno de mis hermanos cayó. Algo ha pasado con Sofia y Alexei.

—Dime —mi voz suena ronca, preparada para informes de bajas.

—Faith está de parto —el tono de Marco es controlado, pero hay una urgencia que se trasluce—. Empezó hace una hora. Están en el Northwestern Memorial.

El alivio me golpea de forma tan repentina que la mano me tiembla. No es muerte. Es vida. Mi sobrino llega, viene al mundo.

El cuerpo de Marisol se tensa contra el mío, leyendo mis señales físicas de la misma forma que lee las amenazas: instintivamente. Sus ojos color miel se abren, escaneando inmediatamente en busca de peligro. Ha aprendido a leer mi cuerpo de la forma en que yo leo una habitación.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada malo —muevo el teléfono, mi mano libre busca su hombro y mi pulgar traza inconscientemente la marca que dejé allí hace unas horas—. La esposa de mi hermano va a tener a su bebé.

Ella se incorpora y la sábana cae hasta su cintura. —Tienes que ir a Chicago.

Una afirmación, no una pregunta. Por supuesto que tengo que ir. El hijo de Luca va a llegar. La familia se está reuniendo como una unidad respondiendo a una llamada prioritaria. Es lo que hacen los Rosetti.

Excepto.

Los ojos de Cesar ayer, calculadores, midiendo, identificando debilidades. La forma en que tocó el rostro de Marisol, reclamando

un territorio que no le pertenece. La trampa por asesinato que aún no se ha materializado, pero que hace que mi dedo en el gatillo sienta esa picazón de certeza de que está en camino. Cada instinto me grita que dejar mi posición ahora significa regresar para encontrarla destruida. O descubrir su cuerpo expuesto como el de la chica Zayas, otro mensaje escrito con muerte.

—No puedo ir —le digo a Marco con voz monótona—. No con el nivel de amenaza actual.

—Quédate —dice él, y esa única palabra conlleva la autoridad de un mando. El Don ordenando a su soldado mantener la posición—. Pondré el video cuando la familia se reúna.

Línea cortada. Marco no desperdicia palabras en decisiones ya tomadas.

Dejo el teléfono, pero el peso de abandonar a mi hermano se siente como metralla en el pecho. Nunca me he perdido una reunión familiar. Ni una sola vez desde Afganistán. Después de la masacre, con la sangre de nuestros padres pintando las paredes mientras yo estaba a miles de kilómetros de distancia, juré que siempre estaría allí. En cada reunión, en cada crisis, en cada momento importante.

Pero Marisol se presiona contra mi costado, su calidez recordándome por qué no puedo irme.

—Deberías estar allí —dice en voz baja, leyendo la tensión en mi mandíbula, la forma en que mis manos quieren cerrarse en puños.

—No.

—Nico—

—No te voy a dejar —las palabras salen más duras de lo que pretendía, más un gruñido que una seguridad. Las suavizo con un toque, atrayéndola hacia mí, notando con qué perfección encaja en mis brazos—. No con Cesar maniobrando. Ahora no.

Ella no discute, pero la culpa ensombrece sus facciones. Reconoce el costo.

Bebemos café con leche demasiado endulzado durante lo que parece una eternidad.

La videollamada entra a las 03:20 horas, y de repente la pantalla de mi laptop se llena del caos de los Rosetti en alta definición.

La sala de espera del hospital parece como si mi familia hubiese establecido una base de operaciones avanzada. Marco domina una silla de esquina que ha transformado en un puesto de mando, sin el saco del traje y con las mangas arremangadas. Valentina está a su

lado, captando todo a través de la pantalla, su cerebro estratégico zumbando lo suficientemente fuerte como para oírse.

Dante mantiene su posición contra la pared, con la pequeña Antonia segura en su hombro. Seis meses de edad y ya adaptada al silencio de su padre. Él me mira a los ojos a través de la pantalla, un asentimiento que lo comunica todo: «Deberías estar aquí. La necesidad lo impide. Entendido».

Ana ofrece un saludo cuidadoso desde el lado de Dante.

—Hermano —la voz de Alex corta primero, porque Alex siempre toma la delantera en el caos. Ha reclamado dos sillas como territorio conquistado, sus ojos verdes afilados a pesar de la hora—. Miami ha mejorado tu apariencia. De hecho, pareces humano en lugar de un póster de reclutamiento.

—Y tú sigues pareciendo un desastre —logro decir, tratando de igualar su energía a pesar de sentir que estoy viendo a mi familia a través de un cristal a prueba de balas. Presente, pero separado.

Marisol suelta una carcajada detrás de mí, y los ojos de Alex se desvían, fijándose en un objetivo a mis espaldas. Levanta una ceja.

—Y ¿quién —alarga las palabras con obvia satisfacción— es ella?

Marisol. Había intentado quedarse fuera del alcance de la cámara, pero el diseño de planta abierta del penthouse la traicionó. Ajusto el ángulo de la laptop, poniéndola en el encuadre.

Lleva puesta mi camisa como territorio reclamado, el cabello revuelto por el sueño y el sexo, la taza de café bien sujeta. No se parece en nada a la cobertura de los tabloides que mi familia ha revisado. Parece una mujer a la que he marcado, reclamado, follado contra mi colchón hasta que gritó mi nombre.

La reacción de la familia es inmediata y reveladora.

Alex sonríe más ampliamente, de forma lobuna. —La mismísima princesa de las fiestas. He estudiado los archivos. «Heredera desenfrenada», «Crisis en el yate». Una entrada excepcional, ocupando titulares.

Las palabras aterrizan como rondas que encuentran su objetivo. A mi lado, la espalda de Marisol se endereza. Algo violento se enrosca en mi pecho. Familia o no, nadie ataca lo que es mío sin consecuencias.

Alex jala a Emma hacia su regazo, y ella deja escapar un pequeño chillido, luego saluda tímidamente a Marisol. Recuerdo que hasta hace pocos meses ella era una empleada doméstica y probablemente

nunca ha conocido a una celebridad de primer nivel como Marisol. Sus mejillas se enrojecen, y noto la vergüenza, pero no estoy seguro de si se avergüenza de sí misma o de mi heredera.

El silencio de Marco tiene más peso que las palabras de Alex. Los ojos del Don se mueven sobre ella a través de la pantalla, midiendo, calculando. Cuando Valentina le susurra algo al oído y él no responde, manteniendo la mirada fija en la cámara, leo su análisis.

Estoy comprometido.

—Marisol Delgado —dice ella, con la barbilla en alto, sin intentar encantar ni desviar la atención. Simplemente existiendo en mi espacio, aceptando el juicio de ellos.

El desprecio se irradia a través de la conexión. Mis hermanos ven los informes, la reputación, la carga. No a la mujer que me sostuvo durante las regresiones de Afganistán. No la fuerza bajo su caos.

Marisol da un paso más cerca y se sienta a mi lado en el colchón. Mi mano encuentra su rodilla por debajo del alcance de la cámara, apretando una vez. La aprobación de mi familia no es necesaria.

—¿Cuál es la hora estimada? —redirecciono.

—Pronto —dice Marco, su primera palabra desde que se estableció la conexión—. Faith y Luca llevan dentro dos horas.

La conversación pasa a la espera. Alex hace elaboradas quejas sobre el café del hospital. Dante camina en patrulla lenta con Antonia, meciéndola para que se duerma de nuevo. Maria llega con recipientes de comida, perdiendo inmediatamente la compostura cuando me ve en pantalla.

—¡Deberías estar aquí! —despliega su asalto híbrido italo-inglés —. ¡Ese bebé necesita a su tío!

—Maria—

—No me vengas con «Marías», Nico Rosetti. Trae a esa chica a Chicago, donde podamos alimentarlos a los dos adecuadamente. Mírate, muchacho hambriento, y ella… —María mira fijamente a Marisol a través de la pantalla—. Flaca como un espagueti.

A mi lado, Marisol hace un sonido de diversión.

Maria se va, y observo a mi familia a través de esta pantalla. Su caos, sus charlas constantes unos sobre otros, la forma en que mantienen la formación incluso en la sala de espera de un hospital. A mi lado, Marisol también observa, y me pregunto qué pensará de todos nosotros. Una unidad que lucha y protege en igual medida. Algo que ella perdió cuando su madre murió.

La puerta se abre en Chicago, y todo se detiene.

Luca está en el umbral, todavía con la vestimenta quirúrgica, y nunca he visto a mi hermano así. Sus manos, las armas que han eliminado a más objetivos que nadie en esa habitación, están temblando. Realmente temblando, como un francotirador con un agarre comprometido.

Sus ojos azul pálido, usualmente planos como los de un depredador, están brillantes. Húmedos.

—Theodore —dice, y su voz se quiebra al pronunciar el nombre. Luca Rosetti, el arma definitiva de la familia, que discute eliminaciones mientras desayuna avena, no puede sacar las palabras. Lo intenta de nuevo—. Siete libras, cuatro onzas. Faith está…

Se detiene. Traga saliva. No puede continuar. El temblor en sus manos se intensifica.

—Ella está perfecta. Él está perfecto —las palabras emergen toscas, el asombro abriéndose paso—. Tiene sus ojos. Ella le puso el nombre de su padre. El juez Theodore Winters.

La habitación estalla. Maria sollozando, Alex en pie abrazando a Luca, cuyas manos siguen temblando contra la espalda de Alex. Ana sonríe contra el hombro de Dante mientras él sostiene a su hija con más fuerza. A través de la pantalla, lo proceso todo. La alegría, la celebración, el dolor de no estar allí.

Marco atrae a Luca en un abrazo breve y fuerte, su mano apretando el cuello de nuestro hermano con una fuerza que habla más que las palabras.

—El tío Nico necesita verlo —dice Luca de repente, acordándose de la conexión.

Levanta su teléfono, mostrando la sala de parto. Faith aparece exhausta pero radiante, y en sus brazos, Theodore. Diminuto, arrugado, con el rostro expresando la protesta de un recién nacido ante el mundo hostil. Nombrado así por el juez que una vez se opuso a nosotros, todavía distanciado de su hija, pero ahora honrado a través de su nieto.

—Saluda al tío Nico —dice Faith, con voz cálida a pesar del agotamiento.

Algo se quiebra en mi pecho. Tío. De nuevo. Un título que llevo a la distancia. Y estoy mirando a través de una pantalla a las 4:00 a. m. en Miami mientras mi familia celebra sin mí.

A mi lado, la respiración de Marisol cambia. Cuando la miro, las lágrimas corren silenciosamente por sus mejillas. Está viendo a mi familia amarse, reconociendo lo que ella perdió, lo que terminó con la muerte de su madre. Su mano cubre la mía.

El dolor se duplica. Por la distancia. Por la pérdida de ella. Por el sobrino al que no puedo cargar. Por la forma en que este nacimiento ha resquebrajado al arma más letal de la familia.

—Es perfecto, Luca —logro decir—. Genes fuertes. Lo hiciste bien.

Luca llega a sonreír. No su habitual mueca afilada, sino algo suave, algo que se recalibra. —Soy padre. Tengo un hijo.

Las palabras impactan en todos. Este es Luca, a quien creíamos demasiado dañado para cualquier tipo de vida normal, sosteniendo a su hijo, transformado en algo que ninguno de nosotros predijo.

A través de la pantalla, veo a mi familia reorganizarse en torno a este recién llegado. La forma en que forman instintivamente un círculo protector, fieros y orgullosos. El ruido que hacen, el amor bajo la violencia, el caos perfecto de los Rosetti dando la bienvenida a otra generación.

Y yo estoy aquí. Mirando a través de una pantalla porque elegí a la mujer a mi lado por encima del protocolo familiar, y ella está llorando por la familia que perdió y por la familia que yo tengo.

El teléfono de Marco vibra, y la temperatura en esa habitación de hospital baja veinte grados.

Él revisa la pantalla y veo a mi hermano apagarse y reiniciarse. La calidez se evacua, reemplazada por el invierno. El Don regresando con letal rapidez.

Alex lo nota primero. —¿Qué?

—Nada —la voz de Marco se vuelve plana.

Pero Valentina alcanzó a ver la pantalla, vio el mensaje antes de que él pusiera el teléfono boca abajo con aire de finalidad.

—Marco—

—Dije que nada.

El silencio que sigue resuena a través de la conexión. Todos lo procesan. Alegría comprometida, algo malo infiltrándose en la celebración.

Lo sé antes de que alguien lo confirme. Solo una persona podría provocar el apagón total de Marco.

Sofia.

Se enteró del nacimiento. Por supuesto que sí. Vigila a la familia que eligió dejar por Alexei. Y se comunicó. No conmigo, el hermano que la entrenó. Con Marco, cuyo perdón tiene el mayor peso.

Y él lo descarta como nada. Borrado sin leer.

La boca de Alex se abre, preparándose para insistir, porque Alex siempre insiste, pero Dante lo mira con una negativa tajante. Ahora no. No durante el momento de Luca.

Pero el daño está hecho. La grieta se extiende. El espacio vacío donde Sofia debería estar parada se vuelve visible, agudo. Debería estar aquí, haciendo comentarios inapropiados sobre que Luca se reproduzca, analizando los rasgos de Theodore, aportando su caos particular a la celebración.

En cambio, está en otro lugar, con Alexei, viviendo la vida que eligió por encima de la sangre, observando a nuestra familia desde una distancia aún mayor que la mía. Y Marco ni siquiera reconoce el mensaje. Más de un mes de silencio, y él mantiene la línea.

La llamada termina rápidamente después de eso, la calidez ahora forzada, todos procesando al fantasma en la habitación.

—Cuando esto termine —dice Marco, con los ojos clavados en los míos a través de la pantalla—, tráela a Chicago.

No “regresa a Chicago”. No “ven a casa”.

Tráela.

Dos palabras que reconocen la importancia de Marisol, la registran como alguien ligada a mí. Viniendo de Marco, es prácticamente una aprobación. Pero también comunica algo más. Él ve lo que está pasando, reconoce que la he elegido a ella por encima del protocolo, y lo acepta incluso sin respaldarlo.

La pantalla se oscurece.

El amanecer rompe en el horizonte como una explosión lenta, pintando la Bahía Vizcaína de dorado mientras nos sentamos a procesar el caos de mi familia.

El café está frío. La laptop cerrada. El penthouse se siente como una tumba después de todo el ruido de los Rosetti.

—Así es como se ve una familia —dice Marisol en voz baja. No la agente del caos, no la chica de las fiestas. Solo la mujer reconociendo algo irrecuperable.

—No es perfecta.

—Lo sé —se acurruca contra mi costado, su cuerpo cálido contra mí—. Todos extrañan a Sofia.

El nombre aterriza suavemente entre nosotros. Lo dice con sencillez, comprendiendo sin necesidad de explicaciones. La reacción de Marco. La celebración fracturada. La hermana que debería haber estado allí.

—Él cambiará de opinión —dice ella.

—No conoces a Marco.

—Conozco a hombres tercos que aman con más fuerza de la que saben mostrar —hace una pausa, su mano buscando la mía, los dedos entrelazándose como si ella me estuviera reclamando también—. Decepcionan mientras siguen amando por debajo.

Miro a esta mujer con cuidado.

—Te descartaron —digo.

—No me conocen —se encoge de hombros, y siento el movimiento a través de mi camisa—. Tienen la versión de los tabloides. El perfil del desastre. Estoy acostumbrada.

—Marco me ordenó que te trajera a Chicago.

—Eso me aterroriza más que Cesar —intenta bromear, pero no lo logra del todo—. Conocerlos. Ser evaluada en persona en lugar de a través de una pantalla.

—Cambiarán de opinión.

—¿Como Marco con Sofia?

El paralelo queda suspendido entre nosotros. Dos mujeres eligiendo el amor por encima del protocolo. Dos hermanos manteniendo posiciones imposibles.

—Eso es diferente.

—¿Lo es? —se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos—. Ella eligió a Alexei sobre la sangre. Yo te elegí a ti sobre… ¿qué? ¿El aislamiento terminal? ¿Ahogarme en champán? —me toca la cara y mi cuerpo responde al contacto a pesar de todo—. Tal vez eso es lo que es la familia. Elegirse el uno al otro a pesar de los costos.

Las palabras se incrustan en mi pecho. Theodore Rosetti respirando sus primeros alientos en Chicago. Sofia en algún lugar, amando desde la distancia, bloqueada por el hermano que no cede. Y Marisol aquí, habiéndolo visto todo, comprendiendo más de lo que debería.

—¿Quieres pertenecer a una familia así? —pregunto—. ¿Incluso viendo las partes rotas?

Su pulgar delinea mi mandíbula. —Las familias perfectas son ficción. Las reales son caos y, a veces, un amor torpe. Pero se hacen

presentes. Incluso a través de pantallas. Incluso desde la distancia.

Tiene razón. A pesar de las fracturas, nos hacemos presentes. Todos excepto Sofia, que no puede atravesar los muros de Marco.

A diferencia de su hermano. Gabriel, el sacerdote que nunca está allí cuando su propia hermana lo necesita.

—Ella volverá —dice Marisol, pensando en mí mientras yo pienso en ella—. Sofia. Tal vez no mañana. Pero cuando Marco esté listo para dejar de castigarlos a ambos.

—Suenas muy segura.

—Las llamadas a las tres de la mañana solían significar que alguien estaba muriendo. Esta noche significó que alguien nació. Las cosas cambian —se acomoda contra mi pecho, su trasero presionando contra mí a través de las sábanas—. Incluso los tercos hermanos Rosetti que creen que el mundo funciona bajo su cronograma.

El amanecer inunda el penthouse ahora, pintándolo todo de dorado. En Chicago, mi familia probablemente todavía esté acampada en sillas de hospital. Faith sosteniendo a Theodore. Luca haciendo guardia. Marco fingiendo que el mensaje de Sofia no significó nada mientras arde en la memoria de su teléfono.

Y aquí, la mujer que lo vio todo se acurruca contra mí, ya deslizándose hacia el sueño.

Se equivoca en una cosa. Ella ya pertenece. Marco lo confirmó, incluso sin decirlo. Tráela a Chicago. No fue una sugerencia. Fue una orden directa.

Cuando esto termine, cuando Cesar sea neutralizado, cuando Miami esté asegurada, la llevaré a casa. Dejaré que la vean adecuadamente. Dejaré que observen lo que yo veo. No el desastre en los titulares, sino la mujer que entiende a las familias rotas y ama de todos modos.

Por ahora, ella respira contra mi pecho y yo cuento cada inspiración. No los días desde que Sofia se fue. No capturas, ni amenazas, ni recuentos de muertes.

Solo respiraciones. Las suyas y las mías. La prueba de que estamos aquí, juntos, perteneciendo el uno al otro incluso si no pertenecemos a ningún otro lugar.

23 - Marisol

Siento la llave extraña en mi mano. Demasiado pesada para algo tan pequeño, como si hubiera acumulado peso por los ocho años que pasó en el cajón de mi escritorio. Ocho años desde que cerré con llave la Sala Calypso. Ocho años de pasar por delante de esa tercera puerta a la izquierda, fingiendo que no existe.

Mi cerebro me ofrece amablemente una lista de cosas que preferiría hacer antes que usar esta llave: un tratamiento de conducto sin anestesia, ver las fotos de mi yate en bucle, dejar que Nico me vierta café militar amargo por la garganta hasta que explote. Todo es preferible a abrir una puerta que he pasado ocho años fingiendo que no existe.

—¿Este inversionista quiere esa habitación específica? —La voz de Nico tiene ese tono cortante que significa que ya tomó una decisión—. ¿La que ha estado sellada?

—César dice que es especial —mantengo mi voz ligera, como si esto no me estuviera carcomiendo por dentro—. Dinero viejo cubano. Vio algunas fotos antiguas, le encantan los detalles Art Deco. Al parecer, el empapelado azul de esa suite es exactamente el que tenía su abuela en La Habana.

La mandíbula de Nico se tensa. Ha sospechado de César desde que descubrimos el rastreo, los hilos financieros, la traición que viste la cálida sonrisa de un tío. Pero este es mi club. Mis fantasmas por enfrentar.

—Es un juego de poder —dice—. Obligarte a abrir una habitación que has mantenido cerrada.

—Tal vez —giro la llave en mi palma, sintiendo sus dientes morder mi piel—. O tal vez ya es hora. Ocho años es mucho tiempo para tenerle miedo a un empapelado.

Sé lo que piensa Nico: que César está orquestando algo. Tal vez lo esté haciendo. Pero si no enfrento esta habitación ahora, bajo mis propios términos, pasaré el resto de mi vida dejando que él use mi miedo en mi contra. Esta noche, recupero lo que es mío.

—Marisol.

—Necesito esta reunión —las palabras salen más afiladas de lo que pretendía—. El inversionista es legítimo. Logan lo investigó. Si pone dinero en La Sirena, debilita la narrativa del desfalco. Demuestra que dirijo un negocio real, que no solo estoy jugando a las casitas con el imperio de mi padre.

La última parte me sabe amarga. Eso es lo que decían los artículos. Lo que todos piensan. La chica fiestera jugando mal a ser empresaria.

—El momento es demasiado conveniente —Nico se acerca y percibo su aroma: canela y ese calor subyacente que me dan ganas de dejarme caer en él y olvidarme de habitaciones y llaves y del pasado que no se queda enterrado—. César organiza esta reunión justo cuando eres más vulnerable.

—Siempre soy vulnerable —la risa que se me escapa suena mal, demasiado brillante, burbujas de champán con bordes de navaja—. Es como mi sello distintivo. Vulnerable con un toque de autodestrucción y un excelente gusto en zapatos.

La marca Marisol Delgado: caos en alta costura. Mi terapeuta lo llamaba "evasión a través de los accesorios". Yo lo llamaba supervivencia con mejor iluminación.

Su mano encuentra mi rostro, su pulgar recorre mi pómulo con una gentileza que me hace doler el pecho. —Eres más fuerte de lo que crees.

—¿Lo suficientemente fuerte como para abrir una puerta? —me inclino hacia su contacto solo un momento y luego me aparto—. Averigüémoslo.

La Sirena me envuelve como una canción familiar, todo luz dorada y promesa. Mi club. El legado de mi madre. Lo único que construí en lugar de destruir, incluso si tuve que destruirme un poco a mí misma en el proceso. Los candelabros cuestan más que las casas de algunas personas, y cada cristal fue mi elección. Si voy a tener un colapso esta noche, al menos la iluminación será favorecedora.

El salón principal vibra con su caos elegante habitual: burbujas de champán subiendo en las copas, risas que suenan a dinero, la banda de la tarde tocando en el escenario. Pero algo es diferente esta noche. Las sonrisas del personal son demasiado tensas, sus movimientos demasiado cuidadosos. Como si todos estuvieran esperando que algo se rompa.

Logan nos encuentra al pie de la escalera caracol, su pulcritud habitual un poco agrietada. —La sala de reuniones está lista. Tercer piso.

Tercera puerta a la izquierda. Las palabras se quedan en mi garganta como fragmentos de vidrio.

—¿Y las imágenes de seguridad de ese piso? —pregunta Nico, ya en modo táctico.

—La cámara ha estado fuera de servicio por mantenimiento —la expresión de Logan dice que a él tampoco le gusta—. Desde ayer.

Por supuesto que sí. Fuerzo otra sonrisa, de esas que me han servido para superar mil noches fingiendo que todo está bien. —Bueno, al menos si tengo un colapso, no quedará grabado para la posteridad.

Nadie se ríe.

El pasillo del tercer piso se extiende ante nosotros, más silencioso que el jolgorio de abajo. La música del club sube por el suelo, amortiguada y extraña, como una fiesta que continúa durante un funeral. Mis tacones se hunden en la alfombra que traga el sonido, haciendo que todo se sienta como si estuviéramos bajo el agua. Al final, esa puerta. Todavía sellada. Todavía esperando. Solía jugar a fingir que solo era un armario de suministros. Servilletas extra. Copas de champán de repuesto. Definitivamente no la habitación donde mi vida se dividió en un antes y un después.

Mi mano tiembla mientras introduzco la llave en la cerradura. Detrás de mí, la presencia de Nico es sólida, estable, la única razón por la que puedo obligar a mis dedos a girar la llave.

La cerradura hace clic al abrirse.

El teléfono de Nico vibra. Luego su auricular cruje con la voz de Gunner, lo suficientemente urgente como para que yo capte fragmentos: —Confirmación visual de armas en la entrada principal. Tres hostiles.

Todo su cuerpo cambia, pasando de protector a soldado en un latido. —¿Cuántos civiles en la línea de fuego?

Puedo escuchar la respuesta de Gunner a través del auricular: —Lleno. Se están moviendo entre la multitud.

—Ve —le digo, entendiendo el cálculo que está haciendo: dejarme por dos minutos o arriesgarse a decenas de bajas abajo.

—Absolutamente no.

—Están amenazando a la gente en mi club. Gente inocente —me giro para enfrentarlo, encontrando fuerza en el pensamiento de mi personal y mis clientes en peligro—. Esperaré justo aquí. Ni siquiera entraré hasta que vuelvas.

Cada línea de su cuerpo grita negativa. Pero otra ráfaga de Gunner: —Están escalando —hace que tome la decisión.

—No entres en esa habitación —dice, ya moviéndose—. Lo digo en serio, Marisol. Espérame.

Se ha ido, bajando las escaleras de tres en tres. Lo veo desaparecer y luego me vuelvo hacia la puerta.

Sola.

La empujo para abrirla.

El olor me golpea primero: aire viciado. Busco a tientas el interruptor y la luz del techo parpadea y se enciende.

Empapelado azul con patrones Art Deco plateados, exactamente como lo recuerdo. El sofá de terciopelo curvo contra la pared del fondo. Detrás de él, puedo ver la esquina de la cama con ese cabecero de terciopelo azul marino que acecha mis sueños. La mesa baja. Todo preservado como un museo de mi peor noche. La habitación está fría por el aire acondicionado que ha funcionado durante ocho años en un espacio sellado. Pero yo estoy sudando, con un calor febril, mi cuerpo rechazando esta pesadilla repetida.

Algo anda mal. El polvo ha sido removido. Un vaso descansa sobre la mesa, impoluto, sin nada de polvo. Alguien ha estado aquí recientemente.

Entonces la veo.

En el sofá: una mujer, joven, hermosa, con un vestido de cóctel negro. Tumbada de lado como si se hubiera quedado dormida en una fiesta. Inmóvil. Demasiado inmóvil.

Mi visión se reduce a un túnel. La habitación se inclina.

Otra vez no.

Mis piernas se mueven sin permiso, la misma memoria muscular de hace ocho años: comprobar el pulso, inclinar el rostro, intentar despertarla. Mi cuerpo recuerda esta coreografía de esperanza fútil. El terciopelo se siente igual bajo mis rodillas: caro, suave, incorrecto. Incluso la temperatura es idéntica, esa frialdad específica que me pone la piel de gallina.

Piel fría. Sin pulso. Inclino su rostro. Joven. Hermosa. La hija de alguien. Como antes. Exactamente como antes.

Parece que está durmiendo.

Se ve exactamente como la mujer de hace ocho años.

Mis manos dejan marcas en su piel. Mi ADN en su muñeca, en su cara. No puedo dejar de tocarla, no puedo dejar de intentar encontrar vida donde no la hay.

El tiempo se rompe.

Tengo veintiséis años, arrodillada junto a un cuerpo. Tengo dieciocho años, corriendo por este pasillo hacia la voz aterrorizada de mi hermano. El empapelado azul nada en mi visión, patrones plateados que parecen olas, como si me estuviera ahogando.

Otra vez. Está pasando otra vez.

La misma posición. La misma quietud terrible. La misma mujer hermosa que simplemente no despierta.

No puedo moverme. No puedo ponerme de pie. No puedo irme. Mis manos siguen sobre ella, buscando un aliento que no llega, un calor que ya se está desvaneciendo. La palabra se repite en mi cráneo como un disco rayado: otra vez, otra vez, otra vez.

No sé cuánto tiempo paso arrodillada allí. Minutos. Horas. El tiempo no tiene sentido en esta habitación. Nunca lo tuvo.

—¿Marisol? El inversionista canceló, no va a… Santo Dios.

Logan. En el umbral. Observando la escena. Su rostro de rasgos afilados, sin expresión.

La Sala Calypso, abierta después de ocho años. Su jefa arrodillada junto a una mujer muerta, con las manos sobre el cuerpo, la mirada vacía.

Y en su rostro, por solo un segundo, tal vez menos, lo veo. Duda. Solo un destello, pero suficiente. Logan, quien me ha defendido durante años, quien ha dirigido mi club mientras yo me autodestruía, quien ha creído en mí cuando nadie más lo hizo. Logan mira esta escena y se pregunta si yo lo hice.

La duda desaparece rápidamente, reemplazada por la urgencia profesional. Pero lo vi. Ese momento en el que se preguntó si la heredera del desastre finalmente había estallado.

—Marisol. No te muevas. No toques… ya has… —Su voz suena lejana, como si hablara a través del agua—. Tengo que llamar a seguridad. Gunner tiene que…

Ya no puedo oírlo. La duda en sus ojos ha terminado lo que el cuerpo comenzó. Todo se drena de mí. El caos, la evasión, las bromas que me mantienen erguida. Se han ido.

Tengo dieciocho años otra vez, congelada junto a una muerte que no puedo deshacer.

Estoy vacía.

Pasos diferentes. Más pesados. Decididos.

Entonces Nico está allí, llenando el umbral como un ángel vengador. Todo su cuerpo se queda inmóvil como el de un depredador, y siento más que oigo el gruñido formándose en su pecho. Sus ojos captan la escena: yo arrodillada junto a una mujer muerta en una habitación que ha estado sellada por ocho años, mis manos sobre su cuerpo, Logan todavía balbuceando sobre seguridad y protocolo.

Pero Nico no mira el cuerpo primero. Me mira a mí.

No hay duda en sus ojos. Ni un destello. Ni una fracción de segundo. Él ve esta escena de pesadilla y su único pensamiento es llegar hasta mí.

—Marisol —solo mi nombre, pero corta la estática en mi cabeza—. ¿Quién hizo esto? —Las palabras salen letales, prometiendo sangre.

No puedo responder. No puedo moverme. Estoy tallada en piedra, la estatua de una chica arrodillada junto a la muerte. Silenciosa. Completamente silenciosa, como si mi voz hubiera muerto con la mujer del sofá.

Se acerca a mí en tres zancadas, cae de rodillas, enmarca mi rostro con sus manos.

—Esto fue montado —dice—. Esto es una trampa.

Las palabras no tienen sentido. Nada tiene sentido. Pero sus manos están cálidas y sólidas y reales, su corazón late constante cuando me atrae contra su pecho.

No hace preguntas. No espera respuestas que no puedo dar. Simplemente actúa, decidido, seguro. Sus brazos se deslizan debajo de mí y de repente no peso nada, cargada como algo precioso en lugar de roto. El último hombre que me cargó lejos del horror fue Gabriel, huyendo de su propio crimen. Pero Nico me carga hacia algo: seguridad, venganza, hacia él mismo. Soy un peso muerto en sus brazos, tan silenciosa como la mujer del sofá.

Fuera de la habitación, pasando a Logan, bajando las escaleras. Me carga a través de la luz dorada y la música que sigue sonando porque el mundo aún no sabe que algo murió arriba. Con mi rostro presionado contra su pecho, permanezco en silencio, ni siquiera lloro, solo estoy vacía.

Está hablando por teléfono, con voz de un frío ártico. —Cierren el edificio. Que nadie entre ni salga. Tráiganme todo lo de seguridad, cada ángulo, cada marca de tiempo —una pausa—. Fue un montaje. Alguien puso ese cuerpo allí para que ella lo encontrara.

Las palabras me bañan sin calar. Cuerpo. Montaje. Trampa. Solo son sonidos.

El calor de Miami nos golpea al salir del club. Real. Físico. Pero yo sigo en esa habitación, sigo arrodillada, sigo teniendo dieciocho años y estando congelada.

Me mete en el auto, sin soltarme por completo, como si supiera que si me suelta podría salir flotando. Me atrae hacia él. Ahora estoy temblando, y su mano aprieta la nuca de mi cuello, no con gentileza sino con firmeza, como si me estuviera sosteniendo físicamente en el presente, negándose a dejar que el pasado me lleve.

El trayecto transcurre en fragmentos. Las luces de la ciudad pasando por las ventanillas. Su calor sólido a mi lado. El silencio que no exige nada de mis labios mudos.

En el penthouse, me guía hasta el sofá, envuelve una manta alrededor de mis hombros aunque en Miami nunca hace frío. Me obliga a beber agua que trago mecánicamente.

Luego se sienta a mi lado. Esperando. Sin presionar. Simplemente allí.

El silencio se prolonga hasta que no puedo soportarlo más.

—Se veía igual.

Las palabras salen como un susurro, lo primero que he logrado decir desde la habitación. Desde que todo se hizo añicos.

Nico no pregunta a qué me refiero. Espera.

—Hace ocho años. La mujer de esa habitación… —miro a la nada, viendo el empapelado azul detrás de mis párpados—. La misma posición. La misma quietud. Como si solo estuviera durmiendo. Como si, si la sacudieras con suficiente fuerza, se despertaría y se reiría del sueño extraño que tuvo.

Mi voz se quiebra, pero las palabras siguen saliendo, extraídas de algún lugar profundo que ha estado cerrado tan herméticamente como esa habitación.

—Alguien sabía exactamente cómo posicionarla. Alguien que sabe sobre la peor noche de mi vida.

La comprensión llega a través del shock como agua helada en mis venas. Miro a Nico, lo miro de verdad por primera vez desde que me

encontró.

—César envió al intermediario hace ocho años. Él es el único además de Gabriel y de mí que sabe cómo se veía esa habitación. Cómo se veía ella.

La mandíbula de Nico se traba, sus ojos se vuelven asesinos.

—Él me vio ayudar a Gabriel esa noche. A través de cámaras, a través del informe del intermediario, de alguna manera. Vio a una chica de dieciocho años destruirse a sí misma para proteger a su hermano, y lo guardó durante ocho años, esperando el momento perfecto para usarlo.

Siento que algo cambia dentro de mí, no es exactamente una curación, sino un endurecimiento que se convierte en algo afilado y peligroso.

—Él cree que ha ganado —susurro contra el pecho de Nico, las palabras sabiendo a hierro y promesa—. Cree que me desmoronaré como lo hice a los dieciocho. Cree que me quedaré callada y seré cómplice mientras me destruye.

—No lo harás —la certeza de Nico es absoluta, sus brazos apretándose a mi alrededor como si pudiera mantenerme entera a pura voluntad.

—No —asiento, y por primera vez desde que vi ese cuerpo, siento algo más que un horror vacío. Es rabia, cristalizándose bajo el miedo como el hielo que se forma sobre el agua—. Porque esta vez, no tengo dieciocho años ni estoy sola. Esta vez, te tengo a ti.

Me aparto para mirarlo, y sus ojos están negros de furia, de promesa, de algo posesivo que hace que mi pulso se acelere a pesar de todo.

—Voy a ayudarte a destruirlo —digo, y las palabras no tiemblan. Queman—. César cree que me conoce: la chica fiestera, el desastre, la debilidad en el imperio de mi padre. Pero no sabe en qué me he convertido.

La mano de Nico se desliza hacia mi garganta, no para amenazar sino para reclamar, su pulgar encontrando mi punto de pulso. —Ya está muerto —dice, con una voz tan fría que quema—. Solo que aún no lo sabe.

El monstruo en su voz me hace sentir segura por primera vez desde que entré en esa habitación. No porque Nico vaya a protegerme, aunque lo hará, sino porque vamos a cazar juntos.

César usó mi peor trauma en mi contra, pensando que me rompería de la misma manera dos veces.

Está a punto de aprender que las cosas rotas también pueden convertirse en armas.

24 - Nico

No está durmiendo realmente. Solo se esconde en algún lugar donde no puedo seguirla.

Está acurrucada de lado, con las manos apretadas contra el pecho como si protegiera algo vital. La mujer que llena cada habitación en la que entra se ha hecho lo más pequeña posible.

Incluso destrozada, incluso vacía, es hermosa de una manera que me oprime el pecho. Su vulnerabilidad no disminuye el deseo. Lo transforma en algo más feroz, más protector. El pijama de seda se ciñe a sus curvas y me obligo a apartar la mirada.

La rabia se asienta fría en mi pecho, paciente como el invierno. No es la furia ardiente del combate, sino algo ártico, calculador. Cesar Vega preparó el cuerpo de una mujer para replicar un trauma de hace ocho años. La llamó *cariña* mientras planeaba esto. Ayer puso sus manos sobre ella, le tocó la cara mientras su mundo se hacía pedazos. Esas serán las últimas palabras que pronuncies con la mandíbula intacta.

Me duelen las manos. No por las dominadas, sino por la necesidad física de herir a alguien. La presión tras mi esternón no cederá hasta que Cesar esté sangrando bajo mis puños. Me duele la mandíbula de tanto apretarla. Tengo un sabor metálico en la boca debido a la adrenalina y la furia que se mezclan en algo tóxico.

Control. Todavía no. No hasta que ella esté a salvo.

Otro mensaje. Marco:

¿Qué necesitas?

El ofrecimiento de Marco no es solo apoyo fraternal. Es la promesa de soldados Rosetti, dinero Rosetti, venganza Rosetti. Todo el peso de nuestra maquinaria listo para ser desplegado. Respondo: *Trabajando en ello.*

Cuatrocientos veinticinco minutos ya. Cada respiración cuenta, marcando el tiempo en esta vigilia. He analizado cada ángulo mientras ella se oculta en ese lugar entre el sueño y la consciencia. El hecho de que las grabaciones fueran borradas significa que Cesar

tiene gente dentro de La Sirena. Los medios ya tienen la noticia. Alguien filtró detalles sobre la habitación sellada, la presencia de ella, el cuerpo.

Arquitectura, no impulso. Todo lo que Cesar hace es paciente, meticuloso.

Mi teléfono vibra de nuevo. El abogado que Marco tiene en nómina:

Las autoridades quieren una entrevista. Negociando términos.

Dejo el teléfono y la observo respirar. Se mueve ligeramente y su cabello roza mi muñeca donde descansa sobre la cama. Incluso ahora, agotado y traumatizado, mi cuerpo responde a su proximidad, y la sangre se me calienta ante el simple contacto.

Sale a la superficie cerca de las diez de la mañana. No es que se despierte del todo, solo abre los ojos lentamente, tomándose un momento para recordar dónde está y por qué le duele todo.

Veo el momento exacto en que le cae el veinte. El cuerpo. La habitación. El papel tapiz azul. Su mirada se vuelve inexpresiva.

—Hola. —Su voz está despojada de todo lo que la hace ser Marisol. Sin calidez, sin caos, sin chistes sobre bananas tácticas.

—Hola.

Se incorpora mecánicamente. Va al baño. El agua de la ducha corre durante cuarenta minutos mientras preparo café y reviso actualizaciones. Tres más de Gunner sobre movimientos en la hacienda. Una del abogado sobre cómo manejar la narrativa de los medios. El olor de su champú llega hasta aquí. Vainilla y jazmín interrumpiendo mi concentración.

Sale con la piel roja de tanto tallarse. El cabello mojado, sin maquillaje. Se ve más joven, frágil, como si alguien hubiera despojado la personalidad de Marisol Delgado y hubiera dejado expuesta a la chica que hay debajo. Su piel está rosada por el agua caliente y noto el ligero temblor en sus manos mientras alcanza la taza de café.

—¿Se han puesto en contacto las autoridades? —Su voz es monótona, clínica.

—Quieren hablar. El abogado se está encargando.

Sostengo su taza mientras sus manos tiemblan, y nuestros dedos se rozan. El contacto nos mantiene estables a ambos, solo por un momento.

—¿La prensa?

—Alguien filtró información. Está en todas partes.

—¿Cesar?

—En la hacienda desde temprano. Con tu padre.

Absorbe cada golpe sin parpadear. Eso es lo que me asusta. Esa mirada perdida. La he visto en el espejo, en Marines después de Helmand. El cuerpo está presente. La persona ha evacuado temporalmente.

Hace listas. Hace preguntas inteligentes sobre las pruebas, el cronograma, la exposición legal. Pero la luz está apagada. ¿La mujer que me llamó Mi caballo, la que bebió mi café terrible, la que me agarró la verga en un bote? Se ha ido. Lo que queda es eficiente. Controlado. Vacío.

Reconozco esto. Después de Afganistán, después de la brecha en el complejo donde aquella madre y su hijo murieron bajo los escombros que yo provoqué, me volví operativo durante semanas. Los sentimientos no llegaron sino hasta después. Cuando lo hicieron, casi acaban conmigo.

Ella está en esa fase ahora. La funcionalidad hueca que te mantiene en movimiento cuando detenerse significa ahogarse. Su respuesta al trauma es diferente a la mía. Yo hago dominadas hasta que me sangran las manos; ella se queda vacía e hiperfuncional. Pero es el mismo mecanismo. La misma guerra.

—Tengo que contártelo todo. —Deja su café y algo cambia. La mirada vacía se quiebra, dejando ver algo más crudo debajo—. No como anoche. Todo.

Me siento. Espero. Le sirvo agua, y mi mano cubre la suya brevemente mientras le paso el vaso, anclando el peso emocional en el contacto físico.

—Tenía dieciocho años. Seis meses después de que mamá muriera. Todavía usaba su bata para dormir. —Su voz es firme, terrible en su claridad—. Mi hermano llamó a las dos de la mañana. Su voz sonaba mal. Aguda, fracturada. "Mari, te necesito. Algo pasó en La Sirena".

Me cuenta que lo encontró con el cuerpo. La mujer en el sofá, con los labios ligeramente azulados. Su hermano diciendo una y otra vez que no despertaba. Cómo llamó a Cesar porque era el único adulto en quien confiaba.

Su respiración cambia a medida que se acerca a la verdad más difícil. Más corta, más superficial. Puedo oír el cambio, la forma en

que su cuerpo lucha por pronunciar las palabras.

Luego, la parte que nunca ha dicho.

—Senti alivio. —Las palabras salen como fragmentos de vidrio—. Cuando el solucionador de Cesar lo hizo desaparecer. Cuando mi hermano se fue al seminario. Cuando sellaron la habitación. Una mujer murió y sentí alivio de que hubiera terminado. De no tener que lidiar con eso.

Sus manos tiemblan con más fuerza. Las tomo entre las mías, sintiendo lo frías que se han puesto. —Nunca supe su nombre. Ocho años y nunca la busqué. Ella era simplemente… un problema que se resolvió.

La vergüenza se asienta entre nosotros, pesada como el plomo.

—Tenías dieciocho años —digo con cuidado—. Tu madre acababa de morir. Estabas en modo de supervivencia.

Ella sacude la cabeza, sin creerlo.

—Tú no mataste a esa mujer. Solo ayudaste a tu hermano a arreglar lo que sea que haya pasado en realidad. Llamaste al único adulto en quien confiabas porque eras una niña en medio de una crisis. —Me inclino hacia adelante, manteniendo sus manos entre las mías—. Y Cesar no lo arregló por amor. Desde ese momento, se adueñó de ambos.

Ella me mira, procesando el replanteamiento táctico.

—Ocho años de mantenerte dependiente, de mantenerte aislada, de mantener a tu hermano en el exilio. Todo conduciendo a este momento. Ha guardado ese chantaje como un arma, esperando el momento adecuado para usarla.

—¿Crees que ha estado planeando esto durante ocho años?

—El control, sí. Tal vez no los detalles específicos. ¿Pero lo de anoche? —Aprieto la mandíbula—. Meses de preparación. Las historias de malversación, las narrativas de los tabloides. Todo era una preparación para esto.

La confesión la vacía de una manera distinta al vacío de esta mañana. Se siente más ligera, como si hubiera soltado un peso que ha cargado durante tanto tiempo que su cuerpo ya ni siquiera sabía que estaba ahí.

Nos pasamos al sofá. Se acurruca contra mí y la sostengo mientras Miami brilla más allá de las ventanas, ajena a todo. No hablamos durante un rato. Solo respiramos juntos. Mi mano en su cabello, la otra descansando donde suele estar mi Glock. Ahora está

vacía, pero mis dedos siguen buscando ese espacio, una memoria muscular de violencia mientras ofrezco consuelo. Sus dedos trazan las fechas conmemorativas en mi antebrazo.

—No he tomado un trago desde lo del bar.

Lo sé. He estado pendiente.

—La antigua yo ya llevaría tres botellas encima.

—Lo sé.

—No lo quiero. Pensé que sí. Después de lo de anoche. Pero solo quiero… —No termina la frase.

Espero.

—Esto. Solo quiero esto.

Mi brazo se aprieta a su alrededor. Respira contra mí y lucho por no estrujarla hasta que estalle.

Se queda dormida contra mí. Agotada. Un sueño real esta vez, no la semiconsciencia inquieta de anoche. Profundo. Confiado.

Observo su rostro, la tensión que se suaviza. Las tenues pecas que oculta con maquillaje. La curva de su boca. Su cabello aún húmedo de la ducha, oliendo a vainilla. Su cuerpo cálido contra el mío, suave en el sueño.

El sentimiento se asienta en mi pecho, innombrado pero absoluto. Sé lo que es. Lo sé desde hace días. Pero la palabra en sí se siente extraña, peligrosa, como munición para la que no he sido entrenado. Tres sílabas que lo cambian todo, que te diré cuando estés lista para escucharlas. Cuando no te estés ahogando. Cuando sea el momento adecuado.

Mi teléfono se ilumina repetidamente mientras navego viendo cómo su mundo arde en cada pantalla. Cada titular es un clavo más en el ataúd que Cesar está construyendo a su alrededor.

Marco: *¿Cronograma?*

Entiendo lo que está preguntando. ¿Cuánto tiempo falta para que necesite desplegar toda la maquinaria Rosetti?

Respondo: *Pronto.*

Llegan más actualizaciones. Cesar visitando la hacienda esta mañana, fingiendo ser el tío devoto de Jorge. La narrativa mediática cobrando fuerza: —CUERPO HALLADO EN SALA VIP SELLADA DE HEREDERA DELGADO—. Las historias de malversación eran solo el terreno de juego. Todo conducía a este momento.

Ella respira contra mí mientras su reputación muere en tiempo real. Las autoridades presionarán por una entrevista en unos días, tal

vez antes si el abogado no logra dar largas. Su condena pública ya se está formando. La fe agonizante de su padre en ella está siendo destrozada por los susurros de Cesar. Cada hora que la sostengo es una hora que Cesar gana terreno.

Pero hoy ella duerme. Y bajo la quietud, el soldado planea.

Ya no es defensa. No es control de daños.

Es ofensiva.

Lo haré sufrir. No con una bala. Demasiado rápido. Mis manos alrededor de su garganta mientras le explico exactamente por qué. Mientras le hago entender que tocó lo que es mío. Que usó el trauma de ella como un arma. Que la llamó *cariña* mientras planeaba su destrucción.

La rabia ha pasado de ser fría o caliente. Se ha vuelto estructural, de carga, lo que me mantiene entero mientras ella se desmorona.

Cuando llegue el momento, y llegará pronto, Cesar aprenderá la diferencia entre un hombre que manipula y un hombre que elimina.

Probablemente esté durmiendo plácidamente entre sus sábanas caras, pensando que ha ganado.

No volverá a dormir.

Se mueve en sueños, apretándose más a mí, buscando mi calor incluso inconsciente. Su mano se desplaza por mi pecho, buscando, y luego se queda quieta sobre mi corazón. Justo donde esas tres sílabas esperan, pesadas como armas cargadas. Sus dedos se enroscan en mi camisa, anclándose a mí.

El gesto rompe algo en mi pecho. Esta mujer que ha sido traicionada por todos los que debieron protegerla sigue buscándome en sueños. Sigue confiando en mí para mantener alejados a los monstruos.

Su respiración se vuelve más profunda y murmura algo contra mi pecho. Mi nombre, tal vez, o simplemente sonidos de satisfacción. La suavidad de ello, la vulnerabilidad total, me cierra la garganta. Encaja perfectamente conmigo, como si hubiera sido diseñada para este espacio. Como si perteneciera aquí, en mis brazos, mientras planeo un asesinato.

Presiono mis labios en la coronilla de su cabeza, aspirando su aroma. Vainilla, flores y algo que es solo de ella.

Sus dedos se aprietan en mi camisa, aferrándose incluso en sueños. Confiando plenamente en mí.

Sin saber que yo soy uno de los monstruos.

25 - Marisol

Solía pensar que tocar fondo era despertar en la cama de un extraño sin recordar cómo llegué allí. Estaba equivocada. Tocar fondo es estar bien despierta mientras cada segundo de tu vida se desmorona.

Mi teléfono vibra contra la encimera de mármol. Otra notificación que se une al enjambre. Una cuarenta y cinco. Una cuarenta y seis. Cada zumbido envía una pequeña descarga a través de las yemas de mis dedos donde descansan a su lado. No he mirado todavía. No puedo. Todavía me duele el cuerpo por lo de anoche. Moretones morados florecen en mis caderas donde Nico me agarró como si pudiera desaparecer, esa molestia particular entre mis piernas que me hace contraerme involuntariamente. Hace doce horas él estaba dentro de mí, gimiendo mi nombre mientras se corría. Ahora su voz táctica atraviesa el penthouse. «Vigilancia», «exposición legal», «cronograma». Como si nada de eso hubiera pasado.

Una cuarenta y ocho. La pantalla se ilumina con otro titular que no alcanzo a leer del todo desde aquí.

Tomo el teléfono.

El asalto es inmediato. Los titulares se desdibujan, pero el tema grita con claridad: *CUERPO HALLADO EN LA HABITACIÓN VIP SELLADA DE LA HEREDERA DELGADO*. Cada medio, cada plataforma. Mi pulgar se desplaza mecánicamente mientras el estómago se me vuelve ácido. El detalle de la habitación sellada está en todas partes. Ocho años cerrada, ¿qué estaba escondiendo? Fotos mías de los últimos ocho años reunidas en un mosaico incriminatorio: la fiesta en el yate, el rímel corrido por mi cara; saliendo a tropezones de Babylon a las 4 a. m., con el vestido subido, los de seguridad cargándome a medias. Todo reformulado como evidencia de alguien capaz de… no dicen «asesinato». No es necesario. La implicación hace todo el trabajo.

Los comentarios son peores. Extraños que diseccionan mi culpabilidad con tal certeza, con tal regocijo. *Definitivamente lo hizo.*

Miren esos ojos muertos. Dejo el teléfono. Mi mano tiembla. Lo tomo de nuevo. Lo dejo. La compulsión de seguir mirando es su propio tipo de autolesión, tan familiar como respirar.

Suena el teléfono. El abogado, su nombre brillando en la pantalla. Profesional, costoso, el mejor que el dinero de Marco puede comprar.

—Señorita Delgado —su voz tiene ese peso particular de las malas noticias envueltas en lenguaje legal—. La policía quiere una entrevista formal. No está bajo arresto. No es oficialmente sospechosa. Pero sus huellas están en el cuerpo. La encontraron en la habitación. Una habitación sellada por orden suya durante ocho años.

Se me cierra la garganta. —Así que tienen preguntas.

—Sí. Coopere con cuidado. Responda solo lo que se le pregunte. No ofrezca información voluntariamente. No especule—. Una pausa que probablemente factura a quinientos dólares. —No mencione ningún incidente previo. No hay evidencia que conecte los eventos, y mencionar cualquier cosa sería catastrófico—.

La implicación se asienta sobre mí como cemento fresco: tengo que explicar por qué mis huellas dactilares están en el rostro de una mujer muerta mientras oculto que este mismo escenario ya ocurrió antes. Le doy las gracias. Termino la llamada. Me quedo agarrada a la encimera hasta que me duelen los nudillos.

Necesito a Logan. Necesito escuchar su voz. Necesito a mi aliado que siempre ha creído en mí, incluso cuando yo estaba demasiado borracha para creer en mí misma.

Responde al segundo timbrazo, pero la calidez no es la correcta. Es cuidadosa. Profesional. La complicidad fluida de años trabajando juntos ha sido reemplazada por algo medido, distante.

—El club está cerrado por la investigación —sus palabras salen espaciadas con precisión, como si leyera notas—. El personal está alterado. Algunos han renunciado. La prensa está acampada afuera.

Espero a que me pregunte cómo estoy. No lo hace.

Espero a que diga que me cree. No lo hace.

—Los abogados se están encargando de todo—, continúa. —Deberías descansar—.

Descansar. La palabra que todos usan cuando quieren decir: no estorbes.

Casi le pregunto directamente: *¿Crees que yo hice esto?* Pero recuerdo su cara en esa puerta. La duda que la cruzó, rápida pero

inconfundible. Incluso si ahora dice que no, sabré que es una actuación.

—Gracias por la actualización—. Mi voz suena hueca incluso para mí.

La llamada termina. Algo se fractura silenciosamente dentro de mi pecho. Se suponía que Logan era el único que nunca dudaba.

Me muevo hacia los ventanales, con Miami extendiéndose abajo, bajo el calor de la mañana. Hermosa. Indiferente. La humedad se filtra a través del vidrio a pesar del aire acondicionado y mezcla el aire salino de la bahía con el aroma persistente a canela y aceite de armas. La presencia de Nico, marcando el espacio incluso cuando está a tres metros de distancia en otra llamada.

No puedo irme. La prensa estará esperando con sus cámaras, sus preguntas y sus micrófonos empujados en mi cara. *Marisol, ¿conocía a la víctima? Marisol, ¿por qué estaba sellada la habitación? Marisol, ¿está cooperando con la policía?* El penthouse que era nuestro capullo, donde él me sostuvo, me folló y me hizo sentir segura, se ha convertido en una jaula.

Si la familia de la víctima descubre quién es ella, si se enteran de que su hija murió para incriminarme, esa es otra capa de peligro en un mundo ya lleno de cuchillos. Pero Cesar ha planeado esto con demasiado cuidado. La identidad se mantendrá oculta hasta que le sirva a su propósito revelarla.

Nico termina su llamada actual, viene a pararse a mi lado. Su mano encuentra la base de mi espalda. Ese toque casual que he llegado a necesitar como el oxígeno. Me inclino hacia él, sintiendo mis pezones tensarse contra la seda solo por su proximidad. Patético. Él es lo único sólido que queda, y mi cuerpo todavía me traiciona con deseo incluso mientras todo se desmorona.

Pasa a mi lado hacia la cocina, con los dedos rozándome la espalda baja al caminar. El simple roce me humedece, me hace recordar sus manos por todo mi cuerpo anoche después de que le supliqué que me follara duro, su boca sobre la mía mientras se corría. Odio que incluso ahora, vacía como estoy, mi cuerpo recuerde lo que éramos hace doce horas.

Necesito a mi padre. Necesito escucharlo decir que me cree. Incluso decepcionado, incluso enojado. Lo necesito de mi lado.

Mis dedos tiemblan mientras marco.

El teléfono suena. Una vez. Dos veces. Luego la voz de Cesar se desliza por la línea, cálida como el veneno: —Mari, cariña—.

Se me revuelve el estómago. Esa calidez en la que confié toda mi vida, ahora revelada como una actuación. Tan falsa como todo lo demás en él.

—Necesito hablar con mi padre—.

—Oh, mija —su pesar suena tan genuino que casi lo creo—. Jorge está descansando. Los médicos le han ajustado la medicación. Ha estado muy alterado. La noticia sobre La Sirena, sobre la… situación. Le ha afectado mucho. Su corazón, tú entiendes. El estrés…

—Solo cinco minutos. Por favor—.

—Lo sé, pero los médicos fueron muy claros. Nada de estrés. Nada de conversaciones perturbadoras. Tenemos que pensar en qué es lo mejor para su salud —hace una pausa, cargada de falsa preocupación—. Ha estado haciendo preguntas, Mari. Sobre la habitación. Sobre por qué estaba sellada. He estado tratando de tranquilizarlo, de protegerte, pero él es perspicaz. Incluso ahora. Me rompe el corazón verlo dudar…

Deja la frase en el aire, permitiendo que la implicación flote. Jorge está dudando de mí. Y Cesar se está asegurando de ello. Y si presiono para hablar con él, Cesar lo pintará como que soy la hija que estresa a su padre moribundo y que posiblemente le provoque el ataque al corazón que lo mate.

Jaque mate.

—Dile que llamé—. Mi voz se quiebra ligeramente. —Dile que lo amo—.

—Por supuesto, cariña. Sabes que lo haré. ¿Y, Mari? Por favor, ten cuidado. Esta ciudad puede ser muy peligrosa para una mujer en tu posición.

La amenaza se desliza bajo sus palabras como una hoja entre las costillas.

Cuelgo. Me quedo mirando el teléfono en mi mano. Detrás de mí, escucho que la respiración de Nico cambia. Lo escuchó todo. Él sabe.

—Me está bloqueando el acceso a mi propio padre—. Las palabras salen planas, como si constatara un hecho.

La mandíbula de Nico se tensa, ese músculo saltando. —Sí—.

—Mi padre se está muriendo y yo ni siquiera puedo…—. Mi voz se quiebra más fuerte esta vez. Las lágrimas están justo ahí, calientes,

presionando detrás de mis ojos. El duelo, la rabia y la impotencia luchan por brotar.

Casi hago una broma. Algo sobre cómo al menos quienquiera que me incriminó tiene un gusto excelente en víctimas. Pero ni siquiera mi caos puede sobrevivir a esto. Las palabras mueren en mi garganta.

Pero si empiezo a llorar ahora, no me detendré. Y no puedo permitirme desmoronarme. La policía quiere entrevistarme mañana. Los medios están rondando. Cesar está posicionando piezas en un tablero que solo él puede ver. Si me rompo ahora, lo pierdo todo.

Estoy completamente sola. Sin aliados. Sin familia. Sin Logan. Atrapada en este penthouse mientras mi reputación muere, mientras mi padre se desvanece creyendo que soy culpable de algo indescriptible. La jaula es completa. Dorada, cómoda y absoluta.

Algo sucede entonces. Nada dramático. Sin explosiones ni decisiones.

Las lágrimas retroceden. El pánico retrocede. Todo retrocede como la marea alejándose de la orilla.

Lo que queda es calma. Claridad. Frío.

Camino hacia la isla de la cocina con pasos firmes. Abro mi computadora portátil. Empiezo a hacer listas.

Metódica. Estratégica. Eficiente.

¿La duende del caos que inventaba apodos, quemaba las tostadas y lo llamaba «Mi caballo»? Ella se ha ido. Lo que la ha reemplazado es algo magro, afilado y vacío. He observado a Nico operar durante semanas. La mente táctica que ve las amenazas antes de que se materialicen. La compartimentalización que le permite follarme hasta perder el sentido y luego atender una llamada sobre un asesinato sin perder el ritmo. La disciplina que mantiene la emoción en una caja cerrada.

Aprendí. Lo absorbí todo mediante la observación. Ahora implemento sus métodos con la dedicación de una buena estudiante.

Pasan las horas en un silencio concentrado. Yo trabajo. Él trabaja a mi lado. El penthouse está en silencio. No hay películas terribles de fondo, ni burlas sobre sus aburridos batidos de proteínas, ni toques casuales que lleven a algo más. Solo dos personas que operan en vías paralelas, profesionales y separadas.

Cuando me levanto a buscar agua, me sorprendo a mí misma acomodando las revistas en la mesa de centro en ángulos rectos

perfectos. Orden a partir del caos. Control a partir de la catástrofe.

Él pone un plato frente a mí en algún momento. Huevos, tostadas, fruta dispuesta en líneas ordenadas. Como mecánicamente, apenas saboreando. Combustible, no placer. Él me mira masticar y tragar con una expresión que no puedo descifrar.

La champaña en el refrigerador me susurra una vez. Viejo hábito, vieja solución, vieja amiga. Pero eso sería ineficiente, y ahora todo en mí es eficiencia. Además, Nico lo notaría, y no puedo soportar la idea de su preocupación. La forma cuidadosa en que me preguntaría si estoy «lidiando con ello».

Atiendo dos llamadas sin contratiempos. Primero, el abogado de nuevo; luego, un asesor financiero. Cada palabra medida, cada respuesta calculada. Sin que la emoción se filtre. Esto es lo que Nico hace. Así es como él sobrevive. Evaluar la amenaza, desarrollar la respuesta, ejecutar.

Él abre la boca dos veces durante mis llamadas, luego la cierra. Algo se está gestando tras sus ojos que no quiere expresar. Sus dedos tamborilean una vez contra su muslo. El único signo de agitación que le he visto en todo el día.

—Marisol—.

—¿Mmh?—. No levanto la vista de los registros financieros que estoy analizando.

—Habla conmigo—.

—Estoy hablando. Los registros muestran un patrón de transferencias sistemáticas que…—

—No me refiero a eso—.

Levanto la vista. Me encuentro con sus ojos color avellana. No le doy nada más que eficiencia vacía. Mi rostro es una máscara de competencia profesional.

—Estoy bien. Lo estoy manejando—.

Algo parpadea en sus ojos. No es ira. Es reconocimiento. Y debajo de eso, miedo. Miedo real, del tipo que nunca le había visto.

Cae la noche, pintando el penthouse de oro y sombras. Él viene a sentarse a mi lado en el sofá. Cerca. Su cuerpo angulado hacia el mío, su rodilla casi tocando mi muslo. Su calor me pone la piel de gallina en los brazos, pero no me aparto. No me acerco. Solo continúo trabajando.

—Tienes que parar—.

—Tengo que prepararme para mañana—.

—Llevas diez horas en esto—.

—Hay mucho para lo cual prepararse—.

—Marisol—. Su mano cubre la mía sobre el teclado, deteniendo mis dedos. —Mírame—.

Lo miro. Calmada. Vacía. Paciente. Esperando a que diga lo que tenga que decir para poder volver al trabajo.

—Te estás cerrando—.

—Estoy haciendo una estrategia—. Retiro mi mano y la coloco con precisión en mi regazo. —¿No es eso lo que haces tú? Evaluar amenazas, compartimentar emociones, mantener la eficiencia operativa. Este enfoque táctico. Tú me enseñaste cómo—.

Algo le sucede a su rostro. Un microbio-cambio que lo transforma por completo. El miedo se intensifica, mezclado con algo que parece casi duelo.

—He estado confiando demasiado en ti—, continúo, con voz razonable, medida. —Para protección, para apoyo emocional, para todo. Eso no es justo para ti, y no es sostenible. Necesito manejar esto yo misma—.

Lo digo con la intención de mostrar madurez. Como fortaleza. Como convertirme finalmente en alguien que no necesita ser salvada constantemente.

Su mano cae de donde intentaba alcanzarme. Cae a su costado como algo cercenado.

El aire cambia entre nosotros. Un cambio de temperatura tan repentino que es casi físico. Como si alguien hubiera abierto todas las ventanas en enero. El calor se drena de sus ojos. La apertura, la ternura, la forma cuidadosa en que me ha sostenido durante días, todo retrocede detrás de algo duro e impenetrable.

El soldado del primer día está de vuelta. El que me miraba como un activo que debía gestionar.

—¿Nico?—

—Deberías descansar algo—. Su voz es uniforme. Profesional. La voz que usa para las llamadas sobre operaciones, no la voz que gimió mi nombre anoche.

—¿Qué dije?—

—Nada. Tienes razón. Deberías manejar esto tú misma—. Se pone de pie, y la distancia se siente infinita aunque esté a un metro de distancia. —Estaré en la otra habitación si necesitas asistencia de seguridad—.

Asistencia de seguridad. Las palabras aterrizan como hielo.

Se mueve hacia la habitación de invitados. La cama estrecha que no ha tocado en semanas, el espacio que abandonó para enroscarse a mi alrededor por la noche, para despertarme con su lengua entre mis piernas, para sostenerme a través de las pesadillas.

—Nico—. El temblor en mi voz traiciona todo lo que intento no sentir. —¿Hice algo mal?—

Un largo silencio. Él me da la espalda. Veo la tensión en sus hombros. Tenso, rígido, un hombre en guerra consigo mismo. Su mano sujeta el marco de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se blanquean.

—No, señora—. Las palabras salen bajas, definitivas. —No hiciste nada mal—.

Cierra la puerta.

El sonido resuena por todo el penthouse. Me quedo mirando la puerta cerrada. El silencio al otro lado. Siento el pecho hueco, como si me hubieran raspado por dentro. Le di todo. Cada secreto, cada herida, cada verdad vergonzosa que nunca le conté a nadie más. Confié en él por completo. Anoche él estaba dentro de mí, diciendo mi nombre como una oración. Esta noche ni siquiera puede mirarme.

¿Qué dije mal? Repaso cada palabra, buscando la línea de falla. Estaba siendo fuerte. Competente. Estratégica. Autosuficiente. Todo lo que debería ser. Todo lo que él es.

—Tú me enseñaste cómo—. Su rostro cambiando.

—No necesito que me protejas—. Su mano cayendo.

—Puedo manejarlo—. La temperatura desplomándose.

¿Por qué mi fortaleza lo asustó? ¿Por qué volverme como él lo alejó?

La vieja narrativa surge, familiar como respirar. Venenosa. Confiable.

Todos se van.

Gabriel se fue por Dios y la culpa. Mi madre se fue a través de la muerte. Mi padre se retiró tras la decepción. Gunner se retiró para ser el mejor maldito amigo de Nico. Logan se retiró tras la duda. Y ahora Nico, que me sostuvo durante las pesadillas, que lanzó a un hombre contra las rocas por tocar mi brazo, que se corrió dentro de mí mientras me miraba a los ojos, está tras una puerta cerrada.

Yo soy el factor común. El objeto del que la gente eventualmente no puede estar cerca. El desastre que se cansan de gestionar. O tal vez, y este pensamiento es el que corta más profundo, el vacío que ven cuando dejo de actuar.

No entiendo qué activé en él. No entiendo por qué mi competencia se convirtió en un arma vuelta contra los dos. Todo lo que sé es que estoy sentada aquí en la oscuridad que se cierne, confundida y sola, mientras la única persona que me quedaba se ha retirado por completo.

Tres de la mañana. El penthouse está a oscuras excepto por las luces de la ciudad que se filtran por las ventanas. Miami todavía pulsa abajo. Promesas de neón, el bajo de clubes distantes, la ciudad que nunca duerme incluso cuando todo en ella está muriendo. La humedad presiona contra el vidrio y puedo saborear el aire salino, pero ya no hay canela. No hay aceite de armas. Solo el vacío costoso de un espacio desierto.

Mi mano se levanta hacia su puerta. Tres veces casi llamo. Tres veces me detengo. ¿Qué diría? *¿Lo siento por volverme fuerte? ¿Por favor quiereme aunque ahora esté vacía? ¿Regresa y sé el hombre que me hizo creer que valía la pena quedarse por mí?*

Las palabras morirían en mi garganta de todos modos. La duende del caos que habría hecho una broma, que lo habría llamado Banana táctica y le habría exigido que dejara de ser ridículo, se ha extinguido. Lo que queda no sabe cómo cruzar esta distancia.

No me he movido del sofá en horas. No puedo dormir. No puedo llorar. No puedo sentir nada excepto este entumecimiento que se extiende, el hielo formándose sobre todo lo que solía arder.

De un lado de esa pared, el hombre que me hizo creer que valía la pena quedarse por mí. Que me mostró lo que se sentía ser deseada, reclamada, conservada. Del otro lado, yo. Aparentemente demostrando que, después de todo, no valía la pena.

No lloro. Eso requeriría sentir algo, y apagué eso hace horas. El entumecimiento es total ahora, extendiéndose por mí como el invierno. Todo lo que me hacía ser yo, el caos, la calidez, la mujer que agarró su polla en un barco solo para verlo perder el control, todo está extinto. Congelado. Desaparecido.

La computadora portátil descansa cerrada en la mesa de centro. Todas esas listas, toda esa estrategia. ¿Qué sentido tiene? Hice todo

bien. Me volví fuerte, táctica, autosuficiente. Me volví lo que él es. Y eso lo alejó.

Tal vez ese sea mi verdadero talento. No el acto de la duende del caos, ni la actuación de la chica fiestera. Mi verdadero talento es convertirme exactamente en lo que la gente no quiere. Mi hermano necesitaba inocencia; le di complicidad. Mi padre necesitaba fortaleza; le di debilidad. Nico necesitaba… ¿qué? ¿El desastre? ¿La vulnerabilidad? ¿La mujer que necesitaba ser salvada?

Nunca lo sabré ahora. Él se ha ido. No físicamente, sino en todas las formas que importan.

Llevo mis rodillas al pecho, haciéndome más pequeña en el vasto sofá. La seda de mi vestido está fría contra mi piel. Todo está frío ahora. Incluso el recuerdo de su calor dentro de mí se siente distante, como algo que soñé o vi en una película sobre otras personas.

El silencio se prolonga. Vacío. Final. Completo.

26 - Nico

—Tú me enseñaste cómo hacerlo.

Las palabras se repiten en bucle, un archivo de audio que mi cerebro se niega a borrar. Su voz, monótona y profesional, suena demasiado parecida a la de otra persona. La voz de Sofia, hace toda una vida: —Tú me convertiste en esto. Me enseñaste a ser dura, a ser un arma. ¿Estás orgulloso de lo que soy ahora?

Mujeres distintas. Misma cadencia. Misma acusación. El mismo arquitecto.

Me levanto a las 5 a. m. Hago dominadas en el marco de la puerta del baño porque aquí no hay barra. El ritmo es familiar, el único lenguaje en el que mi cuerpo confía. Al llegar a las doscientas ochenta y seis, me detengo. No por el dolor. Sino porque la oigo moverse en la cocina.

Está preparando café. Su terrible café que sabe dulce y lechoso como natilla aguada, pero bebería galones de esa cosa si eso significara que las cosas volvieran a la normalidad entre nosotros.

Me ducho con agua fría, me visto de negro y abro la puerta de la habitación de invitados como si estuviera irrumpiendo en territorio enemigo.

Ella está en la isla de la cocina. La computadora portátil abierta. El café humeante. La cocina todavía huele a ella: a vainilla y a esa crema de coco que usa. Se ha impregnado en todo. En mí. Lleva puesta mi camiseta, la que me robó hace días cuando todavía me llamaba Mi caballo y hacía bromas sobre mi estilo «todo táctico», y nada más debajo. Me doy cuenta por la forma en que se le pega al cuerpo. Mi miembro se agita a pesar de todo, y me odio a mí mismo por este deseo que no muere incluso mientras asesino todo lo demás.

La imagen hace que se me oprima el pecho.

Ella levanta la vista. Busca algo en mi rostro. Al hombre que la sostuvo durante sus pesadillas, que la besó en una azotea, que se deshizo dentro de ella susurrando su nombre.

En su lugar, le ofrezco la versión del soldado.

—Buenos días.

—Buenos días —la palabra suena seca, profesional, exactamente como me merezco.

Levanta la barbilla. Ese micro-movimiento que he notado cien veces: la señal de Marisol Delgado para *estoy herida, pero preferiría morir antes que demostrarlo*.

La distancia entre nosotros: casi cuatro metros. Podría cruzarla en 0.7 segundos. Podría tenerla en mis brazos antes de su próximo latido. En cambio, mantengo mi posición. Vigilo el perímetro que he establecido alrededor de mi propia cobardía.

Existimos en la misma habitación, a kilómetros de distancia.

Mi teléfono vibra con una llamada entrante. Es Gunner, lo que a esta hora significa problemas.

—La víctima ha sido identificada —dice, con su voz tan profunda como el océano.

Espero con impaciencia, pero no añade nada más. —¿Y?

—Lucia Zayas. Hija de la familia Zayas.

Los Zayas son los buitres que rodean el cadáver agonizante del imperio del padre de Marisol. La familia rival que destruiría a cualquiera o cualquier cosa para poner sus manos en el imperio Delgado. Una familia tan brutal y unida como la mía. ¿Y ahora creen que Marisol mató a uno de los suyos?

—¡Mierda!

La palabra sale de mi boca antes de que pueda evitarlo, y Marisol levanta la vista bruscamente. Salgo al balcón para tener privacidad, pero a través del cristal todavía puedo verla en la isla, con los hombros rígidos, observándome.

—La familia Zayas se ha puesto en contacto. Su hija está muerta —continúa Gunner—. La encontraron en una propiedad de los Delgado. Quieren respuestas. No de la policía. De la familia. De Marisol.

La implicación es clara: si no se proporcionan respuestas satisfactorias, los Zayas se tomarán la justicia por su mano. Miami no resuelve las deudas de sangre en los tribunales.

—Hemos visto a sus matones cerca de La Sirena, cerca de la finca, cerca de tu edificio.

Cesar ha fabricado algo más que una trampa legal; ha fabricado una guerra. Los Zayas no saben la verdad sobre su hija. Piensan que

Marisol lo hizo. Y vienen por ella.

En Chicago, ya estaría movilizándome para la guerra. Pero aquí estoy paralizado, luchando la batalla equivocada mientras las amenazas reales nos rodean.

—Copiado —digo, realizando ya evaluaciones de riesgos—. Necesito recursos.

Las siguientes dos horas son pura logística. Me coordino con Marco, quien autoriza cualquier cosa que necesite: seguridad adicional, inteligencia sobre los movimientos de los Zayas, presión legal si es necesario. Paso el tiempo en la planificación táctica: revisando la seguridad del edificio, trazando vectores de aproximación, preparándome para cada escenario.

Se siente bien. Limpio. Esto es lo que conozco. Amenazas y soluciones que involucran potencia de fuego y posicionamiento, no vulnerabilidad y ternura.

Alejarme de ella no es una retirada. Es disciplina.

Ella intenta tres veces, a lo largo de la mañana, acortar la distancia que he construido.

Primer intento: me trae café. Lo deja junto a mi computadora mientras reviso las grabaciones de seguridad. Su muñeca roza la mía, la misma muñeca que lamí hace tres noches mientras ella jadeaba mi nombre, y mi cuerpo me traiciona con el deseo incluso mientras me aparto. Nuestros dedos casi se tocan cuando alcanzo el asa. Retiro la mano como si el casi-contacto me quemara.

—Gracias —la palabra nunca había sonado tanto a "no te acerques".

Ella tensa la mandíbula, pero se retira a su lado de la cocina sin comentar nada.

Segundo intento: —¿Qué está pasando con las llamadas? ¿Los Zayas?

Le dije que la víctima era Lucia Zayas, y ella quiere ser parte de la estrategia para arreglar este desastre. Es aguda, táctica, esa versión de sí misma que emergió anoche cuando dejó de ser la chica fiestera y se convirtió en algo más duro.

Le doy los hechos escuetos. Sin análisis, sin especulaciones, sin colaboración. Solo el informe que le daría a cualquier cliente.

—La familia Zayas cree que usted es responsable de la muerte de su hija. Están movilizando recursos. Estoy coordinando las contramedidas.

Ella lo absorbe, hace preguntas inteligentes de seguimiento que no respondo del todo. Cada palabra entre nosotros es profesional, fría, exactamente lo que la estoy obligando a ser.

Tercer intento: se estira y mi camiseta se sube, revelando los moretones que le dejé en las caderas hace tres noches. Mis marcas. Mi marca. Aún visibles mientras pretendo que no tengo derecho a ellos. Luego se para directamente en mi camino hacia el balcón, bloqueando la puerta con su cuerpo. Me obliga a hacer contacto visual.

—¿Vamos a hablar de lo de anoche?

—No hay nada de qué hablar.

—Dormiste en la habitación de invitados.

—La situación táctica requiere…

—No sigas —el primer destello de la verdadera Marisol. Calor. Desafío. Vida—. No uses las tácticas como excusa. Me miraste como si fuera una extraña y te marchaste. Quiero saber por qué.

La miro a los ojos. Mantengo la mirada. La respuesta está ahí mismo: *Porque sonabas como Sofia. Porque vi cómo se apagaba tu luz y reconocí mis huellas dactilares en el interruptor. Porque vuelvo oscuro todo lo que brilla.*

—La amenaza de los Zayas cambia los parámetros operativos —digo en su lugar—. Necesito mantener el enfoque profesional.

Ella me mira fijamente, detectando la mentira, decidiendo si confrontarla.

No lo hace. Solo asiente, se hace a un lado y vuelve a su computadora. Algo dentro de mí grita ante esa rendición tan fácil, ante lo rápido que aprendió a no luchar por las cosas que importan.

Cada célula de mi cuerpo me grita que vaya hacia ella. Mis pies llegan a moverse, doy un paso hacia ella antes de frenarlos. El soldado gana. El hombre aúlla.

Camino hacia el balcón. Cierro la puerta. Respiro el calor de Miami mientras algo frío se instala en mi pecho.

El recuerdo llega sin ser invitado al balcón, el mismo que me ha perseguido durante meses, avivado por el eco que veo en Marisol.

Sofia, seis meses antes de irse. Sesión de entrenamiento en el complejo. Podía desarmar a hombres del doble de su tamaño, leer una habitación como yo lo hacía, matar sin vacilar. Yo estaba orgulloso. No vi lo que le estaba costando.

Tres meses antes de irse: la encontré en la cocina del complejo a las 2 a. m. Sentada en la oscuridad.

—¿Alguna vez te preguntas quién sería yo si no me hubieras entrenado? —Sus ojos se habían vuelto gélidos, con el mismo vacío táctico que yo le había inculcado—. Solía diseñar vestidos. ¿Lo sabías? Antes de que empezaras a entrenarme. Solía dibujar vestidos de gala. Hermosos. Era buena.

Yo no lo sabía.

—¿Cuándo fue la última vez que tocaste el piano, Nico?

No podía recordarlo.

—Eso es lo que hace esta familia —me dijo—. Toma las partes blandas y las cercena. Y dejamos que pase porque pensamos que ser duro significa estar a salvo.

No mucho después de eso, se fue. Y empecé a contar los días. He repasado estas conversaciones mil veces, pero ver a Marisol transformarse de la misma manera hace que vuelvan a ser heridas abiertas.

Vuelvo al presente. A través del cristal, veo a Marisol en la isla de la cocina. Concentrada. Serena. Eficiente. El duendecillo caótico se ha extinguido, reemplazado por algo estratégico y frío.

Ayer ella era un rayo de sol. Apodos ridículos y risas que ocultaban heridas. Viva de una forma que yo había olvidado que se podía estar.

Ahora es como yo.

Aprendió observando. Absorbió cómo opero: el control, la compartimentación, la forma en que guardo los sentimientos en una caja y me muevo por cálculos. Cuando todo se desmoronó, echó mano de la única herramienta de supervivencia que había visto funcionar: la mía.

Sofia hacía ballet. Ahora ya no.

Marisol era una llovizna bajo el sol. Ahora ya no.

El denominador común soy yo. Mi proximidad destruye las cosas suaves. Yo no ablando. Yo erosiono. Enseño a la gente a sobrevivir enseñándoles a dejar de sentir.

Suena mi teléfono. Es Marco.

La conversación de negocios es breve: recursos desplegados, inteligencia en camino. Luego: —¿Qué está pasando con la chica?

—Es una protegida bajo custodia.

—Nico —paciente, de esa manera que significa que no volverá a preguntar—. Qué está pasando.

El silencio responde por mí.

—No hagas lo que creo que estás haciendo.

—La situación táctica…

—Ella no es Sofia —dice Marco, cortando mi excusa—. Se está convirtiendo en una mujer en crisis que está lidiando con ello de la única manera que puede. No es lo mismo. Y si te alejas porque tienes miedo, no la estás protegiendo. Estás confirmando cada uno de sus temores. Te equivocas en esto.

Cuelga. Marco nunca se equivoca con las personas. Pero saber y hacer son guerras distintas, y estoy perdiendo ambas.

Vuelvo adentro y, de todos modos, refuerzo la distancia.

Para la noche, la tensión entre nosotros se ha convertido en un peso físico que lo presiona todo.

Siento la piel demasiado tirante, como si tuviera abstinencia de una droga. Días de tenerla contra mí cada noche, y ahora el espacio vacío a mi lado tiene peso, presencia, acusación.

Ella ha estado trabajando todo el día. No se ha salido de su papel ni una vez. La personalidad de operadora táctica se mantiene firme. Pero capto momentos: la forma en que mira de reojo la puerta de nuestra habitación, la forma en que prepara dos tazas de café por costumbre y luego se queda mirando la segunda como si hubiera olvidado por qué.

Cierra la computadora. Se pone de pie. Camina hacia donde estoy junto a la ventana, siempre junto a la ventana ahora, con las líneas de visión despejadas; un posicionamiento táctico que no necesito, pero que mantengo porque es más fácil que estar cerca de ella.

La luz agonizante se refleja en su cabello, volviéndolo hilo de oro. El mismo cabello en el que hundí la cara mientras ella se corría con mi miembro dentro. El recuerdo hace que apriete la mandíbula.

—Necesito entender algo.

Espero.

—Hace tres días me sostuviste mientras me desmoronaba. Me preparaste huevos y me tocaste como si ya fuera parte de ti —su voz es firme, controlada—. Ahora apenas me miras. Y lo único que cambió es que dejé de llorar y empecé a luchar.

Tiene razón. La injusticia de esto es asombrosa.

—Así que, ¿qué versión quieres? ¿La mujer desastrosa que te necesita? ¿O la mujer que no?

Debería explicarle lo de Sofia, lo del ballet, lo de mi efecto corrosivo de mi proximidad. En su lugar, digo:

—Creo que un poco de espacio sería beneficioso. Para ambos.

La máscara cae.

Lo que hay debajo no es rabia ni lágrimas. Es reconocimiento: la mirada de alguien que ya ha escuchado esto antes y siempre supo que lo volvería a escuchar.

—Espacio —prueba la palabra como si fuera amarga.

—La situación es…

—No digas «táctica». No uses tus palabras de soldado para que irte suene a estrategia —se ríe. Una risa corta, rota, que no tiene nada de graciosa—. Realmente te creí. "Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos". ¿Te acuerdas?

Me acuerdo. La promesa que sentí de verdad cuando la hice. Asiento.

—Te conté cosas que nunca le había dicho a nadie. Te di cada pieza rota de mí —su voz se quiebra una vez, pero sigue adelante—. Y en el momento en que dejé de estar rota, en el momento en que intenté ser fuerte, decidiste que habías terminado.

—Eso no es…

—Sabía que te irías —susurra. Concluyente. Una certeza que cala hasta los huesos—. Todo el mundo lo hace.

Camina hacia el dormitorio. Nuestro dormitorio. Cierra la puerta.

No es un portazo. El suave clic es peor: es el de alguien que ha aceptado el resultado.

Me quedo junto a la ventana mientras Miami se desenfoca porque estoy llorando. Lágrimas silenciosas, la segunda vez en mi vida adulta. La primera fue en sus brazos.

La voz de Marco resuena: *Estás confirmando cada uno de sus temores.*

Lo sé. Sé que me equivoco. Pero la voz de Sofia es más fuerte: *Ya no te necesito. Tú te encargaste de eso.*

Tres de la mañana. El penthouse está en silencio, excepto por sonidos que no deberían existir.

Estoy fuera de su puerta escuchando un llanto ahogado, el sonido de alguien que intenta ocultar que se está quebrando. No está durmiendo. Puedo oír el roce de las sábanas, respiraciones

entrecortadas ocasionales que intenta silenciar contra su almohada. Las sábanas de seda en las que hicimos el amor. Esas que probablemente todavía huelen a nosotros, a lo que éramos antes de que yo lo destruyera.

Apoyo la frente contra la madera. Mi mano busca el pomo de la puerta.

Ábrela. Entra. Dile que eres un idiota que tiene miedo de romper todo lo que toca. Háblale del ballet y de los ojos apagados y de cómo la partida de Sofia no fue libertad, sino la prueba de que destruyo las cosas suaves.

Bajo la mano.

Camino de vuelta a la habitación de invitados. La cama estrecha. El castigo que he elegido.

Hay dos tipos de fracaso que conozco íntimamente.

El primero es Afganistán: el muro derribado, la madre y el niño entre los escombros, la misión cumplida a un costo que nunca deja de acumularse. Ese fracaso me valió una mención, una medalla por acción decisiva mientras los inocentes morían en el polvo que yo creé.

El segundo es este: estar fuera de una puerta cerrada, escuchando llorar a la mujer por la que moriría debido a las heridas que yo le infligí, sabiendo que podría terminar con ello en tres pasos y la verdad, y eligiendo no hacerlo.

La cama estrecha se siente como un ataúd que he construido con mis propios miedos. Y en algún lugar tras esa puerta, la mujer que solía irradiar luz de sol está aprendiendo que la confianza es solo un abandono postergado.

Yo también le enseñé eso.

Entonces, a través de la puerta, apenas audible: —¿Nico?

Me quedo paralizado. Cada músculo se tensa. Ella sabe que estoy aquí. Probablemente lo ha sabido todo el tiempo: oyó mis pasos, sintió mi presencia de la misma forma en que yo siempre siento la suya.

Me pongo de pie antes de decidir moverme. Tres pasos hasta su puerta. Mi palma se presiona contra la madera que nos separa, y puedo oír su respiración al otro lado. Ya no llora. Solo respira. Espera.

—Aquí estoy —digo, y las palabras apenas son un susurro.

Silencio. Luego el sonido más leve: ella acercándose a la puerta. Puedo imaginarla, con la frente contra la madera como yo, ambos suspendidos en este momento antes de que yo abra la puerta o confirme cada miedo que ha tenido sobre la gente que se marcha.

El pomo está frío bajo mi mano. Un giro. Eso es todo lo que haría falta. Un giro y tres pasos y podría tenerla en mis brazos, podría decirle que lo siento, podría explicarle lo de Sofia y la forma en que destruyo todo lo delicado.

—Sé que estás ahí —susurra ella—. Puedo sentirte.

Mis dedos se cierran sobre el pomo. El metal se calienta bajo mi agarre.

—¿Por qué? —Su voz se quiebra en esa única palabra—. ¿Por qué nos estás haciendo esto?

La verdad me quema la garganta. *Porque te amo demasiado para verte convertirte en algo duro. Porque ya te he cambiado y no soporto terminar el trabajo. Porque todos los que entreno para sobrevivir terminan olvidando cómo vivir.*

—Marisol…

—Solo dime si te vas a ir. Si te vas a ir de verdad. Para que pueda dejar de esperar a que vuelvas.

Presiono mi frente con más fuerza contra la puerta. Me está dando una salida. Una ruptura limpia. Todo lo que tengo que hacer es decir que sí, que me voy, y ella dejará de tener esperanzas. Se acorazará por completo, se convertirá en la operadora táctica que no necesita a nadie.

El pomo de la puerta gira apenas una fracción bajo mi mano.

27 - Marisol

El penthouse se siente demasiado pequeño para dos personas que no pueden mirarse a los ojos.

Salgo de mi habitación a las diez, después de haber pasado la noche enumerando pérdidas de la misma forma en que Nico enumera amenazas. Mi padre muriendo, tal vez ya se ha ido. Mi hermano desaparecido en los brazos de Dios. El club precintado por la policía. Mi reputación hecha jirones en cada titular. Y ahora el hombre en la habitación de invitados que guarda mis secretos pero que no quiere sostenerme a mí.

Él está frente a su computadora en la cocina, con la espalda recta como un militar, sus dedos moviéndose sobre las teclas con la eficiencia de alguien que mide su valor en tareas completadas.

—Buen día. Su voz tiene toda la calidez de un reporte del clima.

—Buen día.

Me sirvo café en una taza y noto que no levanta la vista de la pantalla.

Somos extraños compartiendo un Airbnb, dos personas cuyos contratos de alquiler coincidieron. El silencio se prolonga, lleno del golpeteo de las teclas y el distante zumbido de Miami que despertaba más allá de los ventanales.

Algo en mi pecho termina de cerrarse. No se está rompiendo; eso sucedió anoche. Esto es el tejido cicatrizal formándose, los muros reconstruyéndose por hábito y necesidad.

Me siento frente a él, con la isla de mármol entre nosotros como si fuera una mesa de negociación.

—Necesito decirte algo.

Sus dedos se detienen sobre el teclado. Solo por un segundo. Luego continúan. —Adelante.

—Me voy hoy. Sola.

Ahora sí levanta la vista; esos ojos color avellana evalúan niveles de amenaza en lugar de verme a mí. —Eso es poco recomendable. La situación de los Zayas…

—No me importan los Zayas.

—Marisol…

—Puedes seguirme si tu misión lo requiere. —Me pongo de pie, dirigiéndome ya hacia mi habitación para buscar mi bolso—. Pero me voy de este departamento. Sin ti.

—Yo te llevaré.

—No.

—No puedo dejar que tú…

—¿No puedes DEJARME? —Las palabras salen lo suficientemente afiladas como para cortar—. Puedes seguirme los talones como un perrito, pero tú no decides cómo vivo mi vida.

Tomo mi bolso, mi teléfono, mis llaves. Avanzo hacia el elevador antes de que pueda desplegar más argumentos sobre protocolos de seguridad y evaluaciones de riesgos.

El elevador llega de inmediato, como si hubiera estado esperando este momento. Entro y me giro para verlo de pie en la entrada de la cocina, con la computadora abandonada y algo resquebrajándose en su rostro que no se permite mostrar del todo.

—Nico… —comienzo, pero luego me detengo. ¿Qué diría? ¿Que lo amo? ¿Que me está rompiendo el corazón? ¿Que si me pidiera que me quedara, lo haría?

Las puertas se cierran sobre su silencio.

En el lobby, el portero asiente con su saludo habitual. El calor de Miami me golpea al salir, espeso, húmedo y real de una forma que el ambiente controlado del penthouse nunca es.

Camino sola, y a la ciudad no le importa que me esté haciendo pedazos con cada paso.

La Pequeña Habana me atrae como la gravedad; mis pies encuentran las calles familiares sin pensarlo. Paso frente a mesas de dominó donde hombres mayores discuten en español sobre béisbol, política y cuál nieta se casó mejor.

Pido un cortadito en la ventanilla, tan dulce que te duelen los dientes, tan fuerte que despertaría a los muertos. La chica que lo sirve parece tener unos diecisiete años, y me pregunto si su madre conoció a la mía, si estas calles guardan sus recuerdos compartidos como sedimentos.

Mi teléfono vibra contra mi muslo. Nico. Doce mensajes ya. Los conté. Maldito sea por haberme enseñado eso también. No los leo, pero puedo imaginarlos: *Tu ubicación indica que estás en la*

Pequeña Habana. Confirma estado. Protocolos de seguridad requieren respuesta inmediata.

Vibra otra vez. Y otra vez. El teléfono me quema en el bolso, cada vibración es un recordatorio de que él puede encontrarme cuando quiera. Simplemente elige no hacerlo.

Pasa una hora. Tal vez dos. El sol sube más, convirtiendo la humedad en algo que presiona mi piel como lana mojada.

Un bar me llama la atención; su interior oscuro promete aire acondicionado y amnesia. Mi madre solía decir que heredé su debilidad por las botellas bonitas y las mañanas horribles. La atracción es física, una memoria muscular de mil noches intentando olvidar.

Me quedo afuera por un minuto entero, con los puños cerrados a los costados. El letrero de neón parpadea: *Havana Nights*. A través de la ventana puedo ver las botellas de ámbar alineadas como soldados. Como todo lo de Nico: ordenado, disciplinado y conteniendo algo que podría destruirte si lo permites.

No entro. No porque sea fuerte. Sino porque Nico arruinó también esta ruta de escape: me hizo querer estar presente, sentirlo todo con nitidez y claridad, y ahora no puedo ignorar a qué sabe la lucidez.

Mi teléfono vibra de nuevo. Lo miro, esperando otro control estratégico de mi escolta asignada.

El nombre de César brilla en la pantalla.

—Mari. Tu padre pregunta por ti. Está lúcido. Ven ahora, antes de que se debilite de nuevo.

Mi corazón se detiene. Se reinicia. Se acelera.

Papá, preguntando por mí. Después de días de estar bloqueada, controlada, alejada, quiere ver a su hija. Mi padre agonizante, que tal vez no sobreviva a la noche, a quien no he podido contactar, cuyos últimos recuerdos de mí podrían ser el veneno de César en lugar de la verdad.

Otro mensaje: —Lo han trasladado a un centro privado para una mejor atención. En la costa, más tranquilo. Pregunta por ti específicamente.

Sigue una dirección. No es la hacienda. En algún lugar al sur.

Debería llamar a Nico.

Mis dedos revolotean sobre su nombre en mis contactos. Una llamada y él estaría aquí en minutos.

Pero Nico eligió la distancia. Nico eligió su misión por encima de nosotros. Nico me vio fortalecerme y decidió que no valía la pena quedarse por mí.

Un sedán negro se detiene junto a la acera antes de que pueda dudar más. El conductor, alguien a quien no reconozco, baja la ventanilla.

—¿Señorita Delgado? El señor Vega me envía.

No es Carlos. No es ninguno de los conductores habituales. Esto debería ser una señal de alerta. Es una señal de alerta. Una advertencia enorme, ondeante y rodeada de neones de que esto es probablemente una trampa.

Me subo de todos modos.

Porque ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que muera? Al menos eso terminaría con esta sensación de estar vacía por dentro.

Los asientos de cuero están fríos a pesar del calor. Nos dirigimos al sur de inmediato, y la ciudad se va despejando a medida que avanzamos. El horizonte familiar retrocede en el espejo retrovisor, reemplazado por destellos de agua entre los edificios, más verde, menos gente. El conductor permanece en silencio, y lo agradezco, porque si hablara, tal vez gritaría o sollozaría, o ambas cosas.

—¿A qué distancia está este centro? —pregunto cuando pasamos la tercera comunidad cerrada.

—No falta mucho, señorita Delgado.

Mi teléfono me quema en el bolso con los mensajes no leídos de Nico.

Doblamos hacia una carretera costera. El océano aparece por completo ahora, un azul infinito a nuestra izquierda, y mis manos se aferran al asiento antes de que pueda evitarlo. Han pasado ocho años desde que estuve así de cerca de mar abierto. Ocho años de evitar piscinas, playas, cualquier cosa lo suficientemente profunda como para sumergirse. El terapeuta al que vi una vez lo llamó acuafobia. Yo lo llamé supervivencia: si nunca me acerco al agua, nunca tengo que sentir la ausencia de mi madre en el único lugar donde ella estaba más viva.

Una puerta se abre. Pasamos.

No es un centro médico. Obviamente.

La casa de estilo mediterráneo se asienta en el acantilado como si me estuviera esperando. No hay vehículos médicos en la entrada

circular. No se ve personal de enfermería a través de las ventanas. Ni rastro de mi padre moribundo.

El conductor no apaga el motor; solo se queda esperando mientras proceso lo que ya sabía: esto es una trampa. César mintió. Mi padre no está aquí.

Me bajo de todos modos.

Porque ¿qué más queda por hacer? ¿Correr? ¿Hacia dónde? ¿De vuelta al penthouse donde Nico redactará un informe sobre mis "decisiones poco recomendables"? ¿De vuelta a las calles donde el fantasma de mi madre canta los jueves por la noche?

La puerta principal está abierta, revelando suelos de mármol que brillan como el hielo a pesar del calor. A través de la casa, puedo ver la terraza con vistas al borde del acantilado y al océano más allá. Ya puedo oler la colonia de César: ese costoso aroma francés mezclado con el aire salino, demasiado pesado para el calor, como si todo en él estuviera fuera de lugar en este clima.

César está en la terraza, su silueta recortada contra el sol de la tarde. No se apresura a saludarme con falsa preocupación. No mantiene su actuación de tío. Solo espera. Oigo el tintineo del hielo en un vaso.

Cruzo la casa, mis tacones haciendo clic sobre el mármol que se siente frío a pesar de la temperatura. Cada paso resuena en el vacío.

De cerca, su rostro es diferente. La máscara cálida que ha usado durante treinta años ha sido dejada de lado como un abrigo que ya no necesita. Lo que hay debajo no es maldad, exactamente. Es peor. Es pragmatismo.

—¿Dónde está mi padre?

—En la hacienda. Donde ha estado todo este tiempo. —Ni siquiera finge disculparse—. Siéntate, Mari.

—Mentiste.

—Sí. Te necesitaba aquí y sabía que mencionar a Jorge te traería —se acomoda en una silla como si estuviéramos tomando cócteles en lugar de lo que sea que sea esto—. Eres predecible en ese sentido: siempre vienes a buscar a las personas que te lastiman.

La verdad de eso me golpea con fuerza. Mi padre. Gabriel. Incluso Nico, a su manera. Sigo volviendo a las fuentes de dolor como si pudieran transformarse en otra cosa.

—O tal vez solo tengo más esperanza que instinto de supervivencia —digo—. Pero tú no entenderías eso. Renunciaste a la

decencia hace décadas.

Su sonrisa es fina, complacido de que lo esté leyendo con claridad por fin. —Treinta años. Es mucho tiempo para esperar, cariño.

Detrás de mí, oigo que el auto se aleja. El ruido del motor se desvanece, dejando solo el sonido de las olas golpeando las rocas allá abajo. Movimiento en mi visión periférica: sombras en la casa. Tres hombres, tal vez cuatro. No estamos solos.

—Limpiando los desastres de los Delgado mientras me decían que no soy de su sangre, que no soy familia. —Toma un sorbo de su vaso: whisky, puro, porque por supuesto que bebe como un hombre que nunca ha dudado de sus propias decisiones—. ¿Y cuál es mi recompensa? Jorge te lo va a dejar todo a ti. La hija desastre que no puede mantenerse sobria ni una semana.

Tres hombres salen de la casa, posicionándose entre yo y la salida. No son amenazantes, exactamente. Solo están presentes. Solo bloquean cualquier ruta de escape que pudiera considerar.

—¿Y el cuerpo? ¿La chica Zayas?

Por primera vez, algo cruza su rostro. No es culpa. Es fastidio, como si estuviera preguntando por la metodología cuando deberíamos estar discutiendo los resultados.

—Daño colateral. —La palabra cae entre nosotros como una piedra en agua estancada.

La vida de una mujer reducida a una partida en su planificación estratégica. Pienso en ella sobre ese sofá de terciopelo, colocada exactamente como hace ocho años, su piel enfriándose bajo mis dedos mientras Cesar observaba desde algún lugar, calculando el daño psicológico hasta el último decimal.

—Sabía que te rompería de la misma forma que te rompió a los dieciocho —continúa él, con su sonrisa fina y satisfecha—. Y así fue. Hasta que ese soldado Rosetti comenzó a reconstruirte en algo inconveniente. A volverte fuerte. A estar sobria. No había contado con eso.

El sol cae más bajo detrás de él, dejando su rostro en sombras. El océano más allá del acantilado ya se está oscureciendo, con ese azul profundo que precede al negro. Puedo oírlo ahora: no ondas suaves, sino violencia, el agua encontrándose con la roca con una fuerza que nunca se detiene.

—¿Y ahora qué? —pregunto, aunque ya lo sé. Los hombres. El lugar aislado. El acantilado. El océano que todo el mundo sabe que

temo.

Él parece casi triste. No de forma genuina; Cesar ya no hace nada genuino. Sino la actuación de la tristeza, la memoria muscular de décadas fingiendo que le importa.

—Ahora te conviertes en otra tragedia de los Delgado. La heredera atribulada, abrumada por el escándalo y el dolor, se quita la vida con una bala en el cerebro antes que enfrentar la justicia por la chica Zayas. —Se pone de pie, terminando su whisky, dejando el vaso con determinación—. Tu padre sufrirá, pero lo aceptará. Siempre ha esperado que te autodestruyeras tarde o temprano. Tu hermano se culpará a sí mismo, incluso podría dejar el sacerdocio. Y yo administraré los intereses de la familia durante este tiempo difícil.

Ni siquiera me vigila de cerca. Esa es la señal. Me ha posicionado perfectamente: sus hombres bloqueando la casa, el acantilado a mi espalda, y él sabe —todo el mundo sabe— que Marisol Delgado no se acerca al agua. No desde que murió su madre. Me ha visto estremecerme ante las piscinas en las fiestas, rechazar barcos, evitar la playa. Está usando mi miedo como una cuarta pared.

—Suicidio. —La palabra sabe a cobre en mi boca.

—La narrativa se escribe sola. La sangre lo significa todo en este mundo, pero yo me aseguraré de que treinta años de lealtad signifiquen más.

Sus hombres se acercan. Sin prisa. No necesitan apresurarse. Ya estoy atrapada entre ellos y el vacío que he pasado ocho años evitando.

La mente táctica que Nico construyó en mí realiza el cálculo, fragmentada y desesperada, pero aún funcionando. Tres hombres bloquean la casa: demasiados, demasiado fuertes. César está entre el muro y yo, aunque, espera… Dios, ¿se movió hacia la izquierda? Hay un hueco ahora, de dos pasos tal vez, si puedo lograrlo, si las piedras son lo suficientemente rugosas para agarrarme.

Detrás de mí, la muerte segura vestida como la necesidad de Cesar.

Ante mí, la muerte posible vestida como el océano que mi madre amaba.

Y bajo el caos táctico, algo más surge. No su voz exactamente, sino su presencia, como el aire salino antes de ver el agua.

—Crees que lo has planeado todo —digo, dando un pequeño paso hacia atrás, hacia el muro, probando—. Treinta años de paciencia y

crees que me conoces.

—Te conozco, Mari. Mejor de lo que te conoces a ti misma. El desastre. La debilidad. La niña que necesita que alguien la salve.

Otro paso atrás. El hueco definitivamente está ahí ahora. Dos segundos hasta el muro si soy lo suficientemente rápida, si mis manos no resbalan, si logro esquivar las rocas.

Un paso más hacia atrás, y el océano ruge debajo de mí, y cada célula de mi cuerpo grita *camino equivocado, camino equivocado, eso es la muerte allá atrás*. Ocho años de este miedo. Ocho años de dejar que el agua se convirtiera en un monstruo.

—La chica parrandera —asiento—. Pero olvidaste algo.

Sus ojos se entrecierran, dándose cuenta finalmente de que me muevo hacia el muro en lugar de alejarme de él. La confusión parpadea: esto no estaba en sus cálculos. La chica que ni siquiera toma baños no salta de los acantilados.

—Mi madre no me enseñó a temer al agua. —Mi voz tiembla. Todo mi cuerpo tiembla. Pero doy otro paso atrás—. Ella me enseñó a nadar.

Su melodía llena mi cabeza: esa sobre la niña que confiaba en que el océano la sostendría.

Los hombres empiezan a moverse, leyendo mi lenguaje corporal. Cesar se da cuenta de su error de posicionamiento, comienza a desplazarse a la derecha para bloquearme.

Dos segundos. Ahora o nunca.

El terror es absoluto. No a Cesar, no a sus hombres… al agua. El agua oscura y agitada que se llevó la alegría de mi madre y me dejó vacía. Voy a saltar hacia mi peor pesadilla porque mi peor pesadilla sigue teniendo mejores probabilidades que la muerte segura.

Giro y salto en un solo movimiento, mis manos golpeando la piedra rugosa del muro, usando el impulso para saltar por encima antes de que alguien pueda agarrarme.

César grita, con la sorpresa rompiendo finalmente su control, y unos dedos alcanzan a rozar mi vestido, rasgando la tela. Mi bolso con mi teléfono se engancha en algo y se arranca de mi hombro, quedándose atrás en la terraza.

Luego estoy en el aire.

Cayendo.

El mundo se invierte. El cielo y el agua intercambian lugares. La pared del acantilado pasando borrosa: piedra, matorrales y espuma

blanca abajo. La voz de mi madre en mi cabeza: *Confía en el agua, mija*.

El océano me golpea como cemento.

Un choque frío inunda cada nervio mientras me sumerjo en la oscuridad. La sal llena mi nariz, mi boca. El impacto expulsa el aire de mis pulmones en un estallido de burbujas que corren hacia arriba mientras yo me hundo.

Desorientación completa: ni arriba ni abajo, solo agua oscura y el rugido sordo de las olas contra la roca. El vestido se me enreda en las piernas. La corriente me atrapa de inmediato, tirando de lado, y puedo oír la violencia del agua encontrando la piedra demasiado cerca, demasiado cerca.

Patea, mija. Recuerda patear.

El fantasma de mi madre en mi cabeza, sus manos enseñando a las mías a ahuecar el agua, a empujar a través de ella en lugar de combatirla.

Mis piernas recuerdan antes que mi cerebro. Pateo fuerte, siguiendo las burbujas que saben cuál es el camino hacia arriba. Mis pulmones gritan por aire. Manchas negras bailan en los bordes de mi visión.

Rompo la superficie jadeando, atragantándome, con agua salada saliendo de mi nariz. Un respiro desesperado antes de que una ola me hunda de nuevo.

Superficie otra vez. Respiro. La corriente me tiene, arrastrándome hacia las rocas donde el agua blanca se agita. Puedo oírlas incluso bajo el agua: el estruendo hueco de las olas en las cuevas, el crujir del agua contra la piedra que me destrozará si me alcanza.

Mis brazos recuerdan el movimiento incluso mientras mi mente grita que voy a morir aquí, que el agua me tragará de la forma en que el dolor tragó a mi madre, que tuve razón en temerle durante ocho años. Ya no es con gracia, nada parecido a la chica que solía deslizarse por el agua como si hubiera nacido en ella. Brazadas feas y desesperadas impulsadas por el puro terror. Pero me muevo. Estoy nadando. Por primera vez en ocho años, estoy nadando.

Desde arriba, gritos. La voz de Cesar aguda por la rabia de que su plan perfecto se esté ahogando junto conmigo. Sus hombres llamándose unos a otros. No me seguirán. No pueden seguirme.

¿Quién sería tan loco para saltar al agua oscura con rocas esperando como dientes?

Una mujer Delgado. La hija de mi madre. Alguien que ya ha perdido todo lo que importa.

Otra ola intenta lanzarme contra la cara del acantilado. Nado más fuerte, mis músculos ya ardiendo por el frío y el esfuerzo. Ocho años sin práctica, pero mi cuerpo recuerda. Recuerda la voz de mi madre contando brazadas. Recuerda el ritmo que convierte el pánico en movimiento.

La corriente me quiere contra las rocas. Lucho en diagonal, nadando a través de su tirón en lugar de contra él. Una lección sobre resacas de cuando tenía diez años, la voz calmada de mi madre explicando cómo escapar del agarre del océano trabajando con él, no luchando de frente.

Brazada tras brazada, me alejo del acantilado. Los gritos de arriba se desvanecen. Las rocas retroceden. Sigue siendo peligroso, sigue estando demasiado cerca cuando las olas rompen, pero ya no estoy siendo empujada hacia ellas.

Al océano no le importa mi corazón roto. No le importa que le haya temido durante ocho años o que César usara ese miedo como una jaula. Simplemente me sostiene como mi madre prometió que lo haría, de la forma en que yo estaba demasiado enferma de dolor para creer.

Nado. Fea, aterrorizada y viva.

César construyó su trampa con mi propio miedo y yo la atravesé de todos modos. Lo que sea que venga después —las rocas, el frío, la corriente—, yo elegí esto. Elegí el agua por encima del hombre que creía conocerme.

La hija de mi madre. Por fin.

28 - Nico

He rastreado hostiles a través de tres países, he cazado hombres por desiertos y cadenas montañosas. Ni un solo segundo de eso me preparó para rastrear a una mujer que no quiere ser encontrada porque yo soy la razón por la que huyó.

La carretera costera se despliega como una pesadilla táctica. Curvas cerradas, sin banquina, el océano a mi derecha invisible en la oscuridad. Viento del suroeste a quince nudos, afecta la estabilidad del vehículo en estos giros. Mi teléfono descansa en el soporte, el punto de su rastreador se mantiene al borde de la tierra.

Se fue esta mañana y la dejé ir. Mantuve la distancia, rastreé su teléfono, me dije a mí mismo que la vigilancia era profesional. No desesperada. Observé su punto quedarse en la Pequeña Habana durante horas. Luego se movió. Rápido. Un vehículo dirigiéndose hacia la costa.

Llamé. No hubo respuesta. Otra vez. Nada.

Fue entonces cuando empecé a seguirla.

El velocímetro llega a noventa en una recta. Distancia al objetivo: doce millas. Tiempo a esta velocidad: ocho minutos. Demasiado tiempo. El rastreador muestra que su punto se ha detenido en los acantilados al sur de la ciudad. La información de Logan inunda mi teléfono: propiedad de una empresa fantasma, tres niveles de profundidad, todo se remonta al abogado de Cesar Vega.

Cesar la tiene.

La propiedad se materializa. Portones abiertos, huellas de neumáticos frescas en la grava. Apago los faros a doscientos metros y me acerco a pie. Mi entrenamiento toma el control. Glock desenfundada, respiración lenta, la memoria muscular de cien incursiones. Tres objetivos son visibles a través de las ventanas, probablemente haya más adentro. Punto de entrada óptimo: la puerta de la cocina, punto ciego desde las posiciones actuales. La casa brilla con luz. A través de las ventanas, veo movimiento en la terraza. Los matones de Cesar, pero su lenguaje corporal está mal.

No son guardias tranquilos. Son hombres en pánico, gritando en sus teléfonos, gesticulando salvajemente hacia algo.

El acantilado.

Mi sangre se convierte en agua helada. Mi dedo en el gatillo tiembla. Tres objetivos. Dos segundos cada uno. Pero eso es demasiado limpio para lo que se han ganado. Me muevo antes de que el pensamiento me alcance, rodeando a los hombres aterrorizados que ni siquiera me notan, directo hacia el bajo muro de piedra al borde del acantilado. Abajo: oscuridad. El océano revolviéndose contra las rocas, espuma blanca visible donde rompen las olas. Treinta pies de caída, tal vez más. Rocas agrupadas en la base como dientes.

Entonces lo veo. Su bolso enganchado en el muro de piedra, el teléfono todavía adentro, el rastreador que me trajo hasta aquí. Tela desgarrada en la piedra rugosa. Se lanzó al vacío. Sin su teléfono.

No hay ningún cuerpo en las rocas. No hay ningún cuerpo en el agua cercana.

Ella saltó. A eso.

El acantilado no tiene un sendero de bajada, solo paredes de roca y salientes que podrían aguantar o desmoronarse. Encuentro asideros, apoyos para los pies, descendiendo demasiado rápido para ser seguro. El haz de luz de la linterna de mi teléfono oscila salvajemente entre los dientes mientras me abro paso.

El soldado en mí intenta imponer orden. Búsqueda en cuadrícula, cobertura metódica. Pero no puedo pensar más allá de la imagen de su cuerpo hinchado por el agua.

La playa se materializa. Una media luna de arena gruesa y roca, las olas rompiendo en patrones irregulares. Escaneo de izquierda a derecha. Nada más que troncos a la deriva y algas. El frío comienza en mi pecho. No es la temperatura, sino ese otro frío, el de Afganistán, el de caminar entre los escombros sabiendo lo que voy a encontrar. Mi mandíbula se aprieta tanto que algo cruje.

Ha pasado una hora desde que saltó, tal vez más. El viaje hasta aquí, el descenso. El tiempo carece de sentido cuando se mide contra la paciencia del océano. En agua a esta temperatura, con rocas y corriente… No. No voy a calcular esas probabilidades. Ella es más fuerte de lo que nadie sabe. El océano estaba en su sangre antes de que el duelo le hiciera tenerle miedo.

—¡MARISOL!

Entonces lo escucho. Tenue, casi perdido en el viento. Una tos. Débil pero inconfundible.

Corro hacia el sonido, resbalando en las rocas mojadas, con el haz de luz de mi teléfono moviéndose de forma errática. Mis rodillas golpean la roca con suficiente fuerza como para abrirme la piel. No lo siento. No puedo sentir nada excepto la necesidad de encontrarla. Detrás de un grupo de rocas que sobresalen en el agua hay una cala más pequeña, protegida de lo peor de la corriente. Y allí está.

Está en las rocas. Mitad en el agua, mitad afuera, como si el océano la hubiera llevado tan lejos como pudo antes de depositarla con suavidad. Su vestido está desgarrado por donde la agarraron. Tiembla violentamente, tosiendo agua de mar, pero está viva.

Está viva.

El alivio me golpea con fuerza. Llego a ella en tres zancadas, mis manos revisan de inmediato si tiene heridas. Mis rodillas golpean la roca de nuevo, más fuerte esta vez, definitivamente sangrando ahora. Su pulso es rápido pero fuerte, no hay fracturas obvias, tiene raspones de las rocas pero nada crítico. Tiene hipotermia, los labios teñidos de azul por el agua fría, pero respira. Respira.

—Te encontré —susurro, las palabras me salen rotas.

—¿Nico? —No hay sorpresa en su voz. Es como si supiera que yo vendría.

Se sobresalta cuando intento tocarla, y se aparta.

—Estoy aquí —me quito la chaqueta y la envuelvo en ella—. Santo Dios, Marisol, saltaste. Realmente saltaste.

—Él iba a dispararme —le castañean los dientes con tanta fuerza que las palabras vibran—. A montar un suicidio. Dijo que me convertiría en otra tragedia de los Delgado. —Se aparta un poco cuando intento acercarla más, no mucho, pero lo suficiente como para notarlo—. Así que salté primero. Le quité su final.

—No habías nadado en ocho años.

—Lo sé.

Estudia mi rostro por un momento, decidiendo algo. Entonces, finalmente, se permite apoyarse en mi calor. Todo su cuerpo tiembla, por el frío, por el recuerdo o por ambos.

La abrazo con más fuerza ahora que me lo permite, intentando transferirle cada grado de mi calor corporal.

—Elegí vivir —dice contra mi pecho—. Incluso después de que me miraras como si fuera solo otra misión.

Cada palabra cae como una bala que me merezco. Tiene razón en todo.

Se aparta lo suficiente para mirarme bien. Incluso empapada y congelada, incluso después de haber estado a punto de morir, me lee como siempre lo ha hecho. Más allá de cada muro, hasta llegar al hombre aterrorizado que hay debajo.

—Pensaste que me estaba convirtiendo en Sofía —no es una pregunta—. Me viste ponerme táctica y fría, y entraste en pánico.

—Sí.

—Porque pensaste que me estabas rompiendo.

—Como la rompí a ella.

—Como vos *creés* que la rompiste.

La verdad cae con fuerza. Las manos se me cierran en puños, las uñas clavándose en las palmas. —Sí. Pero me equivoqué. Me equivoqué jodidamente.

—Eres un idiota —dice ella con cariño—. No me estaba convirtiendo en Sofia. Estaba tratando de ser lo suficientemente fuerte para que no tuvieras que salvarme todo el tiempo. Pensé que si podía manejar las cosas por mi cuenta, tal vez dejarías de verme como una carga.

Los muros que construí se derrumban por completo. Cada justificación, cada retirada noble diseñada para protegerla. Todo estaba mal. Ella no se estaba endureciendo para ser un arma. Estaba tratando de ser digna de quedarse. Y yo la castigué por eso.

—Nunca fuiste una carga. —Las palabras salen desesperadas—. Nunca. Eras… eres…

—¿Qué? ¿Qué soy para ti?

Las palabras están ahí mismo. Tres sílabas que llevan días ardiendo en mi pecho. Pero ella merece más que una confesión de adrenalina sobre rocas oscuras.

—Mía —gruño en su lugar—. Eres mía. Eso es todo. Eso lo es todo.

Ella estudia mi rostro durante un largo momento. Todavía no me deja entrar por completo, haciéndome trabajar por cada pulgada de proximidad. Entonces habla:

—Te amo.

Las palabras golpean más fuerte que el alivio de encontrarla viva. Las dice de forma sencilla, clara, a pesar de todo lo que he hecho para no merecerlas.

—Te amo —continúa—, y necesito que lo sepas. No porque casi me muero. Sino porque es verdad. Ha sido verdad desde que me preparaste huevos y me hablaste de tocar a Chopin.

Quiero respondérselo. Las palabras están ahí mismo, presionando contra mis dientes. Pero si las digo ahora, sonarán a alivio, a gratitud por su supervivencia en lugar de a una elección.

NONE

—Marisol…

—No tenés que decírmelo vos también —estremeciéndose, se ajusta más mi chaqueta. Noto los moretones en sus caderas de nuestra última vez juntos, visibles a través del vestido desgarrado. Mis marcas siguen en su piel incluso después de que la rechacé—. Sé que las palabras son difíciles. Pero esta noche salté de un acantilado, así que imagino que puedo decir dos palabras sin morirme.

Algo cruje en mi pecho. El último de mis muros cayendo. —Cuando las diga, quiero que se trate de vivir, no de haber estado a punto de perderte.

Ella asiente y luego logra el rastro de una sonrisa. —Eso es aceptable, Mi caballo.

Mi caballo. El apodo rompe algo dentro de mí. No una destrucción, sino una posibilidad. La mujer loca que inventa palabras sobrevivió al océano. Es más fuerte de lo que mis miedos me permitieron ver.

—Te prometo que nunca volveré a dejarte —repito, necesitando que lo crea—. Nunca.

—Veremos —dice ella, pero se acurruca más en mi calor. No perdonado por completo, pero permitiendo comodidad. Lo acepto.

La cargo playa arriba y por detrás del cabo hasta la carretera. No pesa nada, o tal vez la adrenalina hace que todo sea ingrávido. Mi Glock presiona contra mi cadera a cada paso, recordándome lo que viene después.

Seguimos la serpenteante carretera de regreso a la propiedad de Cesar, donde todo ha cambiado. El equipo de Gunner ha llegado. Diviso cuatro autos, hombres en formación táctica. Acceso este cubierto, dos tiradores en vigilancia. La terraza está despejada, los matones aterrorizados de Cesar están con precintos en las manos y arrodillados. El propio Gunner está cerca de la casa, una sombra

imponente que se alza sobre el hombre que tiene al lado, e incluso en la oscuridad puedo leer su satisfacción.

—¿Cesar? —pregunto.

Gunner vuelve su rostro lleno de cicatrices hacia el mío, luciendo como una pesadilla hecha realidad.

—Contenido —dice, su voz suena como piedras moliéndose—. Adentro. Esperándote.

No está muerto. Todavía no. Mañana, Cesar aprenderá por qué se teme a los Rosetti. Por qué nuestro nombre hace que hombres adultos miren por el espejo retrovisor. Mañana, lo desarmaré pieza por pieza, y me aseguraré de que estés consciente cada segundo. El hombre que tocó lo que es mío, que la hizo saltar, que pensó que podía orquestar su muerte como si fuera un daño colateral en su plan de treinta años. Mañana descubrirás cómo es la paciencia de verdad. A qué sabe la violencia de verdad.

Pero esta noche se trata de llevarla a casa.

Subo a Marisol a mi auto, pongo la calefacción al máximo, la envuelvo en la manta de emergencia de mi maletero. Apenas está consciente ahora, el bajón de adrenalina la golpea con fuerza. Mientras conduzco, ella murmura contra mi hombro.

—Mi madre tenía razón.

—¿Sobre qué?

—El agua. Dios estaba allí. En el agua. Esperando. —Su respiración se nivela en un sueño profundo.

Conduzco a través de la noche de Miami, con el agua salada secándose en mi ropa y su calor contra mi costado.

Las luces de la ciudad pasan borrosas, pero en lo único en lo que puedo pensar es en su voz diciendo esas dos palabras. Cómo saltó de un acantilado y aun así encontró valor para ese salto más difícil. Cómo nadó a través del agua oscura guiada por la voz de su madre, salvándose a sí misma cuando yo no estaba allí para salvarla.

Mañana, la violencia. Esta noche, solo esto: Marisol Delgado durmiendo contra mi hombro, oliendo a océano y a supervivencia, enseñándome con cada aliento que amar a alguien no se trata de protegerlo para que no se vuelva fuerte.

Se trata de ser digno de la fuerza que ya tiene.

29 - Marisol

Siempre imaginé que la justicia se sentiría como el fuego. Justiciera, consumidora, dramática. En cambio, se siente como una mañana de lunes. Cielo despejado. Café negro. El hombre al que amo limpiando un arma en la isla de mi cocina.

Me desperté dolorida. Cada músculo gritando por el nado, las rocas, el acantilado. Y por Nico. Anoche me sostuvo como si pudiera desaparecer, con sus manos volviendo a aprender cada centímetro de mí con una precisión desesperada. Mi cuerpo lleva sus marcas junto a las del océano. Los moretones de sus dedos mezclados con los rasguños de las rocas. Ambos tipos de dolor se sienten como supervivencia.

Me desperté viva. Esa es la parte que importa.

Los rasguños en mis brazos arden cuando me muevo. Nico los limpió a las tres de la mañana, ninguno de los dos capaz de dormir. Ninguno de los dos dispuesto a estar en habitaciones separadas después de todo lo que pasó. Fue delicado pero minucioso, la misma precisión que ahora aplica a su arma.

Hace veinticuatro horas me estaba ahogando. Ahora estoy observando cómo se prepara la ejecución de mi pretendido asesino. El cambio drástico debería molestarme más de lo que lo hace.

Nico ya estaba levantado cuando salí del dormitorio. Por supuesto. Pero estaba diferente a las últimas dos mañanas. Estaba en la cocina, y cuando me miró, fue de la forma en que solía hacerlo. De esa manera que me hace sentir como lo único visible en cualquier habitación.

No el soldado. El hombre.

Ahora lo observo en la isla. El arma desmontada, limpia, reensamblada con precisión mecánica. Sus manos firmes. Su rostro tranquilo. No enojado. Algo más allá del enojo. El enfoque gélido de un hombre que ha pasado por la rabia hacia el lugar sereno del otro lado. La luz de la mañana resalta los músculos de sus antebrazos mientras trabaja, e incluso ahora, incluso con la violencia en la

agenda de hoy, mi cuerpo responde a él. Se me cierra la garganta al recordar esas manos sobre mí anoche, dándome estabilidad, reclamándome, recordándome que estoy viva.

Lo escuché en la ducha hace un rato. La misma ducha donde solía encerrarse para alejarse de mí. La puerta estaba abierta. Una invitación que no estaba lista para aceptar, no con la violencia de hoy por delante. Pero esta noche, después de que se haga justicia, haré que recuerde por qué dejó de esconderse de mí.

—¿Cuándo lo harás? —pregunto.

—Hoy.

—Iré contigo.

Él levanta la vista. Espero una discusión. Resistencia. El instinto protector que quiere protegerme de lo que está a punto de suceder.

Estudia mi rostro durante un largo momento. Leyendo lo que sea que encuentre allí.

—Está bien.

Sin discusiones. Sin protección. Ha dejado de decidir qué es lo que puedo soportar.

Un golpe en la puerta rompe el silencio. Tres golpes secos. Controlados, deliberados. Sé quién es antes de abrir.

Gabriel está de pie en mi umbral. Mi hermano parece haber luchado contra Dios toda la noche y haber perdido. El alzacuello le queda como un disfraz ahora. El Padre Gabriel, santo patrono de las pésimas decisiones de vida y de la sincronización aún peor. Sus ojos están más oscuros de lo que recuerdo, su compostura fragmentada. Como un hombre que pasó la noche de rodillas rezando y no encontró consuelo en ello.

Me ve. Los rasguños, los moretones, el agotamiento escrito en mi rostro. Por un momento, la máscara cae por completo.

—Mari.

Escuchar mi nombre en su boca como sonaba cuando éramos niños. Antes del Calypso Room. Antes de que Dios se convirtiera en un escondite.

Lo dejo entrar. No lo abrazo. Todavía no. Los ocho años de separación siguen existiendo incluso en plena crisis.

Los ojos de Gabriel encuentran el arma sobre la encimera, luego el rostro de Nico. —Vas a matarlo.

No es una pregunta. No es un juicio. Es una observación de un hombre que entiende la violencia mejor de lo que un sacerdote

debería.

—Sí —dice Nico con sencillez.

Gabriel asiente, algo cambia en su expresión que no alcanzo a nombrar. —Necesito estar allí.

Se sienta con nosotros. Café que no bebe. Las manos entrelazadas sobre la mesa. —A lo largo de los años, Cesar me habló. No eran confesiones. Él no es católico. Pero de la forma en que los hombres poderosos hablan con los sacerdotes. Asumiendo que el alzacuello significa silencio.

Gabriel saca un papel doblado. —Anoche escribí todo. Fechas. Nombres. Estructuras financieras que él mencionó.

Lo leo. Nico lee sobre mi hombro, el calor de su cuerpo irradiando contra mi espalda, haciéndome muy consciente de su proximidad incluso mientras nos enfocamos en la evidencia. Treinta años de una arquitectura paciente trazada con la cuidadosa caligrafía de mi hermano.

—Él nos mantuvo separados —digo—. Eso fue deliberado.

Gabriel asiente, con la mandíbula tensa. —Pensé que te estaba protegiendo al mantenerme alejado. Él me convenció de eso.

Mi enojo hacia mi hermano cambia. No desaparece, pero se transforma. Ambos fuimos manipulados.

—¿Puedes vivir con esto? —pregunto—. ¿Viendo morir a un hombre?

—He vivido con cosas peores. Ambos lo hemos hecho.

El almacén se encuentra en el distrito industrial de Miami. Concreto y óxido, el glamour despojado para mostrar los huesos funcionales de la ciudad. El olor golpea primero: aire salino mezclado con aceite de motor. Gunner espera afuera, macizo e inexpresivo, todo cicatrices y tatuajes. Me ve y hace algo sin precedentes. Toca mi hombro. Breve, cuidadoso. Su versión de "me alegra que estés viva".

—Pequeño tiburón —dice, usando el apodo de la infancia.

Casi lloro, pero logro contenerme.

Adentro, la temperatura baja diez grados, las paredes de concreto conservando el frío de la noche anterior. Cesar está sentado en una silla de metal, con las manos atadas por la espalda con bridas de plástico. Su traje está arrugado, y creo que esta podría ser la primera vez que lo veo con un aspecto que no sea inmaculado. Pero sus ojos, cálidos y calculadores, son los mismos. Incluso atado a una silla en

un depósito, parece el tío favorito de todo el mundo tratando de solucionar un malentendido.

Me ve y una sorpresa genuina cruza su rostro. —Estás viva.

—Siento decepcionarte.

—No estoy decepcionado, Mari. Estoy aliviado.

Qué audacia. Intentó que me mataran hace doce horas y está fingiendo alivio.

Habla, todo razonable y cálido. La misma máscara que ha usado durante treinta años. Todo lo que hizo fue por la familia, afirma. Las presiones de los Zayas, la complejidad de mantener el imperio. Bla, bla, bla.

—¿Incluso la chica? —pregunto secamente—. La que mataste para tenderme la trampa. ¿Ella también fue por la familia?

Él titubea ligeramente, luego se recupera. —Hay que hacer sacrificios. El negocio requiere…

—Su nombre. —Doy un paso adelante, con algo frío y claro en mi voz—. ¿Cómo se llamaba?

—¿Qué?

—La mujer que mataste y pusiste en mi club. La que acomodaste como si fuera un decorado. ¿Cuál era su nombre?

—Zayas.

—Su nombre de pila.

Silencio. El almacén parece contener el aliento. Él no lo sabe. Por supuesto que no. Para él, ella era solo una herramienta. Probablemente nunca supo su nombre por la misma razón por la que uno no le pone nombre a una bala.

—No lo sabes. —No es una pregunta—. Mataste a una mujer y ni siquiera sabes su nombre.

Lo mismo que le dije a Nico sobre mí misma. La mujer de hace ocho años. Nunca supe su nombre. La culpa que he cargado por esa falta de humanidad. Cesar ni siquiera lo intentó.

La diferencia entre nosotros se cristaliza. Yo no logré saber un nombre y eso me atormentó durante una década. Él no logró saber un nombre y no entiende por qué importa.

Una parte de mí quiere apartar la mirada. La niña que lo llamaba tío, que confiaba en él para todo, está gritando en algún lugar dentro de mí. Pero la mujer que saltó de un acantilado, que eligió el océano antes que la rendición, observa cada segundo. Ella necesita ver este final.

Doy un paso atrás y miro a Nico. —He escuchado suficiente.

El soldado da un paso adelante y la temperatura baja otros cinco grados.

Miro. No aparto la vista. Me debo esto a mí misma. Ser testigo de lo que le sucede al hombre que usó la memoria de mi madre muerta como arma, que convirtió a mi hermano en un exiliado, que se paró en un acantilado y explicó que mi muerte sería conveniente.

Nico no habla mucho. No necesita monólogos. Esa es la debilidad de Cesar. Pero dice lo suficiente. Palabras tranquilas cerca del rostro de Cesar. Capto fragmentos. El nombre de la mujer. Escucho a Nico usarlo. Por supuesto que lo averiguó. Él no mata abstracciones.

También dice mi nombre. Marisol. La razón por la que Cesar va a morir.

La compostura de Cesar se rompe finalmente. —¡Mari, por favor! Yo te cargué cuando eras un bebé. Te enseñé a bailar. ¡Nosotros no somos así!

Nico no espera.

Lo veo todo. Mi banana táctica convertido en ángel vengador imparte justicia con la misma precisión que usa para todo. No es rápido. Cesar no merece que sea rápido. Pero es controlado, deliberado. Hay algo casi hermoso en la moderación, en cómo Nico hace que la violencia parezca una ecuación que se está equilibrando. El sonido de la respiración de Cesar cambia, se vuelve húmedo, luego débil, luego nada. El olor metálico de la sangre se mezcla con el óxido y la sal del almacén.

Los sonidos de Cesar llenan el almacén. Luego, gradualmente, dejan de oírse.

Esperaba sentir triunfo. Horror. Catarsis. El fuego justiciero que imaginé que sabría la justicia. No siento nada de eso. Lo que siento es: terminamos. Un capítulo que se cierra. Una habitación sellada que finalmente se vacía.

Nico retrocede. Sangre en sus manos. En su camisa. Veo la evidencia de lo que ha hecho y no me inmuto.

Él me mira. En sus ojos reside la pregunta. ¿Me ves ahora? ¿Al verdadero?

Cruzo hacia él, mis tacones resonando en el concreto. Tomo su rostro entre mis manos. Su rostro con la mandíbula apretada y la salpicadura que no miro y que no evito. Su piel está caliente bajo mis palmas, e incluso ahora, incluso con sangre en sus manos, mi cuerpo

responde a su proximidad. La atracción entre nosotros no ha disminuido. Si cabe, ver cómo destruía al hombre que intentó matarme la ha intensificado. Más tarde, cuando estemos solos, cuando la adrenalina se transforme en algo más, le mostraré exactamente cuánto significa su protección para mí.

Sostengo su rostro y lo miro, dejando que vea que yo lo veo. Todo de él. Al soldado, al asesino y al hombre que bajó por un acantilado gritando mi nombre.

Él cierra los ojos y se apoya en mis manos.

Hay movimiento detrás de nosotros cuando Gabriel da un paso adelante desde las sombras, con el rostro inexpresivo. Lo que sea que esté sintiendo está encerrado tras una compostura que rivaliza con la de Nico.

Camina hacia el cuerpo de Cesar. Pasos firmes. El andar de un hombre que se acerca a un altar.

Se arrodilla.

Mi hermano, el sacerdote, el hombre roto, arrodillado junto al hombre que usó nuestra culpa para controlarnos durante años. Sus rodillas golpean el concreto polvoriento con un suave golpe seco. Se persigna. Sus labios se mueven. Palabras en latín que salen automáticamente, la memoria muscular de la fe.

Extremaunción. Para un hombre que intentó asesinar a su hermana. Para un hombre al que Gabriel debería odiar. Lo odia, puedo verlo en la línea rígida de sus hombros.

Pero reza de todos modos. Porque eso es lo que hacen los sacerdotes. Incluso cuando la misericordia es una formalidad. Incluso cuando la gracia se extiende a alguien que nunca la extendió a otros.

El almacén está en silencio, excepto por la oración en latín de Gabriel y el sonido distante del océano a través del muelle de carga.

El ritual es hermoso. Terrible. Mi hermano en una miniatura perfecta. Un hombre de Dios realizando ritos sagrados sobre un cuerpo aún caliente, creyendo cada palabra y odiando creerla.

Gabriel termina. Se levanta. Sus rodillas están empolvadas por el concreto.

—¿Crees que Dios te escuchó? —pregunto.

Una larga pausa. —Creo que Dios y yo tenemos una relación complicada.

Algo pasa entre Gabriel y yo. No es perdón. Todavía no. No es reconciliación. Sino reconocimiento. Dos personas cargando el mismo peso en extremos opuestos, finalmente lo suficientemente cerca como para verse con claridad.

Me amó lo suficiente como para mantenerse alejado. Yo lo odié lo suficiente como para sobrevivir sin él. Ambos estábamos equivocados. Ambos fuimos necesarios.

Extiendo la mano y tomo la de mi hermano. Esta es la primera vez que lo toco en ocho años.

Él me devuelve el apretón, con la mano temblorosa.

Un momento. Nosotros tres en el almacén. El soldado con sangre en las manos. El sacerdote con una oración en los labios. La mujer que saltó y nadó.

Gunner aparece en la entrada, llenándola por completo. Silencioso, esperando. Listo para encargarse de la limpieza, la desaparición, la historia que se contará. Esto es lo que hacen los hombres como Gunner, y estoy tan agradecida con mi viejo amigo que podría llorar.

Nico asiente hacia él. Intercambian la comunicación más breve. Dos soldados, una tarea, entendida.

Salgo del almacén a la luz del sol de Miami. El calor me golpea como un bautismo, denso y húmedo, cargando sal y nuevos comienzos. Detrás de mí, Nico se encargará de los detalles. Gabriel regresará a St. Augustine's y se arrodillará en un edificio diferente. Gunner hará que esta habitación parezca que nada sucedió.

Me quedo bajo el sol y respiro. La humedad que usualmente me oprime se siente hoy como una manta, cálida y envolvente.

Terminó. El hombre que intentó destruirme ha muerto. La trampa se desentrañará. La verdad saldrá a la luz.

Por primera vez en ocho años, no hay nada sellado detrás de una puerta. No hay secretos pudriéndose en una habitación cerrada. No hay un hermano en el exilio. No hay un tío con un cuchillo tras su sonrisa.

Solo luz solar. Solo Miami. Solo el comienzo de lo que sea que venga después.

Detrás de mí, pasos. Nico emerge con una camisa limpia. Sus manos están limpias, pero veo la sombra de lo que pasó en la postura de su mandíbula, en la forma cuidadosa en que se mueve.

Se detiene cuando me ve. De pie bajo el sol. Con los ojos cerrados.

Lo miro. —Llévame a casa.

30 - Marisol

Las palmas reales que mi madre plantó todavía bordean la entrada, alzándose hacia el cielo de la tarde como centinelas. Cada vez que manejo entre ellas, vuelvo a tener seis años y estar en el asiento trasero, con su dedo señalando hacia la ventana: —Las planté para ti, mija. Para que siempre tuvieras algo alto a lo que mirar hacia arriba—.

Hoy se sienten como testigos de lo que estoy a punto de hacer.

La propiedad se ve diferente sin el sedán negro de Cesar reclamando su lugar habitual en la entrada circular, posicionado justo delante del auto de todos los demás como una marca territorial. Por primera vez en meses, tal vez años, ese espacio está vacío. Su ausencia se siente más ruidosa de lo que su presencia jamás lo fue.

Me detengo en la entrada, con Nico a mi lado, y Gabriel se estaciona detrás de nosotros en un auto alquilado. Mi hermano con su alzacuellos, cargando a Dios como una armadura contra lo que hemos hecho. Años de distancia entre nosotros, pero aquí estamos, contándole la verdad a nuestro padre juntos. Finalmente juntos.

—¿Lista? —la voz de Nico es baja, solo para mí.

No lo estoy. Nunca estaré lista para esto. Pero ya me cansé de esperar a estar lista antes de actuar.

—Vamos —digo.

El personal nos recibe de manera distinta. La deferencia nerviosa de mi última visita se ha evaporado, reemplazada por la confusión. Los ojos de la ama de llaves se desvían de mí, buscando al hombre que ha estado dando órdenes en esta casa durante meses. Cesar no ha aparecido desde ayer. No responde su teléfono. La casa que funcionaba bajo sus mandatos está operando sin un director de orquesta.

La enfermera nos encuentra afuera de la habitación de Papá, con la sorpresa reflejada en su rostro al vernos a los tres juntos. Yo, Gabriel con su cuello clerical, y el hombre alto y callado al que no reconoce. Ella mira a su alrededor como si esperara a alguien más.

—Está lúcido hoy —dice, todavía mirando por encima de nosotros —. Mejor de lo que ha estado en una semana. El Sr. Vega usualmente…—

—Necesitamos la habitación —la interrumpo—. Es mi padre. Esta sigue siendo su casa, no la de Cesar. Danos privacidad—.

Ella duda, acostumbrada a consultar con Cesar antes de permitir cualquier cosa. Nico se mueve cuando ella se detiene, interponiendo su cuerpo entre nosotros y la puerta. Siempre listo. Siempre vigilando.

—Por favor —añado, más suave pero firme.

La enfermera se retira y me detengo frente a la puerta, necesitando un momento. Gabriel está a mi lado, más callado de lo habitual desde lo del almacén. Su alzacuellos parece estar más apretado hoy. O tal vez es solo que lo estoy viendo con más claridad.

—¿Se lo decimos juntos? —pregunto.

Gabriel asiente. —Juntos—.

Miro a Nico. Él se posiciona a un lado, presente pero no en el centro. Entendiendo la geometría de los asuntos familiares.

—Estaré aquí —dice simplemente, y la promesa subyacente lo abarca todo.

Toco su mano brevemente. El contacto envía un calor directo a través de mí, inapropiado para este momento pero innegable. Mi cuerpo todavía lo recuerda, ansía lo que vendrá después de esto. Una descarga pasa entre nosotros. Luego abro la puerta.

Papá está incorporado en la cama, más delgado que la última vez. La enfermedad lo está consumiendo más rápido ahora, ahuecándolo por dentro. Pero sus ojos se clavan en nosotros cuando entramos, afilados, evaluadores, sin que se les escape nada.

Me ve a mí primero, luego a Gabriel. El asombro brilla en su rostro al vernos juntos. No hemos estado en la misma habitación con él en años.

Luego ve a Nico en el umbral. El soldado. El Rosetti. Los ojos de Papá encuentran a Nico, e intuyo que reconoce lo que esas manos han hecho. La sangre ha sido lavada, pero la violencia sigue ahí, escrita en la postura de sus hombros. Todavía puedo oler el aceite de armas en él bajo el jabón. Me excita, saber lo que hizo por mí, saber que lo haría de nuevo.

Luego Papá busca a la persona que no está.

—¿Dónde está Cesar?

La pregunta que tanto he temido. Me siento en la silla al lado de su cama, la misma donde prometí escuchar a Cesar hace apenas unos días.

—De eso es de lo que tenemos que hablar, Papá—.

Empiezo con lo que se puede probar. La evidencia presentada como un expediente judicial: primero la campaña mediática, las conexiones financieras entre la gente de Cesar y los medios que publicaron las historias de malversación. El cronograma de cada filtración correspondía a información que solo el círculo íntimo conocía.

Gabriel añade sus piezas. Cosas que Cesar dijo a lo largo de los años, asumiendo la discreción sacerdotal. Estructuras financieras. Nombres. La lenta arquitectura de la traición.

Las manos de Papá aprietan las sábanas con más fuerza con cada revelación, pero su rostro permanece inexpresivo. Capto la ligera tensión de Nico cuando la respiración de Papá cambia. Él tampoco ha visto nunca al rey vulnerable.

Continúo, con más dureza ahora. El cuerpo en La Sirena. La hija de los Zayas, Lucia. Uso su nombre, el nombre que Nico aprendió y le devolvió, colocado deliberadamente en el Calypso Room.

—Hace ocho años —digo, con voz firme aunque me tiemblan las manos—, una mujer murió en La Sirena. Gabriel me llamó. Yo tenía dieciocho años—.

Miro a mi hermano. Él asiente. Adelante.

—Llamé a Cesar en lugar de a ti. Él envió a alguien para limpiar todo. Gabriel se fue al seminario. Yo sellé la habitación. Durante ocho años, Cesar guardó ese secreto—.

Examino el rostro de Papá durante esto. Busco decepción, asco. Lo que veo, en cambio, me corta la respiración.

Dolor. Dolor puro, sin esconder. No por la revelación, sino por darse cuenta de lo que sus hijos cargaron solos.

—Tenías dieciocho años —dice con voz ronca—. Tenías dieciocho años y llamaste a Cesar en lugar de a mí—.

No es una acusación. Es devastación. Su hija estaba en crisis y no acudió a él. Y él sabe, puedo ver que sabe, exactamente por qué.

—No pensé que tú…—

—No pensaste que te ayudaría —termina él—. Pensaste que te culparía—.

No puedo hablar. La verdad es demasiado grande y demasiado vieja.

—Mija —su mano busca la mía, esquelética, temblorosa—. Tenías razón. Lo habría hecho. Y me habría equivocado—.

Le cuento el resto. La llamada fabricada usándolo a él como carnada. El acantilado. La confesión en la terraza.

—Iba a montar mi suicidio —digo, y las palabras se sienten absurdas y sin peso en mi boca—. Quería que pareciera que me había disparado, como si no hubiera podido soportar la vergüenza, el escándalo.

La boca de Papá se aprieta en una línea dura. Su mirada me taladra, leyendo entre cada sílaba buscando algo que yo pueda estar ocultando. —Pero saltaste primero —dice, no exactamente como una pregunta. Un veredicto, o tal vez la primera bendición que ha dado en años.

—Sí —le digo, con voz plana, pero mis dedos entierran medias lunas en mi propio muslo—. Salté antes de que él pudiera hacerlo—.

Cierra los ojos, y cuando los abre, se ve menos como un general y más como un hombre cuyo mundo ha sido destrozado y reconstruido demasiadas veces.

—¿Al océano? —pregunta ahora, más suave.

—Sí—.

—No habías nadado desde…—

Se queda mirando el techo, moviendo los labios como si alineara todas las piezas de esta historia contra la cronología de su propio arrepentimiento. Por un momento, se queda tan quieto que me pregunto si el sueño lo ha reclamado, o si la niebla en su cerebro es peor de lo que pensábamos. Pero luego suelta un suspiro largo y rasposo que parece vaciar toda la habitación.

—Pero cuando tocaste el agua, nadaste —dice, con la voz raspando la pared desnuda de su garganta, mitad asombro, mitad desesperación.

Asiento. —Nadé, Papá. La escuché. Escuché su voz diciéndome… dijo: "Patea, mija, no te atrevas a detenerte"—.

Se cubre la cara con las manos. La piel es fina como el pergamino, las venas visibles y desafiantes contra su voluntad. Cuando quita las manos, tiene los ojos húmedos.

Papá cierra los ojos. Por un largo momento, la habitación se llena de silencio. Cuando los abre, están empañados. Nunca he visto a mi

padre llorar. Ni en el funeral de Mamá. Ni durante su diagnóstico. Jamás.

Las lágrimas bajan por sus mejillas hundidas. No son sollozos. Jorge Delgado no solloza. Sino un llanto silencioso. Dejando que suceda. Sin ocultármelo.

—Tu madre estaría tan orgullosa —dice con la voz quebrada—. Tan orgullosa de ti, mija—.

Las palabras aterrizan en lugares que no sabía que estaban heridos. No es alivio, no exactamente, sino la sensación de una astilla que finalmente sale a la superficie: dolorosa, complicada, pero honesta. Trato de encontrar un lugar estable dentro de mí para responder, pero el suelo se mueve bajo mis pies. Cada recuerdo de ella —de la mujer que me enseñó a nadar, que me enseñó a sobrevivir — choca con la imagen del hombre frente a mí, y por primera vez, veo cuánto se ha estado ahogando él también.

—Estaba enojado contigo porque me recordabas a ella —continúa —. Porque verte era como verla a ella, y tampoco pude salvarla. La impotencia me volvió cruel—.

Todos estos años pensando que su decepción era por mis fallas. Aprendiendo ahora que era por las suyas. Su fracaso al no salvar a Mamá, reflejado en su fracaso al no protegerme.

—Estuve ciego ante Cesar. Treinta años y no lo vi. Estaba tan ocupado estando decepcionado de ti que no pude ver quién estaba fallándole realmente a esta familia—.

—Papá…—

—Te fallé. Fallé en protegerte. Fallé en ver la amenaza justo frente a mí—.

Aprieta mi mano con la poca fuerza que le queda.

—¿Dónde está Cesar ahora?—

No respondo directamente. Miro a Nico. Nuestros ojos se encuentran a través de la habitación de Papá. En los suyos, veo la promesa. Cualquiera que venga por mí después encontrará el mismo final que Cesar. Papá sigue mi mirada, y el entendimiento pasa entre el rey moribundo y el soldado. En nuestro mundo, la sangre exige sangre. Papá entiende esa aritmética. En nuestro mundo, ciertas preguntas tienen ciertas respuestas.

Papá asiente una vez. Eso es todo.

—Lo que dije, sobre que estabas matando el recuerdo de tu madre… Dios, mija, eso fue lo más cruel que he hecho jamás —la voz

de Papá se quiebra—. Mi último deseo fue que obedecieras al hombre que intentaba destruirte—.

—Tú no lo sabías—.

—Debí saberlo —el orgullo del patriarca se fractura—. Debí haberlo visto—.

Me mira entonces. Me mira de verdad. No evaluando a una heredera ni juzgando una decepción. Solo viendo a su hija.

—Déjame terminar. No tengo tiempo para cosas que debí decir hace años—.

Espero, con las lágrimas presionando con fuerza.

Él me acerca con una fuerza sorprendente.

—Estoy orgulloso de ti, mija. Debí haberlo dicho todos los días. Estoy orgulloso—.

Las palabras que he esperado toda mi vida escuchar. "Orgulloso". No decepcionado, no resignado, no aceptándome a pesar de mis fallas. Orgulloso. El término rompe algo dentro de mí que ha estado demasiado tenso por demasiado tiempo. Una vida entera tratando de ganar esto, de destruirme cuando no podía, y lo está diciendo ahora, cuando estoy cubierta por la violencia y la verdad de hoy.

Me quiebro.

No es un llanto controlado. No son lágrimas manejadas y ocultas. Es el duelo feo y jadeante de una hija que ha esperado toda su vida para escuchar esas palabras.

Apoyo mi cabeza en su pecho, huesudo, frágil, pero que aún me sostiene, y lloro.

Su mano sobre mi cabello, débil pero presente.

No sé cuánto tiempo lloro. Lo suficiente para que la luz de la tarde cambie a dorado a través de las ventanas. Lo suficiente para que todos esos años de dolor finalmente se liberen.

—El imperio —dice Papá cuando mis lágrimas disminuyen—. Cuando me haya ido, y me voy a ir, mija, es tuyo. No de algún extraño. No de Gabriel. Tuyo.

—No estoy lista… —la protesta surge de forma automática. La chica fiestera, el desastre, la mujer que necesitó que Nico la salvara de ahogarse. Pero los ojos de Papá me detienen. No me está dando esto porque soy lo único que queda. Me lo está dando porque salté. Porque nadé. Porque sobreviví a lo que Cesar hizo y vine aquí a decir la verdad.

—Estás lista. Has estado lista. Solo necesitabas que alguien dejara de decirte lo contrario—.

El peso se asienta sobre mis hombros. Pesado pero correcto. Algo ganado.

—Una cosa más —su agarre se tensa—. El Rosetti en el umbral—.

Miro a Nico de reojo.

—¿Bajó un acantilado por ti? ¿Hizo lo que había que hacer con Cesar?—

—Sí—.

Papá asiente, con la evaluación de un hombre que ha analizado a hombres peligrosos toda su vida.

—Bien. Quédatelo.

Casi me río. La bendición más romántica que un capo moribundo puede ofrecer.

Dejo a Papá durmiendo, en paz por primera vez en meses.

En el auto, con la propiedad alejándose detrás de nosotros y las palmas reales alzándose altas en el retrovisor, me siento vacía. Cada emoción que he guardado durante años se derramó sobre el pecho de Papá.

Lo que queda es quietud. Calidez. Amplitud.

Nico maneja con una mano. Yo tomo la otra.

—Dijo que me quedara contigo —le digo.

La comisura de la boca de Nico se contrae. —Un gran elogio viniendo de un rey moribundo—.

—El más alto. Ni siquiera dice eso de su máquina de expreso—.

Una sonrisa real. Pequeña, breve, pero real.

—Es mío —digo en voz baja, probando las palabras—. La familia. El imperio. Todo.

—¿Cómo se siente eso?—

—Como nadar. Aterrador. Y correcto—.

Vine a esta propiedad mil veces cuando era adolescente, saliendo más pequeña cada vez, comprimida por las expectativas y los fracasos. Hoy me voy más alta.

31 - Marisol

Él maneja y yo me siento a su lado. El silencio no está vacío. Está lleno. Denso con todo lo que pasó y todo lo que está por venir. La adrenalina ya comienza a transformarse dentro de mí, la violencia se convierte en algo más, algo que me hace apretar los muslos entre sí. Observo sus manos en el volante. Las mismas manos que impartieron justicia esta mañana, que impartirán algo completamente distinto cuando lleguemos a casa.

Estiro el brazo sobre la consola y tomo su mano. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, todavía temblando ligeramente mientras la adrenalina termina de disiparse. El pequeño temblor me recuerda que es humano. Recorro sus nudillos con el pulgar, sintiendo la ligera hinchazón del impacto.

Manejamos por Miami. La ciudad brilla, ajena a todo. Hermosa.

Manejamos en silencio por un rato. No es incómodo, solo pleno. Procesando.

Lo observo de perfil. La firmeza de su mandíbula. La ligera tensión en sus hombros que significa que está haciendo evaluaciones tácticas incluso ahora, revisando los espejos, identificando rutas de escape. Pero también hay algo más. Una soltura que nunca había visto. Como si haber matado a Cesar finalmente hubiera desatado un nudo dentro de él.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Él considera la pregunta. Realmente la considera, lo cual es más de lo que hace la mayoría de la gente.

—Estoy bien.

—Él iba a matarme —digo.

—Sí.

—Así que no intentes sentirte culpable. Siente lo que en verdad sientas.

Su mano busca la mía sobre la consola. La aprieta.

—Lo que siento —dice, bajando la voz— es que estás viva. Y quiero pasar las próximas horas demostrándotelo.

—Cuando lleguemos —dice de repente, con la voz ronca por todo lo que está conteniendo—, voy a cogerte hasta que olvides todo excepto mi nombre. Hasta que las únicas marcas en tu cuerpo sean las mías.

La promesa envía calor directamente a través de mí, acumulándose entre mis piernas. Aprieto los muslos, ya con un deseo punzante, ya mojada. La violencia en el almacén, la adrenalina, su proximidad. Todo se está transformando en una necesidad desesperada. Quiero sus manos sobre mí, quiero que descargue cada gramo de oscuridad restante en mi cuerpo hasta que ambos olvidemos todo excepto al otro.

—Maneja más rápido —le digo.

Su agarre se tensa en el volante. El velocímetro sube. A través del parabrisas, observo el agua. Bahía Vizcaína centelleando bajo el sol de la tarde. Pero en lo único en lo que puedo pensar es en lo que viene. En cómo me desnudará en el segundo en que se cierre esa puerta. En cómo me inmovilizará contra la pared, o me doblará sobre el sofá, o me llevará a la cama y me hará gritar su nombre hasta que los vecinos se quejen.

Mi coño se contrae ante el pensamiento y me muevo en mi asiento; la fricción de mi vestido contra mi piel es casi insoportable. Cada nervio está vivo, eléctrico, esperando su toque.

—Te necesito —susurro, y su mandíbula se tensa.

—Pronto —promete, y la palabra suena como un voto. Como una amenaza. Como todo lo que quiero que sea.

La ciudad pasa veloz, pero solo lo veo a él. Solo siento este calor creciente, esta promesa de lo que viene.

Maneja más rápido, pienso de nuevo, pero no lo digo. Él lo sabe. Su pie ya está presionando con más fuerza el acelerador, corriendo hacia casa, hacia el momento en que este día terrible se transforme en algo completamente distinto.

El auto entra en el garaje subterráneo y Nico apaga el motor. Por un momento, simplemente nos quedamos ahí sentados, con el silencio espeso por la anticipación. Sus nudillos están blancos sobre el volante y, cuando se gira hacia mí, sus ojos están oscuros de promesa.

—Arriba —dice, y esa única palabra conlleva todo lo que ambos necesitamos.

Salimos del auto como personas que intentan no correr. Profesionales. Controlados. Pero la electricidad entre nosotros hace que el aire chisporrotee mientras caminamos hacia el ascensor. Su mano busca la base de mi espalda, posesiva, guiándome, una marca de propiedad a través de la delgada tela de mi vestido.

El ascensor llega con un suave carillón. Entramos y las puertas se cierran detrás de nosotros, sellándonos en este espacio pequeño. Su aroma me rodea: jabón, aceite de armas y el persistente rastro metálico de lo que hizo esta mañana. Inhalo profundamente, dejando que llene mis pulmones.

En el segundo en que estamos solos, me tiene contra la pared. Su cuerpo se presiona contra el mío, duro e implacable. Su boca captura la mía en un beso que es más un reclamo que afecto; todo dientes, lengua y desesperación. Gimo contra su boca, mis manos ya trabajando en su cinturón, necesitando sentirlo.

—Espera —gruñe contra mis labios—. Todavía no.

El ascensor sube. Diez pisos. Veinte. Cada pitido marca otro nivel de contención que se escapa. Para cuando llegamos al penthouse, su mano está bajo mi vestido, sus dedos recorriendo el borde de mi ropa interior, provocándome pero sin darme lo que necesito.

Las puertas se abren directamente a nuestro vestíbulo. Entramos a tropezones, tomados de la mano como adolescentes.

Estiro la mano y toco su mandíbula. La barba incipiente es áspera bajo mis yemas. Él se apoya en mi mano y siento que su control empieza a resquebrajarse.

—Llévame a la cama, Nico. Necesito que me cojas como es debido. No más huidas. No más el uno del otro.

Sus ojos se oscurecen ante mis palabras directas. Toma mi mano, la misma mano que terminó con Cesar hace horas, y me guía al interior.

Nuestra habitación. La cama que hemos compartido antes, sábanas que huelen a sexo y a nosotros. Aceite de armas y vainilla, violencia y descontrol desesperado.

Él no tiene prisa. Eso es lo que hace que mi coño se apriete con anticipación. Saber que se va a tomar su tiempo para destruirme. Mañana habrá secuelas por la muerte de Cesar, luchas de poder, consecuencias. Pero esta noche…

Se para frente a mí, cerca, sus manos buscando mi cintura a través del vestido de algodón. La tela es tan delgada que puedo sentir

cada callo en sus palmas. Me agarra con firmeza, como si pudiera desaparecer si no me sujeta con suficiente fuerza.

Me mira. Realmente me mira. Su mirada arde mientras viaja desde mi rostro hacia abajo, donde su rasguño casi me deja al descubierto. Ya estoy tan mojada que puedo sentirlo en la parte interna de mis muslos.

Su mano sube. Recorre las heridas del acantilado. Primero el largo raspón en mi brazo. Su pulgar lo sigue, luego su boca, su lengua lamiendo la marca. Luego el moretón en mi clavícula. Lo succiona, haciéndolo más oscuro, reclamándome por encima de las marcas del océano.

Levanta el dobladillo del vestido y desliza mis bragas hacia abajo, exponiendo mi coño a su mirada hambrienta. —Mierda, ya estás goteando por mí.

—Estoy mojada desde que te vi matar a Cesar —admito, abriendo ligeramente las piernas.

Su dedo se desliza por mis pliegues, recogiendo mi humedad, y gimo ante el contacto. Se lleva el dedo a la boca, saboreándome, y sus ojos se vuelven negros.

—Saltaste de ese acantilado —dice, con voz ronca.

—Lo hice.

—Nadaste.

—Lo hice.

—Hacia mí.

Su frente cae contra la mía. Nuestras respiraciones se mezclan. Saboreo canela en su exhalación. Sus manos aprietan mi cintura con más fuerza, sus pulgares presionando los moretones que dejó antes.

—Anoche estuve frente a tu puerta. Mi mano en el pomo. Mi verga tan dura que dolía.

Cierro los ojos, imaginándolo del otro lado, tocándose.

—Lo sé —susurro—. Yo también me estaba tocando. Pensando en ti. Odiándote, sin embargo, por ser un imbécil.

Él gruñe y siento su verga palpitar contra mi estómago a través de sus pantalones.

—Debí haberla abierto. Debí haberte cogido como es debido en lugar de hacernos sufrir a ambos.

—Estás aquí ahora. Muéstrame lo que querías hacer anoche.

Me quito el vestido por la cabeza. Estoy completamente desnuda ahora, mis pezones duros, mi coño goteando. Me mira como si

quisiera devorar cada centímetro.

—Mierda, Marisol. Estás perfecta. Cada moretón, cada raspón. Mía.

Busco su camisa, prácticamente arrancándosela. Mis uñas rasgan su pecho, dejando marcas rojas sobre sus cicatrices y tatuajes. Su verga se tensa contra sus pantalones; el contorno hace que se me haga agua la boca.

Sus manos están temblando de verdad mientras me toca. Este hombre que hace horas terminó con Cesar sin pestañear está temblando mientras sus manos acunan mis pechos.

—Estás nervioso —observo, pellizcando su pezón con la fuerza suficiente para hacerlo sisear.

—Estoy aterrado, joder —admite—. Aterrado de lastimarte. Aterrado de no ser suficiente.

Bajo la mano, agarrando su verga a través de sus pantalones. Está duro como una roca y puedo sentirlo pulsar en mi mano.

—Nunca podrías lastimarme de formas que yo no quiera. Y eres más que suficiente. Ahora deja de pensar y cógeme como si lo dijeras en serio.

Él estalla.

Su boca choca con la mía, todo lengua y dientes y desesperación. Saboreo violencia y necesidad mientras me hace caminar hacia atrás hasta la cama, sus manos por todas partes. Apretando mi trasero, pellizcando mis pezones, deslizándose entre mis piernas para encontrarme empapada.

Me empuja sobre la cama y reboto ligeramente, abriendo las piernas de par en par para que pueda verlo todo. Mi coño está goteando, contrayéndose sobre la nada, desesperado por ser llenado.

—Mírate —gruñe, liberando finalmente su verga. Salta hacia afuera, gruesa y dura, con el líquido preseminal ya asomando en la punta—. Ábrete para mí. Muéstrame ese coño precioso.

Me estiro hacia abajo, usando ambas manos para separar mis labios vaginales, exponiendo mi clítoris hinchado y mi entrada goteante. —Esto es tuyo, Nico. Todo tuyo.

Él cae de rodillas, agarrando mis muslos con la fuerza suficiente para dejar marcas. Su boca está sobre mí al instante, sin rodeos, simplemente su lengua cogiéndome por dentro mientras su nariz presiona contra mi clítoris. Suelto un grito, mi espalda se arquea sobre la cama.

—¡Mierda, Nico! ¡Tu boca!

Se aparta lo justo para hablar contra mi coño. —Extrañaba este sabor. Extrañaba cómo inundas mi boca cuando acabas.

Desliza tres dedos dentro de mí, curvándolos para golpear ese punto exacto mientras su lengua asalta mi clítoris. La sensación dual me hace clamar a Dios, mis manos se cierran en su cabello, frotándome contra su cara.

—Mírame —ordena.

Obligo a mis ojos a abrirse, mirándolo entre mis muslos. Sus ojos están negros de lujuria, viéndome desmoronarme. El contacto visual mientras me devora es casi demasiado intenso.

—Me voy a correr —jadeo—. Nico, me…

—Córrete en mi lengua. Déjame saborearlo.

Mi orgasmo me atraviesa con fuerza, mi coño apretándose alrededor de sus dedos mientras grito su nombre. No se detiene, no baja el ritmo; simplemente sigue comiéndome mientras duro hasta que sollozo por el exceso de estimulación.

Sube por mi cuerpo, su verga arrastrándose contra mi piel sensible y dejando un rastro de humedad. Cuando me besa, me saboreo a mí misma. Intensa y desesperada.

—Necesito estar dentro de ti —gruñe contra mi boca.

—Entonces cógeme. Deja de ser gentil. No me voy a romper.

Me voltea sobre mi estómago, levantando mis caderas de modo que quedo de rodillas, con mi cara presionada contra el colchón. Me siento expuesta, vulnerable, mi coño goteando por mis muslos.

—Este trasero —dice, dándome una nalgada fuerte. El sonido resuena en la habitación—. Estos moretones que dejé. Nunca se los muestres a otro hombre.

—Se los mostraré a quien yo quiera —jadeo, pero ni siquiera suena creíble para mis propios oídos.

Me da otra nalgada, más fuerte, y gimo contra las sábanas.

—Niña mala —gruñe, y su mano libre sube por mi columna vertebral, nada gentil, como si me arrastrara de vuelta hacia él por mis propios huesos. Me arqueo hacia él instintivamente, con la espalda curvada, abriendo más los muslos en una súplica silenciosa.

—Por favor, Nico —gimo, las palabras derramándose antes de que tenga tiempo de pensar—, necesito tu verga.

Él no me da lo que quiero, al menos no todavía. En su lugar, se alinea detrás de mí, y la cabeza hinchada de su verga se desliza a

través de mis pliegues goteantes, untándome por todas partes, haciendo un desastre húmedo en mi hendidura. Me está provocando, alargando la agonía; la punta se engancha en mi entrada con cada pasada pero nunca se introduce del todo. Gruño de frustración, tratando de empujar hacia atrás contra él, pero su agarre en mis caderas es de hierro, inquebrantable. Se deleita en mi necesidad, en mi total rendición, y eso solo hace que el anhelo sea peor.

—No hasta que prometas guardar ese culo solo para mis ojos —retumba, mientras la punta de su verga roza mi entrada para luego retirarse. Cada vez que casi se desliza dentro, jadeo, y él se aparta con una risita cruel.

Estoy perdiendo la cabeza. La fricción de su verga contra mi clítoris hinchado es una tortura, la promesa de plenitud justo fuera de mi alcance. —Siempre —jadeo, con la voz rota—. Para siempre. Solo para ti. Ahora acaba con mi maldita miseria.

Se queda quieto, con su verga posicionada en mi entrada, y por un momento el único sonido es nuestra respiración agitada y el húmedo y obsceno roce de mi necesidad. Luego se inclina hacia adelante, su pecho presionado contra mi espalda, su mano rodeando mi garganta para inclinar mi cabeza hacia atrás de modo que su boca queda en mi oreja.

—Dilo bien —alienta, con la amenaza de sus dientes contra mi piel—. Di que eres mía.

Me retuerzo en su agarre, desesperada, y el movimiento hace que su verga se hunda solo un poquito dentro de mí. Gimo. —Soy tuya, Nico. Siempre seré tuya. No quiero a nadie más. Solo te necesito a ti, por favor…

Todo mi cuerpo tiembla, y estoy tan cerca de correrme que podría gritar.

Desliza la cabeza de su verga dentro de mí, solo la punta, estirándome, y luego vuelve a salir, dejándome vacía. Mi coño se aprieta alrededor de la nada, suplicando por él, por el estiramiento y el ardor de ser llenada. Lo hace de nuevo, y de nuevo; una tortura lenta, un juego que sabe que voy a perder.

—Mírate —dice, con voz casi reverente—. Tan desesperada por mi verga. Estás goteando, Marisol. Malditamente empapada.

Sollozo, asintiendo contra la almohada, con la vergüenza y la necesidad anudadas. —Te necesito. Te necesito tanto, joder.

Él se ríe, oscuro y peligroso, el sonido vibrando a través de su pecho y en mis huesos. —Vas a tomar cada centímetro. Cada maldito centímetro. Y cuando termine, todavía me sentirás mañana.

Asiento frenéticamente, las palabras me fallan mientras froto mis caderas hacia atrás, ansiosa por alivio.

Su mano deja mi garganta y baja hasta mi sexo, sus dedos deslizándose por mis pliegues, esparciendo mi excitación sobre mi clítoris. Frota círculos lentos y apretados, sin ceder nunca en la presión, y mi cuerpo canta con ello. Al mismo tiempo, encaja la gruesa cabeza de su verga justo en mi entrada, manteniéndome ahí, dejando que el ardor aumente.

—Ruégame otra vez —exige, con voz feroz.

—Por favor, Nico, cógeme. Lo necesito. Necesito que me arruines. —Escucho las lágrimas en mi propia voz y no me importa. Quiero que me rompa en pedazos, para que me vuelva a armar.

Él no duda. Se hunde en mí de una estocada brutal y ambos gritamos. Es tan grueso, estirándome perfectamente, golpeando tan profundo que apenas puedo respirar.

—Mierda, estás estrecha —gruñe.

Comienza a moverse, duro y rápido, el sonido de piel golpeando contra piel llenando la habitación. Cada estocada me empuja hacia adelante, mis pezones arrastrándose contra las sábanas. Sus manos dejan moretones en mis caderas mientras las usa como apoyo.

—Esto es lo que quería —gruñe, estirando el brazo para frotar mi clítoris—. Quería derribar esa puerta y cogerte hasta que no pudieras recordar tu propio nombre.

—Sí —gimo—. Más fuerte. Márcame. Hazme tuya.

Se sale de repente, volteándome sobre mi espalda. Antes de que pueda protestar, está dentro de mí de nuevo, doblando mis piernas de modo que mis rodillas quedan junto a mis orejas. El ángulo es devastador. Está tan profundo que puedo sentirlo en mi estómago.

—Mírame —ordena.

Encuentro sus ojos, viendo todo allí. El hambre, la necesidad, la emoción en su mirada.

—Necesito verte cuando te corras otra vez. Necesito verte desmoronarte en mi verga.

Me coge con más fuerza, su pulgar encontrando mi clítoris, y ya estoy cerca de nuevo. Mi coño se está apretando alrededor de él, tirando de él más profundo.

—Eso es —gruñe—. Tómalo. Toma cada centímetro.

—Nico, yo… ¡mierda, me estoy corriendo otra vez!

Mi segundo orgasmo me desgarra, más intenso que el primero. Mi coño tiene espasmos alrededor de su verga y veo que su control finalmente se hace añicos por completo.

—Marisol —gruñe, su ritmo flaqueando—. Mierda, te amo.

Las palabras me golpean como un rayo.

—Te amo —dice de nuevo, más claro ahora—. No porque sobreviviste. No por miedo. Te amo porque eres mía. Porque eres la única persona que ha hecho que el silencio valga la pena.

Las lágrimas saltan a mis ojos mientras él continúa cogiéndome a través de su confesión.

—Te amo —dice una vez más mientras su verga pulsa dentro de mí, llenándome con su semen—. Te amo de verdad, Marisol.

Nos corremos juntos, él bombeando dentro de mí mientras yo me aprieto a su alrededor. Se desploma sobre mí, ambos respirando con dificultad, sudorosos, completamente desechos.

Después de un momento, nos hace rodar para que yo quede arriba, con su verga todavía dentro de mí, nuestros fluidos combinados goteando a su alrededor.

—Lo dijiste —susurro, las lágrimas resbalando por mis mejillas.

—Lo dije en serio. —Limpia mis lágrimas con su pulgar—. Lo he sentido desde hace más tiempo del que supe expresar.

—Dilo otra vez.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo, mujer exigente. —Su sonrisa es real, sin defensas—. ¿Cuántas veces?

—Para siempre. Mi retención es una mierda cuando importa.

Él se ríe y lo siento en todo su cuerpo, su verga moviéndose involuntariamente dentro de mí.

—Puedo trabajar con el para siempre.

Más tarde, mucho más tarde, hemos tenido sexo dos veces más. Una vez conmigo cabalgándolo, saltando sobre su verga mientras él miraba mis tetas rebotar y yo le dejaba marcas de uñas en el pecho que podrían dejar cicatriz. Una vez contra la pared porque lo desafié a sostenerme en vilo durante diez minutos. Me sostuvo durante doce, cogiéndome con fuerza mientras yo le mordía el hombro para amortiguar mis gritos.

Ahora estamos rendidos, enredados en sábanas empapadas de sudor y semen. Mi coño está dolorido de la mejor manera, todavía goteando su leche. Su mano está en mi cabello, mi cabeza en su pecho.

Recorro su tatuaje, pensando en la muerte y el renacimiento.

—Deberías añadir la fecha de hoy —digo.

—¿Por qué?

—Porque algo murió hoy. Tu creencia de que destruyes todo lo que tocas.

Su mano se detiene. —No es así como funciona.

—Tal vez debería serlo.

No responde, pero siento que lo está considerando.

—Además —murmuro contra su pecho—, deberíamos comprar un piano.

—Un piano.

—No has tocado en doce años. Chopin merece algo mejor.

El silencio cambia. Puedo sentirlo pensando en habitaciones abiertas y segundas oportunidades.

—Veremos —dice. Lo cual definitivamente puedo convertir en un sí.

Solía llenar el silencio con caos porque la quietud significaba recordar. Esta noche el silencio está lleno. Su latido, su respiración, el océano a través de la ventana, incluso el tenue aroma a aceite de armas de su pistola en la mesita de noche.

Ya no tengo miedo.

Cierro los ojos, sintiendo su semen todavía dentro de mí, sus brazos rodeándome.

Esta noche, el silencio suena a hogar.

32 - Nico

Chicago me recibe como siempre lo hace: con un puñetazo de aire frío proveniente del lago y la certeza inmediata y profunda de que estoy en casa. Incluso cuando ese hogar es el lugar que me convirtió en algo que he pasado toda la vida tratando de entender.

Marisol se aprieta contra mi costado en la parte trasera del auto, acumulando calor como si se estuviera preparando para el invierno. Es su primera vez en Chicago y lo está asimilando todo a través de la ventana. El acero y el concreto, los trenes elevados pasando con estruendo, la arquitectura que se anuncia a sí misma sin pedir disculpas. Nada que ver con la seducción color pastel de Miami. Chicago no seduce. Declara.

—Está enojada —dice ella, observando cómo el horizonte corta las nubes grises.

—Es honesta.

—Ambas cosas, Horse Man.

Tiene razón. Suele tenerla. Su mano descansa sobre mi muslo, y el calor de su toque me recuerda lo que me espera después de esto. Su cuerpo bajo el mío, ayudándome a olvidar cualquier fantasma que el día de hoy traiga de vuelta.

Nos quedamos en un hotel en el centro. No en el complejo familiar. Mañana es la reunión familiar, la presentación oficial, el circo completo. Hoy es algo más. Algo privado. Algo de lo que mi hermano mayor no sabe nada.

Tenemos quizás una hora antes de que Marco se dé cuenta de que no estoy en el hotel.

Hace tres días, hice la llamada. Desde el penthouse en Miami, mientras Marisol dormía acurrucada contra mí. Un número al que no he marcado en más de un mes, pero que nunca borraré.

Sofia respondió al segundo timbrazo. Como si hubiera estado esperando.

—Nico.

—Voy a Chicago. Necesito verte.

Una pausa. No de sorpresa, sino de cálculo. La evaluación táctica que yo le enseñé, ahora vuelta en mi contra.

—¿Él lo sabe?

—No.

—Estás yendo a espaldas del Don.

—Estoy yendo a espaldas de mi hermano. Hay una diferencia.

Si Marco se entera de que me reuní con ella sin permiso, habrá consecuencias. Familia o no.

Otra pausa. Luego, más suave: —¿El parque en Ashland?

Se me apretó el pecho. Por supuesto. Nuestro parque. De antes del entrenamiento, antes de que la familia nos tragara enteros, antes de que todo se volviera difícil.

—A las dos. Jueves.

—Allí estaré.

Ahora estamos aquí. Ashland Park. No es un destino grandioso, solo un parque de barrio en el South Side. Los arces arden de color rojo en sus bordes, el primer aviso de la llegada del otoño. El suelo aún está verde, pero salpicado de hojas caídas prematuramente que crujen bajo los pies. Los aros de la cancha de básquetbol siguen doblados. Los juegos infantiles gimen con el viento, metal contra metal, como un cuchillo al ser afilado.

Este parque es territorio neutral. Ni Rosetti ni Volkov. Pero neutral no significa seguro. Demasiadas líneas de visión, demasiados lugares para francotiradores. Reunirse aquí rompe cada protocolo que he aprendido.

El sendero para caminar rodea un estanque donde los patos aún reman, aunque menos que en verano. El aire tiene ese mordisco particular de principios de octubre; no es el asalto del invierno, sino su primer explorador, el sistema de alerta temprana de Chicago.

Llevo a Marisol al banco junto al estanque. Ella se sienta. Yo no puedo; estoy lleno de una energía nerviosa que me resulta ajena. He entrado en tiroteos con más calma que esto. Mi Glock presiona contra mis costillas, un recordatorio de que las reuniones familiares en nuestro mundo a veces terminan en derramamiento de sangre.

—Cuéntame sobre ella —dice Marisol. Sin presionar, solo ofreciendo espacio.

Se me tensa la mandíbula. Siento que las palabras son una traición en mi boca. Los asuntos familiares se quedan en la familia.

Pero Marisol ya no es cualquiera.

Le cuento cosas que nunca le he contado a nadie, mirando hacia otro lado mientras la vulnerabilidad me raspa la garganta en carne viva. Sofia a los seis años, dándome órdenes en este mismo parque, con una sonrisa de dientes separados y absolutamente sin miedo. Sofia a los diez, la primera vez que nuestro padre le puso un arma en la mano. La traición en su rostro, como si él le hubiera entregado una serpiente viva. Sofia a los doce, cuando empecé a enseñarle cómo matar. Luego a los quince, después de la masacre, cuando empezó a tomarse el matar en serio.

Sofía hace cinco semanas, la noche en que se fue. El umbral de la puerta. Alexei acompañándola al auto. El ultimátum de Marco aún resonando en el aire: él o nosotros.

Ella lo eligió a él. Y no la culpo.

—Marco no la perdonará —le digo a Marisol—. La enemistad con los Volkov se remonta a generaciones. Su padre masacró a nuestra familia. Que Sofia eligiera a Alexei…

—No se trata de la enemistad —dice Marisol en voz baja—. Se trata de control. Ella eligió algo que él no autorizó.

Tiene razón. Marco podría terminar la enemistad si quisiera. El propio Alexei no participó en la masacre. La verdadera ofensa es que Sofia tomó su propia decisión.

—Pero tú no eres Marco —continúa ella—. Te mantuviste en contacto.

—Mensajes. Llamadas cortas cuando sabía que él no se enteraría. —Me paso una mano por la cara—. No es suficiente. Es mi hermana. Yo la entrené. Yo fui quien le enseñó a sobrevivir y, cuando usó ese entrenamiento para construir una vida que Marco no aprobaba, dejé que él pusiera distancia entre nosotros.

Marisol observa los patos en el estanque. —Ella sabe que la amas.

—Saberlo no es lo mismo que sentirlo.

—No —concuerda ella—. No lo es.

Se acercan las dos en punto. Reviso las líneas de visión de nuevo. Cobertura mínima si empiezan los disparos. Ningún mensaje de Sofia. Ninguna cancelación. Ella viene.

Marisol se estremece por el frío otoñal. La rodeo con mi brazo. Ella se acurruca contra mí.

—¿Y si es diferente? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

—Lo será. Eso es lo que hace el amor. —Marisol me aprieta la mano—. La pregunta es si puedes aceptar la versión de ella que es feliz.

Un corredor pasa demasiado cerca de nuestro banco. Mi cuerpo se desplaza automáticamente, poniéndome entre él y mi mujer. Viejos hábitos.

Una figura aparece al final del sendero.

Es diferente. Por supuesto que es diferente. Solo han pasado cinco semanas, pero la diferencia ya es visible.

Sofia se mueve de otra manera. Menos como una modelo de pasarela, más como una persona que realmente vive. Su cabello está más largo, suelto alrededor de su rostro en lugar de estar recogido en un moño. Lleva un abrigo entallado, probablemente hecho a medida, y botas que realmente han visto el clima. Por supuesto que todavía se las arregla para lucir elegante, como si la elegancia estuviera en su ADN.

Se ve más suave. Peligrosa de una manera diferente ahora. No débil, nunca eso. Pero los bordes rígidos que recuerdo se han suavizado. Parece alguien que ha sido bien amada.

Sofia con un Volkov. La ironía no se me escapa. El príncipe de la Bratva que robó a Sofia a pesar de saber que significaba la guerra. Su historia de amor les ha costado a ambas familias. Yo maté a tres de sus hombres hace dos años. Probablemente él lo sabe.

Se detiene a tres metros. Esos ojos azules, la versión vibrante de los de Luca, encuentran los míos. La distancia entre nosotros cargada de cinco semanas de silencio que se sienten como años.

—Te ves cansado —dice ella.

—Tú te ves bien.

—Lo sé. —El fantasma de una sonrisa de suficiencia. La sonrisa que solía preceder a que alguien saliera herido.

Ninguno de los dos se mueve. Los tres metros de sendero sembrado de hojas bien podrían ser un océano.

Entonces Marisol se pone de pie.

Los ojos de Sofia se desvían y yo me tenso, listo para moverme si esto sale mal. Estudia a Marisol con la evaluación que yo le enseñé, buscando debilidades, amenazas. Algo pasa entre las dos mujeres de lo que yo no formo parte. Reconocimiento. No de rostros, ya que nunca se han visto. Algo más profundo. Dos mujeres que han sobrevivido tormentas similares en océanos diferentes.

Mi cuerpo se posiciona para intervenir si es necesario, el instinto protector se tensa.

Marisol da un paso adelante. Gentil pero no dubitativa. —Soy Marisol.

—Sé quién eres. —La mirada de Sofia vuela hacia mí, luego regresa. Las palabras de mi hermana son como cuchillos lanzados. Precisas, potencialmente letales—. Tú eres la razón por la que mi hermano finalmente trajo su trasero a Chicago para verme.

—Iba a venir de todos modos.

—Para el circo de Marco. No por mí. —Sofia inclina la cabeza—. Tú lo hiciste lo suficientemente valiente como para ir a espaldas del Don.

Marisol le devuelve el gesto. —¿Haces que parezca que desafiar a tu hermano es algo malo?

Sofia ríe. Breve, sorprendida. El sonido me golpea en algún lugar profundo. He oído reír a mi hermana antes, pero no así. Más libre. Menos guardada.

—Me agradas —dice Sofia simplemente.

—Qué bueno. Porque tu hermano es irritantemente estoico y necesito aliadas.

Estoy aquí parado viendo cómo dos mujeres que amo se aceptan mutuamente, y el sentimiento en mi pecho es tan desconocido que me toma un momento identificarlo.

Esperanza. Esperanza sin complicaciones, sin defensas.

Nos sentamos en el banco. Sofia en un extremo, Marisol en el otro, conmigo literalmente entre ellas. Pero a los pocos minutos se han inclinado una hacia la otra, hablando a través de mí como si yo me hubiera vuelto gratamente irrelevante.

Cuento las amenazas automáticamente. Vigilo el tráfico peatonal. Dos personas paseando perros, un corredor, todos civiles.

Sofia pregunta por Miami. Marisol le cuenta la versión real. El Calypso Room. El acantilado. El nado en el mar. Sofia escucha con todo su cuerpo, de la forma en que solía bailar. Completamente absorta.

—Tu madre te enseñó a nadar —dice Sofia, con algo quebrándose en su voz.

—Sí. Y dejé de hacerlo después de que ella murió.

—Hasta que saltaste al océano para salvar tu propia vida.

—Técnicamente salté para evitar ser asesinada. El salvarme a mí misma fue un extra.

Sofia sacude la cabeza. Me mira. —¿Dónde la encontraste?

—Era mi tarea.

—Fue tu llamada de atención. —Sin crueldad, solo un hecho—. Necesitabas a alguien que no te permitiera desaparecer en el deber.

Tiene razón. La necesitaba.

Marisol pregunta qué hace Sofia ahora. Dónde vive. No las preguntas de la familia sobre cuándo regresará. Solo: ¿quién eres ahora?

Sofia duda al principio. Pero Marisol tiene el don de hacer que la gente se sienta vista sin sentirse examinada.

—Voy a empezar a diseñar —dice Sofia, suavizando la voz—. Solo vestidos para mí para empezar, luego tal vez me expanda y empiece a venderlos.

—¿Y no tutús? —Marisol me lanza una mirada, con reconocimiento en sus ojos.

Sofia capta la mirada. Su expresión cambia cuando se da cuenta de que le conté a Marisol sobre su entrenamiento de ballet. Que lo recordé. Que importó lo suficiente como para contarlo.

—Ugh. Esas cosas suelen ser espantosas, hechas por hombres sin ninguna apreciación de la forma femenina, así que tal vez tengas razón en algo. Pero no. Voy a empezar con ropa de noche.

Una pausa. Luego algo que rara vez veo en el rostro de mi hermana: orgullo. No el orgullo afilado de los Rosetti que parece una armadura. Más suave. Del tipo que surge de construir en lugar de destruir.

Busca en su bolso y saca algo pequeño. Un dibujo de un impresionante vestido de noche que parece saltar de la página.

Me lo entrega.

Lo sostengo. El boceto muestra un vestido con un escote profundo y una tela que parece derramarse por la figura en ondas color carbón, cada pliegue trazado con tanta confianza que el vestido parece listo para moverse. Mi hermana creó esto. Mi hermana, que dejó de bailar cuando la familia exigió que se convirtiera en algo más duro, está creando de nuevo. Porque Alexei le dio espacio para ser suave.

—Es hermoso. —Mi voz sale ronca—. ¿Tienes más?

—Estoy creando un portafolio. Podrás ver más cuando te lo ganes.

La sonrisa de suficiencia otra vez. La hermana pequeña que solía hacerme jugar al perro debajo del tobogán del parque infantil.

Caminamos por el sendero juntos. Sofia y Marisol adelante, hablando de algo que no alcanzo a oír. Pero sus cabezas se inclinan la una hacia la otra, y ocasionalmente una ríe, el sonido resonando por el parque como algo que me ha estado faltando sin saberlo.

Se acerca otro corredor. Mi mano se desliza hacia mi arma hasta que pasa. Siempre vigilando. Siempre listo.

Sofia se detiene en los juegos. Toca la cadena del columpio, el metal frío contra su palma.

—Quiero que lo conozcas formalmente —me dice.

—¿A Alexei? —pregunto, sintiendo que se me cierra la garganta al pronunciar el nombre.

—Mañana. O cuando estés listo. No es lo que esperarías. Es amable, Nico. Cuida bonsáis.

Lo absurdo de una Rosetti con un hombre que esculpe árboles diminutos casi me hace reír. Pero hay peso debajo de eso. Este sigue siendo el príncipe de la Bratva cuya familia ha derramado nuestra sangre durante generaciones. Y sin embargo.

—Me gustaría eso —digo. Sintiéndolo de verdad, a pesar de todo.

Los ojos de Sofia se iluminan. —¿En serio?

—Tú lo elegiste. Eso significa algo. —Sostengo su mirada—. Eres mi hermana. Eso significa más.

Parpadea rápidamente. Mira hacia otro lado. El reflejo entrenado que ninguno de nosotros puede desaprender: la supresión automática de cualquier emoción visible que la familia nos grabó en los huesos.

—Marco nunca lo aceptará —dice, y noto la tristeza en su tono.

—Marco no decide con quién ceno yo.

Ella ríe, con los ojos húmedos y sorprendida. —De verdad has cambiado.

—Cúlpala a la saltadora de acantilados.

Llega el momento. Los caminos se bifurcan. Sofia yendo hacia el norte, nosotros de regreso al hotel.

Sofia se gira primero hacia Marisol para un abrazo de despedida. Dos mujeres que se conocieron hace dos horas abrazándose como si se conocieran de toda la vida. Algo comunicado que nunca entenderé del todo. La solidaridad de mujeres que han sobrevivido a hombres que aman mal.

—Cuídalo —susurra Sofia, lo suficientemente fuerte como para que yo la oiga—. Se olvida de cuidarse solo.

—Ya me di cuenta —responde Marisol.

Entonces Sofia se gira hacia mí.

Estamos frente a frente. A menos de un metro ahora. El parque otoñal. El cielo gris. Las hojas revoloteando con el viento.

Hago una pausa por un momento. —Sofia, lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

Ella me mira por un instante y espero su enojo, que me culpe por haberla entrenado con tanta dureza, por haberla hecho demasiado fuerte, por haberla puesto en contra de la familia.

—¿Qué sientes? —pregunta ella.

—Haberte alejado. Haber hecho que perdieras tu suavidad.

El momento está cargado de pesadez. La brisa sopla un mechón de cabello rubio sobre el encantador rostro de mi hermana, y yo daría cualquier cosa por su perdón.

—Maldito arrogante —dice ella, pero no hay veneno en sus palabras—. Tú no me hiciste dura, yo misma lo hice. Y ciertamente no me alejaste. Me enamoré, Nico. Es tan simple como eso. Me enamoré de un ruso loco que me trata como a una princesa y que, además, valora mi fuerza. En todo caso, debería darte las gracias por ayudarme a convertirme en la mujer digna de su amor.

Entonces me atrae hacia un abrazo, feroz y fuerte, y la respiro, sintiendo cómo el peso de la culpa cae de mis hombros. Mi maravillosa y magnífica hermana me sostiene con fuerza mientras vuelvo a reformar mi comprensión del mundo.

Solo han pasado cinco semanas desde la última vez que abracé a mi hermana, pero parece más tiempo. La distancia que Marco impuso entre nosotros hizo que todo se sintiera como años.

Es más baja de lo que recordaba. O yo soy más alto. O simplemente lo olvidé. Pero encaja contra mí de la misma manera que lo hacía cuando tenía seis años y tenía miedo de las tormentas eléctricas, y yo era el hermano que alejaba el ruido.

—No dejes que él gane —dice contra mi pecho—. Marco. No dejes que él decida que no puedes tener ambas cosas.

—Estoy aquí, ¿no?

—Estás aquí. —Se aparta y se limpia los ojos rápidamente—. La próxima semana. Cena. Alexei preparará pasta. Está aprendiendo recetas italianas porque cree que con eso te va a impresionar.

—Un ruso que prepara comida italiana.

—No seas esnob. —Sonríe con los ojos llorosos, real—. Trae a tu saltadora de acantilados.

Se gira. Se aleja caminando. No mira hacia atrás. No porque no quiera, sino porque los Rosetti no miran hacia atrás. Es el único rasgo familiar del que ninguno de nosotros puede deshacerse.

La observo hasta que dobla la esquina. Se ha ido. Pero no de la forma en que se había ido antes. No el alejamiento cortante y prohibido. Una partida temporal. Del tipo que viene con una invitación a cenar.

El parque vuelve a quedar en silencio. Solo Marisol y yo, y el estanque y el cielo gris presionando como una promesa de lluvia.

Toma mi mano. Sus dedos están fríos. Ha estado temblando durante una hora y ocultándolo porque entendió que este momento no se trataba de su comodidad.

—Es feliz —dice Marisol con sencillez.

—Es feliz.

—Se rió, Nico. Una risa real. Esa no es una mujer que se arrepienta de su elección.

Asiento. La evidencia está justo frente a mí. Mi hermana eligió el amor por encima de la lealtad familiar y, en lugar de destruirla, eso la ha completado.

Marisol me aprieta la mano. —No la perdiste. Marco trató de obligarte a elegir, y encontraste la manera de quedarte con ambos.

—Va a causar problemas.

—Todo lo que vale la pena causa problemas. —Me mira—. Yo bien lo sé.

La miro fijamente. Esta mujer que sigue ajustando el lente lo suficiente como para que todo se vea diferente. No es una verdad nueva. Solo es la verdad existente, vista con claridad.

¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Salté de un acantilado. Eso reorganizó mis prioridades.

La acerco. Le beso la frente. Su nariz fría presiona mi cuello. Incluso ahora, el calor entre nosotros late. Su cuerpo contra el mío, recordándome lo que espera cuando estemos solos de nuevo.

—Gracias. Por lo de hoy. Por estar aquí.

—Siempre, Horse Man.

Tomo la mano de Marisol. Salimos juntos del parque. Hacia Chicago. Hacia lo que venga después.

Detrás de nosotros, los columpios chirrían con el viento. El sonido de niños que ya no están allí. El sonido de niños que lograron salir.

Pero ya no estoy pensando en el pasado. Estoy pensando en la habitación del hotel que nos espera. En despojar a Marisol de ese vestido que lleva debajo de su abrigo. En calentarla adecuadamente después de que tembló en el frío otoñal de Chicago solo para que yo pudiera tener este momento con Sofia.

Mi miembro se endurece ante el pensamiento; la sangre fluye hacia el sur con una urgencia que me sorprende después del peso emocional de hoy. O tal vez por eso mismo. Quizás necesito estar dentro de ella para procesar lo que acaba de suceder. La sonrisa de mi hermana, el diseño del vestido en mi bolsillo, la forma en que Marisol mantuvo mis pedazos rotos unidos mientras yo desafiaba las órdenes de mi hermano.

Ella siente el cambio en mi energía. Su mano se aprieta en la mía, y cuando miro hacia abajo, sus ojos color miel están oscuros con la misma necesidad. Sabe lo que estoy pensando. Siempre lo sabe.

—Hotel —dice ella, y no es una pregunta.

—Hotel —concuerdo, calculando ya la ruta más rápida, imaginándola ya debajo de mí, sabiendo ya que tal vez no logremos pasar de la puerta antes de que esté dentro de ella.

—Gracias —dice de repente—. Por dejarme ver eso. Por confiar en mí con Sofia.

La miro. Esta mujer que me hace lo suficientemente valiente como para desafiar al Don por las personas que amo.

—Te amo —le digo. Las palabras salen con más facilidad ahora—. Y estoy a punto de mostrarte exactamente cuánto.

Chicago puede esperar. Marco puede esperar. Todo puede esperar, excepto esta mujer que me hizo lo suficientemente valiente como para elegir a mi hermana, y que está a punto de descubrir exactamente cuán agradecido estoy.

33 - Marisol

Llevamos dos días en Chicago, y Nico ha pasado la mayor parte del tiempo dándome informes sobre su familia como si estuviéramos planeando una operación. —Marco te evaluará—. —No dejes que Alexei te provoque—. —Trata de no estar a solas con Luca—. —María va a llorar—. Ahora, mientras nos acercamos a la propiedad, me doy cuenta de que ninguna preparación podría haberme alistado para esto.

Me he enfrentado a un padrino que me quería muerta, he saltado desde un acantilado hacia aguas oscuras y me he sentado frente a detectives de la policía sin parpadear. Nada de eso hizo que mi corazón se acelerara tanto como esto, porque esas eran batallas que yo entendía. ¿Esto? ¿Conocer a la familia del hombre que amo? Esta es una vulnerabilidad contra la que no puedo luchar saltando de acantilados ni dirigiendo imperios.

La propiedad no se parece en nada a las fotos que he visto, esas tomas aéreas de tabloides que tratan al crimen organizado como porno arquitectónico. Esto no es una casa. Es una fortaleza disfrazada de elegancia de alcurnia. Una mansión de piedra caliza de tres pisos con paredes que podrían detener balas. Jardines impecables rodean el largo y curvo camino de entrada, y hay guardias patrullando. Hasta los arbustos se ven afilados, como si hubieran sido entrenados para cortar.

—Relájate —dice Nico desde el asiento del conductor, buscando mi mano sobre la consola.

—Estoy relajada.

—Tu rodilla rebota con tanta fuerza que está haciendo vibrar el auto.

—Es una condición médica —mi rodilla mantiene su ritmo frenético mientras observo su pulgar acariciar mi palma, y la ligera tensión en su mandíbula que significa que él también está nervioso —. Muy seria. Genética. No te burles de mi condición.

Esa casi sonrisa cruza fugazmente su rostro, esa que he estado coleccionando como monedas raras. Me tranquiliza más que cualquier palabra de aliento.

El portón se cierra detrás de nosotros con un sonido que suena menos a «bienvenida» y más a «ya estás adentro». A través del parabrisas, la luz cálida se escapa de las ventanas. Ya puedo escucharlo: voces. Muchas voces. La familia Rosetti a todo volumen.

—¿Cuántos de ellos hay ahí dentro?

—Todos.

—Todos. Genial. ¿Y todos son… como tú?

—Peor.

—Eso no es nada reconfortante, mi caballo.

—No pretendía serlo.

Estaciona, da la vuelta y abre mi puerta. Extiende su mano, esperando. La tomo, y en el momento en que mis tacones tocan suelo Rosetti, la puerta principal se abre de par en par.

María me impacta como un fenómeno meteorológico. Aparentemente es la cocinera, pero actúa mucho como una abuela. Es pequeña, apenas mide un metro sesenta, pero surge del umbral con un delantal y rodeada por una nube de ajo y puro sentimiento maternal. Llora antes de llegar a Nico, tomándole el rostro con ambas manos, besándole las mejillas y lanzándose a un frenético espanglish italiano que no puedo analizar pero entiendo perfectamente: estuviste fuera demasiado tiempo, estás muy flaco, me matas de la preocupación.

Luego se gira hacia mí.

La evaluación dura unos dos segundos. El escaneo de una madre, buscando daños, sustancia, cualquier cualidad misteriosa que busquen las madres. Sea lo que sea que encuentra, debo haber pasado la prueba, porque de repente me veo aplastada en un abrazo que huele a romero, pan recién horneado y cuarenta años de alimentar a la gente como lenguaje del amor.

—Tú —dice María, apartándose para sujetarme la cara. Las lágrimas corren por sus mejillas—. Tú eres la que saltó.

—Yo… sí. Esa soy yo.

—Brava. Bravissima —más llanto. Más sujetarme la cara—. Entra. Ven a comer. Están muy flacos, los dos, demasiado flacos, ¿qué es esa comida de Miami? Nada, basura.

Ya me está empujando hacia la puerta con la fuerza imparable de alguien que ha estado arreando hijos Rosetti durante décadas. Miro hacia atrás a Nico, y hay algo nuevo en su rostro: suave, sin defensas; el chico debajo del soldado visible por un segundo perfecto.

Articula sin hacer ruido: «Te lo dije».

La casa me envuelve como un abrazo cálido después del frío de Chicago. Espacios vastos pero suavizados por madera oscura y telas ricas, arte que es costoso pero no frío. Y el olor: capas de cocina que sugieren que Maria ha estado preparándose durante días. Ajo, albahaca, algo con reducción de vino. Esta no es la propiedad Delgado, con su distribución cuidadosa y sus hilos invisibles.

María me arrastra hacia la sala principal y mi sistema nervioso hace cortocircuito.

Están todos aquí. Cada uno de los Rosetti, dispuestos como en una pintura renacentista de gente hermosa y peligrosa. Y todos me están mirando.

Genial. Estupendo. Sin presión. Solo cada persona sexy y letal con la que mi novio está emparentado, evaluando si soy digna de su miembro más disciplinado. Mi cerebro aporta servicialmente: ¿TAL VEZ UNA REVERENCIA? ¿LA GENTE HACE REVERENCIAS? ¿ES ESTA UNA SITUACIÓN DE REVERENCIAS?

Marco está junto a la chimenea como si hubiera nacido allí, con una mano sosteniendo un whisky y la otra a su costado, donde sé que descansa un arma, incluso aquí, incluso en casa. Valentina a su lado viste seda de diseñador como si fuera una armadura, tan afilada como la cuchilla que estoy segura lleva escondida en alguna parte. Su evaluación comienza de inmediato: esos ojos oscuros estudian todo, desde mi vestido hasta mi postura, pasando por la forma en que sujeto la copa de vino que María me pone en la mano antes de desaparecer de nuevo en la cocina.

Dante llena una esquina entera solo con existir. Silencioso. Enorme. Una bebé duerme sobre su hombro, Antonia, que parece una muñeca contra su estructura masiva. Cuando se mueve para acomodarla, alcanzo a ver una pistolera de hombro bajo su chaqueta. Incluso cargando a su hija, está armado. Ana, a su lado, ofrece una sonrisa cálida que no logra mitigar del todo la intensidad de la presencia de su esposo. Dante le asiente a Nico. Un asentimiento. Toda su conversación ha terminado.

En el sofá, Luca domina el espacio con una amenaza casual. Esos ojos azul pálido deberían ser ilegales, demasiado lindos para alguien con su reputación. En serio, ¿qué le pasa a esta familia con los pómulos convertidos en armas? ¿Hay algún laboratorio genético Rosetti en algún lugar diseñando criminales devastadoramente atractivos? Tengo que preguntarle a Nico si todos surgieron del mismo tanque de ADN de modelos italianos.

Faith se sienta junto a Luca con Theodore en un portabebés, y el contraste es impactante: el psicópata de la familia mece a su hijo con las manos que acabaron con tres hombres el mes pasado, si los informes de Nico son exactos. La ternura en su toque hace que el peligro sea más pronunciado, no menos.

Alessandro se desparrama en un sillón como si fuera el dueño del concepto mismo de sentarse. Ojos verdes, sonrisa devastadora, el tipo de hombre que nunca ha conocido una habitación que no pudiera seducir. Emma está posada en el reposabrazos: silenciosa, atenta, otra forastera que logró entrar. Su quietud me recuerda a la de Nico, esa que surge de aprender a observar antes de actuar.

—Llegó la saltadora de acantilados —anuncia Alessandro.

—Alex —la voz de Emma conlleva una suave advertencia.

—¿Qué? Es un cumplido. Yo nunca he saltado de nada más alto que el borde de una piscina.

—Eso es porque nunca arriesgarías dañar tu cara —dice Nico detrás de mí.

El ambiente cambia en la habitación. No llega a ser una carcajada, es algo más cálido. El sonido de una familia registrando que Nico Rosetti acaba de hacer una broma. Frente a una mujer.

Alex se lleva la mano al pecho dramáticamente. —¡Habla! ¡Bromea! Que alguien le tome la temperatura.

—Tu cara no es tan especial —continúa Nico, y mi pulso se acelera ante esta versión juguetona de él.

El caos comienza de inmediato. Múltiples conversaciones se superponen unas a otras: Marco atendiendo una llamada telefónica en un rápido italiano, Alex lanzándose a contar una historia que requiere una coreografía de cuerpo completo, Faith preguntándole a Ana sobre los horarios de sueño. El ruido es abrumador, como estar dentro de un huracán afectuoso.

Sujeto mi copa de vino sin beber, tratando de rastrear amenazas y aliados como Nico me enseñó. Cada hermano me mide de forma

distinta. La de Marco es la más directa. Se acerca después de terminar su llamada, durante un momento en que Nico se aleja para ayudar a Maria con algo pesado.

—Señorita Delgado.

—Señor Rosetti.

—Marco.

—Marisol.

El intercambio tiene el peso de las negociaciones de un tratado. Dos personas que entienden el poder midiendo la versión del otro.

—Mi hermano me dice que heredaste un imperio.

—Mi padre aún no ha muerto —digo con naturalidad.

—Pero planeas dirigirlo —no es una pregunta, es una evaluación.

—Planeo dirigirlo bien.

Resisto el impulso de añadir «señor» o posiblemente hacer un saludo militar. El monstruo de la amenaza en mi interior está gritando NO HAGAS UNA BROMA NO HAGAS UNA BROMA ÉL TE MANDARÁ A MATAR, pero mi rostro externo permanece calmado. Crecimiento. Esto es crecimiento.

Algo cambia en su expresión; no es calidez exactamente, sino reconocimiento. El Don identificando a otra operadora.

—Miami está complicado ahora —dice—. La situación con Cesar, el inminente vacío de poder. Habrá desafíos.

Enderezo la espalda. No se anda con rodeos. —Soy consciente.

—¿Lo eres? Porque las transiciones de territorio son sangrientas, y tú estás en el centro.

—Ya sobreviví a una guerra. Puedo manejar otra.

Marco me estudia con el tipo de enfoque que probablemente hace que hombres hechos y derechos confiesen crímenes que no cometieron. Mantengo mi copa de vino firme, observándolo de vuelta, negándome a ser la primera en apartar la mirada. El peso de lo que me toca heredar presiona entre nosotros: no solo dinero y territorio, sino la responsabilidad de evitar que todo arda.

Entonces, sin llegar a ser una sonrisa, pero cerca, sus ojos se suavizan una fracción. La versión de aprobación del Don.

—Bienvenida a Chicago, Marisol.

Se aleja, y Valentina me mira desde el otro lado de la habitación, dándome el más mínimo asentimiento. Traducción: pasaste la prueba.

La evaluación continúa en oleadas. Alex pone a prueba mi humor con comentarios cada vez más inapropiados sobre la cobertura de los tabloides, presionando hasta encontrar mi límite.

—Así que las fotos de la fiesta en el yate, ¿fueron planeadas o solo fue cuestión de suerte?

—¿Me estás preguntando si planeo mis crisis nerviosas para tener mejor iluminación?

—Te pregunto si siempre te ves así de bien cuando te estás desmoronando.

—Alex —advierte Emma.

—No, está bien —digo, mirando sus ojos verdes directamente—. Absolutamente programo mis desastres para la hora dorada. El rímel corrido queda más fotogénico.

Alex sonríe como si le hubiera dado un regalo. —Sabía que me caerías bien.

—A la mayoría de la gente le caigo bien. Son aquellos a los que no les caigo bien los que mantienen las cosas interesantes —tomo un sorbo de vino—. Además, para que conste, las fotos del yate fueron tomadas desde el peor ángulo posible. Mi trasero se ve mucho mejor en persona.

Emma se atraganta con su bebida. Alex parece como si la Navidad hubiera llegado antes.

Incluso Dante, silencioso y masivo, me observa navegar el caos de su familia con algo que podría ser interés. Cuando Antonia empieza a inquietarse, la acomoda con fluidez, y noto cómo su mano libre nunca se aleja mucho de su arma, incluso aquí, incluso a salvo.

La cena se convierte en un deporte de contacto total. María produce suficiente comida para alimentar a un pequeño ejército: fuentes de osobuco, montañas de risotto, pan que humea al partirse. La mesa gime bajo el peso. Alex roba pan antes de que llegue a la mesa. Dante reorganiza silenciosamente los cubiertos para que Ana se quede a su lado. Luca corta la carne de Faith sin que ella se lo pida, sin siquiera mirar; el gesto es tan automático que debe de ser anterior al bebé.

Termino entre Nico y Emma; una ubicación estratégica, me doy cuenta. Mi ancla a un lado, otra forastera al otro. Emma se inclina cerca de mí durante una breve pausa mientras Alex y Marco discuten sobre algo en un rápido italiano.

—Al principio es abrumador.

—Un poco.

—No intentes seguir cada conversación. Y no intentes beber más que Alex. Nadie gana.

—¿Habla la voz de la experiencia?

—La voz de la supervivencia.

Estoy empezando a ganármelos en pequeños momentos. Cuando Ana me entrega a Antonia, la bebé inmediatamente agarra mi arete con la fuerza de agarre de alguien que comparte el ADN de Dante.

—Tiene el apretón de manos de su padre —digo, liberando suavemente el lóbulo de mi oreja.

Dante emite un sonido, breve, casi inaudible. La mesa se queda en silencio porque, al parecer, ver a Dante reírse es como avistar un unicornio.

El calor del muslo de Nico presiona contra el mío debajo de la mesa, y tengo que concentrarme para no reaccionar al calor que se extiende desde ese simple contacto. Su mano encuentra mi rodilla, la aprieta una vez; un recordatorio de que él está aquí, de que estoy a salvo, de que estamos juntos en esto.

Faith me encuentra durante un viaje a la cocina, con Theodore durmiendo contra su hombro. —Me enteré de lo del Salón Calypso —dice en voz baja—. No la versión de los tabloides. Nico se lo contó a Luca.

—¿Ah, sí?

Me tenso, pero su expresión es de comprensión, no de juicio.

—Sé lo que es cargar con algo que no puedes contarle a nadie. Y sé lo que se siente cuando alguien finalmente te quita ese peso de encima.

El reconocimiento entre nosotras no necesita palabras. Sea lo que sea lo que Faith sobrevivió para llegar aquí, vive en el mismo vecindario que mi trauma.

—Es hermoso —digo, mirando a Theodore.

—Es un monstruo. Come cada dos horas y grita como Luca cuando no recibe lo que quiere.

—Escuché eso —dice Luca desde el otro lado de la habitación, con sus ojos pálidos siguiéndonos con un enfoque inquietante.

—Esa era la intención, querido —responde Faith dulcemente.

Más tarde, María trae un tiramisú que podría hacer llorar a los ángeles. Lo elogio a todo volumen, siguiendo las instrucciones de Emma. María estalla en nuevas lágrimas y anuncia que soy su nueva

favorita, lo que hace que Alex proteste dramáticamente hasta que Emma lo distraiga.

La velada se asienta en algo más suave, pero nunca del todo seguro. El fuego arde bajo, el vino fluye —aunque no demasiado libremente— y la familia se organiza en su constelación inconsciente. El teléfono de Marco suena dos veces, asuntos de negocios que no pueden esperar, y sale de la habitación hablando en tonos apagados. Cuando regresa, hay una ligera tensión en sus hombros que no estaba allí antes, y Valentina lo observa discretamente sin comentar nada, su mano demorándose en su brazo en una pregunta silenciosa.

Observo a los hermanos comunicarse en niveles: bromas superficiales que ocultan años de historia compartida. Incluso dañados, incluso cargando con sus traumas individuales, están aquí. Juntos. La diferencia entre ellos y los Delgado no es el daño, es la proximidad. Se mantuvieron lo suficientemente cerca como para sanar en compañía del otro.

La mano de Nico encuentra la nuca de mi cuello, su pulgar trazando círculos familiares que me hacen hiperconsciente de su cuerpo junto al mío.

—¿Estás bien? —pregunta, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche.

—Tu familia ama gritándose unos a otros y atendiendo ocasionalmente llamadas de negocios que requieren atención inmediata, y creo que es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

La noche avanza, las sombras se alargan y algo cambia en la energía de la habitación. Marco se levanta de su silla junto a la chimenea, copa en mano. La familia se calla, no porque él lo exija, sino porque están sintonizados con él instintivamente, como planetas reconociendo a su sol.

Mira primero a Nico. Una mirada larga entre hermanos que contiene conversaciones enteras. Luego sus ojos me encuentran a mí.

—En esta familia, no hacemos discursos. —Hace una pausa—. Valentina me recordará esto la próxima vez que haga un discurso.

—Ya quedó anotado —murmura Valentina, con la mano apoyada en la cadera donde sospecho que guarda un cuchillo.

Una oleada de risas cálidas, y luego Marco continúa.

—Mi hermano fue a Miami a hacer un trabajo. Regresó diferente. —Sus ojos permanecen en Nico—. Mejor. Lo que sea que hiciste… —

Ahora me mira a mí—. Gracias.

Palabras simples, pero viniendo del Don, aterrizan con peso.

—Te enfrentaste a un hombre que pasó décadas destruyendo a tu familia desde adentro —continúa—. Y sobreviviste. Recuperaste lo que era tuyo. —Una pausa—. Eso requiere un tipo particular de fuerza. El tipo de fuerza que entendemos y respetamos.

Levanta su copa. La sala lo sigue, cada mano elevando el cristal en perfecta sincronización, una familia unida en este momento de aceptación.

—Por Marisol. Bienvenida a la familia.

Las palabras resuenan mientras las copas se alzan. Alex lanza un grito de júbilo. Faith sonríe. Emma asiente. Ana levanta su copa con la mano libre mientras sostiene a Antonia. Incluso Dante levanta la suya sin decir una palabra, lo cual, viniendo de Dante, es prácticamente un desfile.

Luca me atrapa la mirada desde el otro lado de la habitación. Esos inquietantes ojos azules sostienen los míos mientras inclina su copa hacia mí, no como una bienvenida pública, sino como algo más privado. Un reconocimiento. *Eres una de los nuestros ahora. Asegúrate de saber lo que eso significa.*

Yo asiento de vuelta. Lo sé. Levanto mi propia copa a cambio, aceptando lo que se me ofrece: no solo una bienvenida, sino la pertenencia a algo que requerirá sangre para mantenerse.

La mano de Nico se aprieta en mi cuello, su pulgar deteniéndose en sus círculos, la única señal de que el hecho de que su familia me reclame ha paralizado sus manos de la emoción.

Me inclino hacia él, presionándome más cerca hasta que siento los latidos de su corazón contra mi hombro. —Creo que les gusto.

—Son Rosetti. No les gusta nadie.

—Yo les gusto.

—… Tú les gustas.

Más tarde, me encuentro en el pasillo estudiando las fotos en la pared, la historia familiar en marcos. Mis dedos las recorren hasta que encuentro la que he estado buscando sin proponérmelo realmente.

Nico, joven. Tal vez de doce años. Sentado al piano, con las manos sobre las teclas, su rostro abierto y sin defensas. No hay un soldado. No hay disciplina. Solo un niño haciendo música. A su lado, posada en el banco: una niña pequeña con ojos oscuros y una sonrisa

con los dientes separados. Sofia. Observando a su hermano tocar con pura adoración.

Dos niños, antes de las armas y el dolor, antes de que el entrenamiento les enseñara que las cosas suaves no sobreviven en este mundo.

Toco el cristal, frío bajo las yemas de mis dedos contra el calor de la casa.

Unos brazos me envuelven desde atrás. Nico. Su cuerpo se presiona contra mi espalda, e incluso aquí, incluso rodeada de familia, los músculos de mi estómago se contraen por su proximidad. Ve lo que estoy mirando y no habla. Estudiamos la foto juntos: los niños que fueron, las personas en las que se convirtieron, la distancia entre esos dos puntos que, después de todo, podría no ser permanente.

Irse toma cuarenta y cinco minutos porque los Rosetti no creen en las despedidas eficientes. El aire frío muerde de inmediato cuando salimos al porche, lo que hace que me presione más contra Nico. Maria empaca suficiente comida para un país pequeño, poniendo un recipiente tras otro en mis manos mientras llora diciendo que necesito comer más, que en Miami no alimentan bien a la gente, que está incluyendo instrucciones de calentamiento escritas en tres idiomas solo para estar segura.

—Maria, esto podría alimentar a un ejército —protesto, con los brazos ya llenos.

—¡Qué bueno! ¡Coman! ¡Ambos! —Le empuja otro recipiente a Nico—. Este es el osobuco, lo calientas suave, SUAVE, no como la última vez que convertiste mi braciola en cuero de zapatos. —Se queja de que deberíamos quedarnos en el complejo, en la suite de Nico, pero Nico insiste en regresar al hotel, dándome el espacio que necesito para recuperarme de esta velada.

Marco intercambia unas palabras en voz baja con Nico junto a la puerta: asuntos del Don, asuntos de hermanos, el tipo de conversación que ocurre en miradas más que en palabras. Atrapé fragmentos: —situación en Miami—, —transiciones de territorio—, —recursos adicionales si es necesario—

Alex me arranca promesas de que volveré a visitarlos, cada súplica más dramática que la anterior. —¡Tienes que volver! ¿Quién más apreciará mis historias? Emma solo me corrige.

—Porque mientes —dice Emma, alejándolo físicamente de allí.

—¡Adorno la realidad! ¡Hay una diferencia!

Faith me encuentra al final, con Theodore inquieto contra su hombro.

—Él está feliz —dice, refiriéndose a Nico—. Lo conozco de hace casi un año y nunca lo había visto así. Sea lo que sea lo que estés haciendo, no te detengas.

—Básicamente solo lo molesto hasta que sonríe.

—Exactamente. Sigue haciendo eso.

Luca aparece detrás de Faith, con la mano en su espalda. Me mira con esos ojos pálidos que parecen sacados de una película de Tim Burton.

—Si lo lastimas —dice Luca en tono de charla, como si hablara del clima.

—Luca —advierte Faith.

—Solo iba a decir que tendríamos una conversación.

—No, no ibas a decir eso.

—Tienes razón. No lo iba a decir. —Esa sonrisa: bonita, afilada, absolutamente aterradora—. Bienvenida a la familia, Marisol.

Él aleja a Faith y al bebé de allí. Los miro fijamente y luego grito:

—¡Por lo que vale, nunca lo lastimaría! Pero si lo hiciera, definitivamente merecería lo que sea que estés imaginando ahora mismo.

Luca se detiene. Mira hacia atrás. Esa sonrisa aterradora se transforma en algo muy parecido al respeto.

—Buena respuesta.

—Tu hermano acaba de amenazarme con el asesinato más cortés que he recibido jamás —le digo a Nico una vez que se han ido—. ¿Y creo que le coqueteé de vuelta? ¿Es eso lo que pasó? ¿Acabo de coquetear con la muerte?

—Esa es la forma en que Luca dice que le agradas —dice Nico, ayudándome a equilibrar los recipientes de comida de Maria.

—Los lenguajes del amor de tu familia son profundamente preocupantes.

—Sí.

Caminamos juntos hacia el auto, yo haciendo malabares con comida suficiente para sobrevivir a un apocalipsis, con el frío de Chicago mordiendo a través de mi abrigo. Detrás de nosotros, el complejo brilla cálido y lleno de voces que nunca lograrán ser voces bajas.

Pasé veintiséis años en una familia que se comunicaba en silencio: el silencio de la decepción, de los secretos, de las habitaciones cerradas. Esta noche me senté en una casa donde la gente se comunica con un ruido hermoso, donde las llamadas de negocios requieren atención inmediata pero la cena continúa, donde el amor se parece a las amenazas y las armas descansan junto a los portabebés. Vine a Chicago como la novia de Nico desde Miami.

Pero me voy como algo más. No como una Rosetti por sangre o nombre, sino por la única métrica que esta familia respeta: la voluntad de quedarse a la mesa sin importar lo fuerte que se pongan los gritos, de aceptar la comida que María empaca con lágrimas, de entender que en este mundo, el amor y la violencia comparten el mismo espacio.

Tomo la mano de Nico en la fría noche de Chicago, nuestro aliento formando nubes, el complejo brillando detrás de nosotros como una promesa de que algunas familias valen el ruido.

—Llévame a casa —digo, refiriéndome a Miami, refiriéndome al penthouse, refiriéndome a donde sea que esté él—. Necesito recuperarme de que tu hermano me sonriera de forma aterradora, de que tu cocinera me abrazara llorando y de que me obligaran a comer suficientes carbohidratos como para alimentar a una nación pequeña. Tu familia es AGOTADORA, los amo y necesito una siesta.

—Siempre —dice él, ayudándome a subir al auto con mi cargamento de amor disfrazado de sobras—. Pero primero, Miami. Tenemos un imperio que dirigir y un sacerdote del que estar pendientes.

Siempre.

34 - Epílogo—Gabriel

Tres semanas después

Cuento a los feligreses mientras se van. Es un hábito que no puedo romper: el pastor contando a su rebaño, asegurándose de que ninguno se haya extraviado. Sesenta y tres esta noche. Nada mal para una misa de miércoles en un pueblo por el que la mayoría de la gente solo pasa de camino a los Cayos.

St. Augustine's se asienta en las afueras de Homestead como una idea de último momento: paredes de estuco del color de huesos viejos, un campanario que se inclina ligeramente hacia el este, un estacionamiento que se inunda cada vez que llueve. La diócesis me mandó aquí hace tres años, y entendí la misión de inmediato. Aquí es donde ponen a los sacerdotes con los que no saben qué hacer. Los que son demasiado complicados para las parroquias buenas y demasiado útiles para ser expulsados del sacerdocio.

Me quedo de pie en la puerta. Estrecho manos. Digo las cosas que dicen los sacerdotes: que Dios lo bendiga, la paz sea con usted, nos vemos el domingo. La Sra. Alvarez toma mi mano con las suyas cuando me habla de su cadera. Se aferra demasiado tiempo; siempre lo hace, la soledad de la viudez hace que su agarre sea más fuerte de lo que ella misma nota. Se lo permito. No me aparto. Y cuando finalmente me suelta, el calor de sus palmas permanece en mi piel como una quemadura, y lo llevo conmigo durante la siguiente hora porque mi cuerpo tiene tan poco que recordar que incluso las manos de una viuda de setenta años se sienten como algo digno de conservar.

El Sr. Gutierrez me pide que rece por su hijo en prisión. Una adolescente cuyo nombre debería recordar pero no recuerdo evita mi mirada al pasar, y me pregunto qué carga estará llevando, y me pregunto si será algo parecido a lo que cargo yo, y decido que no, porque los pecados de la mayoría de la gente no incluyen un recuento de cadáveres.

Los últimos se filtran hacia el estacionamiento. Luces traseras. Motores. El sonido de vidas ordinarias que se reanudan después de una hora de pedirle a Dios cosas que Él puede o no proveer.

Cierro las puertas de la iglesia con llave. Camino.

Este es mi ritual vespertino. Después de la misa, recorro la parroquia. Seis cuadras en cualquier dirección: una cuadrícula de casas bajas y cercas de eslabones y la belleza particular y terca de las personas que hacen crecer cosas en tierra difícil. Buganvillas brotando sobre muros de bloques de hormigón. Un árbol de mango cargado de fruta en el jardín delantero de alguien. El lejano retumbar de los bajos de la música de un auto que no puedo ver.

Camino de la manera en que siempre he caminado: consciente de las líneas de visión, de los umbrales de las puertas, de la distribución del peso que le permite a un hombre cambiar de dirección sin romper el paso. El seminario no me enseñó esto. El cuerpo que traje al sacerdocio ya venía entrenado, cargando reflejos que no tienen nada que ver con Dios y todo que ver con la familia en la que nací. Mis feligreses piensan que camino con determinación porque soy un hombre de convicciones. Camino con determinación porque, en algún lugar debajo de la sotana, un hombre diferente todavía está trazando las salidas.

Mi congregación ve a un hombre de Dios tomando el aire, rezando su rosario, estando presente entre su gente. Lo que en realidad estoy haciendo es quemar la carga que se acumula durante la misa: la energía específica y peligrosa que se acumula cuando paso una hora fingiendo santidad para personas que creen que la poseo.

Sesenta y tres personas me miraron esta noche con esa fe particular reservada para los hombres de cuello clerical, confiando en que las manos que levanté sobre el pan y el vino solo han sido utilizadas para propósitos sagrados.

Mis manos. Las flexiono mientras camino. Abrir. Cerrar. Tengo las manos de mi madre; Marisol me dijo eso una vez, hace años, cuando todavía me miraba sin ocho años de silencio de por medio. Dedos largos. Elegantes, los llamó. Lo dijo como si fuera un regalo.

Marisol.

Hablé con ella ayer. Una llamada telefónica; todavía corta, todavía cautelosa, pero cada vez más larga. Está en Chicago con el soldado Rosetti, visitando a su familia de nuevo. Sigue establecida en

Miami, pero pasa mucho tiempo en el norte. Suena diferente. Hay algo más sólido ahora. Algo que ha dejado de fingir.

El soldado Rosetti logró eso, de alguna manera. Convirtió a mi hermana huracán en algo que conoce su propia forma. Me invitó a Chicago para Navidad. Dice que la familia quiere conocerme. Dice que debería tomarme un descanso de "todas esas cosas de Dios" y comer demasiada pasta con gente que se comunica a base de gritos.

Le dije que lo pensaría. Lo cual significa que no, pero con amabilidad.

Me llamó Gabe. El nombre de la infancia. El de antes.

No merezco ese ablandamiento. Le fallé —los detalles están enredados: teología y cobardía y el egoísmo particular de un hombre que corre hacia Dios porque le aterra lo que hace entre los humanos —. Pero el resultado es claro. Mi hermana pequeña me necesitaba y yo estaba en un seminario a tres estados de distancia, aprendiendo a conjugar verbos en latín y a mortificar la carne. Que es una forma formal de decir: me escondí. En el escondite más respetable disponible.

Ella me está perdonando de todos modos. Me doy cuenta de que no soy lo suficientemente fuerte como para rechazarlo.

Giro en Krome Avenue. Un camión pasa, traqueteando, llevando tomates al norte desde las granjas. El olor a diésel y a cosas verdes creciendo.

Una mujer sale de la lavandería.

No miro. He entrenado mi mirada para no mirar de la misma forma en que otros hombres entrenan para correr maratones: a través de la repetición, a través del dolor, a través del trabajo diario y agotador de elegir no hacerlo. Una mujer es una persona. Una hija de Dios. Un alma. No una figura, no un movimiento, no la arquitectura particular de un cuello girando bajo una luz cálida—

No miro.

Pero la registro. Siempre las registro. Involuntariamente, de la misma manera que un hombre que porta un arma cargada siempre es consciente del gatillo incluso cuando su dedo no está cerca de él. Es joven. Cabello oscuro. Una cesta de ropa equilibrada en su cadera. La gracia de alguien que realiza una tarea ordinaria sin saber que está siendo observada.

Miro hacia otro lado. Con la mandíbula tensa. El rosario en mi bolsillo presiona mi muslo y aprieto las cuentas como un hombre que

se aferra a una soga sobre aguas profundas.

Santo Tomás de Aquino escribió que los deseos de la carne no son pecaminosos en sí mismos. Solo en su expresión desordenada el deseo se convierte en pecado. Leí ese pasaje en el seminario y casi me río a carcajadas, porque Tomás era un teólogo, no una confesión. Tomás trabajaba con categorías. Yo vivo en el espacio donde las categorías colapsan, donde lo sagrado y lo profano comparten un latido, donde la devoción y el hambre visten la ropa del otro, donde ya no puedo distinguir si la intensidad que pongo en la oración es fe o solo deseo sin ningún otro lugar adonde ir.

Camino más rápido. El rosario suena contra mis nudillos. El primer misterio doloroso. La agonía en el huerto. Cristo de rodillas en Getsemaní, pidiendo ser liberado de lo que estaba por venir.

—Padre, si es posible, aparta de mí esta copa.

La copa no se ha apartado. Ni una sola vez. No por un solo día en ocho años. El hambre no disminuye. Aprende. Se adapta. Encuentra las grietas en cada muro que construyo y presiona sus dedos pacientes en ellas. He intentado todo lo que ofrece la tradición: ayuno, oración, adoración, la Liturgia de las Horas cantada hasta que mi voz se agota y el silencio que sigue se siente superficialmente como paz. Pero no es paz. Es el agotamiento que lleva la máscara de la paz.

Una mujer en su porche levanta la vista cuando paso. Se persigna —respeto al cuello clerical— pero sus ojos se quedan un segundo de más, y veo el momento en que reconcilia lo que está mirando con lo que se supone que debo ser. Sucede constantemente. Este rostro, este cuerpo… no me los gané. Son una herencia genética, los huesos de mi madre y la estatura de mi padre dispuestos en una combinación que hace que la gente se quede mirando y luego se sienta culpable por mirar. El cuello lo empeora. Algo en la contradicción: lo que no puedes tener, envuelto en un paquete que hace que lo desees. He escuchado a mujeres confesar pensamientos impuros sobre su párroco y he tenido que sentarme en la caja oscura sabiendo que yo era la ocasión del pecado que estaba absolviendo.

Lo peor es que soy bueno en esto.

Soy un buen sacerdote. Mis feligreses son alimentados y aconsejados y visitados en el hospital y enterrados con dignidad. Se rezará por la cadera de la Sra. Alvarez con genuina compasión. La adolescente que no me mira a los ojos encontrará, si alguna vez viene

a confesarse, a un sacerdote que no juzga, porque él sabe precisamente cuánto pesa un secreto.

St. Augustine's está a oscuras cuando regreso. Entro por la puerta lateral. La nave está vacía: solo los bancos y las estaciones y el altar y el brillo rojo de la lámpara del santuario. Cristo en el tabernáculo. Perpetuamente presente. Perpetuamente esperando.

Me siento en el primer banco. No para rezar. Ya he rezado suficiente hoy.

Mi teléfono vibra. Marisol. Una fotografía: ella y Rosetti, una multitud de gente alrededor de una mesa de cena, el cálido caos de una familia que se comunica mediante el ruido. Ella se está riendo. Se parece a nuestra madre cuando se ríe. El parecido es tan fuerte que me quita el aliento, y por un momento tengo diez años y Mami está cantando en la cocina y el mundo aún no se ha roto.

Un mensaje debajo de la foto: —Visitando a los aterradores suegros otra vez. Desearía que estuvieras aquí, Gabe. Ven pronto a Chicago. No muerden. (Excepto quizás Luca. Él definitivamente muerde).—

Casi sonrío. Casi.

Le respondo: —Pronto. Dale mis saludos a tu "Mi caballo".—

Guardo el teléfono. La iglesia se asienta a mi alrededor. El silencio particular de un espacio sagrado por la noche —no vacío, sino denso—, el peso acumulado de cada oración pronunciada entre estos muros presionando como el clima.

Algo se acerca. Puedo sentirlo de la manera en que los viejos feligreses dicen sentir los huracanes en sus huesos: una caída de presión, una quietud antes del movimiento, la atmósfera reorganizándose alrededor de algo que aún no ha llegado pero que ya ha cambiado el aire.

Junto mis palmas. Las manos de mi madre. Firmes y quietas.

La copa no se aparta. Así que lo sostengo. De la forma en que lo sostengo todo: con cuidado, con fuerza, comprendiendo plenamente que el peligro no está en el peso, sino en lo que sucede si lo suelto.

No lo suelto.

Cierro los ojos. Inclino la cabeza. La lámpara del santuario parpadea en rojo contra mis párpados, y el silencio zumba, y el hambre se sienta a mi lado en el banco como algo sagrado y terrible que ha aprendido mi nombre.

Amén.

Gracias de corazón por leer la historia de Nico y Marisol — y por llegar conmigo al final de la serie Chicago Rosetti Family.

Este libro cierra un capítulo para los Rosetti. Hay victorias y amor, pero también pérdidas — y un desenlace agridulce para Sofia y sus hermanos, mientras el pasado por fin encuentra su lugar y la familia por la que han luchado tanto cambia para siempre.

Pero hay historias que se niegan a permanecer enterradas.

Próximamente: **Gabriel**. Un sacerdote atado por sus votos. Un hombre forjado en la disciplina y la fe. Y una oscuridad que ha pasado toda su vida intentando dejar atrás. Su historia es la de un amor prohibido, un deseo contenido, sombras ocultas y una caída en desgracia que le costará todo aquello en lo que creía.

Si te atrae la tensión apasionada, el deseo imposible y los hombres que se rompen de forma hermosa cuando por fin ceden, no querrás perderte lo que viene después. Sumérgete en la serie Rosetti Club Miami.

xx Pia